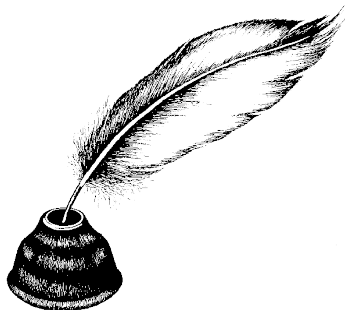


## I PROLOGOS



*Donde se menciona brevemente al desdichado autor original de esta historia escrita con las patas y donde otros doctos y eruditos personajes dan su testimonio sobre la misma.*

1835 - Prologo a Cargo del Autor Original

Al lector:

Yo, Ifigenio Soberanes Balarrasa, capitán del batallón de granaderos de la guardia presidencial, escribo estas líneas mientras me apresto a marchar con el ejército que viajara al norte. Iremos a un lugar que llaman Tejas donde aparentemente hay una sublevación de filibusteros anglosajones. Dejo este escrito, una obra que me ha llevado varios años recopilar, en manos de mi compadre con el encargo de que busque su publicación en caso de que no regrese con vida. Tal posibilidad no me quita el sueño. Tenemos al frente del ejército al vencedor de Tampico, el invicto general don Antonio López de Santa Anna, y confío en que regresaremos cubiertos de gloria.

El texto, decía, me ha llevado años recopilar y muchas amarguras. ¡Cuántas veces he descubierto datos que me han hecho cuestionar mi cordura! Y aun así he seguido escarbando en archivos polvosos en la universidad, en el arzobispado, y en los estancos de libros y documentos antiguos. Y esta obra malhecha es, me temo, el resultado. Espero el lector disculpe sus

múltiples faltas pues son las taras que su padre le ha heredado y la infeliz creatura no tiene la culpa de haber nacido bruto. Es obvio que la pluma no es lo mío y que escribo con las patas pero por alguna razón oscura me veo obligado a escribir estos menesteres e insultar así el buen gusto del lector, al cual le solicito mil disculpas por adelantado.

Juro por mi alma que lo que aquí se asienta es enteramente cierto y tengo la documentación que lo prueba. Es más, hace un par de días por pura casualidad mencione a la hermandad blanca en una tertulia en palacio. Estaba ahí presente un caballero que llaman el Lic. Rugiero<sup>1</sup>, muy allegado al general Santa Anna, y este fulano me dio datos y detalles muy interesantes sobre esos amigos que me han ayudado mucho en la preparación de este escrito. ¡Tal parecía que Rugiero había vivido los hechos que describo!

Bien, suena ya el clarín y yo me retiro. Que sea lo que Dios dicte.

Capitán Ifigenio Soberanes Balarrasa

1864 - Prologo a Cargo de Don Guillermo Prieto

Me encuentro en algún pueblo polvoso del norte de la republica que ni nombre tiene y que sobrevive a las incursiones de los comanches solamente porque Dios es grande. Hace un frío de la chingada.

En el camino llego a mis manos este texto y lo he podido leer mientras la carroza se zangoloteaba de lo lindo y me parecía que Fidel iba a romperse todos sus infelices huesos. El libro me ha entretenido pero iba a opinar que el autor bien debería de dejar de escribir borracho (cosa que yo se bien

---

<sup>1</sup> El licenciado Rugiero es el chamuco en el Fistol del Diablo de don Manuel Payno.

rara vez funciona) hasta que recordé un incidente el día que salimos de la capital con los franceses pisándonos los talones.

--Sr. Presidente, ya es hora --le anuncie a don Benito.

--Espérese Prieto, tengo que hacer algo. Sígame.

Seguí a don Benito por los corredores de palacio nacional. En los patios las tropas levantaban su impedimenta y entre gritos y mentadas de madre se preparaba la evacuación. Según nos habían informado las avanzadas francesas habían sido vistas en el peñón.

Llegamos hasta donde había una puerta añeja que parecía no haberse abierto desde tiempos del virrey don Antonio de Mendoza. Para mi sorpresa don Benito produjo una llave y la puerta se abrió con un chillido tétrico. Ante nosotros había un corredor que daba a un patio oculto.

--No sabía que esto existía, señor presidente.

--Pocos lo saben Prieto --dijo don Benito deshaciendo telarañas con su bastón para abrirnos paso--, Sígame, y no diga ni una palabra de lo que vera, se lo suplico.

En medio del patio había unos ancianos indígenas esperándonos. Estos hicieron una reverencia al entrar don Benito y saludaron al presidente en una lengua indígena que me era inteligible pero que él aparentemente entendía. Tal vez era zapoteco, no se. Uno de los viejos sostenía un gallo.

--Sostenga el gallo don Guillermo, por favor --me indico don Benito.

Hice tal. El pajaraco era bastante grandote, casi un guajolote. Me imagino

que era uno de los gallos campeones que había criado aquí en palacio Santa Anna. ¡Comían mejor que los ministros los malditos pajaracos pues Santa Anna solía pasársela chiqueándolos en lugar de atender a los negocios de la republica! Yo francamente estaba intrigado. Estos indígenas tenían pinta de curanderos. ¿Le iban a torcer el pescuezo al pajaraco y lo iban a sacrificar? Hice planes para asegurarme el cadáver para que me lo hiciera en caldo una de las soldaderas del Supremos Poderes.

Para mi sorpresa, uno de los ancianos le arranco una pluma de la cola al pajaraco y no molesto más al animal. Acto seguido la pluma fue depositada en una especie de altar y le derramaron un liquido. Luego le prendieron fuego a la ofrenda. Para mi sorpresa una gruesa columna de humo se elevó a los cielos y luego un viento se la llevo al norte.

--Creo que queda claro adonde debo dirigirme: al norte, a tierra de los chichimecas --afirmó don Benito en castellano, tal vez para mi beneficio. Los ancianos inclinaron la cabeza asintiendo.

Yo todavía sostenía al gallo.

--¿Y que hago con este gallo, don Benito?

--Ah, me temo que usted debe de cuidar de él, don Guillermo. No deje que le pase nada. Si tal ocurre, la republica caerá.

A veces me es difícil interpretar cuando Juárez se está burlando de mi, ya ven que puede ser una esfinge. El caso es que aquí estoy, en casa del diablo, sosteniendo todavía al gallo el cual me ha cagado mas de una levita. Cuando le pedí mas explicaciones a don Benito este se concreto a decirme que lo que vide eran "cosas de indios" e insistió que por el bien de la republica tenia que cuidar de este animal.

Tal vez sea lo correcto. Pero ahora me parezco a Pedro, condenado a cuidar del gallo de la pasión hasta que regrese Cristo. El caso es que ya hasta me encariñe con el animal aunque, a veces, por las hambres, he pensado en hacerlo sopa y al diablo con la republica. Es entonces que me recuerdo que en nuestro error hemos sufrido toda clase de peripecias y traiciones y, si seguimos libres, tal vez se deba a la protección de los dioses que esos indígenas ancianos invocaron. Ya que leí este libro creo que adivino quienes eran esos ancianos a los que don Benito consulto.

Guillermo Prieto

1869 - Prologo a Cargo del General Vicente Riva Palacio

A instancias de mi amigo, don Guillermo Prieto, he leído el texto que aquí se incluye. Me temo que es una fantasía y esta llena de patrañas. Hablo con toda autoridad pues tengo en mis manos los archivos de la inquisición y no, nunca hubo un “inquisidor Montoya” ni un asalto al palacio del santo oficio como el que aquí se describe. Tampoco hay mención de ningún “rey coyote” o semejante en las crónicas de la colonia.

El autor, un tal Ifigenio Soberanes Balarrasa, aparentemente desapareció en la malhadada expedición a Tejas. Así pues, el infeliz esta más allá del bien o del mal. Solo por eso le perdono sus barrabasadas, fruto de una imaginación febril que tal vez fue abonada en exceso por Baco.

General Vicente Riva Palacio

1914 - Prologo a Cargo del General Francisco Villa (dictado a Martín Luis Guzmán)

Por aquellos días, por diferencias con el general Huerta al que el Sr. Madero designo

como mi comandante, fui llevado preso en grilletes a la ciudad de Méjico. Estando ahí, otro preso, que era además maestro de escuela, se apiado de mi ignorancia y pocas luces y me empezó a dar lecciones sobre la historia de Méjico.

Fue entonces que cayó en mis manos este texto, lleno de hechos de armas, de derramamientos de sangre, y de intrigas y de traiciones. Y la historia que se cuenta me increpo a seguir leyéndolo a pesar de mi ignorancia de los asuntos de las letras. Creo que siendo yo también, por los azahares del destino, un hombre de armas tomar, el leer sobre esos menesteres se me hizo fácil y me dio placer. Poco a poco mi habilidad para la lectura fue mejorando leyendo este texto y los sufrimientos de la prisión se aligeraron.

Confieso, sin embargo, que creí a veces que el texto era fantasioso y fanfarrón. ¡Tanto embrollo hay descrito en él que yo se bien podría solucionar en un santiamén con una docena de mis muchachitos!

Recomiendo entonces sin reserva este texto, sobre todo para que lo lean los presos en las penitenciarias pues el hacerlo será justo castigo a sus delitos además de que les enseñara algo, aunque todavía no se exactamente qué. Y tal vez seria conveniente, una vez que el pueblo triunfe sobre los que lo explotan, que se encarcele a los malos gobernantes en las penitenciarias para que sean expuestos a este texto.

General Francisco Villa

1980 – Prologo a Cargo de Octavio Paz

El mexicano, laberíntico y barroco, encontrara en esta obra el fiel reflejo de su hechura fantasiosa, onírica, causada por la violación de la madre indígena y razón del resentimiento hacia España. No tiene mayor merito entonces este texto. Aduce

de múltiples defectos y también denigra la imagen de Sor Juana. Esta, bien sabemos, aparte de ser la décima musa y gloria de las letras mexicanas, fue también la primera medallista olímpica mexicana, de ahí que se le represente con la medalla que ganó en esas competencias. Todo el embrollo en que en el texto se le involucra es una fantasía sin fundamento histórico y no tiene nada que ver con las justas atléticas en que la musa participo y en los cuales que puso muy alto el nombre de Méjico. En suma, leer este texto es una pérdida de tiempo.

Octavio Paz

2010 – Mención de este texto en el semanario Desde La Fe, publicado por la arquidiócesis de Méjico.

Anda circulando entre los enemigos de Cristo un documento sobre los secretos de un hereje de ascendencia moruna que bien podría tener nexos con Al Qaeda. El texto se mofa de la santa madre iglesia y calumnia a la gran institución evangelizadora (por qué tal es la naturaleza de los hombres que solo con sangre la religión entra) que fue el Tribunal del Santo Oficio o inquisición.

Es la opinión de la más alta jerarquía eclesiástica de la iglesia mexicana que esa institución debería volver a ser implantada, sobretodo para asegurar la tranquilidad y perpetuidad del régimen que Dios, en su infinita sabiduría, le endilgo a los mexicanos.

Su eminencia, el excelentísimo arzobispo don Perberto Rivera ha escrito a su santidad el papa solicitando que se reimplante el Santo Oficio, aprovechando que ahora regentea a Méjico un gobierno clerical y de derecha. Hacemos votos para que Dios de fe de su amor a los mexicanos e ilumine a Su Santidad para que así lo ordene en un futuro no lejano. En ese día ansiado, los

enemigos de Dios y de las instituciones volverán a recibir el justo castigo a sus pecados que el Tribunal del Santo Oficio les impondrá.

Hugo Maldemar – Vocero del Arzobispado



## I. Delfi



*“Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados...” – el Quijote*

*Donde una ofrenda en la cueva de la sibila despierta a Apolo de su sueño.*

Grecia, 1515

El jinete porta un gran turbante a la turca y monta un magnifico caballo percherón negro. Lo acompaña una gran perra negra que camina junto al caballo. El jinete hace un alto en el camino y se apea. La perra negra se echa bajo el caballo para aprovechar su sombra. El sol es inmisericorde.

El jinete mira a su alrededor. No hay señas de vida humana excepto por el viejo camino romano en que viaja y un monolito semi arruinado al pie de un barranco que cae al mar. El lugar huele a azufre y hay un ojo de agua hedionda e hirviente junto al monolito. Y un horizonte de tobas volcánicas completa el triste paisaje.

El jinete se aproxima al monolito y lee la inscripción en griego antiguo: “...escuchad viajero, ve y decide a los espartanos que aquí, fieles a sus leyes, seguimos...”. El jinete sonríe reconociendo el monumento a Leónidas. El lugar es las Termopilas. El

jinete vacía la vejiga en la poza de agua hedionda.

El tiempo y las fuerzas geológicas han cambiado el lugar. Ya no es el paso estrecho que los espartanos defendieron sino que se ha convertido en un llano de unas 200 yardas romanas de ancho. No, concluyo el hombre, aquí hoy no se podría detener a nadie con tan solo 300 hombres. O 301 si se contaba a sí mismo, aclaro el jinete, recordando que el había sido testigo de los hechos.

El jinete se vuelve a subir a su caballo y se apresta a continuar. Pero la perra negra gruñe y su pelo se eriza.

--¿Qué os perturba Zenobia? --pregunta el hombre.

El hombre alza sus ojos y escudriña el cielo. La resolana es intensa. La perra gime ahora. El hombre no lo duda más y entierra sus espuelas en los flancos de su caballo y se interna en una cañada.

--Por aquí fue que los persas flanquearon a los espartanos. Quiera Dios que la cueva todavía este aquí --murmura el hombre.

Para su fortuna, la cueva todavía existe. Su boca es amplia pero está escondida por la maleza y por una gran piedra que corona la entrada. Sería imposible detectarla desde el aire y muy difícil desde la tierra. El hombre desmonta y guía a su caballo dentro de la cueva.

--No ladréis, Zenobia --aconsejo el jinete--. Aquí me refugie cuando me dieron por muerto a causa de mis heridas.

Con sumo cuidado y manteniéndose entre las sombras de la cueva el hombre examina otra vez el cielo. Cree ver lo que los mortales pensarían es un gran pájaro cruzando el cielo. Pero que el jinete sabe

que no era tal sino un hombre alado, es decir, un ángel. Y este vestiría a la romana y portaría una gran spata que le sería mortal al jinete y no le daría ni le pediría cuartel.

El jinete suspiro reconociendo a su adversario.

--Eleazar. No lo había visto desde Megido. Se dirige a Atenas. Cree que me embarcare ahí. Seguro hay otros esbirros que vigilan ya en Venecia. Buscare como cruzar a Italia en un buque de pescadores.

Y el hombre recuerda entonces un llano siniestro en el Sinaí que los hombres llaman Megido o Armagedón y como hace milenios dos ejércitos se disputaron ahí el control de la tierra. El bando del hombre, los rebeldes, estaba en desventaja numérica pero por tres días logro mantener incierto el resultado. Eventualmente la ventaja numérica de los contrarios se impuso y la batalla se perdió.

El ejercito derrotado busco refugiarse y hacerse fuerte en Egipto. El comandante de los rebeldes, a cuyo servicio el hombre estaba, lo designo comandante de la retaguardia. Y fue ahí donde el hombre se batió varias veces con la caballería de ese Eleazar que ahora surcaba los aires.

Y con los restos de su retaguardia el hombre eventualmente llego a Egipto donde se le entero que la guerra había terminado y que la victoria no sería de ellos.

--Señor conde --le dijo su comandante--, sabed que he aceptado el ofrecimiento que me hicieron. Me exiliare y abandonare la tierra. ¿Estáis dispuesto a seguirme al exilio?

--Con la venia de mi señor, prefiero seguir en el mundo.

--No me extraña de vos, señor conde. Os relevo de vuestras obligaciones a mi servicio para que podáis seguir en el mundo. Sabed, sin embargo, que seréis perseguidos inmisericordemente.

Y así fue. Y mientras Alejandro forjaba un imperio y este se desintegraba y Roma surgía y caía y los hombres del profeta conquistaban el medio oriente y entraban a Al Andaluz y los normandos se enseñoreaban en tierra santa y sus reinos ahí se convertían en polvo y Bizancio agonizaba lentamente, el hombre y otros fugitivos de Armagedon como él vagaron sobre la faz de la tierra, siempre perseguidos por sus adversarios. Y cuando estos los descubrían no había misericordia y eran despedazados hasta que llego el momento en que el hombre dudo que quedaran mas como él y pensó que tal vez era el ultimo.

Y ahora, después de vivir tranquilamente 200 años en Trebisonda fue inevitable que alguno de sus adversarios lo reconociera. El hombre salio huyendo de la ciudad en medio de la noche. Dejo atrás un seraglio con cien mujeres bellísimas, eunucos leales, libros exquisitos, joyas y otros tesoros. Pero por lo menos estaba todavía libre.

Pasaron horas y el jinete y sus animales aguardaron dentro de la cueva pacientemente. Al caer la noche reanudaron su camino. Antes de llegar a Atenas doblaron rumbo a Delfi. Y fue así que después de varios días de camino eventualmente llegaron ante un conjunto melancólico de ruinas al pie de una cordillera volcánica.

El jinete se apeó y seguido de su perra penetro en las ruinas. Reconoció la leyenda escrita sobre el pórtico: "conoceos a ti mismo". El silencio sepulcral del lugar solo fue roto por el cantar de los búhos, avatares de Minerva, que anunciaban su llegada.

--Si nos van a emboscar, Zenobia, ahora sería el momento y este sería el lugar --dijo el hombre mientras desnudaba su alfanje.

El hombre observo a su alrededor y una honda melancolía lo embargo. Aquí, se dijo, se levantaba la estatua a Athena que Pericles mando erigir. Tan solo un pie de la diosa quedaba arriba de un pedestal carcomido por el tiempo. Y allá, recordó también el hombre, se encontraba la victoria alada que Cayo Mario había mandado alzar para recordar sus victorias sobre los teutones. Ahora solo un zócalo erosionado era todo lo que quedaba.

La perra gruño quedamente.

--Vuestro mundo ya no existe, ¿verdad Zenobia? --dijo el hombre dándole de palmadas a la perra--. ¿Os acordáis como las sacerdotisas de Afrodita y sus esclavas caminaban por esta calzada sonriendo, orgullosas, alegres, altivas, completamente desnudas, con la piel tatuada bronceada por el sol, tan hermosas que recordaban a la diosa a la que servían? El que supiera lo que he visto entendería por que amo tanto al mundo y me rehúso a abandonarlo.

El hombre suspiro y camino entre las ruinas y escombros. Finalmente se detuvo enfrente de las ruinas del templo de Apolo. El hombre subió por la amplia escalinata y penetro en el lugar. La bóveda había caído. El hombre camino entre los escombros hasta encontrar la entrada a una caverna tétrica. El hombre no dudo por un momento y penetro en la cueva, seguido de cerca por la perra.

La gruta era ancha y su corredor tenía un declive hacia las entrañas de la tierra. El hombre prendió una tea para alumbrarse y recorrió el camino con cautela. Eventualmente el corredor desemboco en un anfiteatro subterráneo. Reconoció la

grieta por donde salían vapores mefíticos que enerve cian a las sibilas y les permitían hablar con la voz de los dioses. Pero ahora no había nada en el anfiteatro excepto por los escombros de un altar.

El hombre saco un pequeño tazón de plata y lo puso reverentemente sobre el altar. Luego deposito en el tazón una ofrenda de vino. Abrió un pergamino antiquísimo y elevo una plegaria que no se había oído ahí en siglos. Apago su tea. Espero en la oscuridad sentado entre las piedras. Su perra se echo a su lado.

Pasaron horas. De pronto sintió como la tierra se movía. Un terremoto, concluyo el hombre mientras volvía a prender su tea. Cayo polvo del techo de la cueva y una nube de vapores mefíticos salió exhalada de la grieta en la pared. La perra gimió.

El hombre puso su mano sobre la perra para calmarla.

--Esperad un poco mas, Zenobia, los dioses están modorros. Hace siglos no se les invoca.

Pasaron unos minutos y entonces una voz de dulzura celestial se oyó claramente hablando en griego antiguo:

--Para encontrar lo que buscáis, id al fin del mundo, y pedídselo a mi hija.

El hombre se puso de rodillas.

--¿Cómo la reconoceré, mi señor?

--Por su lira --fue la respuesta.

## II. Juana



*“No hay cosa más libre que el entendimiento humano; pues lo que Dios no violenta, ¿por qué yo he de violentarlo?” – Sor Juana*

*Donde una jovencita y su nana hacen antesala en la real Universidad Pontificia de la muy noble y señorial Ciudad de Méjico*

Ciudad de Méjico, 1666

La nana tocó en la puerta de la oficina adonde las habían dirigido. Un secretario abrió y observó a ambas ceñudo.

--¿Qué buscáis?

--Aquí nos citaron. Ya tenemos tiempo esperando. Se supone que don Diego nos va a recibir.

--¿Esta es la niña?

--Sí --dijo la nana--. Nos manda doña Leonor Carreto.

Leonor Carreto era la virreina, esposa del virrey Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera. La nana esperaba que la mención de la virreina agilizará las cosas.

El secretario hizo una pequeña reverencia. Y la puerta se volvió a cerrar.

--¿Pos quien se cree que es este hombre necio para hacernos esperar? --le dijo la nana a la “niña”, Juana, en voz queda--. ¡Más le vale que no nos haga esperar mucho tiempo o le iré con el chisme a la patrona!

Juana le sonrió a su nana. Tenía ella unos 14 años. Era una muchacha guapa, con una cabellera negrísima, ojos glaucos, y una frente despejada.

Las dos mujeres aguardaban en un amplio corredor en el edificio que almacenaba la Real y Pontificia Universidad de Méjico. A través de un gran ventanal se divisaba la catedral y la gran plaza frente al palacio virreinal.

La puerta se volvió a abrir.

--Pasen, por favor --dijo el secretario. Disculpen que las haya hecho esperar. Entiendan, por favor, don Diego está ya muy delicado de salud. Tiene 95 años pero todavía insiste en presentarse en su oficina y recibir visitas. Nos ha dado ya varios sustos.

--¡No le hagan caso a ese patán! --se oyó una voz cascada desde otra oficina interior--. ¡Viejo el mar y todavía hace olas! Déjenla entrar. ¡Si ella es como su fama anuncia podré aprender algo!

Diego Rodríguez, fraile de la orden de la Merced, y ocupante de la cátedra de astrología y matemáticas de la Real y Pontificia Universidad de Méjico era un anciano mestizo, aindiado, enjuto, desdentado, y calvo. Se encontraba sentado detrás de un gran escritorio de caoba. Las paredes de la oficina estaban cubiertas con libros. Juana reconoció los títulos: Homero, Galeno, Platón, Al-Kwarizmi...

--Sentaos niña, por el amor de Dios, que no muerdo. Además, ya ni dientes tengo.

Juana se sentó en una silla ante el anciano sin decir ni una palabra. El anciano la observo con detenimiento.

--Tengo entendido que habláis el mexicano --dijo Rodríguez en náhuatl.

--Fue mi primera lengua --explico Juana contestando también en náhuatl--. Mis nanas me arrullaban en esa lengua.

--¿Conocéis los anales de los reyes mexicanos? ¿Habéis leído a Chimalpahin o a don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl?

--Desconozco a Chimalpahin pero conozco a don Fernando y también a Fray Juan de Torquemada. Y, por supuesto, he leído a Bernal Díaz del Castillo.

--Entiendo. Ya tendremos tiempo para enteraros de las antigüedades de Méjico.

--Tengo curiosidad por esos menesteres.

--El Méjico anterior a la conquista era en verdad un civilización magnífica, Juana, y en muchos aspectos era aun más avanzada que la europea.

--¿Cómo cuales?

--Sabed, Juana, que los reyes mexicanos administraban una justicia, cruel si, pero justicia. Esta se daba sin que ningún gran señor osase solicitar encaje que favoreciera sus intereses. La mordida y el cochupo, mucho me temo, vienen de España.

Además, yo pienso que su sistema de enseñanza era superior. El niño crecía sabiendo que el más grande servicio que podría desempeñar sería el trabajar en bien de su patria. Y las canas eran respetadas entre el vulgo y el mas grande titulo al que

un hombre podía aspirar es al de tlalmamime o maestro.

Todo esto es para mí un tema muy querido, Juana, y espero poder enseñaros esos menesteres.

--Admito que el tema me intriga, don Diego. Vivimos rodeados de los vestigios de esa civilización y poco los apreciamos o siquiera los reconocemos.

--Pero decidme, Juana, sois dama de compañía de doña Leonor Carreto, ¿cómo se encuentra el virrey don Antonio?

Juana bien sabía que don Antonio había sido nombrado virrey a pesar de la oposición del consejo de Indias que pensaba que su salud no era la óptima.

Juana cavilo su contestación por un momento. Las intrigas de la corte eran constantes y evidentes aun para ella, dama de compañía de la virreina. ¿Qué interés tendría este anciano con los menesteres de la corte? Juana opto por dar una respuesta diplomática.

--Su señoría el virrey goza de cabal salud, gracias a Dios. Jura que el chocolate lo ha restablecido completamente.

El anciano se rio.

--En efecto. Tu servidor fue el que le sugirió que cambiara su dieta e incluyera en esta el pulque y el chocolate y dejara de comer tanto marrano y beber vino. Don Antonio es un marino y es correoso como todos los de su raza. Con tantito endereza el rumbo.

Juana no dijo más.

--Os quiero agradecer que hayáis aceptado venir --dijo el anciano en griego--. Debo de decir que estoy sorprendido. Tenéis tan solo 14 años. ¿Si me entiendes, verdad?

--Sin problema --contesto Juana en la misma lengua.

--¿Qué tanto domináis del griego?

Juana hizo una mueca.

El anciano volvió a hablar en español.

--Perdonadme, niña, me imagino que no estáis a gusto.

--Con todo respeto, don Diego --respondió Juana todavía en griego--, no quiero ser examinada como si fuera un bicho raro.

El anciano levantó una mano.

--Tenéis razón, por supuesto. Ahora que, hablando de chocolate y sus propiedades milagrosas, en las que firmemente creo, se me antoja uno. Doña Leonor es mi amiga y me ha contado que sois muy dulcera. Me sería un gran honor si me acompañáis en tomar un chocolate.

Juana no dijo nada y tan solo inclino la cabeza. Todavía no se sentía a gusto siendo cuestionada por este anciano tan extraño. Don Diego toco una campanilla y el secretario se presento.

--Por favor traednos dos chocolates, Felipe.

En voz baja, el anciano se dirigió a Juana una vez que el secretario había partido.

--Ansina no va a estar espiándonos mientras trae el gasaje. Escuchad, Juana, no os traje a examinar como bicho raro. He oído de vuestro talento y no, no tenéis que probar aquí nada. Me interesa nutrir vuestro intelecto. Decidme, Juana, ¿podéis guardar un secreto? Hay cosas que se me pudren por guardarlas.

--Supongo que sí --contesto intrigada Juana ante la pregunta del anciano.

El anciano se levanto dificultosamente y se dirigió a uno de sus libreros. Con una llave que le colgaba del cuello abrió un cajón y extrajo un libro.

--Hay ventajas en estar en la Nueva España que no gozan nuestros colegas de Salamanca. Y por colegas te incluyo a ti.

--Don Diego, usted no me conoce.

Bien, decía yo que a veces es mejor estar en Méjico que en Salamanca. ¿Sabéis por qué? ¡Qué pregunta tan necia la mía! No hay razón por la que lo sepáis. Veras, Juana, en España los censores queman cuanto libro viene de los países herejes.

Juana vio, como si fuera un bicho raro, el libro que el anciano tenía en sus manos.

--¿Y ese libro fue escrito por herejes?

--Si, Juana. Este libro fue escrito por herejes, igual que fueron escritos los evangelios. Digo, el mismo Pablo era judío, ¿no? Y sin embargo leemos sus cartas y epístolas sin condenarnos. El caso es que los libreros en Europa a veces compran libros y saben que no los pueden vender en España pues los quemarían. Para no perder su inversión, los mandan de contrabando a Veracruz.

El anciano comenzó a hablar en latín.

¡Tole, leget!<sup>2</sup>, os lo regalo y os aseguro que no os condenareis al examinarlo. Creo que estará en buenas manos.

Sor Juana agarro el libro con manos

---

<sup>2</sup> "¡Tole, leget!" o "ten lee" es la frase que San Agustín de Hipo Regio asegura oyó decir a un ángel y que lo impulso a estudiar los evangelios.

trémulas. El título era *Misterium Cosmographicum*.

--¿Kepler? No lo conozco --admitió Juana.

--Johannes Kepler. Es un teutón. Yo lo considero el asesino de Claudio Tolomeo. Veréis que es muy leído y conocedor de la ciencia de las estrellas y de lo que pasa en el sol y la luna. Leedlo y comprenderéis.

Juana abrió cautelosamente el libro. Estaba escrito en latín. En el prefacio leyó:

"...yo deseaba ser teólogo; pero ahora me doy cuenta a través de mi esfuerzo de que Dios puede ser celebrado también por la astronomía..."

Juana empezó a hojear el contenido. Su entusiasmo era evidente.

--¿Parábolas? ¿Un modelo parabólico?  
¡Vive Dios esto es fascinante! --exclamó la joven

--¡Sabía bien que no me había equivocado con vos!

--¿Pero no está prohibido tener este libro?

--Técnicamente sí, la inquisición nos haría chicharrón tanto a mí como al libro. Pero no te preocupes. El libro estará más seguro en tus manos pues ningún inquisidor se atreverá a levantar la mano contra la dama de compañía de doña Leonor. La mayor parte de mi biblioteca será consignada a las llamas cuando yo muera.

Juana contempló los cientos de libros que se encontraban a su alrededor.

--¡Dios mío!

--Salva a don Johannes, Juana, por lo menos.

## III. El Enviado del Virrey



*Donde se relata un incidente que ilustra la cautela necesaria al vaciar la vejiga en tierra caliente.*

Nueva España – mayo de 1713

En esos días llegó don José Antonio Pavón, visitador representando a la hacienda del virrey, a San Andrés Tuxtla, poblado localizado en el sur de Veracruz en la Nueva España. Era don José Antonio un hombrón de mediana edad, chaparro, algo barrigón, muy colorado, cristiano viejo, originalmente de Asturias. La misión de don José Antonio era inspeccionar las plantaciones de tabaco de esos lares, hierba sobre la que la corona poseía un monopolio que le proporcionaba pingües ganancias. Sin embargo, las rentas del virrey habían disminuido, según se reportaba, por causa de un chahuistle o enfermedad que afectaba a las plantas del tabaco. Don José Antonio hizo el viaje, por demás azaroso, a los Tuxtlas con la intención de verificar estos reportes.

El alcalde de la localidad, el mestizo don Faustino Panza, le proporciono aposento y guías que lo acompañarían en su inspección. Don José Antonio empezó a hacer sus recorridos por las plantaciones de tabaco de la comarca. Los reportes eran, en efecto, correctos: una plaga afectaba las plantas. Sin embargo, aseguraban los naturales, esto era un hongo que se

aparecía cada veinte años y se esperaba que, con la llegada del tiempo de lluvias, los efectos de esta plaga se diluyeran y pronto la producción volvería a ser como antes.

El viaje de don José no hubiera tenido mas novedad excepto que, en el curso de su inspección, sintió la necesidad de vaciar la vejiga. Don José Antonio se apeó de su mula y se apresto a hacer su necesidad detrás de una ceiba. Desafortunadamente, estaba ocupado en esos menesteres cuando sufrió la picadura de una víbora de las que los naturales llamaban nauyacac. Estas eran conocidas por ser venenosísimas. Los escoltas de don José oyeron sus alaridos y de inmediato mataron al bicho. La mordedura había sido en una pantorrilla (y no en otra parte, de lo cual dio gracias don José Antonio). La escolta le hizo un corte para hacer fluir la sangre.

Don José Antonio, sin embargo, estaba muy pálido y sentía como su corazón se aceleraba incontrolablemente. Era evidente que el veneno había invadido su organismo. Cayó desmayado. Sus escoltas lo llevaron de regreso a San Andrés. Don José Antonio fue puesto en su cama, en espera del fatal desenlace. Viendo que la parca ya rondaba, el alcalde don Faustino hizo preparar café (necesidad infaltable en los velorios) e hizo llamar a unas viejitas que se ganaban la vida rezando rosarios en los funerales.

No había sacerdote en San Andrés que le diera la extrema unción a don José Antonio. Y tampoco había medico o cirujano que le mantuviera el alma en el cuerpo. La muerte y tal vez la condena eterna era eminente.

Don José Antonio, en breves ratos de lucidez, maldecía como buen español y hacia demandas que un clérigo consideraría blasfemias e insistía además en que le trajeran a un cirujano o de perdido a un barbero. Ante tal insistencia, don Faustino



hizo llamar a un tal Guadalupe, indígena avencidado en el pueblo de Catemaco. Este indígena Guadalupe era reconocido por sus dotes de curandero o brujo y también por ser pícaro y taimado.

El brujo Guadalupe observo al paciente y sacudió la cabeza cual los médicos de la antigua Babilonia que se rehusaban entrar en lid con la muerte cuando esta era inminente. Más don Faustino mucho le insistió y lo amenazo recordándole un asunto de unas gallinas que habían desaparecido recientemente, hurto del cual se sospechaba Guadalupe era el culpable. Ante estas sugerencias Guadalupe cambio de parecer y se avoco a curar al enviado del virrey y este, en su desesperación por sentir la parca cerca y oler el café que ya se preparaba para el velorio, no puso objeción a los ministerios de su galeno.

Pasaron días de agonía. En un momento de lucidez don José Antonio se despertó y vio al curandero Guadalupe viéndolo fijamente.

--Decidme, ¿sois medico?

--Me llamo Guadalupe Cruz y no, patrón, no soy medico, aunque he mandado al Mictlan a bastantes almas y algo he aprendido echando a perder. Por favor tómese esto --le dijo Guadalupe pasándole un vaso con un brebaje.

Don José Antonio lo bebió sin protestar y sin querer saber que contenía.

--¿Me voy a morir? --pregunto don José Antonio.

--No. Acabo de bajar del cerro del mono blanco y pregunte.

--No os entiendo.

--Cosas de indios, patrón. Hable con Nanciyaga y ella me dijo que vuecencia no se muere de esta. Ella lo va a curar.

--¿Quién es esta Nanciyaga?

--La reina de los chaneques, patrón.

Don José Antonio se rió.

--Bueno, aun si esta señora Nanciyaga fuera la reina de España no me importa con tal que este en lo cierto. ¿Así que ella dice que no me muero de esta y que me va a curar?

--Así es, patrón. Es mas, dice doña Nanciyaga que usted se muere de viejo con los nietos saltándole en la barriga y jalándole las barbas.

--¡Válgame María Santísima! ¿Cómo le puedo agradecer a esta señora el que me cure?

--Déme un cobre y comprare un gallo negro que ofreceré a la media noche.

--Sea --dijo don José Antonio.

Y fue así que, después de una semana de fiebres, quejidos, maldiciones, y dolores, don José Antonio abrió los ojos una mañana pidiendo que le dieran café y desayuno pues tenia hambre.

La noticia causo un respiro en toda la población: si se hubiera muerto don José Antonio quien sabe como hubiera reaccionado el virrey. Las viejitas rezaderas tuvieron que contentarse con unos cuantos cobres que les soltó don Faustino. Y el café del velorio se lo apuro a sorbos don José Antonio, que había despertado con una sed de los mil diablos.

Pasaron los días y don José se iba recuperando lentamente. Entre sueños, sin

embargo, se despertó un buen día muy temprano al oír una voz poderosa exclamar:

--¡Dios es Dios y Jesucristo es su hijo!  
¡Venid a orar, hermanos!

Don José Antonio maldijo quedamente.

A media mañana se presento don Faustino Panza a inquirir como seguía el convaleciente.

--Dígame, don Faustino --le pregunto don José al alcalde--, ¿como es que llamáis a los fieles a misa de esa manera? ¿No tenéis acaso campanas?

--No, don José. La torre de la parroquia se vino abajo con un temblor y no hemos vuelto a colgar campana. De por sí, estamos aquí muy dejados de la mano de Dios. Tiene años que no tenemos cura en la parroquia. Nadie da ahí misa pero nos juntamos para rezarle al santísimo.

--¡Pero es que eso de llamar a los fieles así se asemeja al muecín de los moros!  
--exclamo don José, que en su juventud había viajado por el mediterráneo y conocía de los menesteres de los seguidores de Mahoma.

--Que le puedo decir --se excuso don Faustino--. Los naturales aquí son muy conservadores. Mi antecesor me dijo que esta costumbre estaba establecida desde que llevo aquí un prelado que tenia el nombre de Pedro Santa Cruz. Pero este se murió hace muchos años y el obispo no nos ha mandado reemplazo desde entonces. No creí conveniente enemistarme con la feligresía y así he dejado que esta costumbre siguiera. ¿Qué bronca tendría Dios con la manera con que se llama a la feligresía?

--Válgame Dios, pero, decidme, ¿Cuántas veces al día se hace esta llamada?

--En tiempos de mis viejos, se solía hacer cinco veces al día --explico el alcalde--. Pero hoy solo se hace en las mañanas y al atardecer.

--¡Cinco veces! ¡Milagro que no se hincan en dirección a Meca!

El curandero Guadalupe entro en esos momentos.

--Buenos días tengan sus mercedes. Don José Antonio, ¿Cómo amaneció vucencia hoy?

El indígena le tomo el pulso y le reviso las pupilas.

--No entiendo que ocurre aquí, don Guadalupe, parece que estoy en la tierra de los moros. Falta que se hincen en dirección a la Meca.

--Pues, don José Antonio --contesto Guadalupe--, según me contaban mis viejos antes rezábamos en dirección a Jerusalén. Aunque más bien parecía que lo hacíamos hacia Coatzacoalcos.

--¿Coatzacoalcos? --Se rió don Faustino--. Yo visite ahí una vez y no era un lugar muy santo que digamos.

--Bueno, tal vez no importe la dirección. La verdad es que os debo la vida Guadalupe --reconoció don José--. ¿Cómo os puedo pagar? Traigo algo de plata.

--No se preocupe vucencia. No se lo puedo aceptar.

--Algo abra entonces que pueda intercambiar con vos para mostraros mi agradecimiento.

--Si lo hay, don José Antonio: vuestra discreción --contesto Guadalupe--. Seria

mejor, creo yo, que no reportara como adoramos a Cristo en estos lares. Luego los señores de la inquisición toman todo a mal.

--Entiendo. Además que yo no puedo aventar la primera piedra pues ya hasta hice sacrificar un gallo negro a doña Nanciyaga. ¿Qué opina usted don Faustino?

--He aprendido a ser pragmático, don José. Así me llevo la fiesta en paz.

--Me intriga sin embargo por que este cura Santa Cruz enseñó a orar en esta manera a los naturales --dijo don José.

--En tal caso, le aconsejo que lea usted las memorias del cura Santa Cruz. Las tenemos en la sacristía --indico el alcalde--. Yo apenas si se leer y nadie más en el pueblo sabe hacerlo. Seguro que ahí explica porque rezamos ansina.

--¿Hay tales memorias? --pregunto con asombro don José--. Este fulano Santa Cruz me intriga.

--Si --respondió el alcalde--. Sin embargo, le pediré don José, aquí, ante Guadalupe, que mantenga usted discreción sobre lo que lea. Había rumores que el curita Santa Cruz tenia cola que le pisen y líos con la inquisición. Como dijo Guadalupe, ya vide vucencia que esos señores de la inquisición son rete mal pensados. ¿Para que tantos brincos estando el suelo tan parejo?

Don José Antonio accedió a estas condiciones, jurando que por su honor de hidalgo mantendría en secreto lo que leía.

## IV. Aquiles y la Tortuga



(Paradoja atribuida a Zeno de Elea, c. 450 antes de Cristo)

Un día la tortuga reto a Aquiles a una carrera.

--Si me dais tan solo unos metros de ventaja os podre ganar, --afirmó la tortuga.

--Bromeáis. Yo soy Aquiles. Soy el más grande guerrero en la tierra. Soy tan rápido como el viento y mis piernas son como troncos. Vos traéis a cuesta ese caparazón y sois lentísimo. En fin, os seguiré la corriente. Decidme, tortuga, ¿Qué tanta ventaja necesitáis?

--Tan solo unos diez metros, --explico la tortuga.

--¡Solo diez metros! Seguro perderéis. Eso yo los cubro en un suspiro.

--No. No voy a perder. Y os lo puedo demostrar muy fácilmente.

Aquiles se rasco la cabeza. Se sabía superior físicamente a la tortuga pero sabía que esta era reputada por su sagacidad y hasta había confundido a los filósofos en el ágora de Atenas.

--A ver, convencedme si podéis --contesto Aquiles con algo de recelo.

--Suponed --comenzó la tortuga--, que me dais la ventaja de los diez metros. ¿En cuánto tiempo los recorreréis?

--¡En segundos!

--¿Y cuanto tiempo mas pensáis que habré avanzado en ese intervalo?

--Tal vez un metro, si os esforzáis y sudáis mucho.

--Bien, en tal caso nos separara un metro. ¿Qué tan rápido cubriréis esa distancia?

--Otra vez, ¡en segundos, a lo más!

--Y en ese tiempo yo habré caminado, pues casi no puedo correr como vos, un poco mas de distancia, ¿verdad?

--Si. Así supongo.

--Y cuando vos habréis recorrido esa distancia yo habré caminado otro trecho mas.

Aquiles se quedo callado.

--O sea, en cada intervalo que os aproximáis a mi yo me habré adelantado mas.

--Según tu argumento tal es cierto.

--Es decir, mi buen Aquiles, que vos nunca podréis alcanzarme.

Aquiles se rio y le concedió la victoria a la tortuga

V. Suspiros



*Donde Juana discute con un fraile anciano sobre la naturaleza de los suspiros.*

Ciudad de Méjico, 1666

--Deposita vuestre una gran confianza en mí, --dijo Juana--. Vive Dios que yo no quiero líos con la inquisición pero ciertamente este trabajo de este señor Johannes merece ser protegido. Créame que me avocare a estudiarlo. ¿Es esta la razón por la que me cito?

--En parte sí. Sucede que oí que habéis hecho que don Armando Bocanegra, científico renombrado y catedrático de esta universidad, perdiera los estribos.

Juana recordó el debate, que pronto se volvió acrimoso, con don Armando.

--Don Armando y yo coincidimos en una tertulia en la corte y por no sé qué razón comenzamos a discutir sobre Aquiles y la tortuga, la famosa paradoja esa.

--¡Ja! El caso es que don Armando discutía con una niña de catorce años, dama de compañía de la virreina, que lo desarbólo completamente, para usar términos náuticos que entendería nuestro virrey.

--A raíz de nuestro debate, don Armando me ha acusado sin razón de ser fatua,

arrogante, la peor de todas. ¡Vive Dios que le he ofrecido mil disculpas!

--¿Disculparte? ¿De qué? El hombre es un patán. No os preocupéis, el asunto llegó a mis oídos, eso fue inevitable, y tuve que hablar con el virrey y hete tu aquí. Escucha, Juana, quiero tu opinión sobre una pulga que me he estado rascando y que tiene que ver precisamente con el bendito cuento ese de la tortuga y Aquiles. He consultado a mis otros colegas sobre el menester pero me tildan a loco. Si vos lo hacéis también creo que dejare el concepto por la paz.

--¿Perdón don Diego?

--La definición de velocidad la conocéis ¿verdad?

--En efecto. Una distancia dividida por la cantidad de tiempo que tomo recorrerla.

--¿Y si esa distancia fuera muy pequeña?

--Igual lo sería la duración.

--¿Y si la hicieras mas y mas pequeña, rete chiquita?

--Igual pasaría con el denominador.

--O sea, cada vez divides un número pequeñísimo por otro igual de pequeño.

--Me imagino que sí. Eso evitaría que la velocidad creciera a infinito.

--¿Aunque el denominador es cada vez más pequeño?

--Se van compensando, me imagino, don Diego. ¿Qué con ello?

--Pero eventualmente estas dividiendo una cantidad que es casi cero por otra que es casi cero. Y vos sabéis que dividir por cero es imposible.

--Pero no es cero, es casi cero, como vos habéis dicho.

--Creo que se trata de una fauna nueva. No son enteros ni fracciones. Yo los llamo "suspiros".

--¿Suspiros?

--Son números pequeñísimos, antes de cero, sin llegar a ser cero, como quien dice el último suspiro que uno tiene antes de morir.

--Entiendo. Sin embargo, ¡sus recíprocos serían casi infinitos! --Los ojos de Juana brillaron.

El secretario tocó y entró trayendo una bandeja con los chocolates. El anciano y Juana bebieron el brebaje con contento. Juana no se sentía ya incomoda. El que un doctor tan renombrado como don Diego la llamara colega y la confiara con el libro del hereje Kepler le complacía. Y además, el concepto que le había presentado don Diego la intrigaba.

--Imagínate, Juana, que veis a Aquiles corriendo y decís que va a tal velocidad. Es decir, vuestra observación vino de dividir a un suspiro por otro suspiro.

--Tienen entonces vuestros suspiros efectos reales, don Diego.

--En efecto, y esto va a lo que discutíais con Bocanegra. La paradoja es que si observáis a Aquiles...

--O a la misma tortuga, don Diego...creo que se hacía adonde va, don Diego.

--Si, a cualquiera de ellos, en un intervalo pequeñísimo de tiempo no se están moviendo en efecto.

--Cualquier pintor lo sabe. Puede mostrar a don Aquiles quemando la chancla pero estático.

--El arte tiene limitantes que las matemáticas no tienen.

--¡Limitantes! ¡Límites diría yo! --exclamo Juana con entusiasmo--. ¡Podríamos pensar entonces en la velocidad como un límite de las secuencias cada vez más pequeñas de los intervalos de tiempo y distancia! Y lo que el artista plasma es tal: un límite.

El anciano empezó a toser.

--¿Esta usted bien, maestro? --pregunto con preocupación Juana.

El secretario entró. El anciano parecía a punto de desfallecer.

--Don Diego lo llevaremos a su casa. Se ha agitado demasiado hoy.

El anciano levantó una mano.

--Juana, la carne tiene aun mas limitaciones que el arte o las matemáticas. ¡Cuánto quisiera haberte conocido unos veinte años atrás! Ahora ya estoy en la antesala de mi último suspiro, hija. Pero le agradezco, sin embargo, a Dios haberte conocido.

Juana se retiró llevando consigo el libro. Varias veces después visitó a don Diego y discutieron más sobre los suspiros, Kepler, y la muerte de Claudio Tolomeo.

## VI. El Moro



*Del libro de Pedro de Santa Cruz, donde se presentan por vez primera los menesteres y sobresaltos de la vida de este fulano.*

En el nombre de Ala, el misericordioso, el todopoderoso, el justo, a cuya luz y juicio se atestiguan estos, los testimonios verídicos de los hechos de Yusuf Bin Omar, conocido también entre los castellanos como Pedro de Santa Cruz, renombrado cristiano viejo.

Encuentrome juzgado y sentenciado por el Tribunal del Santo Oficio por los delitos de herejía, necromancia, y rebeldía, cargos que acepto. Y este Santo Tribunal, asentado aquí en la Nueva España, esta compuesto por santos varones dominicos, insobornables, inflexibles, e inmisericordes. La Inquisición ha dispuesto mi entrega a la justicia seglar para proceder a mi castigo. En dos días, el domingo, se me exhibirá en la plaza mayor de esta antaño Gran Tenochtitlan y hoy muy noble y señorial ciudad de Méjico, vestido con sambenito y portando una veladora, y se procederá a quemarme vivo en castigo a mis pecados.

Pero sé que el quemarme no ocurrirá, razón por la cual no me quita el sueño mi condena. Amigos fieles tengo. Esta madrugada apareceré “muerto” por tifo o tal vez otra enfermedad contagiosa, razón por la cual el celador mayor ordenara sacar mi cadáver inmediatamente para evitar

esparcir el contagio. Habrá plata para los que quieran vender su silencio y acero toledano para los que no. Así pues, en este año de 1683 de la era cristiana, 1063 desde la huida del profeta a la ciudad de Medina, será el año en que muera Pedro de Santa Cruz. Inshallah.

No le tengo miedo a la muerte. Nací en Sevilla de una mujer buena. Mi madre era la amasia de un mercader de la localidad, don Tomas de Santa Cruz, mi padre. Quiso Dios bendecirlo con tres hijos, mis medios hermanos, que tuvo con la mujer que la iglesia reconoce como su esposa. Mis medios hermanos crecieron hidalgos y eran renombrados en la ciudad por su estirpe y parrandas. Alcanzaron buenas posiciones en la corte por su apellido y la influencia de los amigos de nuestro padre.

Mi madre murió siendo yo tan solo un niño. Mi padre le encargó a un amigo de él, el cura Xavier Rosales, que me cuidara. Era don Xavier un hombre bueno, ya anciano, que fue como un padre para mí. Rosales me enseñó —a regañadientes y con sopapos— rudimentos del latín, griego, y las matemáticas. Quería don Xavier que siguiera yo la carrera eclesiástica pero esta no me atrajo. Había crecido en el barrio de Triana viendo a los buques entrar por el Guadalquivir trayendo toda clase de maravillas desde la tierra misteriosa que llamábamos Méjico. De ahí entonces que ya jovencito y al morir el buen cura decidí no entrar al seminario y preferí hacerme marino. ¡Cuántas veces, en medio de un tifón espantoso, con la nave haciendo aguas, achicando con desesperación, y maldiciendo tanto a Dios como a Belcebú, abjure de mi decisión!

En vida de mi madre mi padre nos visitaba seguido. Siempre fue cariñoso conmigo. Ya después de muerta mi madre sus visitas no fueron tan frecuentes pero nunca cesaron.

Y una vez que me inicié en la carrera del mar pocas veces coincidimos.

La última vez que lo vi fue antes de mi primer viaje a las Indias. Había regresado de Venecia y le traje unos compuestos turcos hechos a base de opio. Mi padre languidecía para entonces debido a una enfermedad misteriosa que lo iba lentamente acabando y sufría mucho por sus dolores. Mi padre había envejecido bastante y ambos adivinábamos que tal vez ya no nos volveríamos a ver.

--Pedro, hijo mío --me dijo--, id y adquirid más experiencia. Un viaje a las Indias podrá hacer vuestra fortuna. Obedeced con prestancia las órdenes de vuestros superiores. Aprended a oír antes de hablar. Y a meditar vuestras palabras antes de decirlas. Ya que regreséis, os daré una recomendación para que os embarquéis con un capitán amigo mío que ahorita anda para las Filipinas. ¡Y jamás olvidéis vuestra estirpe ni neguéis a vuestra madre que fue una santa!

Seis meses después regresé a Sevilla. En el muelle buscándome estaba un caballero anciano de porte muy serio.

--¿Caballero Santa Cruz? Soy el licenciado Urquiza, apoderado legal de vuestro padre, Tomas de Santa Cruz. Siento deciros pero vuestro padre murió recientemente.

Casi me desmayé al oír la noticia.

--Mi más sentido pésame, don Pedro. Vuestro padre era mi amigo. Daré lectura a su testamento. Fue la voluntad de vuestro padre que vos estéis presente.

Fue entonces la primera vez que cruce palabras con mis medios hermanos. Estos me recibieron de manera correcta aunque fría. Su madre, doña Catalina, sin embargo, me vio con un odio y resentimiento mal

disimulado.

--¿Vos sois el hijo de la mujer que llamaban 'la mora'? --me preguntó doña Catalina con mucho de veneno en su voz.

--En efecto, señora, tal soy. Y el nombre de mi santa madre era Miriam --fue mi respuesta.

Tenía yo entonces tan solo 23 años y se decía que era buen mozo. De niño mi padre solía acariciarme el pelo y decir que había heredado los ojos moriscos de mi madre. Había embarnecido con las rudas tareas del mar y mi piel estaba curtida por el sol de las Indias. El pelo me caía en bucles negrísimos en los hombros y portaba una buena toledana y sabía usarla. Aun vestido con las ropas humildes de un marino tenía yo más porte y presencia que mis tres hermanos.

--Don Pedro está aquí obedeciendo la voluntad del finado don Tomas --aclaró el licenciado Urquiza. Afortunadamente tal era el respeto que imponían sus canas que no hubo mas comentarios.

Como es de esperar, mis hermanos y su madre se llevaron la tajada del león. Entre fincas, ventas, rentas, y cédulas de proveeduría no iban a pasar hambres. Por lo que toca a mí, el licenciado Urquiza puso en mis manos una bolsa pesada llena de plata mejicana y unos folios sellados.

--Vuestro padre quería que abrierais estos documentos cuando estéis a solas --dijo Urquiza.

Mis hermanos y su madre vieron con envidia aun esta relativamente modesta herencia.

Esa noche renté aposentos en la taberna del Oso, enclavada en la vieja judería, un lugar que solía frecuentar entre viaje y viaje. Antes de retirarme, cené en el cuarto



común. Había entre los comensales la parvada usual: mata sietes a sueldo, chulos, las mujeres de estos, y caballeros esbozados buscando aventura. No les presté mayor atención y me retiré a mi cuarto, tomando la precaución de asegurar bien mi puerta.

## VII. La Novicia



*“Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad...” – la pastora Marcela en El Quijote*

*Donde se presenta la inconveniencia de que las novicias se dediquen a la minería.*

Convento de las Carmelitas Descalzas -  
Ciudad de México, 1668

La virreina, doña Leonor Carreto, entro en el despacho de la madre superiora.

--¡Doña Leonor! --dijo la madre superiora haciendo una caravana--. Es para nosotros un gran honor, su alteza.

--Madre, me temo que esta no es una visita social. Me han llegado noticias de que la novicia Juana de Asbaje no se ha adaptado a vuestra disciplina.

--Me temo que así es, su alteza. Ya vide vucencia que es casi una niña. Tiene tan solo 16 años. Estoy segura que con devoción y disciplina al final la carne se doblegara y cejara su rebeldía.

--Exactamente, ¿en que consiste la rebeldía de Juana?

La monja suspiró.

--Por principio, se presento aquí con varios libros profanos. Los confiscamos y los regresamos a sus familiares.

--¿Esta prohibido leer en las Carmelitas Descalzas? ¿No leen acaso los evangelios?

--No, no nos esta prohibido leer. Y ciertamente podríamos leer los evangelios. Sin embargo, consideramos que es mejor permitir que los sacerdotes nos interpreten la palabra de Dios. Pero eso no fue del agrado de Juana. Ha pedido que le proporcionemos los evangelios, y si es una versión en griego, mejor.

--Todavía no entiendo madre.

--Juana peca de soberbia y, peor, ha demostrado una gran curiosidad. La encontramos escarbando en las paredes del claustro. Aparentemente quería desenterrar una piedra labrada con jeroglíficos paganos de los indios. La tuvimos que disciplinar.

--Entiendo y concuerdo. La minería no es menester de las novicias, ¿no cree? De haberla usted consentido pronto tendría toda clase de galerías subterráneas y los cimientos del convento se vendrían abajo. Dígame, sin embargo, ¿en que consistió la disciplina?

--Ayunos y me temo que tuvimos que darle azotes. No muchos ni muy duros, sabe, pero si lo suficiente para hacerla que sufra.

--¡Santo Dios! Permítame hablar con ella.

--Me temo, doña Leonor, que eso no es posible.

--Tal vez no he sido lo suficientemente clara, madre. Es mi intención hablar con Juana de Asbaje. Por favor, no hagamos de esto un problema.

Algo había en la manera en que la virreina había dicho esto que hizo que la monja recapacitara.

--Bien, doña Leonor, tratándose de usted, haré una excepción. Sin embargo, os pediré que os llevéis a Juana con vos. Es evidente que no se va a poder adaptar a nuestra disciplina.

--¿A ese grado han llegado las cosas?

--Sí, doña Leonor. Es mas, la influencia de Juana ha causado toda clase de rebeldías entre las novicias. Juana insiste en que estas deben de pensar. Si el buen Dios quisiera que las mujeres pensáramos nos habría dado cerebro, ¿no cree vucencia?

--Creo que en vuestro caso, madre, no disputare vuestra lógica.

Unas horas después, a bordo del carruaje de la virreina, esta contemplaba a Juana.

--Habéis perdido peso, Juana --dijo la virreina.

--Ahorita me recupero --dijo Juana con la boca llena mientras degustaba del itacate que su nana había mandado con la virreina--. Estas gorditas están muy sabrosas. ¿Gusta una, doña Leonor?

--Gracias --dijo la virreina tomando una de las viandas--. Por Dios, Juana, ¿Por qué ingresasteis con esas locas? Estamos en la modernidad, en el pleno siglo XVII, y esas locas viven en tiempos del rey Leovigildo el peludo o que se yo.

--Quería aprender a ser humilde, doña Leonor. Y válgame Dios que ahí adentro supe lo que es ser humillada. Vamos, ahí dentro se amansaba hasta Lars Porcena, reputado por ser un hombre soberbio.

--Tenéis que aprender a aceptar que sois lo que sois --dijo la virreina acariciándole una mejilla--. Eres guapita. No necesitáis recurrir a hipócritas hermosuras para engañar a los querubines que ensartan el corazón de los mozos. ¡No os imagináis la cantidad de mancebos que preguntaban por vos en la corte y que se presentaban polidos y esperanzados de veros! ¿Estáis segura que queréis haceros religiosa?

--No me apetece el matrimonio, doña Leonor. No me considero suficientemente hábil para llevar tal carga.

--Justa excusa es. No es correcto que los padres den estado a los hijos y, sabed, yo me considero vuestra madre. Aun así, mucha sorpresa me causo veros amanecer monja. Pero decidme la verdad, Juana, los muchachos de la corte os aburren, ¿verdad? He visto que los toleráis pero los arrojáis de vos con trabucos e ingenios y mas de uno se queja de que se sienten emasculados por vuestro intelecto.

Juana suspiro.

--Pues la verdad si, doña Leonor. Solo saben hablar de toros y de caballos. Son puros hombres necios. Y si no les doy reciprocidades me acusan de cruel y desagradecida. Y si lo hiciera seria falsa. Luego pues de arpía o falsa peco y si fuera fácil de cruel me culparían. ¡Opinión ninguna gana! Además, bien sabe su señoría que ni siquiera tengo dote.

Doña Leonor sonrió.

--En tal caso os buscaran porque os aman bien.

--Sería sacrilegio, ¿no cree su señoría? --dijo Juana riéndose.

--¿Casarse por amor es sacrilegio?

--Según Galeno, el amor es una forma de locura. Y la ley canónica prohíbe que se casen los locos.

--¡Santo Dios, Juana! --se carcajea la virreina--. No os presionare más para casaros. Bueno, el único que he notado que os hace reír es el jesuita don Carlos de Sigüenza y Góngora. Dime, Juana, como se llamaba esa pareja de clérigos, ¿Abelardo y Eloisa?

--¡No sea mala patrona! --contesto Juana--. Y pues sí, don Carlos me cae bien. Tiene cerebro aunque no creo que sea tan buen matemático como don Diego.

La virreina palideció y se persigno.

--¡Ay Juana! ¡No sabes lo mucho que me pesa tener que anunciarte esto! No creo que haya otra manera de hacerlo. Es evidente que esas locas no te enteraron de nada ahí dentro. Escucha: mientras tú estabas en el convento don Diego murió.

--¡No! --exclamo Juana.

La virreina la abrazo.

--Hija, don Diego no sufrió. Ya estaba muy ancianito y Dios lo quería a su lado.

Juana lloraba desconsolada.

--Escucha, Juana, don Diego me nombro su albacea. En su testamento ordenaba que su biblioteca te fuera legada. Ya se encuentra en casa de tus tíos. También te dejó una carta que te entregara tu tía.

## VIII. El Secreto

*Del libro de Pedro de Santa Cruz, donde se descubre que el tal Pedro no es Pedro sino Yusuf.*



Prendí una veladora y me dispuse a leer los folios que mi padre me había dejado.

*Hijo Mio:*

*Os pido me perdonéis no haber sido mejor padre. Muchas veces fue mi intención traerte conmigo y reconocerte plenamente como tal, sin importar lo que dirían mi esposa y sus hijos. Si no lo hice entonces soy culpable de tibieza y poca hombría y de esto daré cuenta adonde mi alma vaya a parar. Sabed que he decidido enmendar mis acciones de la única manera que me queda.*

*He vivido toda mi vida una mentira. Sabed que igual hicieron mi padre y el padre y abuelo de este. Ahora, cerca de la muerte, no puedo dejar que esta mentira muera conmigo y debo confesaros la verdad. Sois mi único hijo. En ti reconozco la planta de mi padre. Las infidelidades de mi mujer me son bien conocidas. Y aun si los hijos de doña Catalina son míos, por lo falsos e indolentes que me han resultado, los creo más hijos de ella que míos. Pero, ¿como me atrevo yo a lanzar acusaciones de falsedad? Es por eso que debo haceros saber la verdad.*

*Sabed primero que nada que no, no somos*

*cristianos viejos como se asienta en las actas que seguramente con mucho alarde vuestros medios hermanos enarbolan ya. Todo lo contrario, somos descendientes del ultimo rey moro de Granada, Boabdil, a través de una de sus favoritas, de ahí tal vez mi tibieza y cobardía. Pero no buscare mas excusas. En efecto, el abuelo de mi padre se convirtió a la fe católica al caer Granada. De ahí el nombre que tomó para su familia, Santa Cruz. ¿Como dudar de la cristiandad de quien porta este nombre? Soltó buena plata y acabó con patentes de cristiano viejo. Bien se dice que poderoso caballero es don dinero.*

*Y si a ti os admito esto también os diré que tal vez fue un acto de rebeldía de mi parte el que me llevo a buscar a el amor de vuestra madre, mujer buena que nunca negó el ser de sangre conversa. El amor que tuve a vuestra madre es lo único de lo que no me avergüenzo.*

*Y os preguntáis por qué os hago saber tal noticia ahora, muerto ya. Sabed que la sospecha del origen de mi familia siempre residió en mi esposa, doña Catalina, y esta descubrió el secreto hace varios años. Con él me ha chantajeado y ultrajado mi honor sin que yo pudiera hacer nada en contra de ella. En esta España nuestra, intolerante y católica, el que se haga público mi secreto me hubiera sido funesto, incluso para vos, que es bien conocido que sois el hijo de una conversa.*

*Y pensareis que no seria tan imbecil doña Catalina de arruinarse conmigo. En eso estáis en lo cierto. Esa es la razón por la cual siempre he sospechado que mis recientes achaques han sido inducidos por ella para asegurar mi muerte. Y también me amenazo con buscaros y haceros mal también.*

*Considerad entonces esta carta como una advertencia. Tenéis ya enemigos poderosos*

*y probablemente sospechan que conocéis mi secreto. Por eso os doy estos detalles. Prefiero que estéis al tanto de lo que arriesgáis y no operéis a ciegas. Bien saben ellos que este secreto los puede destruir.*

*Por ultimo, un resquicio de dignidad quedó en nosotros. Mi padre me dio el nombre moro Omar al decirme este secreto siendo yo tan solo un niño. El nombre moro de él era Hakim. No soy Tomas como fui bautizado en la iglesia de los cristianos aunque moriré bajo tal nombre. Igual, vuestra madre os nombró Yusuf pues tal era el nombre de su padre. Así pues, si alguna vez decidís abjurar de Cristo asumid os ruego el nombre de Yusuf Bin Omar.*

*Ahora quemad esta carta.*

*Vuestro padre,*

*Omar Bin Hakim*

Los otros documentos consistían de unos escritos en árabe que deduje eran testimonios de mis ancestros que tal vez habían venido de África con el tal Tariq. También habían unas cartas muy tiernas de mi madre y una de las biblias de los moros, el Coran. Lo abrí. Estaba escrito en caligrafía árabe, cosa que no me era comprensible, pero también incluía una traducción al castellano. En su frontispicio había unos como ejercicios de caligrafía árabe escritos en una mano infantil. Lo único que pude entender fue un nombre en castellano: Miriam.

## IX. La Carta de don Diego



*Donde los muertos siguen de parlanchines explicándonos sus queveres a través de cartas.*

Ciudad de Méjico – 1668

*Querida Juana, Hija,*

*A mis manos me han llegado cartas semejantes de amigos o familiares que ya están más allá del bien o del mal. Muchas veces estas cartas están llenas de amargura y el difuntito se queja de perjuicios reales o imaginarios que le causo el lector y juran que lo denunciaran en una corte ultraterrena. Otras cartas, las menos, le atestiguan al que la lee que el difuntito estará agradecido por toda la eternidad de haber conocido al lector y espera pedirle al santísimo (esto es si los pecados del difuntito no lo refunden en otro lugar y ante otra presencia) que el lector goce de una larga y feliz vida.*

*Hija, por mis pecados, que fueron muchos pues, créelo o no, pero alguna vez fui joven y guapo y no el viejo decrepito que conocisteis, dudo que pueda yo interceder ante nadie por vos. Sin embargo, aun refundido en un lugar apretado y caluroso recordare con agradecimiento el placer que me dio vuestra persona y fino intelecto.*

*Lo ultimo que supe de vos es que habíais sido aceptada como novicia en el convento de las carmelitas descalzas. Tal noticia, lo admito, me causo asombro. ¿Qué os motivo a tal cosa, hija? Tal parece que pensáis que la sociedad os insiste en enclaustraros, de alguna manera o otra, bien en el matrimonio o en una celda de carmelita, y que vos decidisteis que si os van a crucificar que sea con los clavos mas crueles posibles.*

*Que me perdone Dios, pero espero que recapacitareis. Vuestro intelecto no se lo merecen las carmelitas. ¡Lo afirmo hoy, todavía en vida, y lo afirmare así durante mi juicio! Dios os ha coronado con ese intelecto y si lo encerráis en tal claustro estas rechazando un don divino. Y eso, Juana, es el peor pecado que me puedo imaginar.*

*Pero, ¿qué se yo? Para ahora, todo lo que yo haya aprendido o entendido ya engordo a un gusano que entro a mi cráneo. Ojala que el bichito no se empache ni se crea mejor que sus hermanos por comer esos pellejos llenos de errores.*

*Los libros de los que mal extraje mis conocimientos, los mismos que me causaron mas dudas, que me llenaron de frustración confundiendo mi corto intelecto, esos libros, a los que amo y odio, le he pedido a doña Leonor que os los haga llegar. Creo que es lo mejor. Si se los dejo a la universidad no tardaran en empezar a husmear ahí los doctos señores de la inquisición y pronto harían una hoguera adonde con gran algarabía quemarían a la pagana Safo, al moro Al Kwarizmi, al hebreo Baruch de Espinoza, y al resto de mis viejos amigos que vivieron en el error por no conocer o negar a Jesucristo.*

*Sin embargo, en los últimos meses he vendido algunos de estos libros para hacerme de un capitalito cuyo fin os*

*explicare mas adelante. Para colocarlos y no malbaratarlos use los servicios de don Jacobo Ramírez, cuya tienda de libros usados, atrás de catedral, vos bien conocéis. No puedo sino recomendaros que, si podéis, sigáis cultivando la amistad de don Jacobo (aunque creo que en las carmelitas descalzas leer libros que no sean los evangelios esta prohibido). El hombre es un erudito y puede reconocer cuando cae aquí una joya. Dios lo guarde pues la inquisición sospecha que es un judío converso y no les faltan ganas de inventarle una acusación de herejía y hacerlo chicharrón.*

*Y decía que he juntado un capitalito vendiendo libros que no considero de gran valor o que ya tengo repetidos. Estos dineros doña Leonor se encargara de ponerlos a tu disposición. Veras, hija, tengo a mi servicio a un mozo muy servicial. Se llama Lorenzo Ixtlilxóchitl. Con el legado que os dejo os pido que lo continuéis teniendo a vuestro servicio directamente o bajo vuestros tíos. Lorenzo es muy fiel, sobrio, y discreto. Conoce de albañilería, es inteligente y discreto, me ha servido de correo, y tiene contactos en todo Méjico. Lorenzo tiene también un encargo que daros de mi parte y tal hará a su tiempo. No lo presionéis en este menester, por favor, él sabrá cuando es el momento correcto de hacerlo.*

*Por ultimo, repito e insisto, Dios quiera y que decidáis salir de la casa de locas que es el convento ese de las carmelitas. Y si insistís en tomar las ordenes, creo que lo mejor que podríais hacer seria integraros al convento de las jerónimas. La regla ahí no es tan severa y podríais tener criados, un claustro bien dotado con una cama blanda y no de piedra como en las carmelitas, y se os permitiría recibir visitas y tener tertulias. Se bien que las jerónimas requieren una dote generosa para admitir una novicia. No os preocupéis por tal cosa. Dona Leonor y el*

*virrey estarían dispuestos a proporcionar esta.*

*Hija, no me queda mas que extenderos mi bendición con esta mano de pecador. Recordadme siempre cuando abras uno de los libros que os lego. Y, si podéis, rezad para que el buen Dios no sea tan severo al sopesar mis errores.*

*Fray Diego Rodríguez  
Mercedario, catedrático de astrología y matemáticas  
Real Universidad Pontificia de Méjico*



X. Walter y Jacobo



*Donde se discute si la cochinilla sirve para teñir textiles o para oscurecer las canas...*

Primavera de 1671

Extractos de unas cartas de Ehrenfried Walter Von Tschirnhaus, matemático al servicio del rey de Francia, a Jacobo Bernoulli, profesor de matemáticas en la Universidad de Basilea.

*"...respecto al Lema, no tengo objeción alguna a vuestro desarrollo. Si prefería si vuestra solución fuera general, no solamente para  $n > 0$ ...respecto a vuestra pregunta #3, si, ortogonal...#6 – interesante, deja lo analizo...#17, se tiene que probar convergencia previamente, ¿verdad?...finalmente, os incluyo un desarrollo extraordinario que acaba de caer a mis manos...se trata de una prueba de convergencia a una serie bastante oscura pero que creo tiene gran potencial...hay pequeños errores, menores creo, que no detractan de la validez de la prueba...lo extraordinario, sin embargo es el autor, o, mas bien, la autora...no se por que caminos me llevo esta prueba a mis manos pero un colega me lo puso en mis manos y me exhorto con mucho fervor a estudiarlo...según se indica la autora es una tal Sor Juana, aparentemente una monja jerónima de la Nueva España..."*

De Bernoulli a Von Tschirnhaus

*"...a no dudar, creo que podríamos entrarle al toro por inducción...#3 si es ortogonal todo se viene abajo, recapacitad...#6 – si, para enteros solamente...respecto a la prueba que me adjuntasteis...¿bromeáis acaso?...no me refiero a la prueba...la lógica es impecable y, ¡válgame Dios!, en cuanto tenga oportunidad me avocare a aplicar esta serie, que ya esta obviamente validada, como parte de otro desarrollo que deje incompleto hace varios anos, creo que es exactamente la herramienta que necesitaba...no, querido Walter, lo que me asombra es lo que me indicáis que se trata de una monja perdida en la Nueva España...si me dijerais que os lo había mandado una sacerdotisa de Kali desde Delhi mi asombro hubiera sido menos...los dominios del rey de España no se caracterizan por estimular el desarrollo intelectual que digamos...si en verdad es una monja la autora y esta no es una broma (sospecho de Leibniz allá en Hanover) no puedo concebir que una rata de convento se interese en estos menesteres, sobre todo en una tierra donde los naturales andan desnudos y portan plumas..."*

De Von Tschirnhaus a Bernoulli

*"... ¿Cómo os atrevéis a dudar que son ortogonales? ¡Me insultáis caballero!..."*

De Bernoulli a Von Tschirnhaus

*"...tranquilo, hermano, entre gitanos no se vale decirse la suerte, ¿verdad?...no puedo sino dudar...adjunto mi desarrollo donde demuestro la falacia en que incurris si asumís que estas funciones son ortogonales..."*

De Von Tschirnhaus a Bernoulli

*"...os pido perdón, tenéis toda la razón, he visto mi catedral venirse abajo a raíz de la*

*duda que introdujisteis...¡tantos desvelos para ver mi construcción acabar en polvo!...os advierto que el #6 causa una falacia en los nones, adjunto la prueba de lo que afirmo....tuve la oportunidad de preguntarle a Leibniz si es el autor de la broma....me juro sobre la tumba de su madre que no y devoro la prueba que le mande...además, anda todo entusiasmado con establecer su notación...yo pienso que es bastante útil, una herramienta excelente...decidme, Jacobo, si esta Hypatia existe y se encuentra ofreciendo corazones en un templo pagano, ¿Cómo podríamos contactarla y establecer correspondencia?...”*

De Bernoulli a Von Tschirnhaus

*“... ¿Quisisteis vengaros verdad Walter? En verdad que os ha de haber dolido la caída de vuestra catedral... ¿Cuántas noches estuvisteis buscando una falla en #6? ¿Qué os puedo decir acerca de los nones? Muertos son, sea. Habéis clavádome una estaca en el corazón. Sin embargo, no habéis todavía probado la invalidez de los pares en el desarrollo. A menos que hayan enteros que no sean pares o nones creo que no habéis destruido todo mi desarrollo....bien, estocada por estocada, hermano, y estamos a mano... ¿Leibniz sigue sufriendo de gota? Yo creo que abusa mucho de la cerveza y de las salchichas, como buen alemán. Si, he observado su simbología. Creo que la ha de haber desarrollado en momentos de sobriedad pues si es en verdad útil. Si creéis que no fue el y que esta Hypatia en verdad existe os diré que hay aquí en Basilea sucursales de las grandes casas comerciales de Genova y Marsella. Inquirí en ellas acerca de la correspondencia con la Nueva España. Aparentemente la Inquisición vigila esta con mucho cuidado, tanto por razones religiosas como políticas. Os imagináis que si nuestra Hypatia recibiera correspondencia mía, siendo que vivo entre calvinistas*

*protestantes, probablemente los curas la quemarían a ella de inmediato. Y si vos le mandáis correspondencia en tal caso el virrey le aplicaría el garrote pues bien sabéis que el rey de Francia y el de España siempre se andan haciendo la guerra. Pero hay maneras de establecer contacto, me aseguraron los Fuggers, de manera discreta. Por supuesto, cuesta. Despreocupáis, hermano, contactar a esta Hypatia es algo que amerita que disponga de los dineros de la hermandad. La respuesta la tendremos tal vez de aquí a un año, si es que hay respuesta. Le he mandado una carta, exponiéndole nuestra admiración y comentando su prueba...”*

De Von Tschirnhaus a Bernoulli

*Siento volver a haceros sangrar, hermano, pero, decidme, es Pi par o non? De ahí entonces que si hay números que no son ni lo uno ni lo otro o que por lo menos no sabemos que son en realidad. ¿Cuál pleito tenéis con la cerveza y la salchicha, hermano? Os olvidáis que también soy teutón. Tenéis razón, sin embargo, en que es mejor que vucencia lleve a cabo el contacto con la Hypatia de Indias a través de los medios que crea conveniente. La iglesia asesino, según recuerdo, a la Hypatia original allá en Alejandría. No le demos pretexto para tocar a nuestra Hypatia de Indias.*

Primavera de 1672

Nota que le fue entregada a Sor Juana Inés de la Cruz, monja jerónima.

Madre:

*Tengo en mi posesión una copia de un libro sobre Santa Teresa de Ávila. Creo imperativo que usted lo compre. Se lo daré al costo. Tan solo pido diez duros por él para cubrir los gastos de transporte.*

Atte.

Jacobo Ramírez  
Librería la Nueva Hierosolima  
(Calle de la Moneda)

--¿Santa Teresa de Ávila? --se pregunto extrañada Sor Juana--. ¿Para qué diantres quiero un libro sobre esa infeliz loca?

Pero conociendo a Jacobo, Sor Juana no dudo en mandarle los diez duros. Pronto regreso al convento su criado Lorenzo cargando un paquete. En la intimidad de su claustro Sor Juana lo abrió. Era una edición en rustica, barata, de las que se imprimían en Roma para que la plebe conociera la vida de los santos y tal vez así no se emborrachara tanto. Por un momento Sor Juana pensó que era una broma. Al abrir el libro comprobó que le habían escarbado un compartimento y dentro de este estaba un manuscrito cuidadosamente doblado. Sor Juana se cercioro que su claustro estuviera cerrado con llave. Abrió cuidadosamente el manuscrito y leyó.

*A nuestra hermana, Juana, la que bautizamos como Hypatia, en la Nueva España:*

*Vos no me conocéis. Mi nombre es Jacobo Bernoulli. Tengo el honor de ser el gran maestro de los Iluminados...*

Invierno de 1672

De Bernoulli a Von Tschirnhaus

*Os saludo hermano con nuevas extraordinarias. Me acaba de caer un cargamento de algo que llaman cochinilla desde la Nueva España. Aparentemente es una especie de tintura. No se especifica si su uso es para teñir los textiles o para cambiar el color del cabello. Creo que si tapo mis pocas canas (mi calvicie hace estragos) con esta cochinilla me vería*

*francamente ridículo. Afortunadamente inquirí entre los que conocen de estos menesteres y no lo use en el cabello pues los resultados hubieran sido patéticos. El cargamento incluía la contestación de nuestra Hypatia indiana. Por los detalles que recibí me asombre que no se trata de una anciana arrugada sino de una jovencita de 20 años de edad que no se por qué diablos es ahora monja jerónima y Apolo la ha bendecido con tal intelecto. Creo que esto demuestra, Q.E.D., mi teoría de que los matemáticos no valen un bledo pasados los 25 años. Tanto tu y yo somos ya viejos caducos, cronológica y matemáticamente. Deberíamos jubilarnos y dedicarnos a algo mas apropiado a nuestras habilidades, que se yo, la astrología o a buscar la piedra filosofal. Es cuestión de encontrar un mecenas de gran bolsa y poco seso que nos mantenga mientras hacemos nuestras "investigaciones". El caso es que nuestra Hypatia no solo me mando tinte para el cabello sino que también me incluyo varios desarrollos mas, específicamente sobre la espiral mirabilis o Nautilus los cuales me han tenido despierto por varios días embelecado y entusiasmado como no lo había estado desde hace muchos años. Os adjunto copias. En respuesta le mande los textos de Leibniz donde explica su simbología y algunos de mis errores puestos en papel. Aparentemente Hypatia ha estado batallando, independientemente de nosotros aquí en Europa, con el viejo problema del límite de las velocidades cuando el intervalo de tiempo se aproxima a cero. Ella llama a estos suspiros y nuestro borrachín amigo Leibniz los llama infinitésimos. Finalmente, creo que el secreto de la cerveza es en el agua. Me acaban de traer un barril de cerveza desde Bohemia, donde me aseguran que el agua es tan dulce como la que bebió nuestro padre Adán en el paraíso. Y en efecto, probé el líquido y se trata en verdad de un manjar divino. Creo entender el gusto de ustedes los teutones por esta bebida.*

*Tu hermano,*

*Jacobo*

XI. El Edicto del Arzobispo

Cd. de Méjico

1682

*Donde se explica cómo los movimientos lúbricos de las muxeres desvían a los cristianos del buen camino.*



Edicto del Arzobispo de Méjico Francisco Aguiar y Seixas prohibiendo las danzas-teatro de moros y cristianos y otras diversiones durante las fiestas de la Santa Cruz.

Nos el Doctor Don Francisco de Aguiar y Seixas. Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostolica Arzobispo de Mejico del Consejo de Su Magestad &c.

Por quanto estamos noticiados que en nuestro arzobispado, se celebran fiestas a la Santa Cruz el dia tres de mayo y algunos dias siguientes de que en los desordenes y abusos que se ynfieren en ellas se siguen muchas ofensas a Dios Nuestro Señor, por tanto lo espiritual y tocante a nuestra jurisdiccion ecclesiastica mandamos lo siguiente.

Que ni en ningún templo y bajo ningún pretesto se pueda poner sitial, ny representaciones o bailes paganos vestidos a la usanza de los indígenas paganos, ny almuestras para el gran turco, o el que le representa, ny a los moros de su quadrilla, o capitania, ni se permita entrar ny entren dentro de dicho templo, ny dentro de otro

alguno en el trahe de moros con turbantes ny marlotas ny otros, ningunos con espadas desnudas por la grave indesensia, y irreverencia que de tal profanidad se sigue a los templos, y lugares consagrados a Dios, y a su divino culto.

Segundo mandamos que ny en las plazas ny en otro lugar profano no se haga castillo para poner la Santa Cruz: y en caso que se haga con pretexto de otros regocixos, o fiestas temporales mandamos que no se permita que las muxeres se muevan lúbricamente lo cual agrada al maligno y desvia a la feligresía del camino correcto, mandamos que no se ponga dicha Santa Cruz en dicho castillo ny dentro del, ni junto a él, ny se ponga altar portátil para celebrar missas cantadas ny rezadas ny se ponga en dicho castillo otra ymagen alguna de Nuestra Señora la Virgen Maria Madre de Dios, ni de otro algun santo por la grave irreverencia, e yndechoro que se sigue al santo sacrificio de la missa en lugar tan profano, y que no pocas veces estara contaminado, y que dichas missas se celebren dentro de los templos y lugares sagrados.

Tercero y último rogamos y encargamos y aconsejamos a las personas seculares, no hagan tales fiestas profanas de moros y xristianos, toros y comedias; lo uno porque con tales fiestas no se agrada a Dios ni son culto ni veneracion de Xpisto Señor Nuestro, ny de su santisima Cruz, ni de sus santos. Lo otro porque en tiempos tan calamitosos, de tanta epidemia, calamidades y guerras, entre los principes xptianos, mas se deviera usar de rogativas prosesiones de penitencia, y del Santo Rossario y misiones apostolicas para aplacar la justa indignacion de Dios, y este ultimo punto del paragrapho no lo ponemos con mandato ny excomunion sino puramente como exortacion, y consejo que devemos dar tambien a los seculares como a nuestras obejas, y si lo contrario hizieren porque estamos noticiados se siguen muchos

desordenes y pecados, les citamos para el dia de la quarta ante el tribunal de Dios. Y assi mesmo mandamos que lo contenido en los paragraphos antecedentes se guarde cumpla y execute pena de excomunion mayor ipso facto incurrenda y que si tuvieren algo que representar acudan inmediatamente y lo representen ante nuestra persona, y no ante nuestro juez eclesiastico de dicha ciudad y este nuestro edicto se publique en el dicho collegio y tambien en la parrochia de San Francisco y en la yglesia de Nuestra Señora de Guadalupe para que venga a noticia de todos y en las demas partes que convengan. En testimonio de lo qual mandamos despachar el presente firmado de nuestro nombre, sellado con nuestro sello, y refrendado de nuestro infra scripto Secretario de Camara y Gobierno. En la ciudad de Méjico a veinte días del mes de abril de mill seiscientos y ochenta y dos años. Francisco Arzobispo de Méjico [rúbrica]. Por mandado de Su Ilustrísima el Arzobispo mi Señor Josef Rubio Secretario [rúbrica].

## XII. Os Ofrezco el Mundo



*Donde un rebelde embelesado se presenta  
ante la hija de Apolo.*

*“Inclineme a los estudios  
desde mis primeros años  
con tan ardientes desvelos,  
con tan ansiosos cuidados,  
que reduje a tiempo breve  
fatigas de mucho espacio.  
Conmute el tiempo industriosa,  
a lo intenso del trabajo,  
de modo que en breve tiempo  
era el admirable blanco  
de todas las atenciones,  
de tal modo, que llegaron  
a venerar como infuso  
lo que fue adquirido lauro.  
Era de mi patria toda  
el objeto venerado  
de aquellas adoraciones  
que forma el común aplauso;  
y como lo que decía,  
fuese bueno o malo,  
ni el rostro lo deslucía  
ni lo desairaba el garbo,  
llego la superstición  
popular a empeño tanto,  
que ya adoraban deidad  
el ídolo que formaron.” –Los Empeños de  
Una Casa*

Ciudad de Méjico, Nueva España, Convento  
de las Jerónimas, 1682

Nos encontramos, lector, en el atrio de la jerónimas. Observad que el telón ha caído. La obra había concluido. Hay un momento de silencio. Finalmente, la pareja virreinal se para y empieza a aplaudir. El resto de los cortesanos hacen lo mismo. La ovación

continúa por varios minutos. Los actores salen a la escena y reciben más aplausos entusiastas.

--Sor Juana, mi amo el virrey le pide por favor que suba vucencia al escenario --la conmino un paje.

Sor Juana, que había estado observando la escena sube al escenario y hace una reverencia al público. Los aplausos y loas arrecian cuando los asistentes reconocen a la autora de “Los Empeños de Una Casa”.

En la fila detrás de los virreyes un hombre vestido elegantemente de gentilhombre aplaude también. Una vez terminada la ovación, el público se retira del pequeño teatro que las monjas habían habilitado. Pero el gentilhombre se dirige tras bambalinas. Lo acompaña una perra negra y grandísima.

--Madre, os pondría el mundo a vuestros pies si tan solo me dais la venia --dice el gentilhombre aproximándose a Sor Juana y haciendo una reverencia.

La monja lo voltea a ver. El hombre observa que una sonrisa irónica adorna la faz de la monja. Esta era una mujer guapa, el rostro no deslució ni lo desairó el garbo. El gentilhombre medita por un momento si vale la pena raptarla del convento.

--Caballero, no he tenido el gusto.

--Menfis, conde de la legión. Y madre, hablo en serio.

--¿Me daréis el mundo? --la monja tiene una risa argentina--. ¿Y qué culpa tiene este que expiar que amerite que yo lo tenga que gobernar?

--Muchas culpas debe, madre, vucencia bien lo sabe.

--¿Me pedís que deshaga entuertos y enderece jorobados?

--Cierto, pero los indios herbolarios de esta tierra han obviamente derramado hechizos en vuestra pluma. No sufrís de falsas vanidades, madre, sois lo que sois. Sin embargo, dudáis demasiado, lo cual habla bien de vos, pero suplís esto con vuestra diligencia en estudiar y así adquirir el lauro.

--Soy humana, señor conde, apetezco la lisonja pero no olvido que soy tan solo una monja. Y no estoy acostumbrada a oír tales liviandades.

--Os digo, insisto, que el mundo os merece y yo os lo estoy ofreciendo. Sois el Merito encarnado. Merecéis gobernar al mundo.

--Y sin embargo, bien sabéis que a Pompeyo, en Farsalia, no le sirvió el estudio ni la razón.

--Tal se, pues yo ahí estuve y mi espada ayudo a Pompeyo escapar.

--De poco le valió a don Pompeyo. En Egipto lo fueron a ajusticiar.

--Hay hombres que se rehúsan a oír a quienes lo tratan de ayudar.

--Ja! Ja! ¡Bromeáis! Aun si fuera yo el Merito y tuviera por aliada a la Diligencia, pocas son las humanas huellas que llegan a tales cimas. Además, os olvidáis de Doña Fortuna y del Acaso.

--Esas dos diosas son venales. Se pueden propiciar. Y bien sabéis que con algo de prevención se evita el fracaso.

--¿Quién os mando señor conde? ¿Sois acaso amigo de don Carlos? ¿Por qué tantas lisonjas? Don Carlos es muy dado a tales chanzas.

--Forastero soy, si. Tal vez donde se me hospede no se me conozca pero no se me ignora. Pero no, no son bromas mis alabanzas.

La perra se aproximó a Sor Juana. Esta no mostró miedo al animal.

--Hermoso su animal, señor conde.

--Es una loba. Pero en realidad es una esclava de Lidia. La compre en un mercado de la Subura, cuando Adriano gobernaba al mundo. La infeliz sufre de una versión curiosa de licantropía. Solo en las noches de luna llena vuelve a ser humana. Es entonces cuando se torna en una doncella tan hermosa como la misma Helena de Troya.

El animal empezó a lamer la mano de Sor Juana.

--Bromeáis, ¿verdad? --La monja se volvía a reír--. Este buen animalito está muy peludo para ser la hija de Leda.

--Esperad a la noche de luna llena y lo comprobareis. --dijo el hombre sin inmutarse.

--¡Vive Dios! ¡Qué historia me contáis! Tal parece que habláis en serio.

--Tal hago.

--Me ofrecéis el mundo y tenéis por mascota a una esclava lidia que sufre de licantropía. ¿Qué queréis que os diga, señor conde?

Sor Juana acaricio a la loba.

--Que meditéis mi ofrecimiento, madre --dijo el hombre con voz queda.

--¿Y que ganaría el mundo con ello, señor conde?



--Si el Merito y no la Codicia gobernara al mundo, esta limitaría los excesos tanto de la riqueza como los de la pobreza. Los mortales no se distinguirían entre sí más que por sus conocimientos.

--Sois un idealista señor conde. Asumís que el Merito no comete errores. Sabe, señor conde, a mi me encanta cocinar. Vive Dios, muchas veces "la he regado" como dicen las novicias y el guiso que intentaba hacer fracasa.

--Un error de vos es mil veces más tolerable que un acierto del más sabio gobernante.

--Pero, ¿cómo sabéis que este no es el mejor mundo posible? Si el buen Dios les dio a los hombres esos gobernantes ha de ser por alguna razón.

La monja empezó a rascarle el lomo a la loba. Esta hacia ruidos de contento.

--Me ponéis celoso, madre. Zenobia nunca se ha portado tan mansita, aun conmigo. ¿Veis por qué siento que sois formidable?

--Pero no habéis contestado mi pregunta, señor conde.

--Cierto. La respuesta es, como vos adivino, que soy un idealista y peor, un rebelde que rumia su derrota. No, madre, no creo que este sea el mejor de los mundos. Y esto refleja mi desilusión, con Dios mismo. Los defectos de la obra reflejan los del autor.

La monja volteo a ver a su alrededor.

--Por favor, señor conde, por menos han acabado algunos en la pira.

--Perdone vucencia, me he excedido en mis palabras y no quiero que estas os comprometan y menos que os ofendan.

Bastante problema pienso tendréis por haber representado esta obra.

--¿A qué os réferis?

--Nuestro nuevo arzobispo, don Francisco Aguiar, no es muy tolerante. Odia en especial el teatro, las diversiones, y las obras profanas. No dudo que cree, ja, ja, que el teatro es engendro del mismo demonio. Muchos males se atribuyen a este pero, os aseguro, crear el teatro no es justa acusación.

Sor Juana suspiro.

--En la loa de la obra alabe a don Francisco, aunque sin nombrarlo.

--Eso no evitara que el hombre sea intolerante. Os diré, sin embargo, que la justicia terrenal me tiene sin cuidado. Y tal podría ser la condición de vos.

La monja lo vio fijamente.

--¿Quién sois?

--Vos lo sabéis, madre.

--En tal caso, no me asustáis --contesto la monja aunque instintivamente su mano toco el medallón de San Jerónimo que portaba en su pecho--. Después de todo, solo sois creación del buen Dios, quiéralo o no. El hacer ofrecimientos utópicos esta en vuestra naturaleza. ¡Vive Dios cuantos rebeldes han creado más sufrimientos tratando de aliviar sufrimientos y enderezar jorobados!

--Sin embargo, madre, los rebeldes son los que hacen avanzar al mundo. ¿Os olvidáis acaso de Prometeo? ¿Dónde estarían los hombres si no fuera porque este les dio el fuego? ¿Censuráis a vuestra madre Eva? ¿No comió ella gustosa de la fruta de la sabiduría, igual que vos hacéis? Cristo

mismo, ¿acaso no limpio al templo de mercaderes?

--¡Torcéis mis palabras! Si es que busco sabiduría es porque reconozco lo mucho que ignoro, señor conde.

--¡Pamplinas! Os encanta indagar, discutir, buscar y, sobre todo, dudar. Tenéis una curiosidad insaciable. Vos no solo le habéis dado un mordisco a la manzana, ¡os habéis acabado toda la cosecha solita! Conocí bien a Eva, a Sappho, a Hypatia y a muchas más hijas de Apolo como vos. Pero vos, madre, ¡sois la peor de todas! Y no, no creáis que esto sea otro discurso más de un hombre emasculado por vuestra sabiduría. Admito, si, estar embelesado por esta. Incluso, si, os temo. Vuestra lira supera a la de Orfeo pues hasta los ángeles caídos se rinden a vuestros pies. Es por eso que os ofrezco el mundo, sin condiciones, madre, para que vos hagáis o no de él lo que os plazca. Y mi única venia...

--¡Vade retro! --respondió Sor Juana con voz trémula.

El hombre hizo una reverencia.

--No os importunare mas, hija de Apolo --dijo el hombre retirándose--. No tenéis más que desearlo y me presentare ante vos.

Le pareció a Sor Juana que las mismas sombras se habían tragado al hombre y a su loba.

## XIII. El Código del Águila



*Donde conocemos a don Lorenzo...*

Monte Tlaloc – 1668

Imaginaros, lector que sois un zopilote, pajarracos que abundaban mucho en esos tiempos y que surcaban los transparentes aires del valle de Méjico. Alzaros a las alturas entonces conmigo. Tomemos vuelo. Ved el cráter del Popocatepetl, humeando, estaba muy activo entonces, mas que hoy, y don Carlos de Sigüenza tomaba cuidadosas observaciones de sus exhalaciones.

Sigamos rumbo al norte siguiendo la cordillera que llaman la Sierra Nevada. Crucemos sobre el Ixzacihuatl, la mujer blanca dormida. Este es un monte mas antiguo que el Popocatepetl, tan asi que, por los efectos de la erosión, ya no se disciernen sus cráteres. Continuemos al norte.

Bajo nuestras alas veréis otro estratovolcán, el Tlaloc. Este monte es aun más antiguo que el Iztacihuatl o el Popocatepetl. No hay cráter visible. La erosión le ha restado altura. Ved los múltiples flujos de lava o mal paiseses que salen de su cima. Solo más abajo se ven los bosques que lo cubren. La cima esta pelona, aparentemente, cubierta de rocas gigantescas.

Agudizad vuestra visión. Ahí, entre las rocas y peñascos de la cima, observad, se encuentra una edificación ciclópea. Tiene gruesas paredes y un camino que desemboca en un gran atrio. Es obviamente de gran antigüedad. No parece ser construcción española. Pensareis que solo son ruinas. Pero observad con más cuidado. Una columna de humo sale de una chimenea. Si, ahí hay vida humana, a pesar que el aire es enrarecido por la altura y el frio es intenso. Entremos a uno de los aposentos de la construcción.

Hemos entrado en una habitación espartana. Un fogón apenas la caliente. El frio cala. Ante nosotros se encuentra Lorenzo Ixtlilxochitl. Se trata de un indígena, bastante alto, de pocas carnes, nariz aguileña, y musculatura bien definida. Tendrá tal vez 40 años. Porta tan solo un taparrabos. De una alacena produce petos de cuero y se viste con ellos. Luego se calza un casco que sugiere un águila. Se acomoda una rodela en su brazo izquierdo. Luego se dirige a una pared de donde cuelgan varias macanas con piedras de obsidiana empotradas. Escoge, sin embargo, una que es aparentemente bastante ligera, sin piedras, es decir, un arma acorde para usarse en un entrenamiento.

Ya vestido en esta forma guerrera, Lorenzo emerge de su habitación. Sigámoslo. Cruza los amplios corredores de la construcción. A veces se topa con servidumbre o hombres vestidos como monjes y guerreros. Todos, por igual, hombres y mujeres, le hacen una reverencia la cual Lorenzo contesta cortésmente con una leve inclinación. Lorenzo emerge en una amplia terraza. Su respiración se condensa por el frio. Observa la bruma de la lontananza. A lo lejos se divisa el lago y un caserío distante que es Texcoco. Se oye un caracol. Lorenzo alza su vista hacia uno de los torreones de la construcción. Se observan en su cima dos

hombres vestidos de monje que toman mediciones de la posición del sol. Lorenzo sonríe y encamina sus pasos hacia unas escaleras muy pendientes que acaban en otra construcción titánica.

Lorenzo entra a este edificio. Es obviamente un gimnasio. Diversos hombres se ejercitan con la macana y levantan pesas. Un hombre mayor, que porta canas y es bajito y musculoso lo espera y hace una caravana al ver a Lorenzo.

--Don Raúl --responde Lorenzo en mexicano haciendo una ligera caravana.

--Alteza.

--Comencemos --ordena Lorenzo.

El combate comienza. Don Raul, a pesar de ser de mas edad, es muy diestro y rápido. Lorenzo logra detener sus golpes y contestarlos y don Raul a su vez los acota en su rodela. Quien viera el combate quedaría asombrado de la agilidad y destreza ambos despliegan.

Sin embargo, en cierto momento en que Lorenzo es embestido se le ve titubear. Don Raul le asesta un golpe sólido en el hombro. Lorenzo dejo caer su macana y cae de rodillas. Lorenzo cubre sus ojos con sus manos. Se le oye sollozar.

--Alteza, no fue mi intención... --ofrece don Raul.

--Fue en buena lid, don Raul, no os preocupéis.

Alteza, ¿estáis bien? ¿Qué os pasa?

--Estoy bien. No sufro por el golpe ese. No --dijo Lorenzo con lágrimas en los ojos--, don Diego, mi padrino, ha muerto. Lo sé. Lo siento. Oí su voz.

Volvamos a surcar los aires, lector, y esperemos, Pronto vemos bajo nuestras alas a Lorenzo Ixtlilxóchitl bajar de la montaña y tomar el camino a la ciudad de Méjico. Los recuerdos le embargan y las lagrimas a veces lo hacen detenerse y rememorar el día en que su padre lo llevo, siendo tan solo un niño, a ver a su padrino, don Diego Rodríguez.

--Le traigo a su ahijado, compadre.

--¡Que gusto de verlo compadre! ¡Qué milagro!

--Los achaques, compadre. Creo que ya oí el tecolote.

--¿Y eso? ¡No invente!

--Vine a ver a un medico aquí en la capital pero solo me saco dinero y fue tan inútil como los curanderos de San Juan Teotihuacan. Estoy desahuciado, compadre. Sé que me voy a morir.

--No la chingue compadre.

--Quería pedirle que me cuidara a Lorencito. Es la única sangre que queda del rey coyote.

Y esa fue la última vez que Lorenzo Ixtlilxóchitl vio a su padre.

Lorenzo llevo a amar a su padrino, el anciano don Diego, como si fuera su padre. Don Diego le metió el latín y el griego y las matemáticas y las letras de Castilla con sangre, no cabe duda. Pero lo más importante fueron las enseñanzas que vinieron después, cuando ya era un jovencito de unos quince anos. Corría el año de 1645...

--¿Tenéis idea de la nobleza de la sangre que corre en tus venas, Lorenzo?

--Pos no padrino. La vez que de chiquito me caí y me rompí la nariz vide que era roja como cualquier otra.

--¿Si sabéis que el arzobispo Fray García Guerra, que Dios guarde, hizo que el rey reconociera la nobleza de tu estirpe?

--Pos con todo respeto, padrino, algo me dijo mi padre de esos menesteres pero, ¿de que nos vale? Estamos tan pobres como el resto de la gente en San Juan Teotihuacan.

--¿Ciertamente habéis leído los libros de tu abuelo?

--Si padrino. Pero las glorias esas no borran la pobreza.

--Os equivocáis, hijo. Posees un gran tesoro. Vamos, apréstate. Vamos a tener que hacer un viaje.

--¿Adonde padrino?

--A Texcoco, hijo.

Y así fue como Lorenzo Ixtlilxóchitl y su padrino, Diego Rodríguez, fraile de la Merced y profesor de astrología y matemáticas en la Universidad Pontificia de Méjico, comenzaron la travesía a Texcoco. Esto tomaría dos días de camino. Su padrino, anciano ya, iba montado en una mula y Lorenzo la guiaba caminando a su lado.

--Imagínate, Lorenzo, como viajaban antes los reyes de Texcoco cuando iban a visitar a sus primos en Méjico Tenochtitlan.

--¿Cómo padrino? Que yo sepa, los mexicanos antiguos no tenían mulas. ¿Era acaso a lomo de indio en que viajaba el soberano?

--Definitivamente no. El soberano de Texcoco cruzaba el lago abordo de una

magnífica piragua, tan majestuosa que aun los faraones, soberanos del Nilo, no la hubieran despreciado. Esta nave era propulsada por una docena de remeros, los mozos mas robustos del reino. Y el soberano viajaba acompañado de sus nobles, concubinas, guardias, poetas, chambelanes y embajadores. La travesía les tomaba tan solo unas horas y así llegaban hasta Méjico Tenochtitlan donde el gran chambelán del palacio y una guardia de honor integrada por caballeros águila los recibía para escoltarlos hasta el palacio del tlatoani.

--¿El rey tenia poetas?

--Lorenzo, en la antigüedad todos los reyes mexicanos se preciaban de ser poetas y tener por lo menos nociones de las ciencias. Y el más grande rey poeta fue sin duda tu tatarabuelo, el rey coyote, Netzahualcoyotl. Y si, Texcoco era una ciudad de poetas.

--No entiendo, padrino. Mi padre me contó que mi abuelo, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl murió en la mayor pobreza. Y mi mismo viejo apenas tuvo un petate para enterrar. Y míreme a mí, que no tengo ni un cobre partido por la mitad a mi nombre. ¿Cómo fue que eso pasó? Yo pensaba que los Ixtlilxóchitl se habían aliado con los españoles.

--En efecto, cuando Cortez y sus aliados tlaxcaltecas se presentaron en el valle de Méjico los texcoquenses se pasaron al lado de los invasores.

--Pero, ¿y los lazos de familia con los mexicas que usted había mencionado? ¿Provengo acaso de una estirpe de traidores?

--Vamos por partes, Lorenzo. ¿Habéis oído hablar de Cholula?

--No padrino. Sé que esta por Puebla.

--Cholula, Lorenzo, fue fundada por refugiados que huían de la caída de Teotihuacan, la ciudad donde los hombres se hacían dioses. Cholula era el centro cultural de Anahuac. Y era una ciudad abierta. Y esto era así por sus astrónomos.

--¿Ciudad abierta?

--Si. Cholula no tenía murallas o defensas o ejército. Pero los reyes la respetaban porque ahí vivían los mejores astrónomos de Anahuac. Y los reyes tenían la obligación de hacer en persona sacrificios y ceremonias en ciertos días sagrados. De ahí que dependían mucho de las observaciones que hacían los astrónomos de Cholula.

Tu ancestro, el rey coyote, se educó en Cholula, bajo la dirección de la Hermandad Blanca, la cual era una secta de astrónomos y científicos que aconsejaban a los reyes de Anahuac. La Hermandad no tenía injerencia política. Su misión era dar consejo a todos los reyes, sin importar si tenían rivalidades políticas entre ellos. La hermandad buscaba asegurar el bienestar de Anahuac. Y hacían eso determinando el mejor momento para hacer las siembras, interpretando los portentos de los cielos, y moderando con sus consejos la soberbia de los reyes.

Cuando el rey coyote recuperó su trono en Texcoco convirtió a Texcoco también en una ciudad de científicos y poetas, igual que Cholula, sin murallas o ejército. Y entre ambos se desarrolló un continuo intercambio de datos, ideas, y propuestas.

--Pero, padrino, el rey coyote se le recuerda también por sus victorias militares sobre el tirano Maxtla. ¿Cómo es posible que haya desarmado a su ciudad? ¿No era eso peligroso? Después de todo, los reyes de Anahuac eran tan ambiciosos como cualquier otro político.

--Todo lo que dices, Lorenzo, es cierto. El rey coyote, sin embargo, se había hastiado de la guerra. El mismo había ofrecido el corazón del tirano, Maxtla, al dios Huitzilopochtli. Y después de vengar la muerte de su padre juró nunca más manchar sus manos con sangre humana. En Texcoco se prohibieron los sacrificios humanos y la deidad reinante, Quetzalcoatl, recibía solamente ofrendas de rosas.

Y como también es cierto que los reyes de Anahuac podían ser crueles, el rey coyote cimentó una alianza con su primo Tlacaelel. Este último era el primer ministro de los tlatoanis mexicanos. Texcoco estaría siempre bajo la protección de las armas mejicanas. A cambio, los mejores guerreros mexicanos se comprometían a ir a Texcoco para estudiar ahí el toltecayototl. Este era todo el compendio de la sabiduría de los antiguos teotihuacanos y toltecas.

--¿Pero padrino, a un guerrero no le sería mejor estudiar cómo manejar la macana que aprender sobre hierbas o que se yo?

--¿Hierbas Lorenzo?

--Mi padre me decía que eso del toltecayototl eran recetas para curarse la sarna o algo así.

--¡Válgame Dios! Bueno, el toltecayototl sí incluía toda la herbolaria y medicina indígena pero no, Lorenzo, era más que eso. El toltecayototl incluía toda la poesía y técnica poética de los antiguos, los anales de los reyes de Anahuac desde el comienzo de la cuenta larga, las lecciones de ética y filosofía del mismo Quetzalcoatl, las matemáticas, física, y astronomía de los antiguos. Eso y mucho más era el toltecayototl.

--Pero, insisto, padrino, ¿para qué le serviría a un guerrero conocer todo eso? Bien

entiendo que nunca la lanza emboto la pluma ni la pluma la lanza. Pero nunca he oído que la pluma haga a la lanza más filosa ni está a la pluma.

--Depende del guerrero, Lorenzo. Estos eran los menesteres de una secta muy especial de guerreros, los caballeros águila de Méjico-Tenochtitlan. Ellos eran diestros no solo en las armas sino también en el toltecayototl. Y los caballeros águila seguían su propio código. Dime, Lorenzo, ¿habéis visto alguna vez el escudo de armas de los antiguos reyes mexicas?

--Lo vi una vez en una casa vieja en el centro que reputaban del príncipe Axayacatl. Era un águila montada sobre un nopal.

--El príncipe Axayacatl fue el gran maestro de la orden de los caballeros águila. Tenéis que entender que el escudo de armas representa también al código del águila, las reglas bajo las cuales se regían los caballeros del mismo nombre, los mismos que iban a Texcoco a educarse en el toltecayototl. Veras, Lorenzo, las reglas del código del águila eran tres.

Primero, los que se sujetaban a sus reglas debían servir a su patria por sobre todas las cosas. El morir sirviéndola era el mayor honor que podían obtener. Y bien que dieron muestra de su fidelidad a sus juramentos en la defensa final de Tenochtitlan donde no se pedía ni se daba cuartel.

Segundo, un caballero águila nunca debería deshonorarse. Es decir, jamás podían mentir, emborracharse, robar, no asearse, maltratar a los débiles, sentirse más que sus compatriotas, o traicionar a su patria. Su trato era amable y cortés con todo mundo, ya sea este el más humilde macehual o un príncipe de la casa reinante.

Tercero, y aquí entra lo del toltecayototl, un caballero águila estaba obligado a conocer y venerar la herencia de sus ancestros. Y siguiendo las lecciones de ética y filosofía que el mismo Quetzalcoatl les había legado debería prepararse a bien morir, sin deshonorarse.

Así pues, Lorenzo, el estudiar el toltecayototl hacía que estos guerreros pudieran apreciar más las bellezas que los rodeaban y a no temerle a la muerte o Mictlaciuhatl. Más de un caballero águila, en los últimos días de Tenochtitlan, iba al combate recitando su poema de muerte, dispuesto a hacerse matar defendiendo a su patria. Así pues, Lorenzo, las armas de los antiguos reyes mexicas no solo hacen alusión a la fundación de su ciudad sino también a los ideales del código del águila. Los hombres que se sujetaban a su disciplina se sobreponían al vulgo, es decir, la nopalera, y podían surcar los cielos como el águila. Sin embargo, con humildad nunca olvidaban de donde venían, de la nopalera, de ahí que no tuvieran problema en posarse entre esta.

--Padrino, con todo respeto, pero no puedo creer que hayan existido hombres así.

--Bueno, ese era el ideal. No todos podían siempre cumplir con él. Por eso es que el número de caballeros águila era pequeño. No cualquiera hacía los sacrificios requeridos ni se sujetaba a la disciplina férrea a la que se sometían. El código de la orden fue escrito por el mismo rey coyote y por su primo Tlacaelel. La orden estaba abierta tanto a nobles como macehuales. Pero solo se entraba por invitación. Los muchachos que se distinguían por su valor, inteligencia, cortesía, y disciplina eran invitados a comenzar el entrenamiento de un caballero águila. Y pocos lo acababan con éxito. Y si dudáis de que tales hombres existan, dime, Lorenzo, ¿habéis oído de Felipe de Jesús?

--¿No fue un cura que el virrey mando a un lugar más allá de las Filipinas?

--En efecto, el virrey mando una comitiva de clérigos a evangelizar una tierra lejana que llaman Cipango, más allá de las Filipinas. Las cartas que mando Felipe de Jesús describen a una secta de guerreros de ese lugar que se llaman samurai y que tienen muchas coincidencias con los caballeros águila de Méjico Tenochtitlan.

Pero, Lorenzo, volviendo a tu pregunta sobre si descendes de una estirpe de traidores debo reseñar lo que paso en Anahuac cuando llevo Cortez.

Por principio, los de Castilla se ensañaron en destruir Cholula. Prácticamente la arrasaron. Y sobre cada teocali, escuela, observatorio, y academia que había ahí construyeron una iglesia. ¿Por qué esa saña Lorenzo? ¿No te parece sospechosa?

--Pues sí, padrino. Dicen que en Cholula hay una iglesia en cada esquina.

--Imaginaos entonces como era Cholula antes de ser destruida, Lorenzo. ¡En cada esquina había una academia o centro de investigación! ¡Toda la ciudad era una universidad! Y es que Cortez entendía bien que si destruía la esencia de la cultura de Anahuac mas fácil le seria conquistarla. Un pueblo que desconoce sus raíces es presa fácil de cualquier oportunista.

Pero aunque Cholula cayo si hubieron sobrevivientes entre sus sabios y estos se fueron a refugiar en Méjico-Tenochtitlan y especialmente en Texcoco donde los reyes de ahí, tus ancestros, los recibieron y protegieron.

Y cuando Cortez se presento en el valle ya con sus aliados tlaxcaltecas el tlatoani mexica le aconsejo al rey de Texcoco que no

opusiera resistencia, que hiciera todo por evitar la destrucción de su ciudad, aliándose si fuera necesario, con los invasores.

Méjico-Tenochtitlan estaba ya sitiada y no podía ofrecerles socorro. Y Texcoco no tenia murallas o defensas. El rey coyote las había quitado confiado en el poder mexica.

No, Lorenzo, la misión encomendada a los texcocanos era proteger el toltecayototl y a los sabios que entendían sobre esos menesteres. Lorenzo, estad tranquilo, vuestra estirpe no es de traidores. Es más, en vuestras venas corre también la sangre de los soberanos de Méjico-Tenochtitlan.

--¿Cómo sabe usted todo esto, padrino?

--Es que, Lorenzo, yo soy el actual gran maestre de la Hermandad Blanca, los protectores del Toltecayototl.

--¡Válgame Dios, padrino! Si los españoles se enteran...

--Si, lo se bien, Lorenzo. La inquisición me haría chicharrón. Pero no os preocupéis. A vos no os tocarían y por lo que toca a mí, pues a mis años no le temo ya a la Mictlaciuhatl.

--Pero, padrino, ¿a qué vamos a Texcoco? ¡Ese mundo ya no existe!

--Te equivocas, Lorenzo. Todavía queda algo de ese mundo. No se ha muerto del todo. Mañana, Dios mediante, llegaremos a Texcoco. Y ahí empezareis vuestro entrenamiento.

--¿Entrenamiento?

--Si, Lorenzo, vos sois el ultimo heredero del rey coyote y el primero en línea al trono de Texcoco y de Méjico-Tenochtitlan. Vamos, hasta el rey de España admitiría esto pues Castilla reconoció la nobleza de vuestro linaje. Pero vuestra sangre tiene



obligaciones que debéis de asumir. He arreglado que se os enseñe todo lo que todavía nos queda del toltecayototl, que es todavía mucho, gracias a Dios. Y si Dios así lo quiere y vuestro cuerpo aguanta, también os convertiréis en un caballero águila.

XIV. El Zurdo Pérez



*Del libro de Pedro de Santa Cruz, donde se relata como un matasietes resulta ser hombre de honor.*

La judería de Sevilla, antiguo barrio de los hebreos, es muy semejante a los barrios de las ciudades de medio oriente. Las casas que ahí se asientan cuentan con bardas altas y portones firmes. Una que otra tiendecilla se encuentra en su laberinto. Sus callejones a veces se encuentran solitarios aun en mitad del día. Al día siguiente partí de la Taberna del Oso e iba yo caminando por uno de estos callejones cuando vide frente a mi surgir un hombre esbozado.

No había necesidad de palabras. Ambos sabíamos lo que vendría. Sin pensarlo más saque mi espada. El hizo lo mismo, con un movimiento parco y elegante que me indicó que se trataba de un profesional del arma blanca. Peor, note que portaba su espada con la zurda, cosa que lo haría un oponente aun más letal.

--Caballero, ¿sois don Pedro de Santa Cruz?  
--me preguntó.

--Lo soy.

Era inútil negarlo. Aun si no lo fuera el hombre me iba a matar de todas maneras.

--¿Quien os manda, doña Catalina?

--En efecto --dijo con voz lacónica.

El hombre caminaba con la ligereza y fluidez gato. Me sabía hombre muerto. La punta de su espada ligeramente tocó la de la mía. Tenía una sonrisa glacial.

--Heridme --dijo el hombre.

--¿Que decís?

--Os pido que me hieras --dijo poniendo su espada en el suelo--. Se me ha pagado bien. Pero sabed que debo ciertos favores a vuestro padre, el finado don Tomas Santa Cruz. A pesar de las hambres me han llevado a convertirme tan solo en un asesino a sueldo me considero todavía un hombre de honor. Si os perdono la vida creo que la deuda quedara más que saldada.

--¿Y no teméis que os mate ahora que estáis desarmado?

Por un momento note desconcierto en el hombre.

--Si en verdad sois el hijo de vuestro padre no haréis tal. Venid, sugiero una herida leve en mi brazo izquierdo, suficiente para que no se empañe mi reputación. Habrías notado que soy zurdo.

--¿Como os llamáis?

--Me dicen el zurdo Pérez.

--¡Sea! --dije dándole una estocada en el brazo que ofrecía.

Tal vez porque realmente no era yo muy diestro con el acero o porque estaba nervioso pero el caso es que me temo que herí severamente al hombre.

--¡Diablos! ¡Imbecil! --juro el hombre cayendo a la tierra sosteniéndose el brazo--.  
¡Grandísimo hideputa! ¡No tenías que herirme tan profundamente! ¡Con este brazo le doy de comer a mis hijos! ¡Idos ya desgraciado o os atravieso con mi otra mano! ¡La próxima vez que os vea juro que os atravesare!

Sin preguntar más me alejé corriendo. Mi primer instinto era ir a los muelles. Tomaría la primera nave disponible, a donde fuere. Entre más lejos de Sevilla huyera, mejor.

Al rodear una esquina entré en la explanada que daba a los muelles. Había un carruaje estacionado frente a un buque. Tres hombres esbozados hablaban con el hombre que reconocí como uno de los capitanes, el que llamaban el Lusitano. Me detuve súbitamente pues creí reconocer la planta de los esbozados. No tenía ya la menor duda. Eran mis medios hermanos. Y seguramente dentro del carruaje se encontraba doña Catalina. El Lusitano sopesaba una bolsa en su mano y departía sonriente con los esbozados. Seguro que ya habían esparcido plata entre todos los capitanes surtos en el puerto. Por mar no iba yo a salir de Sevilla. Uno de los esbozados volteo en dirección a donde yo estaba y vide que sus ojos se abrieron asombrados.

--¡Es él! --gritó el embozado que me reconoció.

--¡Maldición! --dijo otro.

Hizo una señal y unos hombres se aproximaron corriendo desde el otro lado de la explanada. Traían el uniforme de la guardia de la ciudad.

## XV. El Obispo de Puebla



Puebla 1682

*Donde conocemos al obispo de Puebla que dio pie a la disputa de Sor Juana con Sor Filotea*

Entremos a la magnífica biblioteca que perteneció al obispo Palafox. Las paredes están cubiertas con magníficos estantes de finas maderas. Albergan toda clase de obras valiosas en griego, latín, hebreo, árabe, castellano y hasta en las lenguas herejes como el alemán. Las puertas que dan a las pequeñas terrazas de la biblioteca están abiertas. Por ahí entra el sol y un tenue viento. Se oyen los tzentzontles cantando en los arboles que rodean a este palacio.

En medio de la biblioteca, en una magnífica mesa de caoba se encuentran sentados dos personajes. El primero es un príncipe de la iglesia, el obispo Manuel Fernández de Santa Cruz. Se trata de un hombre alto, de buena planta, de mediana edad. Ante el se abre un libro, la *Metamorfosis* de Ovidio, de gran antigüedad, escrito en árabe, que una vez había pertenecido a una de las siete bibliotecas de Córdoba en el viejo Al Andalúz. En pequeñas letras el obispo ha escrito anotaciones y observaciones en cada página.

El segundo es un gentilhombre elegantemente vestido a la usanza de los tiempos. A sus pies se acurruca una perra negra grandísima. Se trata de nuestro conocido, el conde de la legión.

Un criado entra y deposita dos tazas de chocolate frente a los hombres y se retira con una reverencia.

--Le prestare esta versión del Ovidio en cuanto la acabe, señor conde, --dice el arzobispo--. Es una delicia. Me imagino que vucencia entiende el árabe.

--En efecto su señoría. Conocí esa lengua en mi estancia en el medio oriente. Le estaré muy agradecido si me concede tal honor y le prometo cuidar del incunable.

--¿Y qué le parece nuestro nuevo arzobispo señor conde?

--¿Don Francisco?

--El mismo. Vamos, hombre, usted y yo nos conocemos de muchos años atrás. ¿No cree que entró muy gallito?

--Demuestra gran celo en su primer decreto. Dicen las malas lenguas que el puesto de arzobispo se lo merecía usted.

--¡Ja ja! Ciertamente, yo rehusé tal responsabilidad. Aquí en Puebla me la paso muy contento con mis libros. Por amor a mis ovejas decline el cargo. Además, tengo las manos llenas construyendo la capilla del rosario. ¿La ha visto vucencia?

--Sí, lo que vide es magnífico.

--¡Imagínese cuando esté acabada! Encontré unos excelentes artesanos indígenas en mis viajes por la sierra de Puebla y me los traje para trabajar en ella.

--Vamos, don Manuel, sáqueme de dudas y no evada lo que afirme. ¿Qué del arzobispado?

--Sois sagaz, conde, --se rio el obispo--. Si los jesuitas quieren el arzobispado pues sea. Ya vide vucencia que a veces se arrepiente uno cuando la suerte le concede uno lo que quiere.

--Su señoría fue el padrino de don Francisco durante su consagración como obispo de Michoacan. También tenéis más antigüedad que don Francisco.

--Tal es cierto.

--Conozco muy bien a su señoría. Creo que actuó con mucha prudencia. La cosecha se reputa no será buena. Hay rumores de ataques piratas en el golfo. Y los naturales andan levantiscos. Don Francisco solo tiene tres, tal vez cuatro, años que llevo a la Nueva España. No conoce las lenguas mejicanas. Usted tiene ya décadas aquí. Y habla varias lenguas mejicanas con holgura. Es usted lo que aquí los mejicanos llaman un gallo muy jugado.

El obispo se rio.

--En efecto, señor conde.

--Perdóneme la osadía, su señoría, pero creo que le está dando cuerda a don Francisco para que solito se ahorque.

El obispo no dijo nada por varios momentos. Era evidente que estaba sopesando sus palabras.

--Bueno, --contesto el obispo tomando un sorbo de su chocolate-- admito que si la cosecha no es buena esto se va a poner color de hormiga como dicen los mejicanos. Y he oído también de que los herejes podrían atacar Veracruz. Pero, ¿qué es eso de que los naturales andan levantiscos?

--Cosas que uno oye, su señoría.

--Vamos, hombre, entre gitanos...

--Anda el rumor del regreso de un rey mejicano. Le dicen el rey coyote.

--Ah, ¿e incitara una revuelta contra España?

--Es posible. Hasta ahora es solo un rumor. Le paso al costo lo que se. Lo ven como una especie de mesías indígena que volverá a restablecer el mando de los naturales en esta tierra.

--¡Válgame Dios! ¿Está al tanto de esto don Francisco?

--Afortunadamente sí.

--¿Y lo toma en serio? ¿Entiende la gravedad de esta amenaza? --había algo de frustración en su voz que indicaba su falta de confianza en el arzobispo.

--Yo creo que si. Ha tenido ya varias juntas con el virrey sobre estos menesteres.

--¿Y la inquisición?

--Ahí está el problema. Como su señoría sabe, se acaba de morir don Pedro Soarez, el inquisidor.

--Me temo que don Pedro era muy anciano y aparentemente una santa paloma. No hizo ningún auto de fe. Vucencia sabe bien que de vez en cuando hay que hacer una chicharroniza para que los naturales teman a la autoridad de España.

--Tengo entendido que todavía no ha llegado el sucesor de don Pedro desde España. Me temo que ahorita el santo tribunal de la inquisición se encuentra a cargo del segundo de don Pedro, un joven

dominico que tiene poco que llevo de España, un tal Fray Antonio de Montoya.

--¿Montoya? Si, lo conocí cuando paso por Puebla. Es muy joven. No conoce a la Nueva España. Sin embargo, me impresiono su erudición.

--La inquisición no necesita un Marco Aurelio, su señoría, para estos casos se necesita un Tiberio. Si la cosecha falla puede que soplen vientos de fronda.

## XVI. La Procesión de Sevilla

*Del libro de Pedro de Santa Cruz, donde se relata como un bicho en Maracaibo casi se come a un gitano.*



Di media vuelta y me fui corriendo en dirección otra vez a la judería. Al doblar una esquina di de lleno con el zurdo Pérez que soltó una maldición y cayo a mis pies adolorido y sangrando.

--¡Perdón! --grité

--¡Hideputa! --gimió el zurdo sacando su espada y lanzando una estocada con su mano buena. De un salto logre evadir esta y reanude mi loca huida. Atrás de mí oía los gritos de la guardia. En su correr estos se habían atropellado al zurdo otra vez y el infeliz gemía de dolor.

Volví a torcer otra esquina y me encontré en una plazuela. Una procesión de penitentes encapuchados iba marchando por la calle en medio de una muchedumbre. Casi no se podía ver por la cantidad de incienso que se quemaba.

Me metí violentamente entre los penitentes, causando accidentalmente que uno de ellos, que era de los que sostenían una pesada estatua de un cristo sangriento, trastabillara y cayera. Los otros penitentes no pudieron sostener la estatua que había quedado desbalanceada y esta cayó por los suelos. Fue tal la confusión que resultó que

logre confundirme entre la muchedumbre. Los gritos e insultos que se oían en la plazuela azulaban más el aire que el mismo incienso.

--¡Entrad aquí! --dijo una voz que salía de un callejón. Vide a un hombre con cara de bandido que de inmediato reconocí. Sostenía una puerta abierta y me hacia señales que me apresurara.

--¡Lucas Macanas! --exclamé reconociendo a un gitano que se había embarcado conmigo a las Indias.

Estando surtos en Maracaibo se le ocurrió darse un chapuzón y se puso a nadar de perrito alrededor del buque. Toco que yo estaba haciendo unas reparaciones en el velamen y desde lo alto del palo mayor noté la sombra de un bicho que se aproximaba bajo el agua adonde el gitano nadaba despreocupado. Le advertí con un grito y Macanas logro subirse al buque justo cuando una aleta inmensa rompió la superficie del mar detrás de él.

--¡Ja! ¡Parece que los alguaciles andan tras de usted don Pedro! --dijo Macanas cerrando la puerta tras de si.

El cuarto era una especie de bodega con un catre.

--Ayudadme Lucas, por favor, tengo que salir de Sevilla.

--No os preocupéis, os debo la vida --dijo Macanas--. Esperad aquí hasta que anochezca. Debo hacer unas diligencias pero regresare. Mientras estais en vuestra casa. Hay aquí vino y quesos. Tomad lo que queráis.

Esperé el resto del día oyendo con sobresalto cuando oía pasos en el callejón. Ya siendo de noche la puerta se abrió. Desenvaine mi espada. ¿Que tanto se podía

confiar en un gitano? Pero no, el que entró no era un alguacil. Era Macanas. Sin decir más, me hizo señas que lo siguiera. Me llevó hasta una carreta cubierta de las que usan los gitanos en sus andanzas y me hizo señas de que me subiera en esta. Había dentro tres gitanas, jóvenes, de buenas carnes, que me sonrieron y me indicaron un espacio oculto donde metí mis alforjas y me guarecí.

--Micaela, Carmen, y Faustita son mis primas --explico Lucas mientras tapaba el recoveco--. Ellas os sacaran de Sevilla.

--¡Me voy a asfixiar aquí! --proteste.

--Hay unos agujeros por donde podréis respirar --dijo Lucas y fue lo último que vide pues quede en una obscuridad absoluta.

En efecto, había unos pequeñísimos agujeros por donde me entraba algo de aire, no mucho, debo añadir. La carreta se echó a andar. Tal vez por la falta de oxígeno o por los sobresaltos de ese día pero el caso es que me quede dormido.

Desperté en la obscuridad. No se sentía ya el movimiento de la carreta. De pronto entro una bocanada de aire fresco que me mareo y me dio un dolor de cabeza. La tapa de mi ataúd se abrió. A la luz de unas bujías pude ver a las tres gitanas que me sonreían.

--Ah bien, no habéis muerto --observo Carmen, la mayor.

--¿Por qué nos detuvimos? --pregunté.

--Estamos a un par de horas de Sevilla. Hicimos nuestro campamento --explicó Fraustita.

--Y queremos nuestro pago --acabó Micaela.

--Con gusto os daré algo de plata --accedí.

--No, ese no el pago que queremos --explicó Carmen.

--Si nuestro padre se entera que tenemos un hombre aquí... --continúo Fraustita.

--¡Os hará capar! --sentencio Micaela. Sus ojos brillaban--. ¡Ya lo ha hecho con otros amantes que hemos tenido!

Debo añadir que mientras iban explicando todo esto se iban despojando de sus ropas. No eran ciertamente delgadas, mas bien se diría que eran bastante rollizas pero no despreciables aunque algo bigotonas. En suma, no había que explicar más. Afortunadamente tenía yo tan solo 23 años y a esa edad se puede pagar las deudas con todas las de la ley.

Quede obviamente bastante exhausto, razón por la cual protesté cuando me despertaron en la madrugada.

--¿Otra vez? ¡Sois insaciables!

--Despertaos --dijo Carmen.

--Vestíos --ordeno Fraustita.

--Idos antes de que amanezca y nuestro padre os encuentre aquí --recomendó Micaela--. Tiene un cuchillo nuevo y lo va a querer estrenar.

--Allá está el camino que va a occidente --explicó Carmen--. Nosotros vamos al norte, hacia Madrid. Lucas me pidió que os recomendara ir a Cádiz. Ahí podréis encontrar un buque que os lleve a vuestro destino.

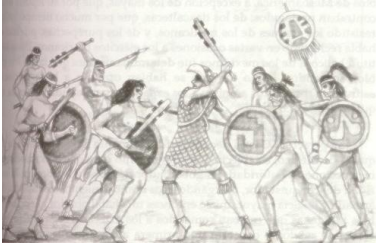
--¡Sea! Adiós diosas, ¡no os olvidare jamás! --dije besando a las tres.

Me encaminé entre las brumas de la mañana. Al mediodía paré en lo alto de una colina. Tuve la fortuna de divisar desde esta



a un grupo de hombres a caballo que venían desde Sevilla. Me escondí y los vi pasar. Creí reconocer entre estos a uno de mis medios hermanos. Decidí doblar hacia el norte. No intentaría salir por Cádiz. Si era necesario caminaría hasta Francia.

## XVII. Las Dudas de Lorenzo



*Donde Lorenzo sopesa si no sería mejor ser jicarero en una pulquería que caballero águila.*

Camino a Texcoco – 1652

Al anochecer del primer día de camino a Texcoco don Diego y su ahijado buscaron posada en una parroquia. Al día siguiente, después de un desayuno opíparo que les dio el párroco, ambos se pusieron otra vez en camino.

--Padrino, con todo respeto. No estoy seguro si podré terminar el entrenamiento al que usted me lleva.

--¿Es que acaso no quieres asumir tus responsabilidades?

--Padrino, con su venia, no estoy seguro si podré terminar o si, como usted dice, si quiero hacerlo.

--Interesante. Yo en vuestro lugar también tendría mis dudas. Digo, ¿acaso no sería tal vez mejor si el último descendiente de los Ixtlilxóchitl se mete a jicarero en una pulquería o a zapatero o de cura de pueblo como el fulano que tan generosamente nos dio posada?

Digo, ¿visteis lo gordo que estaba el señor cura? Y en su jardín había bastantes gallinas igual de gordas, como para tener siempre una buena ración de huevos frescos y una gallina en mole los domingos. ¿Y visteis la marrana con los lechoncitos

que tenía? Pronto habrá tamaliza. Repito, Lorenzo, no os culparía si buscáis vivir tranquilo cuanto tiempo os quede sobre la tierra.

--Padrino perdóneme. Es que dudo que esté a la altura.

--¡Pamplinas Lorenzo! Es de sabios dudar. El problema es que los estúpidos no dudan. Ellos lo saben todo.

--Es que mi padre nunca me dijo nada sobre estos menesteres.

--Mi compadre, tu padre, que Dios tenga en su santa gloria, murió muy triste, Lorenzo, por la manera en que la corona trato a su padre don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y a su familia. No lo culpo por haberse desilusionado y nunca haberte hablado de estas cosas.

--¿Y de que servirá todo esto? Nunca volveré a tener mi trono.

--Ah Lorenzo, dime, ¿creéis en las profecías?

--Pos...no se...

--Te he contado sobre los ancianos de la casa negra, miembros de la hermandad blanca, ellos eran los consejeros del tlatoani mejicano. Cuando los de Castilla sitiaban a la ciudad hicieron la siguiente profecía:

*"Ha llegado la hora de que nuestra cultura se oculte ante los embates del invasor. Toca a nosotros hacer que Anahuac vuelva a brillar en todo su esplendor. La sabiduría de los viejos abuelos se encuentra en los corazones de los mexicanos. Con ella como cimiento, piedra a piedra, reconstruirán Anahuac en el albor del sexto sol."*

El sexto sol, Lorenzo, de acuerdo a la cuenta larga de los abuelos solo vendrá a principios

del siglo XXI, de aquí a 400 años. Ni tú ni yo lo veremos. Pero si Anahuac va a renacer entonces necesitara la sabiduría de los viejos abuelos. Y eso, Lorenzo, ese el toltecayototl.

--¿Entonces los de Castilla seguirán gobernando de aquí a 400 años padrino?

--Ojala que no. Lo que si os puedo asegurar es que Anahuac no renacerá si el toltecayototl no existe. Y vos, que sois el heredero del trono de Anahuac, sois el designado para ser su defensor. Esto es, por supuesto, si decidís asumir esta responsabilidad.

--¡Padrino! ¡No se lo que debo de hacer!

--Vamos, decidámonos de una vez, Lorenzo, estamos tan solo a medio camino. Podemos todavía regresar a la ciudad de Méjico y vos podéis entrar al seminario o de aprendiz de zapatero o que se yo. Sabed que de todas maneras te bendeciré, hijo mío. Y le pediré al santísimo que algún día me perdone por ponerlos en esta encrucijada pero no tengo ya opción.

Os confieso que he buscado otros herederos. Los Valeriano no valen lo que tu vales ni su sangre tiene la nobleza que hay en la tuya. Pero si no aceptáis no tendré remedio más que hacerle saber a uno de ellos sobre la existencia del toltecayototl, a riesgo que me delaten a la inquisición, claro está.

--Mi padre me contó sobre los Valeriano. Se visten a la española, poseen encomienda, y desprecian a los indígenas aunque ellos son mejicanos también.

--Su única nobleza proviene de haberse emparentado con los Tezozomoc de la casa real mexicana.

--Válgame Dios, padrino, no busque a esos cuilones. Lo van a vender.

--Entonces, ¿aceptáis someterte a la disciplina del código del águila?

--Que sea lo que Dios quiera. Si, acepto.

--¿Juráis defender el toltecayototl con la última gota de tu sangre aun si nunca veras el renacer de Anahuac?

--Si padrino, lo juro.

--Ven a mis brazos, Lorenzo. Es la última vez que os llamare así, hijo. De ahora en adelante seréis conocido como don Lorenzo o su alteza, el rey coyote.

--¡Ave María padrino! ¿Por qué rey coyote? ¿Por mi ancestro?

--No, alteza, sino porque necesitareis la astucia y prudencia y audacia del coyote para sobrevivir.

## XVIII. La Venta



*Del libro de Pedro Santa Cruz, donde se describe un San Quintín sangriento en una venta, escena violenta, con mucho desenvainar de espadas y votos a Belcebú, que es de rigor en este tipo de historias.*

Tres días después entre en una venta y decidí pernoctar en esta. La venta era bastante amplia. Había un cuarto común y una cantina. Tomé una mesa en el primero y le pedí de cenar al posadero. En la mesa de junto había tres hombres con facha de matarifes. Uno de estos era un gigante pelirrojo, unicejal, de barba cerrada como un godo. Era evidente que ya habían tomado en demasía pues sus voces eran demasiado altas. No pude evitar oír lo que decían.

--¿Os imagináis que alguien hiriese al zurdo? --pregunto uno que tenía los ojos muy juntos, cual una rata--. ¡Imposible!

--¿Estais seguro de lo que decís? --preguntó el gigante cuya nariz estaba enrojecida por el vino--. ¡El zurdo es el mejor de todos nosotros! Yo solo he oído versiones fantásticas de como fue herido.

--Yo vide al zurdo con mis propios ojos --apunto el cara de rata--. Está convaleciendo allá en Sevilla. Los cirujanos lo sangraron, cosa que se recomienda en esos casos, y lo dejaron casi a las puertas de la muerte.

--¿A quien se le ocurre sangrar mas a un herido? --dijo el gigante escupiendo en el

piso--. A mi me hirieron varias veces en Flandes y no dejaba que me tocara ningún cirujano. Es mejor curarse uno que caer en manos de esos hideputas.

--El zurdo se ha de estar haciendo viejo --observo el tercero. Este era un hombre calvo con un parche en un ojo.

--Pues solo así se explica --respondió el cara de rata.

--Gott im Himmel! --juró el gigante que aparentemente era un tudesco. Había muchos de estos que servían bajo nuestros reyes Habsburgos y que luego abandonaban los tercios para meterse a matarifes--. Ojala que el Zurdo no se muera. Me debe dinero.

--¿A usted también, don Hermann? --preguntó el cara de rata riéndose.

--Esa es la debilidad del zurdo --explicó el tuerto--. El dinero se le va entre las manos pero siempre ha sido buena paga.

Eso último lo podía yo atestiguar.

El gigante se trago un puñado de salchichas y sorbió un tarro de cerveza y eructó.

--Bien, ¿pero quien fue el que lo hirió? He oído muchas versiones. ¿Seria José el vizcaíno? Solo él tendría la técnica.

--No, ni ese le llegaba a los talones al zurdo --explico el cara de rata--, además José el vizcaíno ya se metió de fraile para expiar sus pecados.

--Pues yo oí que fue un tal conde del Santo Cirio y que lo hizo junto con cincuenta de sus seguidores, cuarenta de los cuales el zurdo mató antes de caer herido --explicó el tuerto.

Yo casi me atragante de la risa.

--¡Pamplinas! --dijo el gigante--. A mi me dieron la versión que fue un francés que había sido instructor de esgrima en la escuela de Treville. Fue el mismo Luis XIV el que lo mandó a matar. Pero el zurdo se logro escapar, aunque malherido.

Desafortunadamente yo me puse a toser pues casi me ahogaba tratando de no reírme.

--¿Esta usted bien amigo? --me preguntó el gigante.

--Si, caballero, ustedes disculpen, se me atoro un hueso de pollo.

El cara de rata me veía fijamente.

--Ninguna de esas versiones es correcta. El mismo zurdo me contó que fue un tal Pedro de Santa Cruz. Es un muchacho como de veintitantos años, con facha de moro, pelo hasta los hombros, y viste como marinero.

Cinco ojos (al tuerto le faltaba uno) se posaron sobre de mi.

--Pues muy peligroso será ese fulano --dijo el gigante mirándome fijamente. Su mano gigantesca yacía sobre la empuñadura de su espada.

--En efecto, los alguaciles en Sevilla ofrecen una recompensa por él, vivo o muerto --apunto el cara de rata.

--¿En verdad? ¿De cuanto es la recompensa? --preguntó el tuerto.

--Bastante para repartir. Aun entre tres. Aparentemente tiene enemigos que lo quieren bien muerto --explicó el cara de rata.

Yo apresuré mi cena, tomé mis alforjas, y me dirigí al aposento que había rentado. Me encaminé a las escaleras que daban a

los pisos superiores. Detrás de mi oí a los tres hombres pararse de su mesa.

--¡Oiga amigo! ¡Si, usted! --me espeto el cara de rata.

Volteé. Los tres fulanos tenían ya sus espadas desenvainadas.

--Schwinehund! --juró el gigante--. Os estabais riendo de nosotros, ¿verdad?

El usar el pretexto del honor injuriado era común entre los perdonavidas para iniciar una camorra.

Saqué mi espada.

--Yo no soy el que buscáis --dije inútilmente. Aun si no lo fuere estos desgraciados ofrecerían mi cadáver a ver si les daban la recompensa. Apenas tuve tiempo de enrollar mis alforjas alrededor de mi otro brazo para servir de escudo.

Me encontraba ya en la escalera. Di una mirada rápida a mi espalda. No había nadie. El gigante se abalanzó sobre de mi lanzándome un tremendo mandoble que logre desviar de milagro. Impulsado por el miedo, lo confieso, subí unos escalones más y volví a presentar mi guardia.

Esta vez el gigante intento enterrarme su espada entre los ojos pero logre agacharme a tiempo. Contesté con un sablazo a su estomago. Para mi sorpresa el gigante salto hacia atrás como un oso con una agilidad que no me esperaba.

Volví a voltearme y subí mas escalones. Atrás de mí oía el resuello del gigante y sus maldiciones. El teutón me asestó otro sablazo que logre detener con la guarda de mi espada. Mi brazo casi se rompió, tal era la fuerza del fulano. Le piqué los ojos con mi mano libre y eso solo sirvió para enojarlo más. Su cara estaba encarnecida y

sudorosa. Podía oler los salchichones y la cerveza que se había zampado.

Salté otros escalones más y lo encaré otra vez. Era evidente que no podía medir mis fuerzas con él. Trataba desesperado de recordar cuantos pisos tenía la venta. ¿Eran dos o tres?

Recordé un dicho que me había dado el cura Rosales un día que me había hartado con sus lecciones de latín y había tirado los comentarios de Cesar en el suelo: el que se enoja pierde.

--¿Es cierto señor teutón que en Alemania las mujeres se aparean con los cerdos? Vos sois la prueba de esto ¿verdad?

El gigante juró algo en su lengua.

Esta vez yo de plano ni siquiera intente presentarle batalla. Me volteé y me puse a subir las escaleras a saltos. Más estas pronto se acabaron y me encontré con un pasillo. ¡La venta solo tenía dos pisos!

El gigante me seguía los pasos gritando como un endemoniado. No podía correr más. El pasillo no tenía salida y todas las puertas parecían solidamente cerradas. Me volteé para encarar al teutón.

--Pero yo he oído que los mejores puercos vienen de las Polonias. ¿Sois entonces hijo de un marrano polaco?

Con el esfuerzo físico y la muina el gigante ya espumeaba por la boca. Sus compañeros estaban todavía subiendo las escaleras.

--¡Sí! ¡Creo ver lo polaco en vuestra cara!

Si el gigante me iba a despellejar mejor que valiera la pena.

El gigante dio un grito y se plantó frente a mí. Sus ojos estaban desorbitados. De

pronto la espada cayó de sus manos y se crisparon en su pecho. Cayó de rodillas frente a mí. Trató de decir algo pero solo una espuma sanguinolenta salía de su boca. Por puro instinto hice lo que tenía que hacer: le dí una estocada que le atravesé el pescuezo. Cayó muerto a mis pies. No sé si fue por mi estocada o porque el corazón le había estallado. De todas maneras no me importaba como el diablo se lo había llevado.

--¡Ave María! ¡Si ya mato a Hermann! -- exclamó con horror el cara de rata que acababa de llegar al segundo piso--. ¡Era la segunda espada de España!

--¡Y dejó malherido al zurdo, que era la primera! --dijo el tuerto persignándose.

Lo dicho: actuaba tan solo por instinto. Podía oler su miedo. Grité un voto a Belcebú y me abalancé sobre ellos. Tiraron sus espadas y huyeron despavoridos escalera abajo dando trompicones. Los seguí sin tanta premura pues estaba yo también a punto de desfallecer. Tenía la espada chorreando la sangre del alemán. Agarre un mantel y la limpie. Tenía también una sed de los mil diablos. Tomé una bota de vino y me sacie con ella. Los hombres que estaban en el cuarto común me veían con horror. El cara de rata y el tuerto ya se habían hecho escasos.

--Y bien, ¿quién es el siguiente? --pregunté.

Los hombres se apresuraron a salir de la venta gritando.

Era obvio que no podía quedarme ahí. Encaré al posadero que me veía con los ojos desorbitados y estaba tan pálido como un cadáver.

--Posadero, dadme mi plata de regreso, no me quedare.

--¡Te-te-tened, su excelencia! --dijo el posadero entregándome toda la plata que tenía en su caja. Acepté. ¿Quién iba a ser yo para cuestionar como manejaba el hombre su hacienda?

Salí de la venta. En el establo encontré un caballote, percherón, obviamente el único que podía haber montado el teutón. Me subí al caballote y me dirigí otra vez al norte.

Una hora después me percate que traía la camisa llena de sangre. Me inspeccione con cuidado. Aparentemente el gigante teutón había alcanzado a darme un arañazo que casi calificaba como estocada. Me empecé a sentir desfallecer. A duras penas divise un fortín abandonado, difícil de divisar desde el camino, que tal vez era obra de mis ancestros moros, y hacia ese lugar me dirigí.

Vide por mi caballote al cual acomode en lo que parecía haber sido un establo. Me asegure que tuviera suficiente pienso y agua. El portón era endeble y si acaso me moría a causa de mi herida semejante corcel no hubiera tenido problemas en salirse solo de ahí.

Encontré una habitación en el fortín que era más o menos habitable. Me quite la camisa empapada de sangre y bañe mi herida con aguardiente. De mis alforjas saque ungüentos y vendas que me aplique. Acto seguido me acosté a esperar que viniera la fiebre, cosa inevitable en tales heridas. Después no supe más de mí.

## XIX. Los Cilicios del Arzobispo



*Donde conocemos el valor de mortificar la carne para salvar el alma...*

Cd. de Méjico – 1682

Hay que mortificar la carne. Esta es la raíz del pecado. Esta era la firme creencia del arzobispo Francisco de Aguiar. Bajo su atuendo de príncipe de la iglesia, su ilustrísima utilizaba un cilicio, o túnica hecha de tela áspera con finos alambres que mortificaban su carne. Su cuerpo estaba cubierto de llagas. Igual, el arzobispo había hecho la manda de nunca más cortarse las uñas de los pies. Como consecuencia varias de estas se habían enterrado y mortificaban su cuerpo. De ahí sus dificultades para caminar.

A veces estas llagas se infectaban pues el arzobispo, como la mayoría de los españoles, no se bañaba (esta práctica, el baño, la había condenado San Isidoro de Sevilla como invento del demonio). Debido a las llagas purulentas que cubrían su cuerpo y sus pies, el arzobispo tenía lo que se consideraba “olor de santidad”. La feligresía que asistía a su homilía dominical en catedral podía olerlo, aun sobre el incienso que sahumaba el templo.

Contemple entonces, estimado lector, a este santo varón. Es de mediana edad, bajito, casi calvo, muy blanco, porta el

habito de los jesuitas. Camina lentamente (las uñas lo atormentan) apoyándose en un bastón a través de los amplios pabellones del recientemente inaugurado hospital para enfermos mentales que ha construido. A su lado camina el doctor Carreño, renombrado especialista en tratar los trastornos de la mente, y Josef Rubio, S.J., su secretario particular.

--Excelente, excelente --dice el arzobispo.

Unas mujeres indígenas hicieron una reverencia al pasar el arzobispo. Este las vio con cierto asco.

--¿Por qué permitís mujeres aquí?

--Son de la servidumbre, su señoría.

Rubio le murmuro quedamente al doctor:

--A su señoría le dan asco las mujeres.

Las mujeres se acercaron a tratar de besarle el anillo al arzobispo y pedirle su bendición. Este se hizo para atrás con asco.

--¡Largaos! ¡Sáquense! --les grito bruscamente Carreño a las mujeres.

Las mujeres ahuecaron el ala y la comitiva continuo su camino a través de los pabellones.

--Esta es una de las salas de tratamiento, su ilustrísima, --le indica Carreño.

Se trata de una amplia sala de cuyo techo cuelgan cadenas.

--¿En qué consiste el tratamiento?

--Tratamos de restaurar el balance de los humores que causa el mal mental, --explica Carreño--. Previa a su llegada aquí los hemos sangrado para que no tengan tanta



fuerza y puedan sacar mayor provecho del tratamiento.

Unos loqueros entraron llevando a un infeliz indígena.

--Ah, mire su señoría, vamos a poder ilustrar lo que le dije.

Los loqueros rápidamente colocaron unas pulseras de acero en las muñecas del loco. Estas estaban unidas a unas cadenas. Luego los loqueros jalaron las cadenas de tal manera que los pies del infeliz "paciente" apenas si tocaban el suelo.

--¿Y luego? --pregunto escéptico el arzobispo--. Ese infeliz esta temblando. ¿No tendrá acaso fiebre?

--A veces el sangrado puede ser excesivo y se presentan convulsiones, sobre todo en estos indígenas cuya alimentación es muy pobre. Pero eso pone al paciente mas dispuesto a recibir el tratamiento.

--Ah, bueno, usted es el médico. Proceda.

Acto seguido unos loqueros trajeron una cubeta grande, llena de agua hirviendo. Forzaron los pies del infeliz "paciente" en esta. Sus alaridos eran horribles.

--¿Este es el tratamiento? --pregunto el arzobispo viendo la escena con algo de horror.

--Si, su ilustrísima. Los humores volverán a entrar en balance al aplicarse el agua hirviendo. Es la técnica más moderna. La aprendí en Salamanca.

El doctor hizo una señal y los loqueros soltaron las cadenas. El infeliz "paciente" se colapso en el suelo, gimiendo.

--¿Y ya quedo curado? --el arzobispo se acerco con curiosidad al infeliz.

--Pues no, su señoría, va a requerir toda una serie de estos tratamientos, --explico el médico.

--¿Y que tenía el infeliz este?

--Era un caso típico. Sufría de alcoholismo. Los alguaciles lo trajeron aquí pues lo encontraron durmiendo en la calle.

El "paciente" abrió los ojos y se percató de que el arzobispo estaba a su lado. Este se inclino hacia él.

--¿Cómo os llamáis, hijo?

--José, patrón.

Tal cosa no era sorpresa. La mitad de los indios los bautizaban como "José". El hombre tenía una espuma sanguinolenta que le salía de la boca. El arzobispo empezó a darle la bendición. Pero en eso el indígena saco fuerzas de la nada y escupió, atinando a darle al arzobispo de lleno en su cara.

--¡Hijo de tu grandísima...! --juraron los loqueros que acto seguido molieron a golpes al tal José.

--¡Como se atreve! --exclamo con horror el doctor Carreño.

El tal José daba de alaridos.

--¡Pronto sabrán lo que es amar, ¡ay!, a Dios en tierra de indios! Gachupines, ¡ay!, de mierda! ¡Ay!

Los loqueros lo estaban pateando y el hombre había quedado exánime. Rubio se apresuró a limpiarle la baba de José al arzobispo.

--¡Este infeliz no está loco! --juro el arzobispo--. ¡Tiene el diablo adentro!

--¡Ya se nos murió patrón! --exclamo uno de los loqueros.

En efecto, el infeliz José ya había acabado sus días y miraba fijamente al techo de la sala.

--¿Le va a dar los oleos? --pregunto el doctor Carreño al arzobispo.

--¡Olvídenlo! ¡Que se pudra en los infiernos! --contesto el arzobispo.

Aguiar se salió violentamente del hospital (ignorando el dolor de sus uñas, tal era su muina) seguido de Rubio. Ambos emergieron del hospital y Rubio hizo una señal a sus mozos que lo ayudaron a subirse a su carruaje.

--Rubio, a cada rato oigo rumores sobre un levantamiento de indios.

--Igual rumores me han llegado a mis oídos, su ilustrísima, --contesto Rubio, que no era tal pues era un indigena prieto, egresado del colegio que los jesuitas tenían en Tepotzotlan.

--Escucha, manda llamar a Montoya. Lo quiero en mi oficina mañana a primera hora. Más le vale que la inquisición tome cartas en el asunto. Mi única preocupación es que lo veo muy verde para estos trotes.

--Viene muy bien recomendado, su señoría. Se supone que es muy buen predicador y atrajo la atención del cardenal Robles, de Toledo. Este lo mando a estudiar en Roma. Ahí fue asistente en el tribunal superior del Santo Oficio.

--Si es tan bueno, ¿Por qué carajos vino a acabar en la Nueva España? Seguro tiene cola que le pisen. En fin, con estas mulas tengo que arar. Estos malditos indios deben de enseñarse a respetar.

Aguiar se le quedo viendo fijamente. El hombre tenía la piel cobriza, bigotes de aguamiel, y una nariz aguileña. Rubio bajo sumisamente la vista.

--Por supuesto, su ilustrísima, --dijo calladamente Rubio.

XX. El Regreso del Rey Coyote



*“Canto a la Llegada de la Primavera*

*En la casa de las pinturas  
Comienza a cantar,  
Ensayo el canto,  
Derrama flores,  
Alegra el canto.  
Resuena el canto,  
Los cascabeles se hacen oír,  
A ellos responden  
Nuestras sonajas floridas.  
Derrama flores,  
Alegra el canto.  
Sobre las flores canta  
El hermoso faisán,  
Su canto despliega  
En el interior de las aguas.  
A él responden  
Variados pájaros rojos.  
El hermoso pájaro rojo  
Bellamente canta” -- Netzahualcoyotl*

Texcoco – 1652

El Texcoco al que llegasteis, Lorenzo Ixtlilxóchitl, ciertamente no parecía la Atenas indígena que os había descrito vuestro padrino. Más bien era una villa polvorienta, pobre, y triste. Peor, llegasteis en medio de una tolvana proveniente de los llanos de Apam y del lago que se iba desecando.

--Adivino que no os impresiona mucho este lugar, alteza.

--Padrino, tiene usted razón. Esta igual de pobre que mi viejo San Juan Teotihuacan. ¿Adónde vamos ahora?

--Iremos al convento de los juaninos. Se alza en donde estuvo el palacio de vuestros ancestros.

Los juaninos era una orden hospitalaria, es decir, cuidaban de los enfermos y daban posada a los viajeros. Que tremenda sorpresa os llevasteis, Lorenzo, al ver que en el atrio del convento os esperaba el abad y los frailes.

--Alteza, os quiero presentar a Fray Eusebio de Toledo. Fray Eusebio es el abad de este lugar.

--Hemos esperado con ansia su llegada, su alteza. Bienvenido.

Cortésmente aceptasteis la bienvenida, Lorenzo Ixtlilxóchitl, y permitisteis que os lavaran ritualmente las manos y os vistieran con una elegante toga yucateca para cubrir vuestras humildes ropas. Pero en cuanto tuvisteis la oportunidad jalasteis a un lado a vuestro padrino.

--No entiendo, padrino, ¿este Fray Eusebio es un español!

--Si, lo es, alteza, y también es un hermano de la hermandad blanca.

--Pero...

--En la hermandad blanca no reconocemos diferencias entre los hombres, alteza. Todo aquel que busca la sabiduría es nuestro hermano. Os aseguro que Fray Eusebio se haría desollar antes de revelar los secretos del toltecayototl. Alguna vez fue

catedrático en Salamanca y os puedo asegurar que es todo un erudito.

Fue así que Fray Eusebio y sus acólitos os escoltaron y conocisteis lo que quedaba del palacio de tus abuelos.

--Alteza, esta era la sala donde los reyes conducían los asuntos del reino y daban audiencia a los poetas de la corte. Ahora es una de nuestras salas de convalecencia. Como puede ver su señoría, algunos de los murales todavía son discernibles aunque me temo que el tiempo y la humedad los han deteriorado mucho.

Gran emoción os embargo al conocer la sala donde vuestros abuelos gobernaban y juzgaban y seguramente discutían las obras de los poetas y de los sabios de la corte, Lorenzo Ixtlilxóchitl. Pero más admiración os causó los murales. Con vuestras manos tocasteis los deteriorados frescos. Estos mostraban chinampas y flores y jaguares y doncellas caminando entre flores.

Mucho os había enseñado vuestro padrino de arte. Conocíais, a través de grabados, el arte renacentista de Italia. Para vos era evidente que el tlacuilo que había pintado este fresco fue un genio. Y os enojasteis con ti mismo, Lorenzo Ixtlilxóchitl, por asombraros de tal hecho. Después de todo, tus ancestros veneraban todas las manifestaciones artísticas. ¿Por qué extrañarse de que tuvieran a un genio pictórico adornando su palacio?

Y fue entonces que vuestros ojos se posaron sobre una figura que evidenciaba gran nobleza y porte real. La humedad había deteriorado la cara del personaje. Pero por su elegantísima toga y pectoral era evidente que se trataba de un rey. En sus manos portaba un manojo de rosas y recordasteis que este era un sacrificio a Quetzalcoatl. Y reconocisteis al personaje por su glifo. Era un coyote.

--Netzahualcoyotl --dijisteis en voz baja.

Y una gran tristeza os embargo al ver los efectos de la humedad pues supisteis que nunca podríais conocer la cara del primer rey coyote.

Y por un momento, Lorenzo Ixtlilxóchitl, os vino a la mente las frases que el primer rey coyote había escrito mientras huía de los asesinos de su padre:

*“¿Habré de erguirme sobre la tierra?  
¿Cuál es mi destino?”*

Y supisteis entonces que compartías las mismas dudas y temores que el primer rey coyote. Y eso animo tu celo, Lorenzo Ixtlilxóchitl, y fue entonces que no dudasteis mas y supisteis que cumplirías al pie de la letra vuestros juramentos.

--Estos murales reflejan el mundo perdido.

--Si alteza.

--¿Creéis que algo se puede hacer para restaurarlos?

--Si su alteza da la venia consultare con maestros pintores --dijo Fray Eusebio--. Y si también lo queréis, alteza, esta sala no será usada más por los convalecientes.

Vuestros ojos, Lorenzo Ixtlilxóchitl, cayeron sobre los infelices indígenas que yacían en sus lechos de dolor. Algunos os contemplaban admirados. Otros lo hacían con terror. El convento juanino era tal vez el único lugar en leguas a la redonda adonde podían venir a curar sus enfermedades. ¿Qué decidiría, os preguntasteis, el primer rey coyote? Y después de meditar así unos momentos no dudasteis de vuestra decisión.

--No, Fray Eusebio, dejad que esta sala siga sirviendo de hospital. Es obvio que los pobladores necesitan la atención. Ved que se puede hacer, sin embargo, para restaurar los murales. Y si no es posible evitar su deterioro, pues, tal es la voluntad de Dios.

Tu mente ardía en preguntas, Lorenzo Ixtlilxóchitl. Todavía hace unos días sabías de reyes lo que leíais en los anales de Roma y Grecia que vuestro padrino insistía en meteros con sangre en vuestra mente. Pero ahora aquí estabas, Lorenzo Ixtlilxóchitl, y estos ancianos os llamaban “alteza” con todo respeto, aun a pesar de vuestros quince años. Y oísteis a más de uno de los convalecientes murmurar vivas al rey coyote que ha vuelto. Y supisteis entonces, sin que nadie os lo aconsejara, que estos hombres esperaban que os portaras con la gravedad y prudencia de un rey de la antigüedad. Y eso, Lorenzo Ixtlilxóchitl, la verdad, como descubristeis para vuestra alegría y tranquilidad, os resulto fácil. ¡Vive Dios que la sangre ayuda en esos menesteres!

--Muéstreme el resto, Fray Eusebio, por favor --dijisteis con gentileza y los frailes inclinaron la cerviz en obediencia.

Esa noche cenasteis con el abad y con vuestro padrino y ellos os clarificaron muchas cosas.

--Os contaremos, alteza --os dijo el abad don Eusebio mientras os llenaba un vaso con vino de Castilla--, lo que paso al caer Tenochtitlan.

--La ciudad había sido destruida --os explico vuestro padrino--. Pero desde Tlaltelolco los ancianos de la casa negra lograron escaparse. Sus piraguas fueron detenidas por los bergantines que Cortez mando construir.

--¡Deteneos! --ordeno el almirante de los bergantines. Y un pedrero soltó una salva que cruzo la proa de las piraguas.

--¡No disparéis! --contesto el comandante de las piraguas texcoqueñas.

--¿Quién sois y a quien lleváis abordo?

--Nuestro señor es el rey de Texcoco, aliado de Castilla. Ved el estandarte del coyote en nuestras popas. La flota de mi señor puede navegar por el lago por donde le plazca y sus menesteres son su negocio. Si os oponéis, os sugiero que vayáis a preguntarle a vuestro capitán Malinche si esto no es tal.

Hubo un momento de duda a bordo de los bergantines de Castilla al oír la manera tan asertiva con que se había expresado el capitán de las piraguas. El almirante prefirió no arriesgarse a incurrir el enojo del capitán Malinche, es decir Cortez.

--¡Seguid adelante entonces!

Fue así que los ancianos de la casa negra llegaron aquí a Texcoco y el rey les dio su protección. Ya había aquí muchos otros refugiados, de Cholula, de Huejotzingo, de Atzacapozalco, de Xaltocan, y otros lugares que habían sufrido los estragos de la guerra.

Sin embargo, no tardo sino unas cuantas semanas más en que se presento la viruela en la ciudad.

Don Eusebio saco unas crónicas y leyó:

--La ciudad de Texcoco contaba con tal vez cien mil habitantes. Era la segunda ciudad del valle. Estaba intacta. Su rey era aliado de los españoles. Había sido reconocido como vasallo de Carlos V. Eso no importo. En unas cuantas semanas la población de la ciudad fue reducida a la mitad por la peste.

--¡Santo Dios!

--La epidemia se agravo con la llegada de muchos refugiados mexica. Estos venían infectados con la viruela y débiles por el hambre. Llegaron a Texcoco a morir. El rey ordeno a la hermandad blanca que hiciera lo que fuera posible para salvar a su pueblo y a los refugiados. Alteza, fue entonces que este palacio real se convirtió en hospital, por orden del rey de Texcoco.

La ciudad sobrevivió, aunque diezmada, pero ya no era ni la sombra de lo que alguna vez había sido. Nunca más sus poetas declamaron sus composiciones enfrente del rey. Una gran melancolía embargo a la ciudad y hubo quienes murieron de tristeza junto con los que perecieron a causa de la viruela.

Entonces vuestro padrino empezó a recitar en náhuatl y al reconocer las letras más emoción os embargo, Lorenzo Ixtlilxóchitl:

*“Estoy triste, me aflijo,  
Yo, el señor Nezahualcóyotl.  
Con flores y con cantos  
Recuerdo a los príncipes,  
A los que se fueron,  
A Tezozomocztin, a Quaquauhtzin.  
En verdad viven,  
Allá en donde de algún modo se existe.  
¡Ojala pudiera yo seguir a los príncipes,  
llevarles nuestras flores!  
¡Si pudiera yo hacer míos  
los hermosos cantes de Tezozomocztin!  
Jamás perecerá tu nombre,  
¡oh mi señor, tú, Tezozomocztin!  
Así, echando de menos tus cantos,  
Me he venido a afligir,  
Sólo he venido a quedar triste,  
Yo a mí mismo me desgarró.  
He venido a estar triste, me aflijo.  
Ya no estás aquí, ya no,  
En la región donde de algún modo se existe,  
Nos dejaste sin provisión en la tierra,  
Por esto, a mí mismo me desgarró.”*

Don Eusebio ofreció rellenaros la copa, Lorenzo Ixtlilxóchitl, pero tapasteis esta con vuestra mano. No era correcto que un rey fuera débil y usara la excusa de estar embargado por la emoción para abusar del alcohol. Y por la sonrisa de vuestro padrino supisteis que estabais desempeñando correctamente vuestro papel.

--Continuad, por favor, don Eusebio.  
¿Cómo fue que la hermandad sobrevivió entonces?

XXI. Los Trapos de Bellini



*Del libro de Pedro de Santa Cruz, donde se discute si los sombreros con plumotas son ya pasados de moda y es el estilo a la puritana el que se prefiere en Paris.*

No se cuantos días pasaron hasta que logre volver a ponerme en pie. Una semana de camino me llevo a Madrid. Busque una venta no de tan mala muerte como a las que estaba acostumbrado. Entre mi porción del viaje a las Indias, lo que me había dado mi padre, y lo que generosamente me dio el posadero tenía yo bastante plata. Para mi horror aparentemente las nuevas de mi llegada se habían esparcido.

--¿Viene el caballero desde el sur? --me preguntó el posadero--. ¿Habéis oído del Conde del Santo Cirio?

--No. ¿Que con él? --pregunté intrigado.

--Se dirige aquí a Madrid --explicó el posadero--. Dicen las malas lenguas que hizo un pacto con el diablo para convertirse en el mejor espadachín de Europa. ¡Ningún acero lo puede tocar!

--¡Exageráis!

--¡No! --insistió el posadero--. Juro que es lo que oí contar a unos arrieros. ¡Mató él solo a cincuenta caballeros en una venta y viene acompañado de un sequito de gitanas que

le concedió el sultán de Constantinopla al cual le salvó la vida de un fiero tigre que lo iba a emboscar!

Aparentemente las historias del tal Conde del Santo Cirio, Duque del Santo Sepulcro, o Márquez de la Santa Cruz eran la comidilla del día en los corrillos de los matarifes desocupados de Madrid. Todos se aprestaban para retarlo aun si la vida les fuere en ello. Algunos detalles, como que el mejor espadachín de Europa, conde o marquez de Dios sabe que, vestía como humilde marinero “pues era una manda que había hecho al señor de Compostela cuando una tormenta casi hunde su flota de 500 galeras frente a Trieste” me iba a delatar tarde o temprano.

--Decidme --le pregunté al posadero--, donde puede un gentilhombre vestirse tal cual aquí en este pueblucho?

--Ah, caballero, idos por esta misma calle y tres cuadras más adelante está el establecimiento del italiano Bellini. Es el modisto del rey nuestro señor. No hay mejores sedas en todo Madrid.

Me encamine al lugar. Al cruzar una amplia plazoleta note que había grupillos de fulanos de mala estirpe hablando en corrillos. Trate de evadirlos.

--¡Oiga amigo!

No quise voltear.

--¡Que le estoy hablando amigo! ¿Es sordo?

Me volteé. Ya se imaginaran. Era un fulano toscote con aire de matón. Portaba una toledana y se atizaba el bigote. Trate de actuar con mansedumbre.

--Usted perdonara caballero. En efecto, si soy medio sordo. Era artillero en una de las

galeras del rey y de ahí quede muy débil del oír.

--¿Sois marino entonces?

--¡Cuidaos don Antonio! --le conmino un segundo que se le unió--. Se dice que ese Duque del Santo Rosario es almirante de las galeras del rey.

--¿Vos estáis buscando al Almirante-Duque del Santo Rosario? --pregunte descubriéndome y persignándome.

--Si, ¿lo conocéis?

--¡Vive Dios si serví bajo su mando en su galera capitana, la invencible Nuestra Señora del Verbo Encarnado! Pero sabed que el Almirante-Duque es el mismo diablo en persona. Y no se parece en nada a mí. Esta tuerto pues un cimitarrazo de un jenízaro casi le cerceno la cabeza en dos. Pero perdéis el tiempo buscándolo aquí.

--Vamos, hombre, hablad. ¿Sabéis donde esta?

Me temo que varios matarifes ya se habían juntado. Me maldije a mí mismo y mi bocota.

--¿Pues donde mas, señores? El rey nuestro señor bien sabe su valía como marino y le ha dado el perdón por todos sus crímenes. Se encuentra ya en camino a Barcelona pues se ha visto una flota turca cerca de Sicilia y el rey le ha dado el mando de la flota. Hacia allá me dirijo pues quiero volver a servir bajo tan insigne capitán.

--¿Decís la verdad?

--Podéis preguntar en palacio si no me creéis. Yo que vos me apresuraba en ir a Barcelona para obtener una patente de oficial. Yo no soy gentilhombre, aunque si soy cristiano viejo, y solo puedo aspirar a

servir como un humilde artillero, aun si eso me cuesta el poco oído que me queda.

Sin más, me apresure a salir del lugar y deje a los corillos de matasietes discutiendo entre ellos.

El tal Bellini me vio con recelo cuando entre en su tienda. Era yo el único cliente.

--Traigo plata y soy gentilhombre --dije con aire de perdonavidas.

De inmediato Bellini me sonrió.

--¿Y en que le puedo servir al caballero?

--Busco un traje de viaje. Ando de incógnito pero estos trapos tampoco son apropiados a una persona de mi clase.

--Entiendo, entiendo --dijo Bellini.

Empezó a mostrarme varios trajes definitivamente preciosos.

Un fulano entró. Le di un rápido vistazo. Vestía un elegantísimo traje de clérigo que identifique como jesuita. Era alto, moreno, algo afeminado, y el pelo le caía en elegantes bucles. Tras de el venia el que era obviamente su criado.

--Ah, ¡Monsieur! --exclamó Bellini.

Noté que el cura le hizo una señal para que no dijera su nombre en voz alta. De inmediato escudriñe la tienda. Había una salida a una bodega. El cura estaba frente a la entrada.

--Atended primero al caballero --dijo el cura.

--Os despacho en un momento, excelencia --le dijo Bellini al jesuita. Luego se dirigió a mí--. ¿Queréis probaros este traje, caballero?



Tal cosa hice, cambiándome en un cuartito.  
Salí y me planté frente a un espejo.  
Definitivamente era un traje de  
gentilhombre. Y me sentaba muy bien. No  
me atreví a preguntar el precio.

--¿Y por qué le dais ese sombrero, Bellini?  
--pregunto el cura viéndome con una  
sonrisa burlona.

--Es muy elegante --dijo el italiano.

--¡Bah! Las plumotas en el sombrero ya no  
son la última moda en París --explicó el  
cura--. Ahora se estila la moda a la puritana.  
Es más sobria. Menos ostentosa. Más  
adecuada para quien anda de incógnito,  
¿oui?

Busqué donde había puesto mi espada y  
discretamente me acerque a esta.

--¡Monsieur tiene razón! --dijo Bellini--.  
Caballeros, disculpadme, iré a la bodega a  
traer los trajes puritanos que me acaban de  
llegar.

Mi mano se posó sobre mi espada. Encaré  
al cura.

--Y bien, caballero, ¿qué buscáis conmigo?

--A ver, Billote --dijo el cura.

El criado le presento un estuche largo. De  
ahí extrajo un sable. Lo tomó  
elegantemente e hizo con el malabares en  
el aire. Nada más oía el jush jush de este. La  
sangre se me heló. El criado se fue a  
guarecer detrás de un mostrador.

--Os advierto que herí al zurdo Pérez y ma-  
maté al gigante Hermann --le anuncie.

Me temo que mi voz temblaba. Ni siquiera  
el zurdo había mostrado la elegancia y  
temple que este cura evidenciaba. Me veía

todavía con una sonrisa glacial bajo el  
mostacho.

--¿Al oso ese? Bien por usted. Y por lo que  
toca al zurdo, tal vez habéis tenido suerte.  
Os seguí la pista desde Sevilla. La perdí  
cuando los gitanos os sacaron de Sevilla  
pero la retome en la venta.

--¿Por qué me seguís? ¿Os manda doña  
Catalina?

--Es mi deber, caballero. Estaba en Sevilla  
cumpliendo una misión encargada por mi  
orden. Esta tiene oídos en todas partes.  
Decidme, ¿qué hay de la limpieza de sangre  
de la familia Santa Cruz?

--Antes decidme quien sois.

--Alguna vez fui mosquetero del rey. Me  
conocían como Aramis. Ahora sirvo al  
general de los jesuitas. Y bien, ¿que con los  
Santa Cruz?

--¿Por qué queréis saber?

--Un secreto así es siempre de utilidad a mi  
orden. Vuestro padre tenía una de las casas  
comerciales más importantes de España. Tal  
establecimiento, con sus contactos...se  
puede utilizar para extraer ventajas, ¿oui?

No me sorprendía tal maniobra por parte  
de los jesuitas. Tenían la reputación de ser  
muy dados a las intrigas y el chantaje y de  
tener espías en todos lados.

--¿Y me dejareis vivo si os doy la  
información que deseáis?"

--Os doy mi palabra de jesuita.

--¡Pamplinas! Dadme la palabra de un  
mosquetero del rey de Francia.

El hombre me vio fijamente.

--Sea --dijo Aramis a regañadientes--. Os la doy.

De mis alforjas saque los escritos en árabe que testificaban acerca de nuestro linaje.

La puerta se abrió de súbito. Entraron tres hombres con sables desenvainados. Eran mis medios hermanos.

--¡Dadnos esas cartas! --ordenó el mayor.

Bellini entro de la bodega portando varios trajes de puritano. Vio la escena ante sí y gritó como una colegiala y se escabulló.

--¿Las queréis caballeros? --preguntó el jesuita. Tenía la misma sonrisa glacial de siempre. Tres contra uno. Pero ese uno había sido mosquetero del rey.

--No los matéis, os lo imploro --le dije--. Son de la sangre de mi padre.

--No, no lo hare. Me divertiré tan solo --contesto el jesuita--. Bien, idos, Santa Cruz. No podéis evadirme. Tarde o temprano repetiremos esta conversación. Yo mientras me entenderé con los caballeros. Y no os preocupéis por vuestra cuenta con Bellini. Yo la pagare.

Levante mis papeles y me escabullí por la misma puerta donde se había huido Bellini. Tras de mi oí maldiciones y uno que otro grito de dolor.

Y así fue que, montando mi percherón y vestido como gentilhombre (con todo y plumota en el sombrero), salí de Madrid rumbo al norte.

## XXII. La Iglesia de San Andrés Tuxtla



*Donde el lector sufre el riesgo de perder su alma al ser expuesto a los suras o versos del libro maldito del profeta.*

San Andrés Tuxtla, Nueva España, 1732

--¡Santo Dios! --exclamo don José Antonio cerrando el libro de Santa Cruz. Se levanto de su lecho trabajosamente. Su recuperación había sido lenta pero los cuidados y esmeros de Guadalupe y el resto de los pobladores lo estaban restableciendo.

--¿Llamo su señoría? --dijo Guadalupe entrando.

--Ay Guadalupe, Guadalupe, sacaste ventaja en vuestro trueque. ¿Qué sabéis de este legendaria cura Santa Cruz?

--Solo lo que me han contado mis abuelos, patrón. Vino aquí hace muchos anos. Nos enseñó a orar a su manera. No comía marrano ni tomaba vino. Lo acompañaba un criado que fue el abuelo de don Faustino. Tomo por mujer a una india de la localidad, mi abuela, que Dios guarde.

--Ah caray, el curita era hombre después de todo.

--Pues si.

--Ayúdame a vestirme. Creo que ya estoy casi reestablecido. Quisiera visitar la parroquia.

Sostenido por Guadalupe y acompañado de don Faustino don José Antonio visito la parroquia.

--La hemos tratado de mantener como la dejo el cura Santa Cruz --explico el alcalde.

El edificio estaba limpio y en buenas condiciones. Tan solo habían unas cuantas marcas de humedad.

--Esas paredes van a necesitar ser remozadas --apunto don José Antonio.

--Tal haremos, patrón, ahora que acabe el tiempo de aguas --explico Guadalupe--. También hay unas cuantas goteras que taparemos.

--No veo santos. Tan solo hay un crucifijo --observo don José Antonio.

--En la sacristía tenemos la imagen del santo patrono, San Andrés. El cura la hizo guardar ahí.

--Dejadme ver el libro de los evangelios --pidió don José Antonio.

--Tenga usted --le dijo Guadalupe extendiéndole el libro en el altar.

Don José Antonio lo abrió y leyó al azahar:

--Y aquel que se aparte del camino del dios de la misericordia lo llamaremos shaitan o demonio. Y en verdad os digo que los que siguen este camino con persistencia se imaginan que siguen el camino del bien.

--Ansina conozco mucha gente --dijo don Faustino--. Se dan baños de pureza y aseguran que su mierda no apesta y no paran las moscas en sus mojonos.

--¿Qué os parece lo siguiente? --pregunto don José Antonio y siguió leyendo--. Si hacéis el bien, bien de manera abierta o encubierta, o si perdonáis a los que os ofenden, tened la seguridad que Dios perdona y es omnipotente.

--Tal es cierto --dijo don Faustino.

--Igual creo --dijo don José Antonio volviendo a abrir otra página--. Aquí dice: aquellos que crean y que lleven una vida recta Dios los recompensara y los llenara de su gracia. Por lo que toca a aquellos que lo desdeñan y se vuelven arrogantes, Dios los castigara cual merecen. No tendrán salvación.

--Bien se lo merecerían --dijo Guadalupe.

--Pero aquel que hace el mal y luego implora el perdón de Dios encontrara que este perdona y es misericordioso --siguió leyendo don José Antonio.

--Pos que bueno --respondió Guadalupe--. Yo debo muchas.

--Yo también --concluyo don José Antonio--. Bien, leamos más: y en aquellos tiempos hubo quien aseguro haber ajusticiado al Mesías, a Jesús, el hijo de María y mensajero de Dios. La realidad es que nunca lo mataron, nunca lo crucificaron. Más bien Dios los confundió y los hizo creer tal cosa. Todos los que disputan sobre esto se basan en dudas. No tienen conocimientos, solo conjeturas. La verdad es que Jesús no murió.

--Inshallah --dijo Guadalupe.

--¿Qué habéis dicho Guadalupe?

--Inshallah. Eso decían mis viejos. Que ansina lo quiso Dios. Si llovía, era inshallah. Si no llovía, pos inshallah. Si la abuela se moría, pos también era inshallah. Quesque es hebreo, lo que hablaba Cristo, según enseñaba ese cura Santa Cruz.

--Válgame Dios, señores, tenemos un problema --dijo don José Antonio cerrando el libro y dejándolo en el altar.

--No entiendo patrón --dijo don Faustino rascándose la testa.

--No es culpa de ustedes, don Faustino, sino del obispo por haberlos casi olvidado aquí. La corona solo se interesa en estos pueblos por el beneficio económico que le proporcionan.

--Ya vide patrón que al nopal nomás lo ven cuando tiene tunas --observo Guadalupe

Don José Antonio ya tenía varios lustros en Méjico y ya se sentía mexicano. Conocía, además, como trabajaba la corte del virrey.

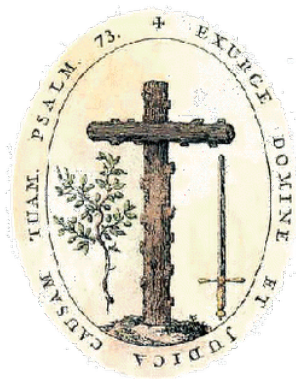
--Señores --anuncio don José Antonio--, en cualquier momento, y por cualquier pretexto, un día de estos se presenta alguien del gobierno que no tendrá mi entendimiento. O peor, tal vez el obispo se digna mandaros finalmente un cura y este será un viejo intolerante y cabrón, como la mayoría que conozco. No dudaría que tal hideputa llamaría a los dominicos de la inquisición y estos se presentarían aquí acompañados de soldados e instrumentos de tortura. Se administraría lo que estos señores entienden por la caridad y misericordia cristiana y la mayoría del pueblo, incluyendo a ancianos, mujeres, y niños, acabaría en chicharrón.

--Patrón --dijo Guadalupe--creo que entiendo de que habla. Con disculpa de su señoría, que es todo un caballero, pero la mayoría de los españoles que he conocido no son muy tolerantes que digamos. Le aseguro que la gente aquí no aguantaría si nos empiezan a ajusticiar con arbitrariedad y empezaría una buena bronca. De alguna manera nos alzaríamos, aunque solo tengamos machetes. La sangre correría como agua.

--¿Nos harían chicharrón? ¿Por qué? --  
pregunto don Faustino--. ¿Por las goteras  
de la iglesia?

--No don Faustino, lo que tienen ustedes  
aquí no es una iglesia --explico don José  
Antonio--. Es una mezquita. El cura este  
Santa Cruz me temo que no era tal cosa.  
Era más bien un moro encubierto y  
aparentemente era muy celoso de su fe. Si  
se vino a refugiar aquí es porque sabia que  
el pueblo esta olvidado por las autoridades.  
Lo que les enseño a ustedes no son los  
evangelios. Este libro que les leí, señores,  
es un Coran.

## XXIII. El Inquisidor



*“Si hacemos lo que hacemos no es para salvar el alma de los que apresamos sino para esparcir el terror entre el resto de la población” – Bernardo Gui, inquisidor*

*Donde se presenta a uno de tantos hideputas de los que es de rigor encontrarse en historias como esta.*

Palacio del Santo Oficio (La Inquisición), Cd. de Méjico, 1682

--¿Ese es el fulano? --pregunto don Antonio Montoya, Inquisidor Mayor, viendo por una rendija al reo.

--En efecto, su señoría. El “sosteniente” Torres lo arresto en la mañana.

--Esta hecho un santo cristo --observo Montoya.

--Le dimos su calentadita --explicó Torres--. Es un indio muy rejego.

Montoya vio con cierto desden al teniente de alabarderos que también tenía pronunciados rasgos indígenas. Por lo que toca a Montoya, este tendría unos treinta años, alto, delgado, muy moreno, salido, en suma de un cuadro de El Greco.

--Aquí no hemos derramado su sangre --aclaro el secretario--. La madriz se la

pusieron los jenízaros del sosteniente Torres.

--¡Válgame Dios! --juró Montoya--. ¡Calentaditas! ¡Madrizas! ¡Habladme en castellano, carajo!

Montoya solo tenía un par de meses en la Nueva España y todavía no entendía muy bien los modismos de los naturales. Hace unas semanas había tenido una junta con el arzobispo, don Franciso Aguiar. Su ilustrísima no midió sus palabras: a toda costa la inquisición tenía que descubrir los detalles de un presunto alzamiento indígena. Se sospechaba, explico Aguiar, de un tal rey coyote que actuaría de cacique y de una secta de brujos llamados la Hermandad Blanca que planeaba ofrecer los corazones de los españoles en el altar del demonio Huichilobos.

Había una amenaza apenas velada en las palabras de su Ilustrísima. Básicamente, Montoya intuía que bien podría ser regresado, en grilletes, a España y de ahí refundido en las galeras del rey si no se avocaba a la tarea de descubrir la conspiración.

El Inquisidor actuó con toda diligencia y con gran celo, al que no estaban acostumbrados sus subalternos. El inquisidor anterior, Soarez, se había dedicado a echar panza y de vez en cuando hacia juzgar a un indio que ofrecía una gallina a sus dioses. Pero con una multa se arreglaba el asunto.

Ahora bajo Montoya y bajo las amenazas de Aguiar las cosas cambiaron. Todo era actividad en el tétrico palacio del Santo Oficio en la plaza de Santo Domingo. Cuerdas de presos llegaban continuamente y, claro, raramente salían. Las celdas en los subterráneos del palacio estaban llenas.

--Perdón, su señoría --se apresuro a decir el secretario--le quería asegurar que no

hemos roto la carne del preso una vez que fue recibido en esta santa institución.

--Mas vale que no. La iglesia no debe derramar sangre. Para eso esta la justicia seglar. Bien, ¿podemos empezar su interrogatorio?

--Cuando usted lo quiera, su señoría.

Como todo interrogatorio que se hacia en el palacio del santo oficio habían presentes varios secretarios para tomar nota de toda pregunta, respuesta, confesión, gritos, y alaridos que tomaran lugar. Esto se hacia con estricto rigor pues bajo las reglas de la iglesia la inquisición podía confiscar a su favor los bienes de sus acusados. La inquisición no quería que hubiera sospecha alguna sobre su honestidad y detallaba con sumo cuidado todo lo dicho durante un interrogatorio. Así podría el santo oficio disfrutar en santa paz de los bienes incautados.

Al acusado no se le explicaba por qué estaba preso. Tan solo se le pedía que confesara su crimen. Por lo general, los acusados al no saber de que se les acusaba, procedían a negar tercamente de que tuvieran algo que ocultar. El santo oficio hacia asentar que si obviamente el preso no entendía "por las buenas" que debía confesar era menester entonces aplicarle tormento para que de una buena vez confesara.

El preso en cuestión, un mestizo aindiado de nombre Tomas Domínguez, sin embargo, no se comporto de la manera esperada.

--Yo a ustedes curas hijos de la chingada no les tengo que confesar ni puta madre.

--Apuntad que este Domínguez nos ha venido muy gallito --indico el secretario principal.

Montoya tan solo cerró los ojos y suspiro.

--Insisto además de que se me proporcione un abogado o de perdida un coyotito y que se me explique de que carajos se me acusa.

--Válgame Dios --dijo el secretario--. ¿El preso quiere también su nieve de limón?

--Dejadle saber de que se le acusa --apunto Montoya.

El secretario se encogió de hombros. La instrucción no era muy común. Tal vez este Montoya estaba todavía muy verde, pensó el secretario, pero definitivamente el no se iba a poner al brinco con el inquisidor mayor.

--Se le acusa de hacer sacrificios a Huichilobos y de esparcir calumnias acerca de la corona de España.

--¡Pos no se nada sobre ese Huichilobos! Lo que si se es que ¡me cago en la corona de España y en la puta de Babilonia, la iglesia católica!

--¿Admitís que andáis alzando a la indiada contra el rey? --pregunto el secretario.

--Lo admito y con gusto descabezaría a toda la gachupinada de mierda que aquí nos explota.

Los escribanos tomaron fielmente la admisión.

--¿Quiénes son vuestros contactos? ¿Cuántos más hay en vuestras filas? ¿Donde os reunís? ¿Qué estáis planeando hacer?

Montoya observaba el interrogatorio sin decir palabra. Sin embargo, decidió interrumpir al secretario.

--¿Sois acaso de la Hermandad Blanca?

El reo tembló y tan solo sacudió su cabeza.

--Por mi sangre, ¡no diré nada!

--¡Ja! --se rió con sorna el secretario--. Al rato nos cantas hasta las mañanitas, cabrón.

--Bueno, ya sabe usted que hacer, señor secretario --observo Montoya--. Pero acuérdesse, que no haya derramamiento de sangre.

--Llévense al preso a la sala de interrogatorio --índico el secretario a unos gorilas que servían de verdugos--. No se preocupe patrón. Tenemos callo en estos menesteres.

El potro es un risueño instrumento que esta diseñado para desarticular los miembros del infeliz que es puesto en el. Básicamente se empieza a estirar al preso hasta que sus brazos y piernas se desarticulan. El verdugo tiene cuidado de no arrancar el miembro. Como apunto Montoya, la santa madre iglesia no podía derramar sangre pero si podía causar dolores espantosos.

Montoya vio con asco como Domínguez vació sus intestinos violentamente. Los verdugos limpiaron la mierda con un cubetazo de agua.

--Es evidente que ha perdido control de su cuerpo --explico Montoya que alguna vez había estudiado medicina en Salamanca--. Vea si quiere confesar ahora o si no le seguimos.

El preso aullaba de dolor. Afortunadamente las paredes del palacio del santo oficio eran gruesas. De lo contrario más de un vecino hubiera emulado a Domínguez de puro miedo al oír sus aullidos.

--Vamos Domínguez, confiesa --dijo el secretario--si lo haces te aseguro que traeremos un doctor y te daremos opio para que no sientas dolor.

--¡Idos al diablo! --alcanzo a jadear Domínguez--. ¡No hablo!

--Ah, pero que terquera --observo el secretario.

Domínguez los vio con ojos que brillaban como ascuas. Después cerró sus ojos y su boca se movió. Acto seguido una bocanada de sangre broto de su boca. Montoya vio con asco como la sangre salpico su immaculado traje de dominico. Había un pedazo de carne sanguinolento adherido por sangre y baba a su hábito: la punta de la lengua de Domínguez.

--¡Santo Dios! ¡Se mordió la lengua para no hablar! --exclamo Montoya.

--¡Hijo de puta! --exclamo el secretario haciéndoles una señal a los verdugos--. ¿Cómo te atreves a manchar la sotana del patrón?

Los verdugos le dieron golpes a Domínguez pero de pronto se detuvieron.

--Ya se nos desmayo, patrón --dijo uno de los verdugos.

--Usted dice si lo revivimos --apunto el otro verdugo.

--Es inútil, llévenselo --dijo Montoya.

--Perdone usted, su señoría --dijo todo zalamero el secretario--. Esto nunca nos había ocurrido. Deje busco como limpiar esa sangre.

--Sois unos brutos.

--Si patrón.



--¡Imbeciles! La interrogación debe hacerse de manera científica y precisa y el preso debe de llegar vivo a la hoguera.

En defensa propia el secretario recordó el interés del inquisidor en la Hermandad Blanca.

--Es que esos cabrones de la Hermandad Blanca son muy tercos, patrón.

--¿Hay muchos herejes en esa cofradía?

--Nomás díganos cuantos quiere que le juntemos, patrón.

--¡No imbecil! ¡No quiero que me inventéis acusados! Si en verdad estos amigos están azuzando a la indiada entonces peligra el gobierno de su majestad en estas tierras.

--Pues a este Domínguez ya lo teníamos en la mira desdenantes, patrón. Siempre hablaba mal del virrey, sobretodo cuando andaba borracho.

--¡Dejadme, carajos! --dijo Montoya haciendo a un lado con asco el trapo sucio con que el secretario quería lavar la sangre de Domínguez.

Mientras tanto, el infeliz de Domínguez fue aventado exánime en una celda lóbrega. Unas horas después entro un fulano embozado a esta y con una linterna alumbro a Domínguez.

Domínguez gemía de dolor y tosía sangre. El embozado se acuclillo junto a él.

--Os habéis comportado muy valiente, el mismo Axayacatl estaría orgulloso de vos --dijo el hombre descubriéndose la cara--. ¿Me reconocéis? Soy, como vos, un hermano de la orden del águila. Vengo a abreviar vuestros sufrimientos.

Domínguez creyó reconocerlo, pero no podía hablar.

--Tened, --dijo el embozado dándole un frasquito--. Actúa rápido. Me temo que no tenemos otra opción. Yo mismo tengo uno para mí en el caso de ser descubierto.

Domínguez alzo el frasco a la luz de linterna.

--Os prometo llevar vuestras cenizas al tetzacualco, hermano.

Domínguez asintió con la cabeza, abrió el frasco, y se lo tomo de un sorbo.

## XXIV. Los Fugitivos de la Casa Negra



Texcoco – 1652

Don Eusebio relleno su vaso y el de don Diego.

--Alteza, el anciano principal de la hermandad blanca, el venerable Cipactli, en su lecho de muerte le dio instrucciones a sus acólitos.

--Hijos míos, pocos de ustedes quedan pero sois los más jóvenes y los más vigorosos. Siento ya la muerte aproximarse y me duele que no os podré guiar mas. Escuchad, no tardaran los de Castilla en presentarse aquí. El rey agoniza también por la viruela junto con muchos de sus nobles. No dudo que los de Castilla, hombres voraces y sin escrúpulos, aprovecharan la ocasión para hacer a los Ixtlilxóchitl a un lado. Escuchad: tendréis que hacer todo lo posible para sobrevivir. Abrazad la religión que los de Castilla traen. Adorad a su Cristo, abjurad de vuestros dioses, ellos entenderán. Y ante todo, mantened incólume los libros, pinturas, códices y textos que nos quedan del toltecayototl. Escondedlo como podáis ahora que todavía sois libres. Solo si así podrá cumplirse la profecía.

Fue así como los acólitos sobrevivientes de la hermandad blanca le dieron la bienvenida a los de Castilla y sumisamente se convirtieron a la nueva religión. Pero

dejare, alteza, que sea vuestro padrino el que continúe la historia.

--En efecto, alteza --continuo don Diego--, para mimetizarse los acólitos decidieron parecer como los mas fervientes católicos. Y así sobrevivieron hasta que un dia se presento el farsante que llaman Motolinia o Fray Toribio de Benavente.

Al decir esto don Eusebio no pudo evitar carcajearse.

--Don Diego no aprecia mucho a Motolinia como podéis ver, alteza.

--Sus razones tendrá --dijo quedamente Lorenzo Ixtlilxóchitl.

--Vera, alteza, Fray Toribio se presento aquí un par de años después de la caída de Tenochtitlan. Y como sabéis, a donde él iba los mexicanos lo veían todo raído, sucio, y lamparoso y le decían "Motolinia" o sea, "pobrecito".

--Bueno --apunto don Eusebio--, Fray Toribio quería demostrar así su humildad e imitar a Cristo, supongo.

--Tal vez --respondió don Diego--, pero sabed lo que ello implicaba. El pueblo mexica, los mismos que antes habían sido los soberanos del Anahuac, que tenían sus reyes, sus escuelas, sus científicos y universidades, sus salas de justicia, su cultura, su medicina, habían visto su mundo destruido. A ellos se les había impuesto una pobreza forzada, a punta de la espada, y eran ahora propiedad de feroces encomenderos que los trataban como animales. ¿Qué simpatía puede tener alguien al que se le impone la pobreza con alguien que la asume voluntariamente? ¿Pobrecito? Más bien creo que querían decir "infeliz loco".

--Don Diego, no le quitéis a Motolinia el merito de que protesto los abusos de los encomenderos --tercio don Eusebio.

--Tal vez, don Eusebio, pero la verdad es que poco cambiaron las cosas --contesto don Diego sacudiendo la cabeza--. Aun don Pedro de Gante, otro de los franciscanos que acompañaban a Motolinia, resulto ser todo un inútil. ¡Don Pedro era, válgame Dios, todo un Habsburgo, primo del mismo Carlos V, y hasta tenía el labio austriaco! Pero aun así poco hicieron sus protestas y cartas para detener los abusos que se cometieron.

Pero no, lo más insultante fue la admiración que tuvieron estos santos varones a la destreza de los mexicanos cual si fueran ellos animales a los que se les adiestra para hacer gracias. Vera, alteza, iniciaron talleres donde se les enseñaría a los mexicanos oficios. ¿Y quiénes fueron los que se enrolaron con entusiasmo en estos talleres? Pues nada más y nada menos que nuestros hermanos de la hermandad blanca, pues tal era necesario y ordenado para sobrevivir. ¿Por qué se asombraba entonces uno de estos santos varones que los ingenieros principales de los reyes mexica, los que habían levantado toda una ciudad en medio de un lago, fueran tan diestros en hacer artesanías? ¿O que tuviera gran control de sus manos y bordara primorosamente quien antes había sido el cirujano personal del tlatoani?

--Claro, ni Motolinia ni Gante sabían la clase de talento que tenían haciendo macetas de barro --añadió don Eusebio.

--En efecto. Y cuando nuestros hermanos solicitaron ingresar a las órdenes los de Castilla con gusto les dieron venia. Fue así que la hermandad blanca se fue convirtiendo en un grupo de clérigos, dominicos, franciscanos, curas seglares, etc., que conservaban el secreto del

toltecayototl. El problema, alteza, fue transmitir ese legado a los jóvenes.

--¿Por qué? --pregunto el rey coyote.

--Motolinia, Gante, y otros crearon escuelas donde juntaban a los hijos de la nobleza y los mantenían por años internados aprendiendo a convertirse en españoles y a olvidarse y despreciar lo mexicano. Así fue como cambiaron las mentes de la mejor sangre de Anahuac. Al salir de esos internados los muchachos eran mejicanos con idiosincrasia europea que desconocían en absoluto y hasta despreciaban las obras de sus abuelos.

--Válgame Dios, padrino --interrumpió Lorenzo Ixtlilxóchitl--, yo, en medio de mi ignorancia de los hechos de mis abuelos soy hasta cierto punto culpable de lo mismo.

--Pero sois hombre de honor, alteza, y estáis dispuesto a enmendar eso. Y también fue un hombre de honor vuestro abuelo, Lorenzo de Alva Ixtlilxóchitl. Bien hubiera él podido aceptar los puestos encumbrados que le ofreció el virrey, si, pero, ¿a cambio de qué? ¿De asumir una encomienda para explotar a sus compatriotas? ¿De renegar de su sangre? No, vuestro abuelo prefirió la pobreza y legarles a sus hijos un nombre limpio.

--Os imaginareis entonces alteza --explico don Eusebio-- cuan duro fue para la hermandad blanca sobrevivir en los años posteriores a la conquista.

--En efecto --continúo don Diego--. Para identificar a jóvenes que estarían dispuestos a conocer y defender el toltecayototl se tenía que usar mucha prudencia. La sangre fresca que necesitaba la hermandad se encontraba precisamente entre los apátridas y enajenados que Motolinia y Gante tenían en sus escuelas. Pero aun así logramos sobrevivir y reclutar

entre esos jóvenes. Pero no faltaron los traidores de siempre, los que juraban fidelidad y luego estaban dispuestos a vender, a cambio de unos duros, los secretos de nuestra cofradía a la inquisición. Me temo que nuestras manos no están limpias de sangre, pero no diré más, alteza.

--No os preocupéis, padrino --dijo el rey coyote--. Entiendo que a veces el fin justifica los medios como escribió el sabio italiano cuyo libro voy a tener que releer si voy a ejercer como rey. Asumo entonces que el toltecayototl y la hermandad lograron sobrevivir hasta nuestros días.

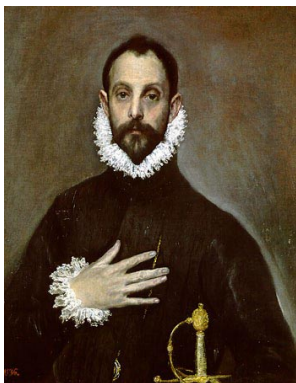
--Así fue, alteza --dijo don Eusebio sonriendo--. El núcleo principal de la hermandad se encontraba aquí, en Texcoco, y una vez que llegaron los juaninos y construyeron este convento los infiltramos hasta que aquí nos veis, el convento es enteramente compuesto de miembros de la hermandad blanca.

--Aun si son gachupines --se carcajeo don Diego.

--Entonces, ¿Dónde esta el toltecayototl?  
¿Esta aquí en este convento?

--No alteza. Está en el seno de Tlaloc.

## XXV. El Inquisidor y el Conde



*Donde se confirma aquello de que el que no oye consejo no llega a viejo.*

Palacio del Santo Oficio, Ciudad de Méjico – 1682

El conde de la legión hizo una reverencia al entrar y beso devotamente el anillo que don Antonio Montoya, Inquisidor Mayor, le extendió.

--Gracias por haber aceptado mi invitación, señor conde.

--Es de prudentes ponerse a la disposición del Santo Oficio cuando este lo requiera.

Montoya sonrió. Sus ojos no.

--Tengo entendido que usted es cristiano viejo, señor conde.

--En efecto, su señoría, los nombres de mis ancestros se encuentran asentados en el Libro Becerro.

--Y un conde de la legión recibió múltiples canonjías del cardenal Borja.

--En efecto, su señoría. Los Borjas hicieron tales reconocimientos a mis ancestros. Por supuesto, usted ha de recordar que luego esta familia italianizo su nombre y se hizo llamar Borgia.

--Es por eso que he decidido confiar en vucencia caballero. Como vos habéis de saber tengo poco tiempo en la Nueva España.

--Tiene usted una gran responsabilidad, su señoría. Estoy a sus órdenes.

--No quiero hablar mal de mi antecesor, Fray Pedro Soarez, que en paz descansa, pero me da la impresión que fue laxo en algunos aspectos. ¿No cree usted, señor conde?

--No soy nadie para juzgar a la labor del finado Fray Pedro.

--Por supuesto y yo tampoco. Sin embargo, hace poco asistí a la celebración de la fiesta de la guadalupana. Francamente me encontré con un espectáculo pagano. Los indígenas se habían emplumado todos y le bailaban a la señora en el mismo atrio de la capilla.

El conde suspiro.

--Su señoría, considérelo un acto de pragmatismo que la corona ha sancionado por muchos años ya. Vera, en toda la Nueva España habrán tal vez solamente cinco mil familias criollas, un millón de indígenas, y otro millón de africanos. Creo que esos números pesan. Ni siquiera nuestro arzobispo, su ilustrísima don Francisco Aguiar, se atrevería a evitar que los indígenas se emplumen y bailen en el Tepeyac.

--Entiendo, señor conde. Sin embargo, demasiado pragmatismo lleva a la herejía, ¿no cree?

--No soy experto, su señoría, en menesteres de dogma.

--Tengo reportes también que los indígenas persisten en la veneración de sus demonios. ¿Qué sabe usted de eso?

--Solo lo que uno oye en la calle, su señoría. En efecto, hay muchas grutas donde uno puede encontrar un idolillo que representa a Huichilobos o Quetzalcoatl...

--¿Huichilobos? ¿Es este un demonio?

El conde sonrió.

--No creo que llene la definición de tal, su señoría, ciertamente no es uno de los Ángeles caídos. Pero si, este Huichilobos es una deidad pagana. Y como decía no es infrecuente encontrar una ofrenda reciente enfrente de esos idolillos. Si me permite una recomendación...

--Diga usted.

--Fray Pedro era ya entrado en años, su señoría. Es decir, sin ambiciones. Fray Pedro no soñaba en un capelo de cardenal o príncipe de la iglesia como lo hacen otros, generalmente los mas jóvenes.

Aun sin quererlo, Montoya suspiro profundo. El conde se sintió satisfecho. Era evidente que el hombre ante el era ambicioso.

--Claro está --continúo el conde-- esa sería la recompensa muy merecida a los que son celosos guardianes de la santa madre iglesia, aun en tierra de indios, su señoría.

--¿Y su recomendación, señor conde?

--Ah, si, su señoría, no veo que quemar unos indígenas seria admirado ni por la corona ni por Roma, aun si le han ofrecido una gallina al tal Huichilobos. Como le apunte, su señoría, podrían haber complicaciones políticas y, francamente, los criollos son muy pocos en esta tierra.

--Continúe, por favor, señor conde.

--Si se busca erradicar la herejía en estas tierras yo me avocaría a buscarla entre los que no tienen la excusa de ser ignorantes del dogma católico como los indígenas.

--Entiendo. Pero eso a su vez causaría otras complicaciones, ¿verdad?

--En efecto. Es cuestión de ser muy cuidadoso en donde se descubre la herejía. Un poco de prudencia puede cimentar una reputación de defensor de la fe verdadera que llegaría hasta oídos de la misma curia en Roma.

--Buen consejo me dais, señor conde.

--Tal trato de hacer, su señoría.

--Lo sopesare con cuidado. Sin embargo, es natural que estando tan lejos de Europa los habitantes aquí, y en eso incluyo tanto a españoles como a indígenas, caigan en herejías. Y en el santo oficio no podemos darnos el lujo del pragmatismo. Por esa rendija se mete el maligno.

--Tal he oído, su señoría.

--Créame, señor conde, que mi mano no temblaría en hacer los necesarios arrestos, aun entre estos indígenas que tanto nos aventajan en número. A mis oídos me ha llegado noticias de algo que los indígenas llaman la Hermandad Blanca. ¿Qué sabe usted de ellos, señor conde?

--¿En verdad existen, su señoría?

--Tal me afirman gente de mi confianza. Y algunos reos así nos lo han afirmado cuando los interrogamos.

--En tal caso, muy taimados han de ser estos fulanos, su señoría. Según tengo

entendido estos fulanos de la Hermandad Blanca eran los sabios que residían en el templo pagano que los mexicas llamaban la Casa Negra. Eran los consejeros del tlatoani o emperador mexica. El extremeño, don Hernán, no tuvo misericordia con ellos.

A la mente del conde vino el recuerdo de cómo la gente de Alvarado había entrado en el templo. Sacaron a patadas a los ancianos que ahí se encontraban y los aventaron ante los mastines o perros de guerra para ser despedazados.

--Esa es la gente que busco, señor conde. Mi intención es extirpar toda esa estirpe maldita. Inducen a los indígenas a conservar sus tradiciones y recordar su pasado. ¿Entiende vucencia por qué son tan peligrosos?

--Me imagino que si, su señoría. Los esclavos no deben recordar su pasado.

--En efecto, señor conde, y el recuerdo de su pasado es un peligro para la corona y para la santa madre iglesia. Hay necios en la metrópoli que no entienden esto y recomiendan que tengamos mano tibia con los indígenas. Pero si no mostramos mano dura con ellos nos comerán vivos. He oído que han sido antropófagos.

--Algo había de eso, su señoría, si.

--Decidme, ¿habéis oído hablar acaso de un rey coyote que los alzaría contra España?

--Esa leyenda tiene muchos años, créame. Yo no me preocuparía por eso. Los nobles indígenas que sobrevivieron a la conquista tuvieron muy a bien jurarle fidelidad a España. A cambio recibieron encomiendas y se les reconocieron sus feudos. Aun hoy encontrara vucencia pueblos aquí en la Nueva España que llaman "repúblicas de indios" y que siguen bajo el mando de sus senados y señores y obedecen sus usos y

costumbres. No, yo no temo un alzamiento. Si lo hay, será porque la cosecha de maíz fracase. Y solo será por hambre, su señoría, no para eliminar el mandato del rey en estas tierras.

Una vez que termino la entrevista con el conde de la legión, el inquisidor Montoya emergió del palacio del santo oficio. Ante él se extendía la plaza de Santo Domingo y su magnífica iglesia dominica. El "sosteniente" Torres regresaba con sus jenízaros escoltando a una cuerda de infelices. El militar hizo una reverencia. Montoya suspiro y contesto el saludo. Los presos eran evidentemente mas indígenas que se habían atrevido a ofrecer un guajolote (ave que los españoles llamaban pavo) al tal Huichilobos. Montoya vio la escena con cierto asco e hizo una señal y un carruaje se acercó. El mozo lo ayudo a subir.

--Llevadme a mi casa --indico Montoya.

La casa que había sido proporcionada al inquisidor era una magnifica estructura a unas cuantas cuabras de la catedral.

--Traedme de cenar y que nadie me moleste --ordeno Montoya.

Una hora después Montoya subió hasta la azotea de su casa. Ahí se encontraba un cuarto asegurado con una pesada cerradura. Montoya la abrió con una llave que colgaba de su cuello.

Dentro de la habitación había numerosos pergaminos, un astrolabio, cartas astrológicas, mapas, y varios libros.

El inquisidor abrió con la misma llave un cajón. De ahí extrajo con reverencia un libro.

--Bien, Baruch, hoy tú y yo comulgaremos y continuaremos nuestra discusión --dijo

Montoya--. Pero antes, es menester consultar los astros.

Montoya abrió otro cajón y de ahí extrajo un telescopio rudimentario, copiado del modelo que Galileo había demostrado ante el papa (y por cuya invención casi acaba el sabio en la hoguera). Montoya transporto el aparato fuera de la habitación, habiéndose cerciorado que antes que nadie lo observaba. Acerco una silla y comenzó a escudriñar las alturas.

--Marte brilla con gran intensidad. Si he de creer el modelo ese de Kepler esto indica que se encuentra en su punto más alejado de la tierra --observo Montoya--. ¡Diantres! ¿Cómo verificar esto? ¿Seguirá siendo ese modelo más que las conjeturas de un maldito hereje? ¡Con gusto vendería mi alma a Belcebú con tal de saber!

Soplo un viento frío que hizo titiritar a Montoya. Por alguna razón el nombre de Belcebú le hizo recordar su conversación con el conde. Francamente, si, si tenía ambición por escalar mayores puestos. ¿Por qué no? Incluso si, sonaba con la mitra papal. ¡Imaginaos si tuviera acceso a todas las bibliotecas de Roma! ¡A los libros prohibidos! ¡A las confesiones de los Iluminados! Pero la realidad era otra. Ahora se encontraba en la Nueva España, persiguiendo infelices, que como le había dicho el conde, tal vez solo eran culpables de ofrecerle una gallina a Huichilobos.

¿Y que de esta Hermandad Blanca? ¿Existiría en verdad? ¿Serían como la secta de los Iluminados? De estos no había duda de su existencia. Galileo, Baruch de Espinoza, Descartes, todos, sabía Montoya, habían pertenecido a esta. Y si, la iglesia los perseguía y algunos habían sido ajusticiados por ella. No, se corrigió Montoya. Tan solo los entregamos a la justicia seglar para que sufran su castigo. La iglesia no derrama sangre, ¿verdad?

Y, como San Pablo, Montoya había participado en esas persecuciones. Pero aparentemente su celo no había sido estimado ser suficiente. En castigo sus superiores le habían concedido el dudoso honor de ser ayudante del inquisidor Soarez, recientemente fallecido. Y a raíz de esa muerte y bajo presión del arzobispo ahora tenía que desempeñarse como el inquisidor en jefe, por lo menos hasta que llegara su remplazo desde España.

Montoya suspiro. Tal vez nunca más podría tener entre sus manos los libros que la Inquisición había confiscado a los Iluminados. Tener acceso a esos libros hubiera sido su mayor recompensa. ¡Con cuanto gusto los estudiaba y leía y releía! Es menester, argumentaba si alguien inquiría, conocer las falacias de estas gentes. La verdad era otra: Antonio de Montoya admiraba secretamente a los Iluminados.

Bueno, si los Iluminados tenían libros, ¿los tendrían también estos indios de la Hermandad Blanca? Algo recordó Montoya sobre un franciscano, Landa, que en Yucatán había quemado los libros de los mayas. Si, ciertamente los indios tendrían pergaminos o códices o algo así. Pero, ¿valdrían la pena o serían tan solo textos con invocaciones a Huichilobos y semejantes sandeces?

Recordó su llegada al continente. La nave había tocado tierra primero en Yucatán. El capitán le había indicado unas ruinas que había llamado Tulum. Montoya las observo con un catalejo. Por la forma de una de ellas era evidente que se trataba de un observatorio astronómico. ¡Sí! ¡Los indígenas habían estudiado los cielos!

Y su conclusión se afianzo cuando oyó mencionar que estos tenían un calendario más preciso que el europeo. Luego



entonces, afirmo Montoya con confianza, tendrán bitácoras de observaciones astronómicas y estas estarán identificadas con la fecha y hora en que se observaron, ¡por medio de un calendario aun más preciso que el europeo! ¿Cómo hacerse de esas bitácoras, si es que todavía existían?

Solo hay una manera de saberlo, concluyo Montoya. Tenía los medios. Primero habría que encontrar a esta Hermandad Blanca, establecer a ciencia cierta si existe. Démonos un tiempo, pensó Montoya. Si la descripción es correcta se trata de ancianos de pelo blanco que tal vez se dediquen a la curandería para ganarse el pan. En el poco tiempo que había pasado en la Nueva España Montoya había observado que los médicos o brujos indígenas abundaban. Se tendrían que empezar a hacer cateos o “viriguaciones” como las llamaban los secretarios del santo oficio.

Esto tenía sus riesgos. Si no producía resultados prontamente, el arzobispo podría objetar y mandar un reporte desfavorable a la metrópoli acerca de Montoya. O peor, la indiada se alzaría y él y el resto de los españoles acabarían sacrificados en el altar del demonio Huichilobos. ¿Cómo asegurarse de que esto no ocurra?

Montoya empezó a dudar. ¿Qué si no existe esa legendaria Hermandad Blanca? O si existían y eran débiles, ¿Cómo podría haber tal alzamiento? ¿No sugirió el tal conde de la legión que sería más rentable buscar herejes tal vez entre los mismos españoles?

No, concluyo Montoya. Algo había en el conde de la legión que le repelía. El hombre tenía una mirada penetrante. Tal parecía que había leído su alma. Un hombre así era peligroso. ¿No me estaría desviando acaso? ¿Estaba ocultándome algo sobre la Hermandad Blanca?

No, señor conde, concluyo Montoya. No me desviareis. Hare algunos arrestos precautorios entre los curanderos usando toda la discreción posible para no antagonizar al virrey. Y no, no usare la tortura. Será tan solo una invitación a charlar. Usare los métodos de los jesuitas para confundir y hacerlos caer en contradicciones. Los dejare ir si no hay indicio de que sepan algo más. Me iré con tiento. Atare cabos lentamente. Poco a poco. Con paciencia.

Montoya oyó un aullido lejano de un lobo. ¿Había lobos en el valle de Méjico? La piel se le enchino. ¡Pamplinas! ¡Ha de ser un coyote! Montoya recogió su telescopio y regreso al cuarto. Abrió el libro de Baruch de Espinoza y se sirvió un vaso de vino.

XXVI. Los Dioses Hablan



Texcoco – 1652

*Donde una doncella viaja hasta el  
Coatzacoalcos y nos trae nuevas funestas*

Era casi la medianoche cuando don Diego salió del convento juanino acompañado solamente por un criado que portaba una antorcha. El anciano se dirigió por una triste avenida hasta llegar a una yerbería o farmacia indígena que se alzaba al cobijo de una iglesia dominica. Toco tres veces. No hubo respuesta. Volvió a tocar. Eventualmente la puerta se abrió. El mozo sostuvo en alto la tea e iluminó a una joven guapa y muy morena y menudita de tal vez unos 25 años.

--¡Hija! --exclamo el anciano abrazándola.

--¡Tata! --contesto la joven abrazándolo.

Don Diego y el criado entraron a la tienda.

--Espérame aquí Francisco por favor --indico el anciano--. Necesitare que me acompañéis de regreso al convento.

El anciano y la joven entraron a una sala interior.

Don Diego, han de saber, nunca negó ser hombre a pesar de ser fraile. En algún momento se enamoro perdidamente de la

madre de la jovencita y de ese amor nació esta, cuyo nombre es Xochitl. No pudiendo tomarla por esposa, don Diego le puso casa en Texcoco y las visitaba cada vez que iba al convento juanino.

Un par de años antes había muerto la madre de Xochitl. Esta había crecido y resulto haber heredado un intelecto extraordinario. Su talento e ingenio fue reconocido por la Hermandad Blanca y decidieron darle entrenamiento como tlacuila o pintora de códices. Pero tal era el talento de la joven, especialmente para manejar las matemáticas de la cuenta larga, que pronto esta se convirtió en una de las estudiantes más avanzadas de la orden y, eventualmente, fue admitida a la Hermandad Blanca a pesar de su corta edad.

--Don Eusebio me hizo saber que habíais regresado --explico don Diego. No sabéis cuanto le agradezco a Dios que habéis regresado con bien.

--No tuvimos problema, tata. Nos tomo meses ir y venir pero con la escolta de don Raúl no tuve ningún incidente.

--¿Esta ahí todavía la ciudad?

--Hueyapan, la ciudad de la sabiduría, todavía está ahí, tata, a orillas del Coatzacoalcos, aunque ahora está cubierta por la jungla.

La joven le sirvió un tarro de chocolate al anciano.

--Tata, identifique el teocalli sagrado. El mapa que nos ha llegado es fiel a la urbanización que se divisa. Un pájaro seguro podría divisar la forma de serpiente emplumada de la isla.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Hueyapan, o la ciudad Serpiente Jaguar fue recientemente redescubierta cerca de

--Eso ya de por si es extraordinario --dijo el anciano.

--Hice el ritual tal como se prescribe. Ayune los días previos y purifique mi cuerpo y mente. Finalmente, en el solsticio ascendí sola a las ruinas del teocalli e hice el sacrificio a Quetzalcoatl: unas rosas tal como se hacía en el Tollan de la antigüedad.

--¿Y bien?

--Al llegar Venus a su cenit... --la joven titubeo.

--Decídmelo, hija, debo de saber. Solo vos estabais calificada para hacer tal ritual.

--Tata, los dioses pueden ser crueles.

--Hija, han sido pacientes y misericordiosos. Prueba de ello es que la Hermandad todavía existe. Dímelo todo, hija, no importa. Soy el gran maestro de la orden. Tengo que saber.

--La voz que oí me hablaba en maya clásico con inflexiones elegantísimas. Su mensaje me quedo grabado en mi memoria y os lo cito:

*Lo que ha vivido oculto  
Sera pronto revelado  
España lo ha anhelado  
Y le quiere dar sepulto*

*Y si queréis evitadlo  
Buscad hijo de los reyes  
Instruidlo en las leyes  
Consagradlo y amadlo.*

*Si el rey se sacrifica  
Y su muerte es hermosa*

---

*Minatitlán, Veracruz, en las llamadas lomas de  
Tacojalpan, que no son sino unas pirámides  
cubiertas por la selva.*

*Anahuac esplendorosa  
Renacerá magnífica.*

Don Diego suspiró.

--Similares palabras escuche en la cueva debajo del Tepeyac donde la señora que siempre ha sido adorada ahí me lo reveló. Y sabedlo, hija, mi ahijado, Lorenzo, no tengo duda que es el rey al que los dioses piden su sangre.

--No cabe duda, tata, los dioses piden que el rey debe de morir si el Toltecayototl va a seguir vivo.

--El rey es apenas un muchacho, muy noble, si, pero ignorante de estos menesteres.

--¿No hay otro remedio, padrino? Sé que amáis a Lorenzo.

--Todos vamos a morir, hija. Solo podemos pedirle a los dioses que nos concedan tiempo para hacer de ese pobre muchacho un rey tan formidable como los de la antigüedad. Solo con un paladín fiero el toltecayototl podrá sobrevivir.

--¿Le haréis saber su suerte?

--No. El rey debe de tener la sabiduría para reconocer lo que debe de hacer llegado el momento. ¡Ay Dios! ¡No sería la primera vez que me equivoco! Tal vez Lorenzo no es el indicado y en tal caso su sacrificio sería inútil. Es por eso además que no le hare saber estos menesteres.

--¿Qué podemos hacer entonces?

--Los dioses hablaron, hija. Si Lorenzo es el rey mencionado, entonces debemos instruirlo, consagrarlo, y amarlo.

XXVII. El Interrogatorio del Sosteniente Torres



*De cómo el inquisidor va atando cabos...*

Ciudad de Méjico – 1682

Pasaron varias semanas infructuosas en que el inquisidor Montoya no tuvo avance alguno en encontrar el mínimo indicio de la Hermandad Blanca.

--¿Le traemos mas curanderos, patrón?  
--pregunto el “sosteniente” Torres.

--Olvídelo. Estos indios infelices no saben nada. Además, la mayoría no habla castellano y no confío en los traductores.

--¿Qué hacemos con los que tenemos entambados entonces patrón?

--¡Bah! Dejadlos ir, carajos. Tened. Dadles estos pesos y advertirles que se queden callados.

Los ojos porcinos de Torres brillaron al recibir los cobres. Montoya dedujo de inmediato que solo una fracción caería en manos de los presos. Sea, pensó Montoya, con tal de que los indios no fueran a quejarse al virrey.

--Torres, explíqueme una cosa.

--Sordenes patrón.

Montoya sacudió la cabeza. Era difícil comprender el castellano que estos fulanos hablaban aquí.

--¿Por qué os presentáis siempre como “sosteniente PGR Hipólito Torres”? ¿Que diablos significa eso de PGR?

--Por Gracia del Rey, patrón.

--Ah, comprendo.

--Todos los muchachos aquí nos hacemos llamar PGR, a mucho orgullo, patrón. Si viera oste como tiembla la gente cuando nos ven entrar a una pulquería y les muestro mi charola y les digo que soy PGR. ¿Se le ofrece algo más, patrón?

--Dejadme solo.

Montoya vio al fulano salir de su oficina. El inquisidor medito el incidente con Domínguez. Analicemos, se dijo Montoya. El caso es que Torres lo trae preso. Domínguez tenía fama de subversivo. ¿Qué fue lo que dijo Torres? Ah si, que este Domínguez siempre hablaba mal del virrey cuando anda borracho. Técnicamente la borrachez lo excusaría. Pero, ¿Por qué su celo de no hablar? ¿Quién diablos se muerde la lengua para no hablar? ¿Qué le hubiera costado admitir que si, había hablado mal del virrey pero que estaba borracho al hacerlo? Hubiera salido libre después de los latigazos de rigor. Como decían los mexicanos, no había por que hacerla tanto de tos.

¡Y sin embargo se mordió la lengua para no hablar y luego se murió del dolor y de la hemorragia!

Montoya probó mordiéndose la lengua. El dolor era tremendo.

Válgame Dios, pensó Torres, aquí hay gato encerrado. Nadie sufre tal dolor si no es por algo o por defender a alguien.

Hizo traer el expediente de Domínguez.

--Patrón --le explico el secretario--, como se murió el reo quemamos el expediente junto con el cadáver. Ansina que sea la corte celestial la que lo juzgue con todos los expedientes a la mano.

Montoya juro quedamente.

--Decidme, carajos, ¿Por qué lo arrestaron? ¿Os acordáis?

--Según recuerdo, patrón, fue denuncia anónima, como es rutina.

--Diablos.

--Claro, Torres le traía ganas.

--¿Torres?

--Si, el "sosteniente".

--¿Se conocían?

--Si patrón. Eran rivales por el amor de una mujer, la Poncianita, según entiendo. ¿Usted conoce a la Poncianita? Es una mulata nalgona que vive por la calle de Plateros.

--¿Qué insinuáis? ¿Qué este santo tribunal se presta a venganzas personales?

El secretario palideció.

--Jijos, patrón, ya vide oste como son las malas lenguas. Son chismes que le paso al costo.

--¿Chismes?

--Rumores, patrón.

--Llamadme a los que llamáis el Osito y el Faisán.

Estos dos eran los verdugos de planta. Montoya se encerró en su oficina con ellos. Despues de una hora Montoya emergió y ordeno que el sosteniente Torres se le presentara.

--Ah, mi "sosteniente" --sonrió con afabilidad Montoya.

--¿Dígame patrón? --contesto Torres con desconcierto.

--Sígame, Torres, por favor.

Los dos hombres descendieron a los sótanos del palacio de la santa inquisición.

--Créame, Torres, con mis conocimientos de medicina creo que podría avanzar la ciencia de la tortura.

--Oste es chingón, patrón, siempre lo he dicho.

--Asumo que eso es un cumplido, Torres. Pero bien, decía yo, el dolor es, según algunos autores, no es más que el sistema nervioso respondiendo a intromisiones o violaciones al cuerpo. Es como una especie de vigilante que nos alerta cuando algo hay mal.

--Pos si, patrón.

--La clave de un interrogatorio exitoso es entonces aplicar dolor y luego esperar un tiempo prudente, a que el cuerpo se adapte a este.

--O sea, ¿dar la madriza, tomar un descanso, y seguirle luego?

--Algo así, Torres, si. El cuerpo se adapta. Es inevitable. Y esto se aplica aun a todos

los hombres en conjunto. Si no, ¿Cómo es posible que un mal gobernante puede ser sucedido por otro y que la sociedad no se queje? La clave es, Torres, que se debe de aplicar no solo el dolor sino también el mal gobierno con mesura.

--Bien decía yo, patrón, que Dios aprieta pero no ahorca.

Los dos hombres entraron finalmente a una sala de tortura. El Osito y el Faisán estaban ahí.

--Bien, Torres --dijo Montoya mientras los verdugos agarraban violentamente a Torres--. Creo que mis conocimientos me permitirán llevar a cabo esto de manera científica.

--¡Patroncito! ¿Qué me anda haciendo?

Torres se encontraba ya afianzado en el potro.

--Es una pregunta valida, Torres. Por principio vamos asentando ciertas reglas, ¿estamos?

--¡Lo que oste pi-pida patrón!

--Entiende antes que nada que mentir no os servirá de nada. También, tened la seguridad de que, si cooperáis, podréis salir de aquí sin mayor problema. Como decís vos los mejicanos, nadie la quiere hacer de tos. Tan solo tenéis que contestar mis preguntas.

--¡Pa-patrón oste nomás dígame que quiere saber!

--Bien, bien. Primero, a ver, Osito, dadle media vuelta, justamente media vuelta a la rueda.

Torres gimió al sentir la presión en sus miembros.

--¡Patroncito! ¡Por esta cruz!

--No blasfeméis. Déle otra media vuelta a la rueda, señor Osito, por la blasfemia.

Torres dio un alarido y se meo. Montoya dejo que se estabilizara el preso. El dolor se aplicaría científicamente, con mesura.

--Patrón --gimió Torres--, por mi madrecita...¿Qué desea saber?

--Tenías diferencias con Domínguez, ¿verdad?

--Pos si, patrón.

--¿Por culpa de una mujer?

--Patrón, yo...

--Dadle otra media vuelta Osito.

--¡Patrón! Si arreste a Domínguez por culpa de la Poncianita. Por favor, ¡no le siga, patroncito!

Montoya detuvo al Osito.

--Daos de santos que estoy de buenas, Torres. Pero en adelante espero que me contestareis de inmediato y sin vacilar. ¿Entendéis?

--¡Si patroncito!

--Bien, ¿Qué sabéis de la Hermandad Blanca?

--Nomás que oste los busca patroncito, quesque son curanderos.

--Ay imbécil, bien, Osito...

--¡Patrón! ¡Espérese! ¡Creo que se donde esta!

--¿La Hermandad Blanca?

--¡Esa patrón! ¡Sí!

--Explicaos.

--Aquí a unas cuadras, patrón, cerquita de catedral.

--Osito... --dijo Montoya quedamente.

--¡Es una yerbería patrón! --gimió Torres--.  
¡Domínguez era curandero! ¡Ahí se surtía!

--Esperaos, Osito...a ver. ¿Decís que la Hermandad Blanca es una yerbería? ¿Os atrevéis a insultar mi inteligencia?

--¡Ansina se llama, patrón! ¡La Hermandad Blanca! ¡Cerca de la calle de la Moneda!

--¿Lo descuartizamos patrón? --pregunto el Osito.

--Esperad. ¿Conocen ustedes esa yerbería?

--Claro, patrón --explico el Faisan--. Ansina se llama, "La Hermandad Blanca". Tenía yo unos barros con ponzoña en el escroto y la bruja ahí, doña Xochitl, me los exprimió y curo.

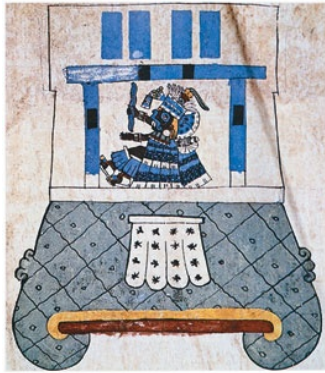
--A mi doña Xochitl me curo una comezón en la cola --explico el Osito.

--Eso es por joto, compadre.

--No, eran hongos, compadre. La bruja me puso unos polvos y la sarna esa se me quito. Eso me pasa por usar los retretes aquí en el Santo Oficio.

--¡Callaos imbeciles! Escuchad, encerrad a Torres hasta mi regreso. Iré yo en persona a visitar el lugar.

XXVIII. El Tetzacualco



*“Así se entretenía jugando Nezahualcóyotl,  
pero, una vez, se cayó en el agua.  
Y dicen que de allí lo sacaron  
los hombre-búhos, los magos;  
vinieron a tomarlo, lo llevaron  
allá, al Poyauhtécatl,  
al Monte del Señor de la niebla.  
Allí fue él a hacer penitencia y  
merecimiento.  
Estando allí, según se dice,  
lo ungieron con agua divina,  
con el calor del fuego.  
Y así le ordenaron, le dijeron:  
tú, tú serás,  
a ti te ordenamos, éste es tu encargo,  
así, para ti, en tu mano,  
habrá de quedar la ciudad.  
Enseguida los magos lo regresaron  
al lugar de donde lo habían traído,  
De donde lo habían tomado...”* —antigua  
tradición sobre Netzahualcoyotl

Texcoco – 1652

Al día siguiente de vuestra llegada, Lorezo Ixtlilxochitl, fuisteis despertado muy de mañana por los monjes. Os bañasteis y os vistieron con lujosas togas yucatecas, blanquísimas y adornadas con elegantes diseños geométricos.

--Le sugiero a su alteza que considere dejarse crecer el cabello --dijo don Eusebio

que observaba los preparativos--, a la manera de vuestros ancestros.

--Si tal se espera de mi, tal hare  
--contestasteis.

Luego acompañado por don Eusebio y por vuestro padrino y por varios de los monjes se os escolto rumbo a una montaña brumosa que se alzaba en las afueras de Texcoco.

--¿Adonde vamos don Eusebio?

--Os llevaremos al seno de Tlaloc, alteza, es decir, a la cima del Monte Tlaloc.

--Ah, don Eusebio, recuerdo que habéis dicho que en su seno está el Toltecayototl.

El camino serpentea entre pinos. Es paradisiaco. Tal os parece, Lorenzo, que estáis contemplando el mundo perdido que se ilustraba en los murales del convento.

Notáis, Lorenzo, que poco a poco vais ascendiendo. Por la altitud el oxígeno escasea. Veis a vuestro anciano padrino batallar y uno de los monjes lo ayuda a continuar.

--Tomemos un descanso, señores --ordenáis y así se hace--. Mi padrino no se ve muy bien.

--Son los años, alteza --se ríe don Diego.

--¿Hay más camino que recorrer, don Eusebio? --preguntáis luego de un descanso.

--Un par de leguas mas, alteza.

Ya no hay árboles a la orilla del camino, solo piedras y ríos de lava congelada. La procesión camina penosamente y un viento frío arrecia. Notáis, Lorenzo, pequeñas luciérnagas que se desvanecen a tu



alrededor y que os tocan y se vuelven breves gotas de agua pero no son lluvia.

--¿Qué es esto don Eusebio?

--Es nieve, alteza. Es común que el monte tenga nevadas.

Concluisteis, entonces, Lorenzo que os estaban llevando al fin del mundo.

--Solo en un lugar tan remoto estaría el toltecayototl a salvo de España, alteza --os dice vuestro padrino como si adivinara vuestra mente.

--Y sin embargo, sabed alteza que en 1540 el obispo Zumárraga mandó soldados a destruir el templo al que nos dirigimos --explica don Eusebio--. Algo intuían los hombres de Castilla acerca del lugar. Afortunadamente en ese entonces la Hermandad estaba refugiada y mimetizada ya con los juaninos. Lo que veréis fue construido sobre las ruinas que dejaron los soldados.

Ante vos se abre una magnífica calzada con dos altas paredes adornadas con motivos geométricos. En medio de la calzada se alza un gran monolito de piedra volcánica que interrumpe vuestro paso. Ante este observáis a una figura formidable. Es un indígena vestido con peto de algodón y portando un casco de águila. En sus manos esta una macana con puntas de obsidiana y en sus espaldas porta el escudo que reconoces como las armas de los reyes mexicanos: el águila y la serpiente.

--¿Quién vive? --os pregunta el guerrero.

--¡El Rey Coyote! --contesta vuestro padrino alzando la mano.

--Acercaos, Rey Coyote --os conmina el guerrero.

Tal hacéis, Lorenzo, dejando atrás a vuestros acompañantes. El hombre os contempla de pies a cabeza sin decir palabra o mostrar emoción. Es un indígena de unos 40 años, muy correoso, con varias cicatrices y tatuajes que adornan su cara. Después de un minuto de silencio, el hombre alza una mano.

--¡Dejadlo pasar! --dice el guerrero mientras os hace una caravana.

Adivináis entonces Lorenzo que se os observa y que probablemente varias saetas os apuntaban y que si el guerrero no os hubiera reconocido como rey no estaríais vivo.

Proseguís por la calzada, Lorenzo, junto con vuestros acompañantes. De la nada salen varios guerreros ataviados igual como caballeros águila y os preceden. De algún lugar se oye sonar un caracol y un gran tambor de guerra. Y de pronto la calzada termina y os encontráis ante un gran conjunto de edificios.

--Alteza --os dice don Eusebio con una reverencia--, bienvenido al aposento y refugio del toltecayototl: el Tetzacualco.

Ante vos, Lorenzo Ixtlilxochitl, se abrió un mundo maravilloso, que apenas habíais intuido leyendo los libros de vuestro padrino. El Tetzahualco era una verdadera universidad indígena. Había una magnífica biblioteca que almacenaba tal vez miles de códices y pergaminos escritos en papel de amate. En varias salas trabajaban los monjes juaninos copiando y traduciendo y restaurando, en algunos casos, estos. El lugar contaba además con comedores y dormitorios. Un pozo de gran profundidad abastecía de agua el lugar pues en la cima del Tlaloc no había riachuelos o manantiales.

Os llevaron a una gran sala donde varios monjes estaban concentrados trabajando en manuscritos.

--Por la altura y poca humedad, este lugar es ideal para la conservación de los manuscritos --explico don Eusebio con voz queda, tratando de no perturbar el trabajo de los copistas--. La sala esta está construida igual que los scriptoriums que estableció Casiodoro en Europa. Estos monjes trabajan aquí por temporadas y luego bajan al convento. Tratamos de dar la impresión allá abajo de ser una orden hospitalaria común y corriente y de no atraer la atención del arzobispo o, peor, del Santo Oficio.

Observasteis sin tocar uno de los manuscritos.

--Este, alteza, por ejemplo, viene de la misma Tollan --explica don Eusebio--. Se puede apreciar el glifo del rey Ce Acatl Topiltzin.

--¿Tollan? ¿Es lo que llaman Tula?

--No sabemos exactamente donde quedaba Tollan, alteza --admite don Eusebio--. Bien puede ser Tula o la ciudad Serpiente Jaguar que estaba a orillas del Coatzacoalcos o otra ciudad hasta ahora sin descubrir.

--Observad los glifos que indican la fecha, alteza --apunta don Diego--. Según la cuenta larga, es un edicto emitido lo que sería el 12 de mayo del año 977 del calendario europeo.

--¿Qué es la cuenta larga, padrino?

--Es la manera en que los antiguos contaban sus días --contesta don Diego--. Utiliza un sistema base 20, excepto en uno de los dígitos, que es base 18. No os preocupéis, alteza, se os enseñaran esos menesteres y pronto los dominareis.

--Alteza --añade don Eusebio--, la cuenta larga empieza a partir de la fundación de una ciudad cuyo nombre desconocemos, el 11 de agosto de 3114 antes de la era cristiana, lo que los romanos llamarían ab urbe condita.

--¿Tres mil años antes de Cristo? ¡Santo Dios! ¿Es entonces más antigua que Roma?

--Precede a Roma por unos 24 siglos, alteza --calcula don Diego--. Roma no era ni un villorrio entonces y sus únicos habitantes eran los lobos que eventualmente amamantarían a Romulo y Remo.

--¿Pero decís que no sabéis el nombre de esa ciudad?

--No alteza. Mucho es lo que desconocemos --admite don Diego--. Pero esa es la promesa del toltecayototl. Aquí, entre estos manuscritos, están las respuestas que nos dirán no solo el nombre de esta ciudad sino también donde se alzó, quien la fundo, quienes fueron sus reyes, y cuál fue su suerte. Nosotros apenas hemos escarbado superficialmente el toltecayototl. De ahí la importancia de conservarlo.

--El problema es que hay muchas diferentes escrituras, alteza, algunas que nos son totalmente ilegibles --explica don Eusebio.

--Hacemos lo posible, alteza --admitió don Diego--. Pero algunos manuscritos se están cayendo a pedazos. Nuestros copistas los transcriben a nuevos pergaminos pero al hacer esto es inevitable que se hagan errores.

Se os lleva a continuación a una sala que es una especie de gimnasio donde veis a varios guerreros ejercitarse con la macana.

--Alteza --os dice acercándose el guerrero indígena que os había detenido por primera

vez--, mi nombre es Raúl Topiltzin. Soy el comandante del último destacamento mexica. Mi misión será entrenaros en el arte de las armas, endureceros, hacer de vos un guerrero.

--Cuando Tenochtitlan cayó --añadió vuestro padrino--había un destacamento de caballeros águila en Texcoco recibiendo el entrenamiento del Toltecayototl. Los hombres de don Raúl son los descendientes de estos. Es por eso que arriba de esta fortaleza todavía ondea el estandarte del águila y la serpiente. Aquí, alteza, no ha habido conquista. Castilla no reina. Vos sois el soberano.

--Asumo que estaré a vuestras ordenes don Raúl --le dijisteis.

--En efecto, alteza, lo estaréis por el periodo de vuestro entrenamiento, dos años. Veo con gusto que no hay necesidad de recordaros que la primera condición de saber mandar es saber obedecer. Entended, alteza, que seré duro con vos.

--Sea, don Raúl. ¿Cuándo comienzo?

--Mañana, a primera hora, alteza. Vucencia será entrenado con otros seis muchachos, hijos de mis hombres. Os advierto que os llevan algunas semanas de ventaja y tal vez sean más duros con vos que yo.

Ya que don Raúl se alejo, vuestro padrino se os acerco y murmuro quedamente:

--Sabed, alteza, que todavía podéis desdeciros y abdicar. Si volteáis vuestros pasos y bajáis a Texcoco nadie os increpara.

--¿Irme para buscar ser jicarero en una pulquería padrino? Dios me perdone la soberbia pero os diré que si me gusta la idea de ser rey.

--¿Aun si solo reinareis en el Tlaloc?

--¡No hay mejor lugar, padrino! Mirad a estos hombres. Ninguno anda sumiso y cabizbajo como el resto de los indígenas allá abajo. Bien sabe vucencia que ahí los indígenas tienen que descubrirse al paso de un español. Padrino, prefiero mil veces ser rey, si, de hombres libres, que no le rinden pleitesía a Castilla, aun si solo son un puñado. Y si mi reino solo abarca esta cima pues me apetece más que si fuera tan extenso como los feudos de los cesares de Roma.

Vuestro padrino os vio con orgullo y cierta tristeza.

--Creo entonces, alteza, que mi misión está siendo cumplida. No dudo que vos sepáis hacer lo necesario para asegurar el toltecayototl y que se cumpla la profecía. Sabed, sin embargo, que si don Raúl será duro con vos, me temo que más lo será Xochitl.

--No la conozco. ¿Por qué decís tal cosa?

--Ella será vuestra maestra de matemáticas, física, y astronomía, alteza --sonrió don Diego--. Esos son los menesteres que tenía que saber un rey mexicano en la antigüedad. Y creedme, Xochitl es durísima pero es una maestra excelente. Lo sé bien. Yo mismo la entrene. Es mi hija.

## XXIX. El Interrogatorio de Cuauhtémoc



*Donde se cuenta como la artes del Conde de la Legión resultan ser insuficientes*

Ciudad de Méjico – 1682

Montoya entro en la oficina de su secretario.

--¿Habéis encontrado los documentos que os encargue?

--Si patrón --contesto el secretario sacando unos pergaminos de una caja--. Aquí los tiene usted. Es el interrogatorio del tal Cuahtemotzin.

--¿Leísteis el contenido?

--¡No patrón! Tan solo verifique que era el interrogatorio que usted buscaba. Por esta cruz que no leí nada más.

Montoya lo vio fijamente.

--Más os vale.

Esa noche Montoya volvió al cuarto en su azotea, encendió una bujía, se sirvió un vaso de vino y se puso a leer. El autor era un fraile cuyo nombre era ilegible.

Siendo el primero de diciembre del Año del Señor 1521, en el reinado de nuestro soberano Carlos, rey de España y Emperador de Roma, por mandato directo del capitán general de los ejércitos de

España, don Hernán Cortes, se asienta el interrogatorio de Cuauhtemotzin, antiguo emperador de Méjico Tenochtitlan...

Montoya hojeó someramente los primeros folios hasta que llegó a la parte que le interesaba.

Conde de la Legión: Es inútil, capitán.

Al leer esto Montoya tuvo un sobresalto. Era obvio, pensó, que se trataba de un ancestro.

Cortes: Sois terco señor Cuauhtemotzin. El señor conde es diestro en estos menesteres pero aun así no queréis hablar.

Cuauhtemotzin: Os repito, Malinche, que no hay oro. Si había tal os lo llevasteis cuando os retirasteis de la ciudad y os batimos. Buscad vuestro oro en los fosos de las calzadas.

Cortes: No me mintáis, señor Cuauhtemotzin, yo vide con mis ojos los pabellones y cuartos de la casa de Axayacatl.

Conde de la Legión: Si, esos aposentos estaban retacados de oro y joyas. No nos llevamos todo.

Cuauhtemotzin: Malinche, vos sabéis que nuestra diplomacia fallo. Sabíamos que ibais a regresar con aliados. Lo que nos quedaba de tesoro lo utilizamos en comprar vituallas y armas para defender la ciudad. Nuestros aliados nos traicionaron y nos vendían todo a precio de usura. No hay mas oro.

Conde de la Legión: Capitán, de su venia para que lo confrontemos con el prisionero.

Cortes: Traed al prisionero, señor conde.

Nota del secretario: Fue presentado un indígena que presenta signos de quemaduras en gran parte de su cuerpo.

Cortes: ¿Conocéis a este hombre, señor Cuauhtemotzin?

Cuauhtemotzin: No, Malinche.

Conde de la Legión: Lo hemos identificado como Venado Veloz. Estuvo al mando en la casa negra.

Cuauhtemotzin: ¿Este fue el capitán que defendió la casa negra?

Cortes: Oísteis a vuestro soberano, señor Venado. ¿Estuvisteis o no al mando de la defensa de la casa negra?

Venado: Mi señor Cuauhtemotzin, me avergüenza estar vivo todavía. Sí, yo era el comandante de la defensa del punto. Fui capturado cuando la casa negra se derrumbo sobre nosotros.

Cuauhtemotzin: Ja, Malinche, creo haber oído hablar de este hombre. Es un chichimeca y caballero águila.

Cortes: ¿Chichimeca? ¿No es mexicana? Príncipe Xicotencatl, ¿a qué se refiere el emperador?

Xicotencatl: Malinche, chichimeca era el título dado a los guerreros mas valientes. Reconozco a este señor Venado. Lo vide capitaneando la defensa del punto. Nos costó mucha sangre intentar tomar el punto. Y digo intentar porque en realidad nunca lo tomamos: el edificio se vino abajo cuando lo incendiábamos.

Cortes: Señor Venado, defendisteis el punto aun después de que cayó el resto de la ciudad, de que vuestro soberano fue capturado y de que Tlatelolco se rindió. ¿Por qué?

Cuauhtemotzin: Es inútil, Malinche, no hablara. Es caballero águila.

Xicotencatl: Va su honor en ello, Malinche. Lo podéis despedazar lentamente y aun así no hablara.

Cortes: Yo creo que el oro estaba en la casa negra. Si necesito desollar vivo a este fulano tal hare. Señor conde, empezad.

Cuauhtemotzin: Esperad, Malinche, os aseguro, por mi honor, que no había oro en la casa negra. Deshonráis las armas de vuestro rey ensañándoos en un hombre valiente que es, además, inocente.

Cortes: Entonces, ¿Por qué la defensa tan fiera del punto?

Cuauhtemotzin: Es inútil. Señor Venado, os doy la venia de explicarle a Malinche lo que defendisteis.

Venado: Si así lo dispone mi señor, hablare. Malinche: no había oro. La casa negra era donde se asentaba la Hermandad Blanca. Nuestra misión era defender el punto hasta que los brujos pudieran evacuarlo con todo y sus archivos.

Xicotencatl: ¡Imposible! Os teníamos rodeados.

Cuauhtemotzin: Decidles todo, señor Venado, no os preocupéis.

Venado: Hay un túnel que llevaba hasta Tlatelolco bajo la casa negra. A través de este los brujos se escaparon. Los archivos fueron evacuados a lomo de macehuales al servicio de la casa negra. Esto se hizo un día antes de la rendición de Tlatelolco. Nosotros seguimos peleando para darles mayor margen a su huida.

Conde de la Legión: ¿Archivos?

Cortes: ¿Y el oro?

Cuauhtemotzin: ¡Que no había ya tal, Malinche!

Cortes: ¡Pamplinas! ¿Quién se haría matar por unos papeles?

Cuauhtemotzin: Era parte del toltecayototl. Dígame usted, Príncipe Xicotencatl, ¿acaso ustedes los de Tlaxcala no se harían matar también por el toltecayototl?

Xicotencatl: Si, alteza, nosotros también nos hubiéramos hecho matar por el toltecayototl.

Cortes: ¡Por Santiago! ¿Exactamente qué diablos es eso del tolte..tolte...?

Cuauhtemotzin: El toltecayototl, Malinche, es la esencia de nuestra cultura. Si la profecía es correcta, y así lo creo, vuestro mandato sobre esta tierra acabara cuando los mexicanos vuelvan a aprender del toltecayototl.

Conde de la Legión: ¿De qué profecía habla su majestad?

Cuauhtemotzin: La hizo la hermandad blanca unos días antes de la caída de la ciudad. Algún día los mexicanos oirán la voz de sus abuelos, es decir, al toltecayototl. Cuando eso ocurra, señores de Castilla, Anahuac renacerá. Por eso, Malinche, el toltecayototl bien vale hacerse desollar vivo.

Conde de la Legión: ¿Exactamente en donde emergía ese túnel?

Venado: Yo nunca lo camine, su señoría. Tengo entendido que emergía en Tlatelolco, en el teocalli de los pochtecas.

Cortes: ¿Y de ahí adonde llevaron sus archivos los brujos?

Venado: No sabría decirle, Malinche. Mis órdenes eran defender el punto y tal hice hasta que el edificio ardió y se vino abajo sobre nuestras cabezas.

Conde de la Legión: Capitán, es posible que estos brujos hubieran tomado piraguas y escapado de Tlatelolco durante la confusión de la rendición.

Cortes: ¿Pero adonde irían? El emperador seguramente hubiera sabido el destino final.

Cuauhtemotzin: Y eso no lo sacareis jamás de mi, Malinche. Además, para ahora los brujos ya han de haber puesto a buen recaudo al toltecayototl. Aceptadlo, Malinche, vuestros días están contados. Anahuac renacerá.

XXX. La Vida



Monte Tlaloc – 1653

*Donde Lorenzo recita los números mayas en orden descendente*

--Levantaos alteza --rugió don Raúl.

--Si, mi capitán --Lorenzo trató de incorporarse, sin éxito. Volvió a caer de bruces. Escupió unos dientes y baba sanguinolenta.

Xiuhcoatl, la serpiente destructora, su adversario aguardaba frente a Lorenzo sonriente. En sus manos estaba una macana de las que llamaban de entrenamiento. Eran estas lo suficientemente pesadas para hacer estragos en la dentadura de un adversario.

--Valiente rey será este --se rio Xiuhcoatl.

Don Raúl le dio una cachetada. --¡Callad!

Tiene razón, pensó Lorenzo, en la últimas semanas me han puesto como un santo Cristo. Tal vez no tenga madera de rey. Por un momento considero bajar del Tlaloc, huir. Pero no, no hizo tal cosa, volvió a intentar levantarse, esta vez con éxito. Se sostuvo en pie. Sus piernas amenazaban con volverse a doblar. Mas sin embargo Lorenzo encontró fuerzas que no sospechaba tener y agarró otra vez la

macana que le pasó don Raúl y la azotó tres veces contra la rodela que portaba en su brazo para señalar que estaba listo para continuar.

Después del lance Lorenzo fue llevado a la enfermería. El macanazo le había vuelto a dar de lleno en la quijada y estaba sangrando por la boca.

--¡Válgame Dios! ¡Ahora si me lo desgraciaron! --exclamo Xochitl mientras hacía que colocaran a Lorenzo en una litera con respaldo ajustable. Xochitl de inmediato le lleno la boca con algodones.

--A primera vista creo que os rompieron un par de dientes más. Me temo que la raíz todavía está ahí. La tendré que extraer. Si no aprendéis a agacharos pronto andaréis como un huehuenche sin dientes, alteza.

--mmmghg frhhhg --dijo Lorenzo.

Xochitl continuó preparando su equipo. Lorenzo noto que este incluía varias piedras de obsidiana filosísimas.

--Tenéis suerte, alteza. Hace un par de años un pobre muchacho se cayó del cerro y me lo trajeron aquí conmocionado. Le tuve que hacer una trepanación.

--rrththhg gghhhmm mffrrrrf.

--No, pos se me murió el infeliz. Fue mi primera trepanación. La tuve que hacer mientras uno de los monjes sostenía abierto un amate de Monte Alban donde se ilustraba como se hacían. Tal vez fue mejor que se muriera el pobrecito. De lo contrario me temo que lo hubiera dejado tarado.

--¡frffhgg!

--Bien, alteza, le voy a dar a tomar esta pócima para que se duerma mientras le

saco las raíces de los dientes que perdió. Una vez que la tome, quiero que me cuente los números mayas en orden descendente.

Era inevitable que todos los muchachos se enamoraran de Xochitl. Lorenzo no era la excepción. Si ella le hubiera pedido que bebiera acero fundido con gusto lo hubiera hecho. Ahora el sentir los muslos de la mujer junto a él mientras ella le daba a tomar el brebaje le hizo olvidarse de sus dolores.

Xochitl contemplo al muchacho exánime. Lorenzo había empezado a embarnecer con las duras fatigas a que don Raúl lo sometía. Tenía Lorenzo, pensó Xochitl, el cuerpo de un Apolo. ¿No había instruido la voz en el Coatzacoalcos que había que amarlo? Xochitl sacudió la cabeza. Habrá tiempo para todo, pensó. Por ahora, ella tenía que sacar esos pedazos de dientes.

En el Tlaloc Lorenzo conoció también el suplicio de La Vida. Este era muy sencillo. Se comenzaba corriendo cuesta abajo por la amplia calzada a la entrada del Tetzacualco por una distancia aproximada de dos kilómetros. El que llegara al último de los siete muchachos recibía una tunda en ese punto.

--Como veis, alteza, La Vida se inicia con muchos bríos --explico don Raúl, el cual, a pesar de su edad siempre llegaba entre los primeros al punto intermedio--. El guerrero que no aprovecha todas las circunstancias, incluyendo la gravedad que nos asiste cuesta abajo, paga el precio de su decidía.

Lorenzo gimió. Apenas podía ver a través de un ojo que traía hinchado por los golpes.

--El problema es cuando uno va en declive, como su servidor --continuo don Raúl mientras Lorenzo jadeante y adolorido por los golpes que le acababan de dar trataba de respirar en el tenue oxígeno de la

montaña--. Es por eso que el guerrero prefiere una muerte rápida, de cara al enemigo, lo que llamamos una muerte hermosa o un belle mort de los franceses. ¿Tiene su alteza la entereza de enfrentarse a la cuesta, donde todo le estará en contra y las fuerzas se os escurrirán como el agua? Solo hay una manera de saberlo, alteza.

Y acto seguido don Raúl se lanzaba corriendo cuesta arriba seguido por sus pupilos.

Xochitl se quejó con don Raúl.

--No puedo hacer que se concentre el rey si llega sangrando y desmayando a mi clase. ¡Y con tantos macanazos en la testa me lo vais a dejar bruto!

--Todos hemos llegado así --contestó secamente don Raúl--. El rey debe de mostrar la dureza mental para poder avocarse a otra tarea, de súbito, con absoluta concentración y dedicación. Además, no os quejéis doña Xochitl. Hoy fue la primera vez que el rey no llegó en último lugar al punto intermedio de La Vida.

--Si, pero eso fue porque Nopaltzin se cayó y causo a su vez que Xipilli cayera.

--¿Y eso qué? El rey fue lo suficientemente ágil para saltar sobre los dos y no llegar al último. Cual buen coyote el rey está aprendiendo a capitalizar todas las situaciones que le da una lid. La tunda se la llevo Xipilli, lo cual no fue justo pero bien sabemos que la vida no lo es. Además, hace dos días el rey logro tumbar a Nezahualpilli de un macanazo certero. Ya es raro que lo agarren desprevenido en el pancracio. Sus brazos y piernas se están encalleciendo de atajar los golpes, lo cual es correcto. El muchacho se está endureciendo, doña Xochitl. Sera un rey digno de seguir al Mictlan, se lo aseguro.



--El caso es que os prohíbo que corra Xipilli otra vez por los siguientes tres días. Tiene el tobillo todo hinchado.

Don Raul accedió a regañadientes. Xochitl solo sacudió la cabeza. Para ella nunca había sido lógico cultivar el cerebro de los muchachos que se entrenaban en la orden del águila si por su parte don Raúl insistía en acabarles los sesos a golpes.

XXXI. La Hermandad Blanca



*Donde se atestigua la milagrosa cura de un derrame cerebral que sufrió el primer virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza.*

Ciudad de Méjico – 1682

El Inquisidor Montoya salió de la misa en la catedral. Ante el se abría la amplia plaza principal de la ciudad. Se dirigió rumbo a la calle de la Moneda.

Pronto diviso su objetivo. Un letrero escrito en letra infantil anunciaba “La Hermandad Blanca – Hierbas y Curandería”

El establecimiento era lóbrego. Varios indígenas hablaban calladamente en nahuatl o mexicano con una mujer madura que despachaba. Cuando los clientes se percataron de Montoya se hicieron escasos. Y es que Montoya venia engalanado con su vistoso traje blanco y negro de dominico. Y la reputación de los perros de Dios era bien conocida.

--¿En qué le puedo servir su señoría?  
--pregunto la mujer.

Montoya extendió su anillo y la mujer lo beso con prestancia.

--¿Tenéis algo para las migrañas?

La verdad es que últimamente, tal vez por el cambio de dieta, Montoya había estado sufriendo de migrañas espantosas.

--Le puedo preparar un té para quitársela.

--¿Qué tendría ese te?—

--Diversas hierbas que recojo en el monte. Nada fuerte pero si muy efectivo. Póngale tantito jugo de savila para que no se le altere el estomago.

--¿Tenéis eso que llamáis savila aquí?

--Si patrón --dijo la mujer poniendo una hoja que parecía de maguey frente a el.

--Bien, hacedme el té por favor.

La mujer se retiro a una habitación interior. Un muchacho como de 17 anos la reemplazo. Por los rasgos de este, Montoya adivino que era lo que los mejicanos llamaban un “chenchito” o sea, era minusválido.

Montoya se puso a inspeccionar el tendajo. Había barriles llenos de diversas hierbas olorosas. Cueros de víbora colgaban de ganchos. Varios pomos contenían sapos, ranas, e insectos conservados en alcohol. Y por supuesto una imagen de la virgen de Guadalupe con una veladora adornaba una pared.

--¿Cómo os llamáis hijo? --le pregunto Montoya al jovencito. Por toda respuesta recibió un gruñido.

Un indígena ya maduro, de bigote cano, y nariz recia entro. Montoya lo observo con cuidado. El hombre de pronto se percató de la presencia de Montoya y de inmediato se dio media vuelta.

Montoya reacciono. Veinte años de

trabajar en el Santo Oficio le había dado un fino instinto para identificar a los culpables.

--¡Deteneos! --grito Montoya yéndose tras el fulano.

Este agarro a correr por la calle de la Moneda.

--¡Detened ese hombre en el nombre del rey! --grito Montoya.

Unos alabarderos que estaban en una fonda cercana lo oyeron y se abalanzaron tras el fulano.

--Patrón, aquí están sus polvos --le indico la mujer que había regresado al despacho.

--¿Conocéis a ese hombre?

--¿Cuál, patrón? Yo no vide nada.

--Y tu --dijo Montoya apuntando al jovencito que lo contemplaba asustado-- ¿lo conocéis?

--El Ruiseñor no puede hablar su señoría. Y además esta chenchito --protesto la mujer.

--¿Es vuestro hijo?

--Si. Me lo entregaron de chiquito y lo he cuidado todos estos años.

--Se nos pelo, patrón --dijo un alabardero presentándose ante Montoya.

--¡Diantres! ¿Le visteis la cara?

--Pos no patrón --admitió el alabardero--. Más bien el nos la vio.

--¿El fugitivo os observo la cara pero vos no visteis sus facciones?

--No patrón --dijo el alabardero con algo de nerviosismo pues había reconocido al

inquisidor mayor--quería decir que se nos escapo sin dejar rastro.

--¡Diantres!

Luego Montoya se volteo a ver a la mujer.

--¿Vos sois la que llaman doña Xochitl?

--Para servirle patrón.

--Decidme, ¿Por qué se llama asi este establecimiento?

--Ah, ¿lo de "La Hermandad Blanca"? Pos no sé, patrón. Vera, yo entre de aprendiz de doña Licha, que en paz descanse, siendo muy niña. Y desde entonces ya se llamaba así.

Montoya suspiro. Conocía bien que cuando el santo oficio comenzaba a preguntar sobre algún menester se propagaba una curiosa enfermedad que borraba todo conocimiento de los interrogados.

--¿Es muy antiguo este lugar?

--Pos sí. Todavía de chamaca tenían en esa pared un testimonio escrito del puño del mismo virrey Mendoza dando las gracias por haberle curado de una apoplejía dos curanderos de "La Hermandad Blanca"<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Don Antonio de Mendoza sufrió un ataque de apoplejía a fines de 1549 y se pensó que iba a morir. Había quedado paralizado de medio cuerpo y sin habla. Los médicos lo habían desahuciado. La familia de don Antonio acudió a "dos curanderos indios". Con unos supositorios preparados con yerbas provenientes de Cuernavaca, don Antonio volvió a caminar. Después de que le salvaron la vida don Antonio extendió cédulas profesionales a los curanderos indígenas para ejercer la medicina. Posteriormente don Antonio se fue como virrey a Perú. Estuvo allí casi tres años antes de que sufriera un segundo accidente vascular cerebral y se murió.

Montoya recordó que Antonio de Mendoza había sido el primer virrey. Obviamente el establecimiento este existía desde la conquista, tal vez desde antes.

--¿Y quién es el dueño de este establecimiento?

--Pos yo --admitió la mujer--. Doña Licha me lo heredo.

--¿No tenéis aprendices?

--A ratos, patrón, pero ahorita no. Muchos de los curanderos de por aquí yo los entrene.

--¿Conocéis a Tomas Domínguez?

--¡No! --se apresuro a decir la mujer.

Habéis contestado muy de inmediato, pensó Montoya. Ni siquiera habéis titubeado un momento para recordar el nombre. Vos conocéis, se dijo, a Domínguez.

--¿No conocéis a Tomas Domínguez? Pero si tengo entendido que el era curandero y se surtía aquí.

--Llega mucha gente aquí, patroncito.

Montoya podía ver una gota de sudor en la frente de la mujer.

--¿Sois buena católica?

La pregunta, viniendo de un dominico que también era el inquisidor mayor, era peligrosa.

--¡Si-si! --tartamudeo la mujer--. Es-es más, voy a misa a diario.

--¡Ja! --dijo con sorna Montoya---. ¿Cómo se si no sois bruja?

--Soy curandera, patrón, por esta cruz. Mire, pregunte por mí en palacio. La virreina, doña María Luisa, Dios la proteja, sufre de reglas muy pesadas y calambres. Yo le di unos brebajes para que no sufra tanto con la luna.

Montoya suspiro. Evidentemente la mujer no era imbécil. Le estaba advirtiendo que era conocida en palacio y que tenía lo que los mejicanos llamaban "palancas". Podía ser un albur, pensó Montoya, pero por ahora debo irme con tiento.

--Entonces, ¿su muchacho no habla? ¿Por qué le dicen entonces El Ruiseñor?

--Pos Diosito no quiso que hablara. Pero si canta, por eso le decimos el Ruiseñor. Aunque lo bautice Guadalupe, en honor a la virgen. A ver, Lupito, cántale el tocotín al patrón.

Y eso fue precisamente lo que hizo el muchacho. Montoya había oído los coros papales en Roma. Pero la voz que oyó sobrepasaba en dulcera y potencia a cualquier otra voz que jamás había oído.

--¡Ave María Purísima! --dijo asombrado Montoya.

--Y eso que ya le cambio la voz --apunto dona Xochitl con orgullo.

--¿No considerasteis caparlo?

--Me lo sugirieron pero su maestra se opuso.

--¿Quién es su maestra?

--Sor Juana, en el convento de las jerónimas. Es más, ella compuso el tocotín y le puso la letra.

--¿Sor Juana?

--Lupito va a recibir clases ahí. Sor Juana dice que si la voz se le sigue bajando Lupito va a ser un tenor extraordinario. Sor Juana ya me consiguió una cita con el arzobispo don Francisco de Aguiar para que le cante Lupito. Ella quiere que lo oiga pues piensa que mi niño podría llegar a ser el cantor principal en catedral.

Montoya vio con admiración a la mujer. No solo me estáis diciendo que se os conoce en palacio sino que también tenéis influencia con el arzobispo, pensó.

--¿Y decís que esta Sor Juana compuso la música y la letra?

--Si patrón. Ha escrito muchos villancicos y canticos.

--Ah. ¿Esta Sor Juana es vuestro cliente?

--Bueno, casi todos los conventos lo son. Sor Juana de vez en cuando viene aquí.

--¿Cómo? ¿No está enclaustrada?

--Una vez me dijo que tiene dispensa para salir cuando se requiera porque lleva los dineros del convento y tiene que ir a cobrar las rentas o lidiar con los contratistas y proveedores. Además, sirve para que le vea lo de sus muelas.

--¿Las muelas? --Montoya no estaba seguro si la mujer estaba usando un modismo mejicano.

--Tiene picaduras porque es muy dulcera. Yo le receto hierbabuena para el dolor.

--¿Y esta sor Juana es compositora y maestra de canto?

--Si patrón.

La melodía se había grabado en la mente de Montoya. Había algo intrigante acerca de esta. La silbo quedamente.

--Esa melodía me recuerda por alguna razón al spiral mirabilus.

--El Nautilus.

--¿Qué dijisteis?

La mujer palideció. La palabra se le había salido automáticamente.

--No dije nada patrón, me estaba aclarando la garganta. Tengo catarro.

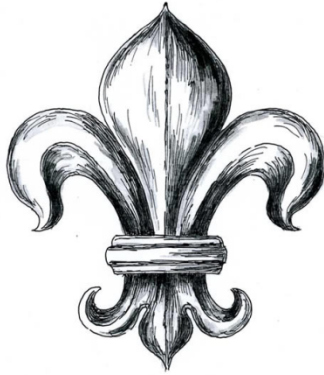
Mientes, pensó Montoya. Entendisteis el nombre en latín de la espiral milagrosa. Montoya suspiro. Por ahora, concluyo, no podía tocar a esta mujer.

--¿Cuánto le debo por el té que me hizo?

--Dos reales, patrón.

Montoya salió a la calle de la Moneda y camino a lo largo de esta tarareando el tocotín.

XXXII. Arles



*Del libro de Pedro de Santa Cruz, donde se presentan personajes de todo mundo conocidos.*

Después de huir de España vague por el norte de Europa por varios años. Me embarque en Hamburgo en un buque que visito Rusia y varios lugares de Escandinavia. Francamente, me canse del frío de esos lares. Decidí regresar a Francia. Después de varios días de camino mi caballo me llevo hasta Arles en el sur de Francia. Me hospede en una venta enfrente del viejo circo romano. No había decidido hacia donde dirigirme a continuación. Meditaba descender hacia Marsella y de ahí embarcarme hacia levante o tal vez las Indias.

Por lo pronto me avoque a tratar de no atraer atención.

Era el anochecer del tercer día de mi estancia y me encontraba en una esquina del cuarto común de la venta, comiendo una opípara comida. Estaba ya en mi segunda botella de vino y francamente, con la panza llena, me sentía muy en paz con el mundo.

Aparentemente la policía secreta de Luis XIV era más eficiente que la del rey de España. Estaba yo muy contento devorando mi cena cuando vide a un

hombre entrar vestido con el vistoso uniforme de los mosqueteros del rey. Me vio fijamente por unos instantes y luego salio. Ni siquiera disimulo. Suspire. ¿No podían esperar a que acabara mi cena?

Mire hacia la escalera. Sentí flojera cuando visualice ir subiendo como rata huyendo por ella. Además, si estos señores sabían lo que hacían, ya han de haber rodeado la venta. Preferí mejor acabarme la botella de un par de tragos.

Inevitablemente entraron varios de estos fulanos, vestidos como mosqueteros, a través de las puertas de la venta. Traian ya sus espadas desenvainadas. Sin decir palabra se acomodaron a mí alrededor, aunque a una distancia respetable. El resto de los comensales, al ver esto, se hicieron escasos. Mastique lentamente un pedazo de queso.

Un fulano con galones de capitán de mosquetero, de mostacho cano, se acerco a mí. No había desenvainado su espada pero había algo en la manera en que caminaba que me indicaba que, si tal hiciera yo con la mía, seria hombre muerto.

--¿Vos sois Pedro de Santa Cruz?

Eructe.

--Si lo soy.

El capitán de mosqueteros saco su espada y puso su punta en mi garganta. Hizo esto con tal fluidez y rapidez que ni siquiera pude levantar una mano. Si el hombre me hubiera querido atravesar el pescuezo lo hubiera hecho ahí mismo en segundos.

--He oído de lo peligroso que sois, Santa Cruz. Sabed que no os conviene intentar nada. ¿Me dais vuestra palabra de honor que no intentareis escapar? De otra manera os llevare esposado.

--¿A donde me lleváis?

--A Paris. Tenéis una cita con mi señor. ¿Y bien, que decís?

--¿Y quien diablos es vuestro señor?

--Luis XIV.

--¿El Rey? ¿Qué diablos quiere el rey conmigo?

--Eso no me incumbe. Yo solo lo sirvo.

--Sea. Llevadme con quien os plazca. Os doy mi palabra de honor que no intentare escaparme de vuestra custodia.

--Bien --dijo el capitán bajando su espada--. Mi nombre es Gastón d'Artagnan. He oído de usted, Santa Cruz. Sois el mejor espadachín de España, ¿no es así?

Me reí. Aparentemente mi fama --espuria-- había traspasado las fronteras. ¿Que tanto se deberá, pensé yo, a lo que haya dorado la píldora el jesuita Aramis?

--Si así lo queréis creer, señor capitán, no seré yo quien os desmienta --le dije entregándole mi espada.

D'Artagnan ordeno a uno de sus hombres que cargara mis alforjas. Nos subimos d'Artagnan y yo abordo de un carruaje. También nos acompañaba uno de sus hombres, un gigante con cara de oso. Por un momento creí reconocer en el al tudesco Hermann. Ambos gigantes tenían las mismas proporciones descomunales.

--Porthos os vigilara si yo caigo dormido --advirtió d'Artagnan--. Guardaros de enfadarlo.

Escortados por una docena de mosqueteros nos dirigimos a Paris.

--Capitán, ¿que diantres puede querer el rey conmigo? Yo soy tan solo un humilde marinero.

--Diablos si sabre --contestó d'Artagnan--. Yo trato de no inmiscuirme en la política de los grandes señores. Solo cosecho desilusiones.

--A no dudarlo --se rió Porthos--. Sobre todo en vida de Richelieu.

--Richelieu era el mismo diablo, Santa Cruz, pero también era un caballero --contestó el capitán--. Pero el rey, Dios lo guarde, acostumbra encerrar gente en la Bastilla si estornudan en su presencia. Y de ahí nadie sale vivo. Si vos sabéis algo que el quiera saber os aconsejo que soltéis la sopa. Es posible que os torturen.

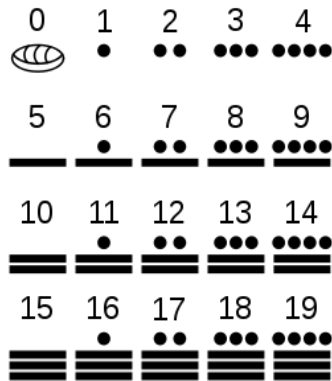
--¿Tortura? ¡Válgame Dios!

--A la larga todos hablan --aconsejó Porthos--. Pero todo depende de que tan bueno sea el verdugo. Hay unos muy torpes y se les muere el preso antes de soltar la sopa.

--Si usted sabe algo, Santa Cruz, le ruego, ¡no nos lo diga a nosotros! --advirtió d'Artagnan.

Después de varios días de camino finalmente llegamos a Paris.

XXXIII. Los Dedos de Conejo XIII



*Donde se discute si por hacerle la barba a Conejo XIII los tun son de 18 winais.*

Monte Tlaloc 1653

Xochitl había llenado el pizarrón con los glifos.

--Os repito, señores, un kin es un día. Veinte kins son un winai. Un tun son 18 winais. Un k'atun son 20 tuns. Y un b'ak'tun son 20 k'atuns. No hay de otra. Se lo van a tener que memorizar.

Lorenzo alzó la mano.

--¿Por qué todo se cuenta con veintes pero no el winai?

--Excelente pregunta, alteza. La realidad es que no lo sabemos.

--A menos que le creamos a Huitzilihuitl, el matemático real de Xaltocan --apuntó Xiucoatl.

Xochitl suspiro. --En efecto, Xiucoatl, el sabio Huitzilihuitl, allá por el siglo X de la era cristiana, escribió un texto que fue considerado casi herético y el matemático sufrió las consecuencias.

--¿Herético? --pregunto con escepticismo Xipilli. Su pie estaba enyesado.

--Verán, señores, Huitzilihuitl era un experto numerologo, obsesionado por el orden y diseño que se observaba en las secuencias y series y si estas convergían o no. El que los tun fueran de 18 winais lo ofendía. Argumentaba que si iba a haber tal discrepancia entonces por qué no usar otras bases. Incluso creemos que sugirió los números base 10 por la facilidad que implica en solo correr un punto decimal.

--Tal vez nos hubiera facilitado mucho las cosas --apuntó Nopaltzin.

--Tal vez, pero acordaos que todo desarrollo parte de axiomas. Si los axiomas iniciales indicaban la base 20 excepto para el tun, entonces todo desarrollo posterior se vendría abajo. Los antiguos, recordad también, eran muy conservadores. Toda su civilización dependía de los números. Incluso los consideraban sagrados. No era posible pedir que cambiaran sus axiomas de la noche a la mañana nada mas porque Huitzilihuitl quería uniformidad.

--¡Con razón fue considerado un hereje! --exclamo Xipilli.

--Desafortunadamente solo conocemos de Huitzilihuitl a través de referencias --explico Xochitl--. Verán, Huitzilihuitl también era muy dado a seguir la genealogía de los reyes. Y según Huitzilihuitl el rey Conejo XIII, señor de Tollan, había perdido dos dedos en una batalla. Huitzilihuitl argumentaba que en un afán de hacerle lisonja los cortesanos habían cambiado la numerología para que los tuns solo tuvieran 18 winais.

--¿Es cierto eso? --pregunto Lorenzo.

--No sabemos, alteza --Xochitl sonrió--. No sería la primera vez que un rey permite que la lisonja le llene la cabeza de humo, ¿verdad?



--¿Oyó alteza? --dijo con sorna Nopaltzin.

--La verdad es que Huitzilihuitl vivió veinte siglos después de Conejo XIII. Y tenemos pocos desarrollos previos a este rey. Y si, hay varios textos en que los tun si son de veinte winais. Asi que puede haber algo de cierto en lo que Huitzilihuitl afirmaba.

--¿Y por eso lo mataron? --pregunto asombrado Nopaltzin.

--Lo exiliaron a las tierras de los chichimecas. El caso es que creemos que el sabio sobrevivió y viajo hasta tierras muy al norte donde encontró gente civilizada que le dio cobijo y ahí les dejo sus enseñanzas. El caso es que Anahuac lo perdió.

--Eso no estuvo bien --dijo quedamente Lorenzo.

--En efecto, pero el caso es que su propuesta nos causa problemas e incertidumbres a su vez. Posterior a Conejo XIII los textos son uniformes. Los tun siempre son de 18 winais. Previamente tenemos problemas de interpretación. Tenemos que correlacionar las fechas con eventos conocidos.

--¿Qué eventos?

--Eclipses solares y lunares cuyas fechas podemos establecer con certidumbre y así correlacionar cuando una fecha es de 18 winais y cuando no. Bien, ahora les daré un ejercicio de conversión de fecha.

Hubo algunas protestas calladas. La muchachada prefería oír --y ver--embelesados a Xochitl dar su cátedra.

--Se las pondré facilita muchachos. Estos son los glifos que copie de una estela a de los Tuxtlas en mi viaje al Coatzacoalcos --explico Xochitl--. La fecha es el 7.16.6.16.8

de la cuenta larga. Decidme cuantos días son estos a partir del 11 de agosto del 3114 antes de Cristo.

--¿Maestra, usamos 18 winais por tun?

--Si. Y también usad números arábigos.

Los muchachos sacaron sus ábacos, invención que había venido con el nao de China y que la Hermandad había adoptado con gusto.

Después de varios minutos Xochitl alzo la mano.

--A ver, alteza, ¿Cuánto es el 7?

--Es 7 por 144,000 o 1,008,000 días, maestra.

--Nopaltzin, ¿cuánto es el primer 16?

--Tomo 16 y los multiplico por 7,200 y me da 115,200, maestra.

--Xipilli, dadme el seis.

--Es seis por 360 maestra, usando la regla de 18.

--Tlacelel, decidme el segundo 16.

--Ese lo multiplico por 20. Son 320 días, maestra.

--¿Xiucoatl?

--Es fácil, ni necesito Abaco, maestra. El 18 son kin o días. Se eleva el 20 a la potencia cero, es decir el multiplicador es uno. Y 18 por uno equivalen, justamente, a 18.

--Exacto. La suma total nos da 1,125,698 días desde el 11 de agosto del 3114 antes de Cristo. Esto corresponde al primero de septiembre del año 32 antes de Cristo, en el

calendario gregoriano y 3 de septiembre del 31 antes de Cristo en el calendario juliano.

--Bueno, y a todo esto, ¿Qué se lee en la estela? --preguntó Lorenzo.

--El rey, Jaguar XIV, anunciaba el fin de una guerra con los Xiu, unos reyes de Yucatán. Y anunciaba su casamiento con dos princesas reales pertenecientes a esa familia.

Xipilli se admira: --¿Dos a la vez?

--Señores, los antiguos reyes tenían varias esposas además de concubinas. No los juzguen desde la óptica del cristianismo que nos impusieron los españoles.

--¿O sea, maestra, que su alteza aquí podría tener varias esposas y concubinas a la vez? --preguntó con malicia Nopaltzin.

--Ahí están tus dos hermanillas, Nopaltzin -- se carcajea Tlacaelel. Esto causo que Nopaltzin le aventara una sandalia.

--¡Señores! ¡Por favor! --insistió Xochitl--. Se supone que son futuros caballeros águila. Se espera de ustedes seriedad.

--¿Pero pos podría o no tener varias esposas su alteza? --insistió Xiucoatl--. Digo, esta su alteza tan flaco que no se si las aguante.

Lorenzo se voltea a ver fijamente a Xiucoatl y se hizo un silencio.

Xochitl decidió cortar por lo sano.

--Señores, la clase ha terminado. Copiad la fecha que os escribí en el pizarrón y como tarea interpretad su equivalente tanto en el calendario juliano y el gregoriano. ¡Y usad 18 winai por tun!

XXXIV. El Sosteniente es Liberado



*Donde se discute si la culinaria del Santo Oficio es digna de ser llamada "bocato di cardinale"...*

Cd. de Méjico - 1682

De regreso en el palacio del Santo Oficio Montoya hizo traer a Torres (acompañado del Osito y del Faisán) a su oficina. El "sosteniente" apenas si se podía sostener en pie.

--Ah, Torres, ¡qué gusto de veros! --exclamo Montoya--. Siéntese hombre, por favor.

El Osito y el Faisán depositaron a Torres y sus huesos en una silla frente a Montoya.

--Pa-pa-patrón...

--¿Qué os pareció nuestra hospitalidad? Excelente, ¿verdad?

--Si-si-si.

--¿Y qué tal le pareció la comida? ¿Bocato di cardinale?

--Si-si, pa-patrón.

Por más que lo intentaba Torres no podía evitar temblar. Los últimos tres días, encerrado en un calabozo debajo del palacio del Santo Oficio, comiendo una comida inmundada, rodeado de ratas y

cucarachas, habían sido los peores momentos de su vida.

--Que bueno, Torres, no quiero que nada afecte nuestra relación de trabajo de ahora en adelante, ¿entiendes?

--Pos no, digo, si, pa-patrón.

--Así me gusta, Torres, que nos entendamos. Vera, Torres, he decidido que volveréis a vuestro puesto, de "sosteniente", pero quiero que os consideres a mis órdenes directas, no del secretario mayor. ¿Entendéis?

--Oste ordene patrón. ¿Quiere que vaya a petatiar a alguien?

--¿Qué es eso de "petatiar"?

--Que si quiere que haga a alguien difuntito.

--Por el momento, no, Torres. Tomad esta bolsa. Idos a vuestra casa. Haced el amor a la Poncianita, recuperaros, que se yo, y en tres días regresad aquí. Tenéis una misión. Quiero que vigiléis con sumo cuidado la hierberia esa, "La Hermandad Blanca".

--Sobres, patrón, ya estufas.

--¿Qué decís?

--Quiero decir que por supuesto, patrón.

--Y recordad siempre, Torres, si no me complacéis, los señores Osito y Faisán aquí presentes están dispuestos a darte...¿Cómo le llamáis vos los mejicanos a una buena tunda?

--Una calentadita --ofreció el Osito.

--O madriz --completo el Faisán.

--Exacto, calentadita o madriz --repitió

Montoya--. ¿No tenemos por qué llegar a eso, ¿verdad Torres?

--No patrón, no. Usted nomas ordéneme.

--Que bueno que nos entendemos, Torres. Tened, aquí esta vuestro escudo, lo que llamáis vuestra charola. Sois vos otra vez un sosteniente PGR, como antes. Ahora díganme, caballeros, ¿Dónde se encuentra el convento de las jerónimas?

--Pos mas pa allá de la plaza principal, su señoría, yéndose por toda la calle como quien va rumbo a catedral --explicó el Osito.

--¿Conocéis a una monja ahí que llaman Sor Juana?

--Yo la vide por navidad. Fue a dirigir el coro a catedral, patrón. A diferencia de las otras monjas a ella la dejan salir --dijo el Faisán.

--Dicen que es muy cabrona, muy calzonuda, patrón --añadió el Osito--. Tengo un compadre que es pintor y le fue a hacer un trabajo al convento y decía que era muy exigente.

--Quesque sabe mucho de números --dijo el sosteniente que también quería contribuir--. Les regatea hasta el último cobre a los proveedores del convento.

Torres oía todo esto atentamente.

--Muy bien, señores, todo eso es muy interesante e ilustrativo. Escuchen, la próxima vez que la viden en la calle a esta Sor Juana, síganla. Pero, por favor, háganlo con discreción, ¿entienden? Quiero saber adónde va, a quien visita, con quien se habla, donde mercadea.

--Despreocúpese, patrón --ofreció Torres--. Los PGR traerán a la monjita bien cuidadita. Más le vale que no se salga del huacal.

XXXV. “Consagradlo y amadlo”



*Donde el rey, don Lorenzo, recibe un nuevo tipo de lección.*

Cerro Tlaloc, 1554

En la cima del Tlaloc el tiempo pasa rápido, tan solo marcado por los monjes astrónomos que observaban como el sol se alzaba justamente sobre La Malinche y otros picos en una fecha específica. Las fechas eran entonces cotejadas con las predichas en las tablas de papel de amate. Y siempre coincidían.

El entrenamiento militar que recibió Lorenzo no solo era acondicionamiento físico y uso de las armas sino que también tenía otras dimensiones.

--Señores --comenzó don Raúl--. En unas semanas más habréis concluido vuestro entrenamiento. Os recibí como unos muchachos enclenques y ahora sois hombres. Yo os he enseñado como matar y sobrevivir y vuestros otros maestros os han enseñado el valor y belleza de la vida e instruido en la sabiduría de vuestros ancestros.

Los siete muchachos estaban alineados frente a su capitán en el edificio que servía de gimnasio. Afuera el viento arreciaba y la nieve caía en forma horizontal, amenazando con sepultar todo el complejo. Para alivio de todos, el suplicio diario de La Vida había sido interrumpido por el mal tiempo. El correr casi desnudos por el cerro

en medio de tal tormenta hubiera sido una locura.

--En la antigüedad --continuo don Raúl--. Los caballeros águila eran la vanguardia del ejército, los exploradores. Como tal, su misión era identificar la localización del enemigo, hacia donde se dirige si esta en movimiento, con cuantos efectivos cuenta, que intenciones aparenta tener. ¿Preguntas?

Xiucoatl levantó la mano.

--Hablád, Xiucoatl --ordenó don Raúl.

--Pero ahora solo somos guardias, capitán.

--“Somos”, soldado Xiucoatl, me suena a manada. Ustedes todavía no son caballeros águila. ¡No llegan ni a macehuals! Sin embargo, vuestra inquietud es válida, soldado Xiucoatl. Además, demuestra el espíritu que debéis tener. Observad señores como el soldado Xiucoatl presenta una pregunta para explorar el terreno. Pero este es un frente y no es su verdadera pregunta. Para mí es obvio que tiene otras intenciones: cuestionar nuestra misión. ¿No es así Xiucoatl?

--No, capitán, perdón, digo...no se --dijo Xiucoatl.

--El caballero águila habla con el corazón en la mano, soldado Xiucoatl. Decid lo que pensáis, cual hombre. ¿Cuestionáis nuestra misión? No incurris en nada malo al hacerlo. El caballero águila no debe estar atado a un patrón dogmático. Si la misión debe cambiar, ¡pues sea! El estar atado a un plan nos hace predecibles y solo le facilita las cosas al enemigo. Que sea él el que se preocupe por lo que os atreveríais a hacer y no al contrario. ¡Hablád Xiucoatl!

Xiucoatl estaba obviamente alterado.

--Mi capitán, con todo respeto, solo nos veo como guardianes de un montón de papeles viejos arriba de un cerro pelón y frío.

El silencio era sepulcral. Don Raúl se plantó frente al muchacho. Este estaba rojo y había empezado a sudar a pesar del frío.

--¡Ja! No os culpo, soldado Xiucoatl --dijo después de varios minutos don Raúl--. Verán, soldados, les había dicho que los caballeros águila eran la vanguardia. Decidme, soldados, ¿habéis visto como vuestros padres o hermanos mayores desaparecen de tiempo en tiempo, a veces por meses?

Se oyeron varios murmullos de afirmativos. Mientras Xiucoatl respiró con alivio.

--Nuestra misión como exploradores continúa. Seguimos identificando al enemigo, marcando su localización, documentando su rumbo aparente, y operando contra él en cuanto las circunstancias nos son favorables.

Es por ello que vuestros padres bajan y se encubren como simples campesinos, arrieros, a veces como caciques de republicas de indios o como curanderos y también como monjes y curas, que se yo, y mantienen los oídos y los ojos muy abiertos, atentos a cualquier peligro contra "los papeles viejos" que menciono el soldado Xiucoatl.

Os relatare un ejemplo de lo que hablo. En 1599 el oidor Medina había concebido la idea de que había que volver mandar soldados a la cima del Tlaloc, quesque tal vez aquí estaba el maldito tesoro de Cuauhtemoc. Tal noticia llegó a oídos de la Hermandad Blanca. Solo os diré que el oidor Medina sufrió un desafortunado accidente mientras montaba a caballo y ya no hubo tal expedición.

Así, os puedo detallar muchas historias más, incluyendo como los que han abjurado de la Hermandad, y han habido muchos, han sido silenciados en forma rápida y eficiente por un caballero águila. Y también muchas veces hemos sido mandados en misiones para obtener, por las buenas o por las malas, un "papel viejo" que está en peligro de ser quemado por un cura o español o hasta indígena intolerante y bruto.

¿Qué cualidades se buscan entonces en los caballeros águila? Primero, paciencia y sutileza para planear a detalle un "accidente" necesario o el robo de un manuscrito. Segundo, iniciativa. El caballero águila, como cualquier otro explorador, tiene que actuar en forma autónoma y guiado tan solo por el principio fundamental: defender el toltecayototl con todos los medios posibles, sin importar el costo.

Hoy y mañana se os excusara de vuestro entrenamiento para que meditéis sobre esta misión. Si no os creéis capacitados para asumirla hacédmelo saber; estaré en mi aposento. Es común que uno o varios de ustedes cambien de parecer. En tales casos no os deshonráis al tomar tal decisión. La Hermandad os puede encontrar otras misiones como copista o tlacuilo. Trabajo sobra. Idos ya.

La formación se disolvió y los muchachos se dirigieron al dormitorio. A diferencia de los otros, Lorenzo, por vuestra calidad de soberano, tenéis vuestro propio aposento y no dormís en un cuarto común. Entráis a vuestro cuarto y prendéis un anafre con unos carbones pues el frío penetra hasta los huesos. Luego os cubrís con una cobija y os sentáis en un catre que es todo el mobiliario de vuestro espartano dormitorio real. Titiritáis de frío. Tratáis de concentraros en lo que os dijo don Raúl, sin éxito, y eventualmente caéis dormido.

Unos toquidos en vuestra puerta os despiertan. Los carbones del anafre ya han sido consumidos. El frío cala. Por vuestra única ventana notáis que ya es de noche. Abrís la puerta. Ante vos está Xochitl.

--¿Maestra?

--Permitidme entrar, alteza.

Tal hacéis y ella se apresura a entrar y cierra la puerta tras de sí. La mujer ve con curiosidad la habitación espartana y sonríe. El único adorno es vuestro yelmo y macana y peto que cuelgan de una pared. La mujer se arrodilla frente al anafre y atiza el fuego. Porta una bata y notáis sus pies pequeños, bien formados, desnudos.

--Maestra...

La mujer os calla la boca con un dedo. Sin decir palabra alguna se para ante ti y se quita la bata. La luz de la luna se refleja en su cuerpo desnudo.

--Hay otros artes que un rey debe saber, alteza --os dice con vos queda.

Mientras tanto, en el corredor, una sombra murmura una maldición.

XXXVI. El Conde en Coyoacán



*Donde el sosteniente recibe una nueva misión.*

Cd. de Méjico – 1682

Esa mañana, mi “sosteniente” PGR (Por Gracia del Rey) Hipólito Torres, la Poncianita os lleno el buche con un excelente desayuno y os hizo un buen itacate y montado en vuestra mula os dirigiste a cumplir la misión que os había encargado el inquisidor mayor.

Os sentíais muy contento. La Poncianita había resultado ser una excelente esposa, limpia, hacendosa, y fiel. Valió la pena, pensasteis, haber despachado a Domínguez por ella.

Vuestra conciencia no os preocupaba por el crimen que habíais hecho contra Domínguez y tantos mas. Los que trabajan en el santo oficio pronto se deshacen de la conciencia, ese inútil bagaje que atormenta a los hombres comunes y corrientes. Vos erais, después de todo, el defensor de la santa religión en tierra de indios. Estabais por arriba entonces del vulgo, la naquiza, como despectivamente la llamabas.

Y vos, mi “sosteniente” Torres, palpasteis en vuestra bolsa el escudo o “charola” que os acreditaba como representante del santo oficio y como “sosteniente” PGR (Por Gracia del Rey). Mostrando la charola, bien

sabíais, ningún cantinero os osaría cobrar por las jícaras de tlachique y ningún bravucón de pulquería se atrevería a retaros. El miedo no anda en burros.

Tomasteis el camino al sur, mi “sosteniente”, rumbo al pueblo de Coyoacán. Vuestro patrón, el gachupin Montoya, os había finalmente quitado de andar haciéndoos pendejo vigilando la yerbería. Habíais estado ahí por semanas y, francamente, no había mucho que informar. ¿Qué carajos se podría “viriguar” sobre ese lugar? Era un encargo rete pendejo. Pero vos no ibais decirle tal cosa a vuestro patrón, ¿verdad?

El caso es que el día de ayer, mi “sosteniente”, el patrón os llamo a su oficina. El Osito y el Faisán ahí estaban y os sonreían como dos tiburones que se han enterado de un naufragio. Casi os cagasteis de miedo pero afortunadamente Montoya no os hizo poner en el potro.

--“Sosteniente” Montoya, ¿conocéis al que llaman conde de la legión?

--Lo he visto de lejos, patrón. Es muy amigote del virrey, tengo entendido. Y antes visitaba mucho al arzobispo, creo que hasta compadres eran.

Montoya examino un expediente, como verificando lo que le acababas de decir, “sosteniente” Torres.

--Si, el fulano tiene lo que ustedes aquí llaman “palancas”. De ahí que si os ordeno que lo vigiléis lo tendréis que hacer con toda discreción. ¿Cuento con esta?

--¡Por supuesto patrón!

--Bien, idos a Coyoacán. Tengo entendido que ahí vive ese fulano. Vigilad su casa. Decidme quien entra y sale. Si veis al conde salir, seguidlo. Haced esto por una semana



y luego regresad e informarme de todo, ¿entendéis? Tened esta bolsa, cubrirá vuestros viáticos y pagara vuestra estancia en un mesón.

Por supuesto, “sosteniente” Torres, que vos no tenias ni idea de lo que aconteció en Coyoacán en el fatídico año de 1521 cuando cayó México-Tenochtitlán. Fue entonces se presento en Coyoacan un fulano que se hacía llamar el de la legión. Venia acompañado de una escolta de cincuenta tlaxcaltecas y una gran perra negra. El conde fue recibido por el cacique del lugar.

--Escuchad, señor cacique --le explico el conde al cabecilla hablándole en mexicano-- . De ahora en adelante seréis conocido como “alcalde” de este pueblo. El capitán Cortez, que acaba de tomar México-Tenochtitlán, me ha nombrado encomendero de estas tierras.

--¿Le debemos entonces obediencia a vuestro conde?

--Si, así es. El señor de Huitzilopochco, vuestro antiguo gobernante, ha muerto y sus hijos son nuestros prisioneros. Sin embargo, sabed que no me interesa azotarlos y hacer hecatombes con vuestros vecinos. Dad las gracias a vuestra deidad que yo soy el designado y no don Pedro de Alvarado que es un verdadero energúmeno y sádico. Os advierto que pronto se apersonaran aquí los curas y os harán quitar vuestros dioses. No protestéis. Si México-Tenochtitlán cayó no creo que Coyoacán duraría mucho y la mortandad sería horrible. Francamente estoy hastiado de tanta sangre. Si os sometéis a la nueva religión sin protestar yo os podre proteger de la voracidad de los de Castilla y hasta de los mismos curas.

Los ancianos debatieron brevemente y llegaron a la conclusión que valía la pena

ponerse bajo el mando y protección del conde.

--¿Qué mas deseáis de nosotros entonces, señor conde?

--Tan solo pido que me ayudéis a construir una casa solariega en algún lugar apropiado a las afueras de este pueblo. Soy una persona que aprecia su soledad, ¿entendéis? Los asuntos de gobernar esta ínsula os lo delego a vos y a los ancianos. Tan solo os pediré que me proporcionéis un par de criados callados y obedientes y una mujer para cocinarme.

--¿Necesita un esposa vuestro conde?

--pregunto el cacique, pensando tal vez en casarlo con una de sus hijas.

--He tenido muchas, no, no os preocupéis por eso --contestó el conde mientras acariciaba a su perra.

Y así fue como el conde superviso la construcción de una casona magnifica que adorno con su escudo de armas, una especie de dragón alado. Y por lo que toca a los pobladores de Coyoacán, estos se congratularon siempre de estar bajo la protección de este conde, el cual todos concluían era en verdad un caballero, no como los otros españoles. Y el alcalde y los ancianos, como buenos políticos, no tuvieron problemas en adaptarse a los nuevos tiempos. Después de todo siguieron teniendo control del presupuesto municipal. Y si, los viejos dioses desaparecieron (aunque sus ídolos todavía recibían ofrendas en una cueva en el mal país cercano) y los curas predicaron el evangelio en las iglesias que se levantaron sobre los teocallis. Y al conde rara vez se le veía en público, excepto en las raras ocasiones en que cabalgaba rumbo a la ciudad de México y siempre iba acompañado por su perra negra.

Solo en una ocasión tuvieron los ancianos que pedir la protección del conde. Un par de años después de la caída de México-Tenochtitlán se presento en Coyoacán un nuevo cura, don Romeo Caballero, el cual si era lo primero y ciertamente que no lo segundo.

--¿Qué os pasa señores? ¿A cuenta de que venís a visitarme? --les pregunto el conde al alcalde y a los ancianos de Coyoacán.

--Señor conde, el nuevo cura, don Romeo Caballero, reclama el derecho de pernada. Insiste en que le entreguemos a nuestras hijas para desflorarlas.

--¿Derecho de pernada? Vamos, ni yo he hecho tal demanda. ¡Eso es una infamia! No os preocupéis de este cura, señores. Idos tranquilos. Nadie molestara a vuestras familias.

Esa noche, como a la medianoche, los vecinos de Coyoacán oyeron un tremendo alarido que venía de la casa del cura. Los vecinos portaron antorchas y se presentaron ahí. El espectáculo era horrible. El cura don Romeo Caballero se presento desnudo ante ellos. Su cabello había encanecido de súbito. Sus ojos estaban desorbitados. Su boca rebosaba de espuma. El infeliz estaba completamente loco. Y así fue como lo vieron los vecinos huir aullando como alma en pena rumbo a la ciudad de México o tal vez en dirección a Veracruz para reembarcarse a tu terruño.

Los años pasaron. Las lluvias iban y venían. El escudo de armas del dragón se fue erosionando con la lluvia. El marqués del valle, Cortez, murió. El lago se fue secando poco a poco. Los sirvientes del conde fueron heredando su puesto a sus hijos y estos a sus hijos. Los ahuehuetes crecieron, magníficos e inmensos, alrededor de la casa solariega adornada con las armas del dragón. Poco a poco los habitantes de

Coyoacán se olvidaron del conde de la legión. Y el conde...el conde siguió igual.

Y vos, "sosteniente" Torres, eventualmente os apersonasteis en Coyoacán. Y cruzasteis el mal país sin percataros de las cuevas donde se guarecían los idolillos de Huichilobos, y cabalgasteis frente a la casa que os dijeron era del conde, bajo una lúgubre calzada ensombrecida por unos gigantescos ahuehuetes.

Luego, "sosteniente" Torres os dirigisteis rumbo al pueblo de Coyoacán y rentasteis un cuarto en un mesón de ahí y empezasteis a preguntar sobre el conde.

--Tengo entendido que es buen jinete --os explico el talabartero del lugar--. Me ha comisionado fustes, sillas, y botas de montar. Pero rara vez lo veo.

--¿El conde? --Pregunto el cura del pueblo--. Rara vez he visto a su señoría y nunca en misa. Me han contado que solo asiste a la catedral de México durante semana santa. ¿Por qué preguntáis sobre él?

Por toda respuesta enseñasteis tu charola que os acreditaba como miembro de la policía del santo oficio y el cura no dijo más.

--Su señoría paga siempre a tiempo sus contribuciones --explico el tesorero municipal--. ¿Quién sois y por qué preguntáis sobre él?

Adivinasteis que al fulano le importaría un bledo si fuerais el mismo papa y decidisteis mentirle, mi sosteniente.

--Es que quisiera emplearme con él y quería saber qué clase de patrón es.

--Dudo que os tome, caballero. El ha tenido siempre por criados a los Zúñiga. Varias generaciones de estos han trabajado en esa casa.

--Ah, ¿queréis decir de que los ancestros del conde los han empleado? ¿Está casado el conde o tiene hijos?

--Eso mejor preguntédselo al señor conde, caballero.

Y al anocheecer os dispusisteis a ir a vigilar la casona con el escudo de un dragón, "sosteniente" Torres. Sin embargo, tuvisteis tal premonición que por un momento pensasteis seriamente en ir a la iglesia a tomar la comunión.

--Me he de estar poniendo viejo --os dijisteis "sosteniente" Torres. Pero por si las moscas os llevasteis una pistola y vuestra espada.

XXXVII. Rahu y Ketu



*Donde el oír hablar del inquisidor causa ansiedad en Lorenzo.*

Convento de las Jerónimas, Ciudad de Méjico – 1682

*“Uno de los nuestros, de la compañía de Jesús, platico y diestro, junto a los ancianos de Tescucu y de Méjico, y confirió mucho con ellos, y le mostraron sus librerías e historias y calendarios: cosa mucho de ver. Porque tenían sus figuras y jeroglíficos con que pintaban las cosas de esta forma, que las cosas que tenían figuras las ponían con sus propias imágenes, y para las cosas que no había imagen propia tenían otros caracteres significativos de aquello y de este modo figuraban cuanto querían y para memoria del tiempo en que acaecía cada cosa tenían aquellas ruedas pintadas, que cada una de ellas tenía un siglo, que eran cincuenta y dos años...” – relación de un fraile que vino a Méjico con los conquistadores*

--¿Rahu y Ketu? --pregunto don Carlos de Sigüenza y Góngora.

--En efecto --contesto Sor Juana--, así se les llama en sanscrito a estos compañeros invisibles de los planetas.

--No sabía que habíais aprendido sanscrito.

Sor Juana sonrió.

--Cosas que uno se enseña mal e incompletamente, don Carlos.

Recientemente le había caído a Sor Juana los poemas en sanscrito de Bart'hari. Estos incluían el texto original y la traducción al portugués. Otros textos le habían llegado a través de la nao de china. Estos iban a ser vendidos como curiosidades o adornos paganos tan solo por lo intrincado de su caligrafía. Sor Juana había alertado previamente a Don Jacobo para que comprara de inmediato cualquier texto que tuviera tal caligrafía. El hebreo los compro en cuanto los vio y se los había hecho llegar al convento de inmediato. Armada con estos textos, la hija de Apolo pronto tuvo un dominio rudimentario del sanscrito. ¿Por qué debemos de asombrarnos que el más grande intelecto parido en la Nueva España fuera capaz de esa hazaña?

--¿Queréis decir que los Hindús conocían otros planetas aparte de los que conocemos en occidente?

--En efecto, don Carlos --explico Sor Juana--. Para ellos Surva es el sol, Chandra la luna, Mangala es Marte, Budha es Mercurio, Brihaspati es Jupiter, Shukra es Venus, Shani es Saturno, pero además tienen a estos dos, Rahu y Ketu, vagando mas allá de Saturno.

--¿Aceptáis entonces que Saturno esta mas allá de Júpiter?

--¿Por qué dudar de los romanos? Saturno es el titán que desbanco Júpiter, ¿no? Es lógico que Júpiter lo haya desterrado a las profundidades. Y, científicamente, vucencia bien sabe que la órbita de Saturno es más lenta que la de Júpiter. Luego entonces creo que es correcto afirmar que esta mas allá de Júpiter.

--¡Sería imposible ver a estos Rahu y Ketu a simple vista!

--Mi teoría es que perturbarían la órbita de Saturno.

--Tal vez, pero nos sería imposible determinar esto sin datos.

Sor Juana suspiro. Igual que el inquisidor Montoya sabía que por el momento las teorías de Kepler eran tan solo una conjetura.

--En fin, habladme de lo que presentareis hoy.

--Mas allá de Texcoco, hay una ciudad entera, mayor que la capital, cubierta de maleza, de una antigüedad inimaginable. Los indígenas la llaman Teotihuacan y dicen que ahí los hombres se volvían dioses. Me pase varias semanas recorriéndola y escarbando en ella.

--¡Ave María! --suspiro Sor Juana-- ¡Que daría yo por poder verla! ¿Trajisteis reliquias?

--En un recinto en la pirámide principal encontré tablillas de barro similares a las de Sumeria.

--¿No estáis diciendo que tienen caracteres babilónicos?

--No. La escritura es completamente distinta e ininteligible. Sin embargo, estas y otras reliquias que ahí encontré me llevan a conjeturar sobre el origen de esta ciudad. No me cabe la menor duda. Teotihuacan es una colonia de la antigua Atlántida.

--¿Atlántida? ¿En que os basáis para afirmar tal cosa?

Sigüenza y Góngora saco un cuadernillo con apuntes.

--Esta es una tradición que recogió Sahagún sobre la migración tolteca a Chicomostoc, el lugar de las siete cuevas, desde Aztlan:

*"...En un cierto tiempo que ya nadie puede contar, del que ya nadie puede ahora bien acordarse, quienes aquí vinieron a sembrar a los abuelos, a las abuelas, estos, se dice, llegaron, vinieron.*

*Por el agua en sus barcas vinieron, en muchos grupos, y allí arribaron a la orilla del agua, a la costa del norte, y allí donde fueron quedando sus barcas, se llama Panutla, sus sacerdotes los guiaban, y les iba hablando su Dios.*

*Los que allí estaban eran los sabios, los llamados poseedores de los libros de pinturas, pero no permanecieron mucho tiempo, los sabios luego se fueron, una vez más entraron en sus barcas..."*

--A ver, don Carlos, ¿decís que "les iba hablando su Dios"?

--Es como si los estuviera guiando, si.

--Pues parece más bien la historia de los judíos del Éxodo. ¿Os acordáis que Dios los iba guiando en forma de un pilar de fuego?

--¡Santo Dios! ¡Tal vez esto se refiera a una de las tribus perdidas de Israel!

Sor Juana se rio y le contesto en hebreo:

--¡Oy vey, don Carlos! Vos conocéis la lengua mexicana tan bien como yo. No hay nada en esa lengua que recuerde en lo mínimo al hebreo. Y tampoco la hay en la maya o totonaca. Suena romántico, si, pero no creo que los mexicanos antiguos hayan sido colonia de la Atlántida o una de las tribus perdidas de Israel.

--Patrona --los interrumpió el mozo de Sor Juana, Lorenzo. Este era un indígena de

mediana edad, con bigote cano y nariz recia—ya llegaron sus invitados.

--Excelente, Lorenzo.

--Ah, Sor Juana, me tome la libertad de invitar a mi amigo, el conde de la legión.

Sor Juana dejó de sonreír al oír el nombre.

--Ah sí, lo conozco.

--También viene el inquisidor Montoya. Espero que no objetareis.

Sor Juana se rio.

--¡De ninguna manera! ¡Ja ja! Si habéis invitado al conde, ¿pues por qué he de temer al inquisidor?

--No os entiendo.

--Cosas que aprende uno, don Carlos, mal e incompletamente —sonrió Sor Juana.

Los dos sabios no se percataron de cómo Lorenzo había palidecido al oír nombrar al inquisidor.

XXXVIII. La Fuga



*Donde el rey don Lorenzo equivoca el camino en un malpaís.*

Cerro Tlaloc - 1654

La disciplina del Tetzacualco es rígida. Al amanecer dos monjes astrónomos toman nota del monte detrás del cual el sol emerge. Este es saludado por el sonido de los caracoles. Es así como empieza el día en el último territorio libre de Anahuac.

Don Raúl ha aguardado toda la noche en su habitación. Ninguno de los muchachos ha venido a tocar a su puerta. Don Raúl se siente contento. Ha cumplido su misión. Habrán, pensó, siete caballeros águila mas para cuidar el toltecayototl. Un toquido insistente lo interrumpe cuando estaba a punto de salir de sus aposentos.

--¡Mi capitán! --le anuncia Tlacaele!--.  
¡Venga por el amor de Dios!

--¡Calmaos, carajos! ¿Qué os pasa?

--Es Xipilli, está mal herido.

--¿Dónde diablos está?

--En el puesto de guardia de la calzada.

--¡Id y buscad al abad y doña Xochitl!  
--ordena don Raúl mientras se arma con su macana y se pone el casco de águila.

Don Raúl encuentra a Xipilli en un charco de sangre mientras sus compañeros presionan

trapos sanguinolentos a su cuerpo. Tiene múltiples heridas y un ojo ha sido vaciado. Es evidente que el muchacho está agonizando. Don Raúl le apura un frasco con mezcal.

--Dime, Xipilli, ¿Quién os hizo esto?

El muchacho apenas puede murmurar una palabra:

--Xiucoatl.

Doña Xochitl y varios monjes se presentan ahí con una camilla.

--¡Oh Dios! --murmulla la mujer mientras suben al muchacho a la camilla.

La mujer se voltea a ver a don Raúl y sacude la cabeza.

--¿Quién lo encontró? --ruge don Raúl.

--Fui yo, capitán --dice Nopaltzin--. Iba al retrete y oí un quejido. Fue unos minutos antes del amanecer.

--¿Queréis decirme que Xipilli y Xiucoatl no estaban en el dormitorio?

--Yo vide a Xipilli pararse e irse --admitió Cipactli--. Pero me volví a dormir.

--¿A qué horas seria eso? --le preguntó don Raúl agarrándolo por un brazo.

--Ca-capitán, no se. Tal vez un par de horas después del caracol de la media noche.

--¿Pero nadie vio a Xipilli levantarse?

Ninguno hablo.

--¿Sospecháis que serian amantes?  
--pregunta don Eusebio que se ha presentado en el lugar.

--Eso a veces pasa, don Eusebio. Pero no, he visto a Xipilli darle igual de tunda a Xiucoatl y este a él. Cuando hay algo se nota luego luego en que tratan de no hacerse daño. No, ¡carajos! ¡El caso es que aquí estamos hablando a lo pendejo y Xiucoatl nos lleva ya un par de horas de ventaja! ¡Rápido! ¡Aprestaos! ¡Vestid peto y portad macana! ¡Hay que ir a buscarlo!

Lorenzo se había presentado en el puesto de guardia ya vestido y presto en cuanto doña Xochitl fue llamada.

--Déjeme ir por delante, capitán --ofreció Lorenzo.

--Idos, alteza, yo os seguiré con el resto de los muchachos.

Y es así que agarráis a correr, Lorenzo Ixtlilxóchitl, por la amplia calzada que tanta veces habeis recorrido en La Vida y rodeáis el gran monolito de roca volcánica donde visteis por primera vez a don Raúl, y pronto llegáis, volando cual saeta, hasta el medio punto. Y es entonces que os sentís estúpido pues os dais cuenta que por los últimos dos años no habíais recorrido más allá de ese lugar y realmente no os acordáis de lo que esta mas adelante, que solo habíais visto una sola vez previamente, cuando ascendisteis a la montaña. Pero vuestras dudas se desvanecen y tomáis presto lo que creéis es el camino a Texcoco. Pero pronto entráis a un mal país que no recordáis había en el camino y os das cuenta que habéis perdido el rumbo. Maldecís quedamente. Levantáis la vista al cielo y observáis la posición del sol. Decidís entonces que si continuáis hacia el poniente, bajando del macizo montañoso, por lo menos volveréis a encontrar civilización. Y es así que os adentráis por una vereda que se abre paso entre piedras basálticas titánicas.

Y de pronto un gran precipicio cortado a tajo se abre ante vuestros pies y casi caéis

en él. Oís claramente un río turbulento que se abre paso entre peñascos. Tomáis una rápida decisión y seguís rumbo al norte bordeando el precipicio. Y de pronto observáis dos grandes arcos, antiquísimos, que sabéis bien no son obra de españoles, que emergen del precipicio. Son los restos de un viejo puente que surcaba el río. Y en lo alto de uno de estos arcos veis a Xiucoatl.

Corréis tras de Xiucoatl y os detenéis cuando veis que entre el primero y segundo arco el puentha caído. Hay una apertura de unos seis metros de ancho. Xiucoatl lo ha cruzado, de alguna manera y está meditando sobre el segundo arco. Entre lo alto de este y la orilla hay una distancia aun mayor y el puente ahí también ha caído.

Xiucoatl se percata de vuestra presencia.

--Ah, alteza, que gusto veros --dice Xiucoatl haciendo una caravana--. ¿Desea que me perforo el pene con agujas de nopal y os haga ofrecimiento de sangre en honor a vuestra realeza?

--¿Estáis loco hombre? ¡Regresaos! ¡No tenéis escapatoria!

--¿Y qué creéis que haría don Raúl? Seguro me molería a garrotazos. ¿Para eso queréis que regrese?

--¿Y creéis que lograreis escapar? Os prometo una muerte rápida.

--¿Y me daréis vuestra palabra de honor de soberano que tal sucederá? --Xiucoatl hizo una señal obscena y escupió--. Decidme una cosa, alteza, ¿por qué os prefirió Xochitl? ¿Es solo porque vuestra sangre es noble y yo solo soy un descendiente de macehuales? ¡Vive Dios que tantas veces os supere en el pancrancio! ¡Soy mejor hombre y vos lo sabéis! Diablos, ¡hasta Xipilli ansina cojo como quedó lo era!



--¿Por qué matasteis a Xipilli?

--Era un acto de misericordia. Xipilli está mejor en el Mictlan. El imbécil me intentó detener. Hice lo que tenía que hacer. Yo prefiero irme al mismo infierno que pasarme el resto de mis días cuidando unos papeles viejos en lo alto de un cerro pelón.

En eso se oye un caracol.

--Bueno, alteza, esta charla no tiene caso. Vos no tenéis los tanates o la destreza para saltar el primer vacío. A mí me sobran para eso y más. ¡Adiós!

Y Xiucoatl agarra entonces vuelo. Y ante vuestros ojos, Lorenzo, Xiucoatl salta al vacío tratando de llegar a la otra orilla. Pero no libra el espacio y lo veis caer y perderse entre la bruma que se alza del río que surca las profundidades de la barranca.

## XXXIX. Las Dos Opciones del Moro



*Del libro de Pedro de Santa Cruz, donde se discute el darle la ley fuga a nuestro protagonista...*

--Os quedareis en las barracas de los mosqueteros --me indicó d'Artagnan--. En la mañana vendré a buscaros. No intentéis escapar. Mis hombres os vigilaran.

Me señaló un catre y bajo este puse mis pocas pertenencias. Varios mosqueteros me miraban recelosamente. Sin embargo, esa noche tuve suerte en la baraja y logre desplumar a varios de ellos. Una buena bota de vino, sin embargo, hizo muy pasable la velada.

--El sargento d'Arnot me dice que Ud. es buen jugador --me dijo en la mañana d'Artagnan.

--Tuve suerte, capitán.

--Bien, el rey anda en la Lorena. Se le espera en un par de semanas. Por favor sígame.

D'Artagnan me llevó a un sala de esgrima. Porthos se encontraba ahí.

--Caballero de Santa Cruz --dijo d'Artagnan-- , ¿me haría el favor de cruzar acero conmigo? He tenido queveres con otros espadachines españoles. Si usted es el mejor espadachín de España sería para mí un gran honor cruzar acero con usted.

--Por supuesto que no se os insultara poniendo una guarda en la punta --explicó Porthos ofreciéndome un florete.

--Ca-ca-balleros --dije con voz trémula--, seguro os estáis mofando de mí.

--Entiendo, señor de Santa Cruz --explicó d'Artagnan--, vucencia está en una clase muy superior a la mía. Os estoy pidiendo que me hagáis la venia entonces de acceder a cruzar acero conmigo.

--¡No os hagáis del rogar! --dijo Porthos con voz algo amenazadora.

No tuve más remedio sino ponerme en guardia. D'Artagnan me contempló atónito.

--¿Esa es la que llaman la defensa siciliana ¿no? Porthos, ¿habías visto a alguien pararse de esa manera y sostener el acero de tal forma?

--Francamente no --contestó Porthos--. Guardaros capitán. El señor de Santa Cruz obviamente conoce técnicas nuevas.

Nuestros aceros se tocaron. Cinco segundos después había yo perdido el mío y la punta de la espada de D'Artagnan estaba en mi garganta.

--¿Me insultáis acaso, caballero de Santa Cruz?" --preguntó d'Artagnan--. ¿No consideráis digno el cruzar acero conmigo en buena lid?

--¡Explicaros Santa Cruz! --dijo Porthos rugiendo.

--Señores, no soy sino un humilde marinero que anda huyendo de la justicia de España. Lo poco que sé de esgrima lo aprendí de mis compañeros marinos. Ya se imaginaran.

--¿Pero no heristeis al zurdo Pérez, matasteis al Tudesco Herrman, e hicisteis huir a cincuenta alguaciles que os fueron a tratar de arrestar? --preguntó d'Artagnan.

Porthos me agarro del pescuezo y me levantó en vilo.

--¡Aramis juró que manejabais la espada como el mismo diablo!

--¿Conocéis al tal Aramis?" --alcance a gemir--. Tiende a exagerar.

El gigante me dejo caer.

--En efecto. Guardaros de él --aconsejó d'Artagnan.

Les dije entonces mi propia historia y los detalles de mi encuentro con el zurdo Pérez y el tudesco.

D'Artagnan sacudió su cabeza.

--Santa Cruz, estáis en un verdadero aprieto, ¿entendéis? El rey espera tratar con el mejor espadachín de España, sabrá el diablo para que propósito.

Porthos le murmuró algo en el oído.

--Santa Cruz, tenéis dos opciones --continuo d'Artagnan.

--¿Cuales son estas?

--Conociendo al rey, y bien que lo conozco --explico d'Artagnan--, si no sois quien decís que sois...

--Nunca dije que era el mejor espadachín de España, capitán.

Porthos gruñó. --Cierto, pero tampoco lo negasteis.

--En efecto, nunca lo afirmasteis --acepto d'Artagnan--. Sin embargo, el rey es capaz de desquitarse no tan solo en vos sino también en mí. Hay razones políticas. Y bien, como decía, tenéis dos opciones. La primera es una muerte rápida, ahora

mismo. Le diremos al rey que vuecencia intentó escaparse.

--Así no se llevara su alteza una decepción con usted --explicó Porthos. Me veía con sus ojos porcinos y había desenvainado su espada.

--¿Y cuál es la otra opción? --pregunté.

--Tenemos un par de semanas hasta que regrese el rey --dijo d'Artagnan levantando mi florete y ofreciéndomelo--. ¡En garde!

Fueron las tres semanas más penosas de mi vida. Entre d'Artagnan, Porthos, y el sargento d'Arnot (que también había sido reclutado para entrenarme) me tuvieron entrenando día y noche. Al final tenía yo innumerables punzones y cortaduras y caminaba dolorosamente (a pueros golpes habían corregido la forma en que me plantaba). Pero yo creo que hasta al mismo zurdo Pérez le hubiera dado yo pelea (por lo menos por un minuto).

XL. La Luna Llena



*Donde visitamos los aposentos del conde de la legión...*

Coyoacan - 1682

Dejemos al “sosteniente” Torres apostado entre las sombras de los ahuehuetes y entremos, lector, a la casona que tiene el escudo de un dragón. No temáis. Solo Judas temió, ¿verdad?

Crucemos las pesadas puertas y entremos a un amplio atrio. Al fondo hay una sala de armas. Observad el contenido: la armadura de un rey espartano, tal vez del mismo Leónidas, una lorica o armadura romana, tal vez la vistió Sulla en persona, toda clase de espadas, un águila legionaria con la enseña SPQR, cimitarras turcas, petos, katanas traídas de la lejana Cipango, malla de acero, lanzas, arcabuces, cascos españoles, una vitrina con diversas espadas toledanas, ballestas, etc., etc. Obviamente se trata del domicilio de un coleccionista que se refocila clasificando las maneras en las que los hombres se matan entre sí.

Sigamos más adelante y nos encontramos en un hermoso patio con una fuente (seca) en medio. Ah, ¿visteis eso? Una sombra se escabulle. Sí, ahí al fondo. ¿Sería acaso un criado? No, esos no andan por los aposentos de su señoría a estas horas.

Subamos por una magnífica escalera hasta el segundo piso. Podéis ver la biblioteca, ¿magnífica verdad? Los tomos ahí, sabed, son incunables. Probablemente ahí se encuentra el Ovidio que le confió al conde el obispo de Puebla. Observad los bustos griegos y romanos, de gran antigüedad, que la adornan. Ah, otra vez esa sombra. No os preocupéis. Tal vez sea un gato. Crecen muy grandotes en los pueblos que rodean a la muy noble y señorial ciudad de Méjico.

Caminemos por el amplio pasillo que se abre frente a nosotros. Observad, otra vez, el escudo del dragón. ¿Escuchasteis eso? Parecía que un hombre gritó lleno de espanto desde afuera, tal vez de entre los ahuehuetes. Tal vez se trata de un borracho, no os preocupéis, ya veis que ya borrachos los mexicanos se ponen a aullar. Ah, sí, yo también lo oí. Parecía el aullido de un lobo, ¿verdad? Vamos, no hay lobos en el valle de México. Tal vez es un coyote o un búho constipado, que se yo. Os miráis alterado, querido lector. Tomad un trago de esta botella. Si, a veces ayuda, ¿verdad?

Ah, ya llegamos. Aquí está la puerta que da a la habitación del señor conde. ¿Tembláis? Bueno, si queréis recemos antes. ¿Ya estáis sosiego? Tampoco me pida que rece el rosario. Si hacemos tal estaremos aquí toda la santa noche. ¡No sea tan cobarde! Bien, no temáis, repito, nadie nos puede ver. Entremos.

Mirad al conde. ¿Cuántos años tendrá? ¿Unos cuarenta? No, tenéis razón, no parece español. Más bien parece moro o judío, que se yo. Dicen las malas lenguas que nació en Babilonia cuando Roma era un villorrio y México tenía ciudades más majestuosas que lo que se alzaba a orillas del Tigris. Bueno, si la bata es media equivoca. No, no creo que padezca del vicio griego. Ah, sí creo que estáis en lo cierto, es un caftán. Bien, ¿veis que no hay que temerle? Esta ahí sentado en el balcón

observando las estrellas a través de un telescopio. Sentémonos aquí y veamos lo que acontece. El conde busca a su perra o lo que sabrá Dios sea ese bicho.

--Hoy es luna llena. ¿Dónde diablos estáis Zenobia? Ah, ahí estáis. ¿Qué es lo que tenéis en la trompa? Acercaos. Ah, es una mano humana. Y por lo que veo la acabáis de cosechar pues todavía sangra. No gracias, no me apetece, provecho Zenobia.

Os digo que no temáis, estimado lector. El conde no nos va a ver. Ved, si querer me parare y hare piruetas ante él. ¿Veis? No tenemos problema, no nos ve. Ah, ¿el asunto de la mano os ha enfermado? ¿Queréis vomitar? Bueno, si, el oír a la perra esa comérsela es horrible. Válgame dios, se oye como rompe los huesos con sus mandíbulas. Si, es un perrote. Impone, ¿verdad? ¿Ya vomito? ¿Se siente mejor? Qué bueno. Ahora estese sosiego y sigamos viendo que ocurre.

--Bien, Zenobia, que bueno que ya acabasteis vuestra cena. ¿Enterrasteis el resto del cristiano? Más os vale que no me hayáis metido el cadáver a la casa. Luego huelen horrible y se quejan los criados. Mirad, Zenobia, es luna llena. Sentaos aquí a mi lado, Zenobia, vamos a esperar unos minutos más. Ah, veo que ya estáis transformándoos.

¿Vide vucencia lo que paso? ¡Válgame Dios que la doncella que se manifestó es hermosísima! ¡Mire vucencia esas piernas tan largas, ese cuerpo celestial, esa cara de diosa, la cabellera tan negra, esas aureolas en los pezones, esas nalgas! Lástima que no está uno en los zapatos del conde pues este la lleva ya a la cama. Bueno, dejemos que disfruten de lo suyo, a menos que vucencia sea uno de esas personas que guastan de andar de fisgones. Vamos a esperar aquí, en el balcón. ¿Por qué? Es

que todavía me falta enseñarle a vucencia otra transformación extraordinaria.

Mire usted, ya paso un buen tiempo. Observe usted a la doncella. Ha salido al balcón. El aire nocturno acaricia su cuerpo desnudo. Creo que hasta oigo algo de ronquidos. No dudo que el conde este exhausto. Pero observe bien a la doncella. Vea como levanta los brazos. Vea como la luna la ilumina, mire como su cuerpo fulgúrese y se hace vaporoso. Y ahora la doncella es casi transparente y se eleva ante nuestros ojos como si no pesara nada y se deja llevar por el viento en dirección a la ciudad de México. Extraordinario, ¿no le parece?

Bien, estimado y paciente lector, creo que debemos retirarnos y dejemos de estudiar a estos seres sobrenaturales arriesgando nuestra alma en ello. Así pues, digámosle adiós al Conde de la Legión por ahora.

XLI.

La Tertulia



*Donde don Lorenzo tiene una conversación interesante en una pulquería.*

Ciudad de Méjico – 1682

A veces, Lorenzo Ixtlilxóchitl, te es difícil seguir en vuestro papel de un simple mozo. Cuando visteis entrar al inquisidor Montoya a la sala pública del convento donde Sor Juana sostenía sus tertulias tuvisteis dificultad en controlarte. ¿Quién te puede culpar, Lorenzo Ixtlilxóchitl? Fue solo a través de tu entrenamiento que os pudiste mantenerte ecuánime.

Afortunadamente el inquisidor ni siquiera se digno observarte. Después de todo, Lorenzo Ixtlilxóchitl, eres tan solo un criado, no importas para estos altos prelados. O, para el caso, para cualquier español, pues peninsular que cae en la Nueva España ya se siente con derecho a encomiendas y gobernanza sobre una republica de indios.

El inquisidor no recordó como os lo habíais encontrado en “La Hermandad Blanca” y como habíais salido huyendo de ahí en cuanto visteis sus hábitos de dominico.

Posteriormente pudisteis comunicaros con doña Xochitl, vuestra antigua maestra. Era evidente que la Inquisición ya les había echado el ojo. El fulano ese que llamaban el “sosteniente” Torres se la pasaba cerquita, vestido de arriero, vigilando la tienda.

Afortunadamente Torres era demasiado torpe y bien conocido para engañar a alguien. Aun así, le advertisteis a doña Xochitl que se fuera con cautela, que no atrajera la atención, cosa obviamente imposible.

--¿Qué hacemos alteza? --preguntó Xochitl.

--Le puedo dar chicharrón a Torres. Me sería muy fácil.

--¡Válgame Dios! Ojala no sea necesario. Además atraería la atención de la Inquisición aun mas.

--En tal caso, vaya planeando cerrar el lugar y evacuar. Sera mejor si se va a refugiar a Texcoco. Este inquisidor me está llenando el buche de piedritas.

--¿Y si no me quiero ir?

Bien conocéis que a veces doña Xochitl es terca, Lorenzo Ixtlilxóchitl.

--¡Pero es que vuestra vida está en peligro y no solo eso, el toltecayototl también!

--Sabe, alteza, le confesare algo. Hace muchos años los dioses anunciaron que el toltecayototl peligraba. Fue cuando usted era solo un jovencito y yo una chamaca pendeja. Y sin embargo, mírenos vucencia aquí ya pintando canas y como el toltecayototl sigue vivito y coleando y a salvo allá en Texcoco.

--¿Eso dijeron los dioses? No sabía.

--Por supuesto que no. Se supone que era un secreto que mi padre compartió solo conmigo y con don Eusebio. Y ambos ya son finados.

--¿Qué clase de peligro?

Xochitl alzo los brazos en desesperación.

--¡Qué diablos voy a saber yo! Cuando fui al Coatzacoalcos me empayote, me encuere, y me pinte toda y fue cuando oí tal vez la voz de Quetzalcoatl o tal vez de Huichilobos. Vera, alteza, el fulano no tuvo la gentileza de presentarse, usted sabe, "hola, soy Quetzalcoatl, doña Xochitl...aquí en este teocalli tiene usted su casa...¿gusta un chocolatito?". El caso es que el señor dijo que el toltecayototl iba a peligrar. ¡Y niguas! Y sabe, alteza, igual le dijo la Tonantzin a mi padre.

--Esa señora parece chachalaca y le habla a cualquier indio jodido que pasa por el Tepeyac.

--En efecto, es por eso que cada día creo menos en los dioses.

En eso un relámpago ilumino la tienda, seguido por el estruendo de rayo.

--Tlaloc --dijo Lorenzo lacónicamente.

Xochitl suspiró. --O tal vez sea tan solo la llegada de las lluvias, alteza. La naturaleza tiene sus reglas. Podemos conocerlas.

--Habláis igual que mi patrona, Sor Juana.

En fin, concluisteis, Lorenzo Ixtlilxóchitl, si los curas los levantaban a todos pos así lo quiere Dios o los dioses y que le va uno a hacer. Sin embargo, las nuevas que os dio Xochitl y el evidente interés de la inquisición os pusieron en guardia. Si arrestaban a Xochitl, bien sabíais, podían hacerla revelar los secretos de la Hermandad. El que cae en las manos de la inquisición siempre revelara sus secretos.

Pero después del susto que te dio ver entrar al inquisidor tal vez lo peor fue aguantar a don Carlos Sigüenza y Góngora, tan amigo que es de tu patrona Sor Juana, decir tanta idiotez. Que si Teotihuacán (ruinas junto a

las cuales tu crecisteis y en donde jugasteis de niño) fue fundada por exiliados de la Atlántida o que si fue fundada por una de las tribus perdidas de Israel o por los chinos o qué se yo. ¿Quién te podía culpar si a veces te daban ganas de romperle en la jeta a don Carlos la botella de vino que servías?

Y es que ver la manera en que la gachupinada manoseaba sin cuidado las tablillas que don Carlos había descubierto era de espantar. Pudisteis reconocer algo de los caracteres grabados en las tablillas. Cada tablilla traía una fecha basada en la cuenta larga de la numerología maya. Se trataban tal vez de decretos o edictos de algún rey olvidado de la ciudad donde los hombres se hacían dioses. Y eran estas tablillas tan frágiles que si uno de estos fulanos la dejaba caer se romperían en mil pedazos. Mucho te costo controlarte y no arrancárselas de las manos.

Gracias a Dios tu patrona, Sor Juana metió al orden a la concurrencia.

--¡Por favor, señores! ¡Mirad lo frágiles que son estas reliquias! Vamos, se os pueden quebrar en vuestras manos. Ponedlas, os suplico, aquí mejor sobre esta mesa y así las podéis observar a detalle sin tocarlas.

Seguramente te hubieras aguantado tu muina, Lorenzo Ixtlilxóchitl, sin más problema. Después de todo casi toda tu vida habíais tenido que hacerlo. Parecía que ese era tu destino, callar y servir, en secreto, a no ser por lo que paso después.

Y es que mientras le rellenabas el vaso de vino al inquisidor se te ocurrió que bien podríais envenenar al hideputa. La patrona tenía un laboratorio ahí juntito al salón. Varias veces tu mismo, Lorenzo Ixtlilxóchitl, la habías ayudado en sus experimentos, quesque para encontrar una quimera que ella llamaba la piedra filosofal. (Todavía no os crecían del todo las cejas de la última vez

que el alambique prendió fuego y te chamusco.) Y en ese laboratorio, bien sabíais Lorenzo Ixtlilxóchitl, se almacenaban venenos tan poderosos que podrían mandar a medio mundo al otro mundo.

Solo te tomo un par de minutos ir al laboratorio y preparar un veneno que pusisteis en un vaso de rioja. El inquisidor, que aparentemente estaba disfrutando de la tertulia, chupaba como murciélago. En cuanto pidiera mas vino le pasarías el vaso con el veneno.

Fue entonces que el hombre que acompañaba al inquisidor, un fulano con cara de cabrón que se hacía llamar el conde de la legión te quito el vaso de las manos. Vistes con ojos desorbitados como el fulano se tomo todo el vaso de un trago. Pero no cayó muerto como lo haría cualquier mortal. Peor, el fulano sonrió y te murmuro unas palabras que helaron tus venas: "...don Lorenzo Ixtlilxóchitl, si su alteza va a envenenar al inquisidor os suplico que no lo hagáis aquí pues comprometeréis a vuestra patrona y eso no me apetece..."

Eso fue el acabose. Temblando, os excusaste con la patrona. Adujiste un dolor de muelas, cosa que ella bien entendía pues siempre se estaba quejando de las suyas, y os hicisteis escaso y entrasteis a la primera pulquería que encontrasteis.

--Dadme un curado del fuerte, carajos --le dijisteis al jicarero poniendo unos cobres en la mesa.

--¿Mal día patrón?

--De la chingada. Creo que vide al diablo.

--Pos al rato lo vuelve a ver, patrón, --contesto el jicarero poniéndote una jícara rebosante enfrente del rey-- es buen cliente. Suele venir aquí los sábados. Ya que lo vea oste me lo saluda.

Apurasteis la jícara con gusto, alteza, mientras maldecíais la terquedad de Xochitl, a los amigos de vuestra patrona, y al diablo, sin saber a ciencia cierta cuál de los males era el peor.

Pero vuestros males no acabaron ahí. Ante vos, sin pedir venia, se sentaron dos fulanos toscotes.

--Oste es Lorenzo Ixtlilxochitl, el criado de Sor Juana --dijo uno de ellos.

--¿Y que con ello señores?

Los hombres mostraron su charola. Eran sicarios PGR.

--El compañero tiene por apodo el Osito y a mí me llaman el Faisán.

--Pos mucho gusto, señores. Con su permiso yo tengo otro compromiso.

--No se vaya don Lorenzo. Esto viene en buena lid. ¿Quiere otra jícara?

--No gracias, caballeros. Yo solo acostumbro tomarme una y eso muy de vez en cuando.

El Osito hizo una señal pidiendo dos jícaras al cantinero. También le mostraron sus charolas y el cantinero se apresuro a servirles.

--¿Cuánto le debemos?

--Cortesía de la casa, señores --dijo el cantinero.

--Ah bien --gruño el Osito sonriendo.

--Si no va a tomar con los probes, don Lorenzo, entonces permítanos brindar a su salud y a la de Sor Juana.



--Se les agradece el honor, caballeros  
--dijisteis lacónicamente.

--Mire, don Lorenzo --dijo con voz queda el Faisán--. Los indios nos tenemos que cuidar, de los gachupines, ¿no cree usted?

--Si me vienen a sonsacar para que hable mal del virrey o de España o de los curas, pierden su tiempo señores.

--Te dije que no era pendejo, compadre  
--dijo el Faisán sotto voce.

--Jijos, don Lorenzo, oste nos malinterpreta. No hay derecho, uno viene de buena ley  
--dijo el Osito apurándose toda la jícara de golpe y luego limpiándose las babas con las mangas de su camisa y haciéndole una señal al cantinero que le trajera otra.

--En tal caso estoy a sus órdenes, ¿en qué les puedo servir?

El Faisán por su parte bebía con más medida. El Osito ya iba en su segunda jícara y se había puesto sentimental.

--¿Oste cree que a mí me gusta andar de cabrón? Por esta cruz que si su servidor no hubiera nacido probe yo hubiera estudiado y hasta sería bachiller o que se yo, licenciado o cura o obispo.

--O tal vez papa --dijo con sorna su compadre--. Imaginaos al papa Osito I allá en Roma. ¡Y el huesote que me tocaría!

--Eso se puede interpretar como hablar mal de la santa iglesia de Cristo, señores --les dijo Lorenzo.

--Sea --dijo el Osito eructando sonoramente--. Le decía, don Lorenzo, que venimos en buena ley, a darle un mensaje.

--Pues abreviemos, señores.

--Nada, don Lorenzo, solo para decirle que le advierta a su patrona que se ande de-re-chi-ta, ¿entiende?

--¿Mi patrona? Pero pos ella solo se dedica a sus rollos científicos. Y cada cosa que descubre o escribe se lo muestra al virrey mismo.

--Es que la neta, don Lorenzo, el inquisidor, Montoya, le tiene mucha envidia o algo. Le anda buscando hacerle daño.

--Pa mi que Montoya quiere con ella. La monjita esta guapita.

--¡Oiga señor, respete! --exclamó Lorenzo.

--No le haga caso a mi compadre --intervino el Faisán--. Ya se le subió el neutle. Escuche, don Lorenzo, el cabrón gachupin ese si es muy ambicioso. Ese si quiere ser papa. Se le hace muy chiquita la Nueva España.

--¿Y eso os parece mal?

--Solo si el cabrón busca ganarse su reputación quemando indios.

--O a la monjita, ¡salud! --dijo el Osito tomándose su tercera jícara.

--¿Y que de Torres? --les preguntasteis Lorenzo Ixtlilxóchitl. Tal vez era la jícara que os habíais tomado pero de inmediato supisteis que habíais cometido un error.

--¿Qué de qué? --preguntó el Faisán quedamente.

--Se la pasa en la calle de la Moneda vestido de arriero vigilando a lo pendejo.

--Ah, ese pendejo, no tiene importancia don Lorenzo. Al ratón lo quitan de ahí.

--¿Seguro? --preguntasteis mientras sabíais que estabais cavando más profunda vuestra tumba y una voz interna os gritaba que os callaras el hocico.

--Seguro --dijo el Osito--. Montoya anda persiguiendo fantasmas, quesque una hermandad blanca o que se yo.

Sin embargo, el Faisán, que todavía estaba en sus cinco se le quedo viendo fijamente a Lorenzo y le murmuro:

--Tal vez sea cuento. El caso es que uno oye muchos rumores en la calle, especialmente rollos que se traen los arrieros que vienen de Texcoco.

--La gente habla mucho señores, y sin fundamento. En fin, gracias por el norte, señores, le hare saber a mi patrona su advertencia. Ahora con su permiso me retiro.

--Váyase por la sombrita, don Lorenzo --os dijo el Faisán y sentisteis los ojos del hombre taladrándote vuestras espaldas.

XLII. Tlatelolco



México – 1682

Era una mañana fría en el altiplano. Al inquisidor Montoya le recordó algo el frío de Madrid.

--Por lo menos no hay nieve --dijo Montoya apretándose su abrigo. Luego se subió a su carruaje mientras un mozo le abría la puerta. El Osito y el Faisán seguían el carruaje montados en mulas.

La procesión se encamino al norte de la ciudad y cruzo varias acequias. Por todos lados se veían ruinas. La antigua ciudad indígena, era evidente, había sido mayor que la que los europeos habían construido.

Finalmente el carruaje se detuvo en un llano melancólico. Habían montículos de ruinas a su alrededor. Era evidente que había sido una gran plaza. Una mísera iglesia se elevaba cerca. El inquisidor y sus sicarios se apearon. Montoya observó el paisaje.

--¿Esto es Tlatelolco?

--Si patrón --contesto el Faisán.

--Don Carlos de Sigüenza decía que aquí había un gran mercado. Solo veo ruinas.

El Osito y el Faisán se encogieron de hombros. Ellos no sabían nada de las antigüedades de la ciudad. Montoya se dirigió a la iglesia seguido de sus sicarios. Esta se asentaba sobre una plataforma que era obviamente una construcción indígena. No había nadie dentro del templo. El inquisidor se dirigió a la sacristía. Ahí un cura anciano dormitaba.

--¿Sois el párroco? --pregunto Montoya mostrándole el anillo con el escudo del santo oficio. Al ver este, el cura palideció y trato de espabilarse.

--Si su señoría, Jacinto Ordoñez para servirlo a usted, ¿Qué se le ofrece?

--El teocalli de los pochtecas, ¿Dónde se encontraba?

El hombre se rasco la barba.

--Pues creo que esta iglesia se hizo sobre sus ruinas, su señoría.

Montoya lo vio con escepticismo.

--¿Tenéis cripta aquí?

--Si su señoría.

--Dejadme verla.

Ordoñez los condujo por una escalera de piedra hacia un aposento subterráneo. El Osito y el Faisán portaban antorchas. Montoya observó con atención los muros. Era evidente que la humedad había dañado el inmueble.

--¿Por qué se filtra el agua aquí?

--Es la laguna, su señoría, en tiempos de aguas trata de reclamar estas tierras. Incluso atrás de la iglesia hay un manantial. Bien, esta es la cripta. Como ve todavía

tenemos un par de nichos disponibles.  
¿Necesita su señoría albergar a un difunto?

Montoya no le contestó y tan solo observó los nichos con gran cuidado. Algunas de las criptas tenían los escudos de nobles de Castilla.

--¿Y esa pared? Parece tapiada. --Montoya recorrió sus manos sobre esta.

--Así estaba cuando llegue aquí, hará unos veinte años --explico Ordoñez.

--A ver, señores --indico Montoya.

El Osito y el Faisán sacaron unos picos que traían en una bolsa y comenzaron a escarbar. Era, en efecto, una pared falsa. Sin embargo, un hilillo de agua empezó a brotar de esta.

Ordoñez observo todo con asombro.

--Por mi alma, su señoría, que no tenía la menor idea que esto estaba aquí.

--Callaos, imbécil --le dijo Montoya bruscamente—. Si decís una palabra de lo que aquí he descubierto os hare emparedar en uno de los nichos, ¿entendéis?

--¡Si-si su señoría!

Finalmente el Osito y el Faisán descubrieron un pasadizo lóbrego. Hilillos de agua brotaban de todas partes. Montoya lo alumbro con una tea.

--Parece que todo está a punto de caerse, patrón --advirtió el Osito con voz trémula.

--¡Pamplinas! ¡Alumbren y vayan por delante! --ordeno Montoya.

Ordoñez vio al inquisidor y sus sicarios desaparecer en las entrañas de la tierra.

Dos horas después Montoya concluyó que no podían seguir adelante. El aire era fétido y olía a aguas negras. Un derrumbe había sellado el túnel. El agua les llegaba ya a las rodillas.

--Patrón, mejor regresamos --sugirió el Faisán.

Montoya maldijo quedamente y escudriño a su alrededor.

--Alumbren esa pared. Déjenme ver bien.

Montoya observo con cuidado. Aparentemente había otra puerta tapiada.

--¡Rómpanla!

--¡Jijos, patrón, ¿y que si por ahí entra el lago?

--En tal caso nos iremos todos al infierno de una buena vez. ¡Rómpanla, he dicho!

Tal era el terror que el Osito y el Faisán le tenían a su patrón que esto hicieron sin protestar mas. La pared era, en efecto, otra puerta falsa. Pero no, no entro de pronto una oleada de agua por ahí. La apertura daba a una bodega llena de libros y unas barricas de vino.

--Ahí esta una salida --observo Montoya apuntando a unas escaleras.

Montoya probó abrir la puerta y esta se abrió sin problema. Los tres hombres emergieron en lo que era obviamente una librería. Un fulano con pinta de judío los observo con asombro de detrás de un mostrador.

--¡Santo Dios! ¿De donde habéis venido señores?

--¿Qué es este lugar? --pregunto Montoya ignorando la pregunta del hombre.

--Su señoría está en La Nueva Hierosolima, librería --dijo el hombre haciendo una caravana--. Mi nombre es Jacobo Ramírez para servir a vuestre señoría.

--¿Libros? --pregunto con voz trémula Montoya. Sus ojos brillaron--. ¿Tenéis libros paganos?

--A su señoría lo reconozco --dijo Ramírez--. Sois su excelencia el Inquisidor Montoya. Y sí, tengo algunos libros griegos y romanos. Pero igual los tiene el señor obispo de Puebla. Es más, yo le he proporcionado algunos tomos.

--¿Y le vendéis también a sor Juana?

--He tenido el honor de hacer tal.

--¿Y os llamáis Jacobo?

--Si vuestre señoría.

--Con esa nariz y ese nombre no me diréis que sois cristiano viejo. Estoy seguro que si os pongo en el potro y os bajo los pantalones encontrare que estáis circunciso.

Don Jacobo palideció.

--Voy a misa a diario, su señoría, y comulgo y asisto al rosario. Ya no practico los errores de mis padres.

Montoya sonrió. Era, sin embargo, la sonrisa que un tigre amidkanabala le daría a un molango del Sunderbund al que espera despedazar después. Y así lo interpreto don Jacobo.

--No os preocupéis, buen hombre. Mandadme una lista de los libros que tengáis a la venta. Entre más raros y antiguos más me interesan. Ah, y si son de autores paganos, mejor.

Dicho esto Montoya emergió por la puerta de la librería junto con el Osito y el Faisán. Montoya podía observar las torres de la catedral. Reconoció donde estaba. Era la calle de la Moneda. A unos cuantos pasos estaba la yerbería de la Hermandad Blanca.

XLIII. El Rey Busca Consejo



*“El capitán prudente aprovecha toda arma que le cae a la mano; no desaprovecha ninguna oportunidad ni desprecia ayuda alguna.” – memorias de Tlacaelel, ministro del tlatoani (manuscrito en papel amate que reside en el Tetzacualco)*

*“Escoged el plan mas sencillo.” – Dichos del Rey Topiltzin Quetzalcoatl, señor de Tollan (manuscrito en papel amate que reside en el Tetzacualco)*

Monte Tlaloc – 1682

La junta ha sido convocada en un salón del Tetzacualco. Presentes se hallaban Lorenzo, doña Xochitl, don Raúl, y don Armando, este ultimo el abad sucesor de don Eusebio.

--Hermanos y hermana --explica Lorenzo-- como les he explicado tengo que llegar a una decisión respecto a este Inquisidor. Quiero oír vuestros puntos de vista.

--Si buscáis un asesino, el ideal sería el soldado Itzcoatl, cuyo nombre cristiano es

Guadalupe. Es muy ágil. Ninguna pared lo detiene --explica don Raúl--. El bien podría meterse a la casa de este inquisidor y acabar con él en un minuto.

--El fulano tiene una ronda de sus guardias alrededor de su palacio --aclara Lorenzo.

--Itzcoatl podría entrar de todas maneras --insiste don Raúl--. ¿Cuántos son?

--Por lo general siempre tiene diez hombres y un sargento vigilando, las 24 horas, todos con alabardas. La inquisición sabe que Montoya debe muchas y lo protege.

Don Raúl lo medita por un momento.

--En tal caso se necesitaría crear una distracción previa, tal vez un pleito de borrachos, para distraer a algunos de estos. Eso se puede simular.

Lorenzo sacude la cabeza.

--En tal caso se va haciendo más barroco el plan, don Raúl. Necesito algo sencillo. Si Itzcoatl puede entrar solo, mejor, pero si no es así no tiene caso intentarlo. Doña Xochitl, ¿habría manera de darle chicharrón con algún menjurje?

--Me temo que lo que he inquirido acerca de su salud me indica que esta fuerte como un roble --aporta doña Xochitl--. Su único mal son las migrañas al parecer.

--¿Sería posible simular un ataque al corazón o un derrame cerebral? --pregunta el rey.

--Tengo yerbas que tal harían, si --contesta Xochitl--. El problema sería como ponerlo en su comida. Los criados de la casa son viejos y fieles, de tiempo de su predecesor.

--El hombre casi no varía su rutina --contribuye don Armando--. Sale en las

mañanas rumbo al santo oficio muy de mañana y regresa ya pardeando la tarde. Los domingos se la pasa en catedral oyendo misa. Pocas veces deambula por el centro.

--Hay mucha gente ahí y muchos alabarderos y guardias de palacio como para poder enterrarle un cuchillo con éxito --concluye Lorenzo.

--¿Y el santo oficio en sí? --pregunta don Armando.

--¿Qué con él?

--Solo hay una guardia a la entrada. Enfrente esta la iglesia dominica y una plaza muy concurrida --explica don Armando.

--¿Hay algún acceso al palacio?

Xochitl sacudió la cabeza.

--Busque en los archivos que tenemos de la construcción. No, me temo que a diferencia de la mayoría de los palacios del centro este no tiene ningún túnel de acceso. Sin embargo, el túnel que salía de la Casa Negra rumbo a Tlatelolco pasa bajo de este. Pero el acceso desde la yerbería ya no existe. Se derrumbó.

Lorenzo juró quedamente.

--Lastima que no le di chicharrón en la tertulia de mi patrona.

--¿Lo tuvisteis cerca, alteza? --pregunta Xochitl.

--Si, e intente asesinarlo, sin éxito --Lorenzo palidece al recordar al conde bebiéndose el rioja envenenado--. No os daré detalles. Todavía no puedo creer lo que vide.

--¿Y que de Sor Juana vuestra patrona?

--¿Qué con ella? La vigila el Santo Oficio, tengo de buena fuente. ¿Ustedes creen?

--¿Iría en persona Montoya a arrestarla?

--Seguramente. Es una persona de gran renombre. No creo que el Inquisidor sea tan estúpido de tocarla. No, mi patrona se mete en broncas teológicas, si, con el arzobispo. Pero de ahí a que la quieran quemar lo dudo. Eso nunca pasara.

Xochitl se paró y se puso a caminar alrededor de la habitación.

--Asumamos que el Inquisidor me arresta bien a mi o a don Lorenzo o a alguien más que sabe de la Hermandad. Aceptemos también que si eso ocurre entonces hablaremos.

--Domínguez no habló --añadió don Raúl.

--Domínguez era caballero águila y trabajaba encubierto, como curandero. Era muy hombre, no hay duda, aunque cometimos el error de haberlo dejado en esa labor demasiados años. Agarro el vicio del alcohol y se volvió imprudente. En fin, fue valiente, no dudo que este ya en el Mictlan con sus viejos. Yo prefiero confiar en esto --dijo Lorenzo mostrándoles una bolsa con unas pastillas--. En caso de verme perdido tomare una. Doña Xochitl me dice que son de rápido actuar.

Xochitl agarro una de ellas y la olío. Luego, ante los ojos asombrados de todos la mordió.

--¡No! --gritó Lorenzo.

Xochitl se rio.

--Están ya caducas alteza. El olor cambio. A lo más que me darán será diarrea.

--¡Válgame Dios! --juró Lorenzo.

--Esto demuestra que siempre hay un prietito en el arroz, caballeros --dijo Xochitl--. Repito, asumamos que el Inquisidor de alguna manera captura a uno de nosotros y nos extrae la localización de este lugar. ¿Qué creéis que ocurriría entonces.

Lorenzo meditó por un momento.

--Si el hombre ese es ansina de ambicioso como se reputa seguramente ira a ver al virrey y hará un escándalo.

--Si --observó don Armando-- ya me parece oír como denuncia un nido de herejía e idolatría. Y si se trata de lo que los gachupines consideran "indios levantiscos y rebeldes" se va a alborotar la gallera. Tal parece que ya les han llegado a sus oídos rumores de nuestra existencia. No dudo que de inmediato se pondrían en pie de guerra.

--Pos si lo semos indios levantisco --se rio Xochitl.

--El virrey mandaría soldados --continuo don Raúl-- de eso no me cabe duda. Estimo que puede disponer de unos 200 de inmediato y de unas espingardas que vide en palacio que bien podrían subir la montaña. Además, la corona tiene la lealtad de varios caciques que le proveerían de guerreros y tropas auxiliares. Asumamos un total de 500 adversarios.

--El Tetzacualco tiene paredes gruesas y cuenta con un pozo para obtener agua. Nos rendirían por hambre --explica don Armando.

--No. Seria por medio de un asalto. A lo más tengo solo cincuenta hombres --explica don Raúl-- y sus monjes no son hombres de guerra don Armando. Mis soldados son muy poquitos para el perímetro que hay que guarecer. Si los de Castilla logran subir

piezas de montaña podrían abrir varias brechas y entrar.

--Me estáis diciendo que el Tetzacualco es indefendible --concluyó Lorenzo.

--Ante las fuerzas del virrey, si, alteza --contesta don Raúl.

--Los tendremos que detener antes, en el mal país --apunto Lorenzo.

--Pero, señores --dice Xochitl-- creo que os estáis olvidando de algo muy importante. ¿Os acordáis de Xiucoatl? ¿Qué decía él? ¿Qué no valía la pena defender unos papeles viejos?

--Exactamente ¿Qué queréis decir doña Xochitl? --pregunta don Armando.

--El Toltecayototl tiene su función, despertar a Anahuac en un futuro que ni siquiera podemos imaginarnos, si. Y lo que tememos es que "lo que está oculto sea revelado" como me dijo el Dios en el Coatzacoalcos, ¿verdad? ¿Y qué si lo es?

--No os entiendo --admite Lorenzo.

--No todos los españoles son como Montoya. Acordaos de don Eusebio. El Toltecayototl seguirá siendo solamente papeles viejos que no benefician a nadie mientras los tengamos aquí arrumbados.

--¿Y qué sugerís?

--Sabemos de qué pata cojean tanto Sor Juana como don Carlos.

--¿Ese imbécil? --espetó Lorenzo.

--Alteza, el hombre es renombrado por su erudición. Si bien anda diciendo que Teotihuacán es colonia de la Atlántida y otras burradas. ¡Imagínese lo que contribuiría si lo corregimos! --Xochitl se rio--



-. Señores, no me cabe la menor duda: el Toltecayototl, las observaciones astronómicas por lo menos, deben de ser puestas en manos de estos dos fulanos, Sor Juana y don Carlos.

--¿Y con qué objeto? --espetó don Armando--. ¡Son gachupines!

--¿En verdad? --se volvió a reír Xochitl--. Déjenme citarles lo que escribió la monjita: “¿Qué hechizo derramaron entre mis letras los indios herbolarios de mi patria?” No, señores, la monjita es mexicana, criolla, si, pero mexicana. Y el Toltecayototl, ¿para quién lo hemos estado conservando y protegiendo con lágrimas y con sangre sino para los mexicanos? Si la información astronómica llega a manos de Sor Juana y ella es, como decís, demasiado importante para que la toque el Inquisidor, entonces esa parte del legado, por lo menos, estará a salvo. Por lo menos mientras ostedes los hombres se afiguran como enterrarle un alfanje en el buche a Montoya.

--¡Ridículo! --exclamó Lorenzo con enojo.

--Alteza, ¿acaso os habéis olvidado lo que os encargó mi padre?

Lorenzo sacudió su cabeza. Hubo un silencio de varios minutos. Finalmente Lorenzo admitió a regañadientes:

--Don Diego me encargo que revelara el Toltecayototl a Sor Juana. Decía que solo un intelecto de ese calibre podría sacarle provecho.

-- Pues haced tal, alteza --sugirió quedamente Xochitl--. Mientras, don Raúl se puede avocar a la tarea de ver cómo le damos chicharrón al Inquisidor. Muerto el perro se acaba la rabia.

Sin decir una palabra más Lorenzo abandono la sala. Los consejeros

mantuvieron un silencio incomodo por unos momentos y luego salieron también.

Xochitl se fue tras de Lorenzo.

--Alteza, no fue mi intención avergonzaros.

--El problema con vos, Xochitl, es que me conocéis demasiado bien. Diablos, ¿Qué no puedo tener secretos como los tienen los otros reyes?

--Para mí no tenéis ninguno, alteza, bien lo sabéis.

--Sea, mujer, hablare con Sor Juana, le contare todo. Pero, escuchad, no le diré nada a don Carlos a menos que la monja me lo pida. Vuestro padre solo hablo de Sor Juana y no dijo nada de don Carlos.

Xochitl lo besó.

--¿Y eso?

--Gracias por no sacrificar a Itzcoatl.

La pareja había llegado hasta el gimnasio. Ahí un joven alto y musculoso practicaba defendiéndose, con éxito, de dos adversarios a la vez. Xochitl y Lorenzo lo observaban desde una esquina.

--No me malinterpretéis, mujer. Si tuviera que sacrificarlo, para salvar el Toltecayototl, lo haría. Pero tened la seguridad que yo me habría sacrificado ya antes.

Xochitl lo volvió a besar.

--Mirad a Itzcoatl, alteza, ¡es formidable!

--¿Y por qué no iba a serlo si es nuestro hijo? Ciertamente sería mejor rey que yo. A mí a cada rato me rompían la jeta con la macana.

## XLIV. Revelaciones



*“Una vez lo consiguieron una prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de Inquisición y me mandó que no estudiase. Yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal. Nada veía sin refleja; nada oía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales; porque como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el me fecit Deus, no hay alguna que no pame el entendimiento, si se considera como se debe.” – Sor Juana, Respuesta a Sor Filotea*

Convento de la Jerónimas – Cd. de Méjico – 1682

Si Lorenzo pensaba que iba a decirle los secretos a Sor Juana se equivocó. Más bien, en cuanto Lorenzo volvió al convento a ver a su patrona esta lo sujetó a un interrogatorio.

--Lorenzo, tenemos que hablar --dijo Sor Juana pidiéndole a su mozo que se acercara.

--Usted dirá patrona.

Sor Juana lo observó atentamente. Lorenzo tendría ya sus cincuenta años. Todavía se veía vigoroso. Su pelo y bigotes eran canos. La nariz era aguileña y recia.

--¿Qué paso aquella noche de la tertulia? No me neguéis que estabais bastante nervioso. Os observe. Y vos sabéis que soy muy cuidadosa en esos menesteres. Afortunadamente ninguno de mis invitados se quejó. Pero parecíais distraído y desatento.

--Me dolía la muela, patrona, voy a ver si el peluquero me la saca.

Sor Juana suspiro.

--Lorenzo, siéntate. Mirad, acabamos de hacer estos buñuelos. Tomad uno, por favor.

--Gracias patrona. Están muy buenos.

--Me da gusto que la muela no os torture ya y podéis comerlos. ¿Os la extrajeron? Doña Xochitl en la Hermandad Blanca es muy buena muelera. ¿La conocéis acaso? ¿Fue ella quien os curó?

Lorenzo se sintió perdido. Había caído en el garlito de la monja.

--Dime, Lorenzo, cuánto tiempo teneis trabajando para mí? ¿Veinte años?

--Algo ansina, patrona, desde antes que usted se metiera a monja.

--Entonces, no seáis bruto, que os conozco bien y vos a mí. Vamos, hombre, ¿Qué os aflige? ¿Necesitáis dinero? ¿Tenéis que esconderos de alguien?

--Ah caray, patrona.

--¡Jesús! ¿No habéis acaso matado a alguien?

--Todavía no, patrona, a Dios gracias. Pero si usted necesita que le de chicharrón a alguien pos cuente conmigo.

--Tomare en consideración vuestra generosa oferta, Lorenzo, una nunca sabe cuando se necesiten tales cosas, ¡ja ja! Pero bien, repito, ¿qué paso esa noche? ¿Os tenía nervioso el inquisidor, verdad?

Lorenzo no dijo nada por varios momentos.

--Patrona, el miedo no anda en burros.

--¿Qué? ¿Habéis ofrecido una gallina a Huichilobos o que se yo? ¡Vive Dios que yo he invocado a Minerva y a Apolo algunas veces!

--Algo de eso patrona. También, pos don Carlos estaba diciendo puras sandeces.

--¿Sandeces? ¿Acerca de que ese lugar Teotihuacán es colonia de la Atlántida? ¿No sabéis acaso que don Carlos es todo un erudito, catedrático de la Universidad Pontificia? Vamos, él fue el que heredo el puesto de vuestro padrino, don Diego. ¿Por qué os atrevéis a afirmar que dice sandeces?

Lorenzo se puso a hablar en mexicano o nahuatl.

--Patrona, yo creo que ya es hora de sincerarnos. La he observado por años y es usted la clase de persona que entendería de conocimientos herméticos. Además, como vucencia se acordara mi padrino, don Diego Rodríguez, me pidio que le hiciera saber a usted ciertos menesteres. He esperado todos estos años pero creo que ya ha llegado el momento de hacerlo.

--Continuad --respondió intrigada Sor Juana en nahuatl.

--¿Conoce vucencia mi apellido?

--¿Ixtlilxóchitl? ¿Qué con ello?

--¿Ha oído vucencia hablar de las antigüedades de Texcoco, de sus reyes?

--Solo lo que don Carlos me ha contado. Me intriga conocer acerca del famoso rey coyote que ahí fue soberano pero no he tenido tiempo de hacerlo.

--El rey coyote, Netzahualcōyotl, era mi bisabuelo. Soy su descendiente directo. De ahí que tengo el derecho a usar el nombre de la familia real de Texcoco, Ixtlilxóchitl.

--¡Válgame Dios! ¡Sois un príncipe!

Lorenzo hizo una mueca.

--Patrona, nunca lo fui. Aunque según el finado don Diego soy el legitimo heredero de los tronos de Texcoco y México-Tenochtitlán. Pero debo ser, antes que nada, humilde, tal como me lo impone mi código. La realidad, patrona, es que soy tan solo un mozo al servicio de este convento.

--¡Ave María Purísima! Bien, aceptemos que vuestra familia ya no reina en Anahuac. ¿Es esto lo que don Diego quería que me revelaras?

--No patrona, hay más. Pero no puedo continuar a menos que usted entienda que si lo hago su vida peligra.

--¿Y eso?

--Sepa usted que la inquisición la vigila ya.

--¿A mí? ¿Pero por qué? ¡Santo Dios! ¡Que yo no quiero ruidos con la Inquisición! ¿Fue por las Redondillas verdad?

Sor Juana empezó a caminar frente a Lorenzo toda agitada.

--¡Es verdad! ¡Opinión ninguna gana! ¡Bola de necios! ¡Y todo sin razón! ¡A algún patán le quedó el saco!

--Cálmese patrona, a todo mundo vigilan esos changos. Si estornudas en misa ya te andan poniendo sambenito.

Lorenzo produjo una botellita.

--Tenga, tómese un trago, patrona. Para el susto.

Sor Juana olío el líquido.

--¿Mezcal?

--Del bueno, patrona.

La monja tomó un sorbo pequeño, seguido de otro más pronunciado.

--Válgame Dios, tenéis razón Lorenzo. Estoy poniéndome yo misma el coco y sucumbiendo al miedo. Sea, si me han de quemar que valga la pena. ¿Qué es lo que me tenéis que revelar?

--Júreme patrona que mantendrá todo lo que le diga en secreto. No impongo yo esta condición, lo hace el finado don Diego.

La monja se tomó otro trago.

--Santo Dios, Lorenzo, don Diego siempre me andaba confiando secretos, libros prohibidos, que se yo, ¡ja ja! ¡Y aun después de muerto me sigue endilgando entuertos!

--Es en serio, patrona. Esto podría hacer que acabe usted en la hoguera. Es más, si se rehúsa usted lo mejor será que yo abandone vuestro servicio para no comprometerla más.

--No se diga más, Lorenzo. La curiosidad me mata, literalmente, ¡ja ja! Os juro que guardare el secreto.

--Bien patrona. Primero debe usted entender que los texcocanos fueron los herederos del toltecayotl.

--¿El qué?

--Los conocimientos de los antiguos teotihuacanos y toltecas es lo que llamamos el toltecayotl, que nos legaron los cholultecas.

--Pero si en Cholula solo hay iglesias, Lorenzo. ¡Te bautizan en cada esquina! ¡Ja ja! Yo creo que debo de ir ahí para que me saquen el chamuco.

--Hoy sí, patrona, Cholula está llena de iglesias —dijo Lorenzo quitándole discretamente la botella a la monja— y la población consiste de puros curas, monjas, y ratas de iglesia. Pero antes la población eran puros sabios, filósofos, poetas, y astrónomos. Los sabios de Cholula, patrona, los pocos que lograron escapar del holocausto que hizo ahí Cortez, se fueron a refugiarse a Texcoco donde la familia real, los Ixtlilxóchitl, mis ancestros, les dio asilo y bienvenida. Llevaron con ellos observaciones astronómicas que databan desde el tiempo de Teotihuacán, la misma que según don Carlos es colonia de la Atlántida.

--¡Santo Dios! ¿Qué clase de observaciones?

--Posiciones de los planetas, eclipses, cometas y fecha y hora en que se observaron, todo asentado usando un calendario de gran precisión.

--No tenía idea que vuestra gente observaba los cielos.

--Patrona, debe entender que en fechas sagradas los reyes tenían que hacer personalmente ciertas ceremonias. Si se predecía una eclipse el rey tenía que hacer los sacrificios correspondientes para asegurarse que el sol regresara. Si aparecía un cometa el rey tenía que anunciar que implicaba. El pueblo esperaba esto de sus gobernantes. De ahí que los reyes de todo Anáhuac ponían sumo cuidado a lo que ocurría en los cielos.

--O sea, ¿observaban el cielo por razones políticas?

--Llámelo vucencia así. Cholula era entonces respetada por todas las repúblicas de Anáhuac porque ahí era de donde salían las observaciones celestes que los reyes requerían. La reputación y sabiduría de sus astrónomos era conocida por todos los reyes. Por eso nadie osaba levantar la mano contra Cholula. Así fue hasta que llegaron los españoles y destruyeron la ciudad.

--Válgame Dios, Lorenzo, contadme más. Pero primero, explicadme, ¿por qué me reveláis a mi todo esto hasta ahora? ¿Qué buscáis de mí?

--Patrona: el toltecayotl todavía existe.

--¿Queréis decir que tenéis observaciones astronómicas de vuestros antepasados?

--Tenemos rollos y rollos de papel de amate con fechas y horas y posición en que se observo tal o cual planeta en los cielos. ¿Os interesa?

--¡Bendito sea Dios! ¡Por supuesto! Pero todavía no me habéis explicado porque ponéis estos tesoros a mis pies.

--Patrona, por generaciones los descendientes de la Hermandad Blanca, los

sabios del antiguo Anáhuac, han mantenido oculto estos conocimientos. Mi padrino, don Diego, me decía que parecíamos los monjes de Casiodoro, cuidando y copiando los escritos pero sin tener ya entendimiento de lo que cuidábamos.

--¿Queréis decir que esa hermandad blanca sobrevivió a la conquista?

--En efecto, patrona, y se avoco a preservar el toltecayotl. Pero a la larga era inevitable que se cometieran errores al copiar un glifo o que las polillas se comieran los papeles antes de que pudieran ser copiados. Se ha perdido mucho, si, pero bastante sobrevive. Lo que más temo es que la Inquisición descubra estos archivos y los consigne a la hoguera. Mal copiar y esconder no es suficiente ya. Son 45 siglos de la historia de Anahuac. En ella se encuentra toda la física, la matemática, la astronomía de los antiguos además de los hechos de nuestros reyes. ¿Entendéis a lo que voy?

--Creo comprender. A menos que este conocimiento se empiece a divulgar y utilizar a la larga está condenado a desaparecer, de una forma u otra.

--Don Diego me advirtió que se necesitaría una mente titánica para lograr recuperar estos conocimientos y volver a darles vida. Y él pensaba que esa mente era usted, patrona. Además, no nos hagamos, usted tiene muchas palancas con el virrey. El que usted posea ese conocimiento lo protege de la Inquisición.

--¡Vive Dios pero si cada vez que aprendo algo me voy dando cuenta de cuan ignorante soy!

--Por favor, patrona, como dijo bien usted, nos conocemos bien. Aun don Carlos no le llega a usted a los talones y usted lo sabe. Le estoy dando a escoger, patrona. Os pondré a vuestra disposición todos estos

conocimientos para que volváis a darles vida. Si vuecencia se rehúsa me temo que voy a tener que abandonar vuestro servicio y desaparecer. Si la Inquisición nos descubre, y así parece que va a ocurrir, nos va a quemar y no quiero comprometerla.

--¿Nos? Habláis en plural. ¿Perteneceís a esa hermandad blanca?

--Sí, patrona. Es más, yo, Lorenzo Ixtlilxóchitl, heredero al trono de México-Tenochtitlán y Texcoco y caballero de la orden del águila, soy el gran maestro de la hermandad blanca.

Sor Juana se persigno. La magnitud de lo revelado era contundente.

--Que sea lo que Dios nuestro señor quiera, don Lorenzo. En verdad que si voy a ser quemada este conocimiento bien lo vale. Creo que si voy a tener acceso a estos tesoros en justicia me debo también sincerar con vos. Sabed, don Lorenzo, que yo, Sor Juana Inés de la Cruz, monja jerónima, soy corresponsal y miembro de número de la secta de los Iluminados y me honro en aceptar vuestra propuesta.

XLV. El Despertar del Rey



Paris - 1682

*Donde se relata como una mosca se para en una teta desnuda de una vicomtesse de quien sabe qué.*

Imaginaos que sois una mosca. De estas hay muchas en el Louvre, revoloteando alrededor de cortesanos, favoritas, mariscales de Francia, cardenales, etc., pues el bañarse era entonces (y tal vez hoy) algo que rara vez hacían los franceses

Entrad al aposento del rey, cual si fuerais mosca todavía, siguiendo al gran chambelán del palacio. Son las 7:59 de la mañana. La recamara real es inmensa. Hay un barandal barroco que la divide. La cama del rey tiene un pabellón coronado por una alegoría de Francia. Esta es, entonces, la que vela el sueño del rey. Un ronquido suave se escucha.

El chambelán hace una caravana ante la cama del rey (este sigue roncando) y se dirige a un ventanal. Abre las cortinas y revela un magnifico vitral por el cual penetra la luz del sol. En el patio, atentos al movimiento de la cortina, unos músicos suenan una fanfarria del Orfeo de Monteverdi.

--Despertaos majestad --le dice quedamente el chambelán al rey.

Junto a este dormita una de tantas hermosas mujeres que adornan la corte y con que el rey acompaña su sueño, la vicomtesse de no sé qué, cuyo marido considera un gran honor ser cornamentado por el rey. Una mosca se posa en una de las magnificas tetas de la mujer.

Una procesión de nobles y pajes entra al aposento real y se colocan tras del barandal. Nadie habla aunque hay caravanas y reverencias calladas. El zumbido de las moscas es todo lo que se oye.

El rey se incorpora y bosteza (y a punto esta de tragarse una mosca). El rey está desnudo pero no cubre sus vergüenzas. Los reyes no tienen por qué preocuparse de tales detalles que atormentan a la plebe.

Luis XIV tiene 44 años. Todavía no echa panza. Los cortesanos, detrás del barandal, hacen una caravana al hombre desnudo mientras este se rasca los sobacos.

Un noble lujosamente vestido, en cuyas venas corre la más noble sangre de Francia, se aproxima con una bacinica de oro. La presenta al rey y la sostiene mientras el rey vacía la vejiga en esta. Hay salpicaduras. Acabado el proceso, el noble hace una reverencia y se lleva el bacín cuidando de no derramar el contenido. Lo acompaña un cortejo de moscas.

--¿Desea su alteza obrar? --pregunta el gran chambelán.

--Oui.

Otro par de nobles se aproximan cargando una especie de litera que contiene un excusado. El rey se sienta en este. Un pedo, oloroso, anuncia el inicio del proceso.

Habiendo acabado, el rey se para y espera.

--Por favor, alteza --dice uno de los nobles.

Luis XIV se inclina levemente mientras los nobles con blanquísimos y mullidos trapos le limpian los glúteos y el ano. Acto seguido, estos nobles depositan estos textiles manchados en una canasta que saca, con igual gravedad y dignidad que el que se llevo la bacinica, otro noble. Finalmente los nobles levantan la litera con el excusado y la sacan también, acompañados por un coro celestial de moscas zumbando.

Acto seguido el rey se sienta, todavía desnudo, ante la audiencia. El gran chambelán hace una señal. Las puertas se abren y entra un verdadero Hercules, sargento de la guardia del rey, igual desnudo. El hombre hace una caravana frente al rey y se pone a hacer lagartijas frente a este.

Al llegar a las cien lagartijas el rey hace una señal. El Hercules se incorpora, hace una caravana, y se retira. Un noble le seca el sudor (inexistente) de la frente al rey. Tal vez ustedes los plebeyos se admiren de esto pero debéis entender que el rey no se va a rebajar a hacer ejercicio si tiene quien lo haga por el.

Tened un criterio amplio, os lo ruego, y considerad además el beneficio social. El Hercules en cuestión recibe un generoso sobresueldo por hacer esto. Así pues, no solo su bolsa sino también su salud se benefician. Poco entienden, por su necedad y jacobinismo obtuso, sobre estos menesteres los que aseguran que las republicas son superiores a las monarquías.

Acto seguido el perfumero real le da al soberano a escoger entre varias fragancias. El rey escoge una y es entonces sahumado con esta. El usar cantidades industriales de perfume es una necesidad en la corte.

Como os advertí, el baño no es común en la Galia desde la caída del imperio romano.

Siguen entonces los modistos y peinadores. Todo el proceso toma un par de horas más, atestiguado pacientemente por los cortesanos que aprueban con murmullos el buen gusto del rey. Es casi el mediodía cuando el rey se presenta, finalmente vestido, a desayunar. Esa ceremonia, a su vez, tiene sus simbolismos y modos pero os excusare de sufrir los detalles. Huelga decir que a las doce puntualmente el rey esta listo para administrar los negocios de Francia.

--¿Cuál es la bitácora para hoy? --pregunta el rey mientras espanta una mosca.

--Primero, alteza, recibiréis al embajador de Austria. Este os viene a felicitaros por vuestro cumpleaños.

--¿No viene a declarar la guerra?

--No esta vez, mi señor, es tan solo visita de cortesía.

--Lastima, siempre me entretiene una buena guerra, sobre todo si corren ríos de sangre. ¿Qué más?

--El arquitecto, Monsieur Merlot, os desea poner al día sobre diversas obras.

--No. Posponedlo. No estoy de humor. ¿Qué más?

--El sabio Mamud, venido desde Levante, asegura que posee un fluido magnético que puede revivir muertos. Ha pedido que se le proporcione un cadáver y hará una demostración.

--Eso me suena a magia negra o tal vez es un charlatán. Posponedlo. No, mejor encerradlo en la Bastilla para que no ande pasándose de listo. ¿Qué más?



--Otro sabio, el matemático Walter von Tschirnhaus os presentara al nuevo correo.

--Ah, ¿von Tschirnhaus encontró un imbécil? ¡Excelente! Aseguraos de preparar un decreto de gioco (juego) para mandarlo a los interesados. ¿Qué más?

--Finalmente, el maestro Paparoni os presentara su nueva ópera, Pancefalo y Clamidia.

--Interesante. ¿En qué consiste esta ópera?

--Su alteza, esta toma lugar en Arcadia, por supuesto. Pancefalo es un satiro que busca la mano de Clamidia, ninfa y princesa de Esparta. Su padre, el rey Testosticles rechaza al bruto y en venganza Pancefalo se roba a Clamidia. Esta, su dignidad agraviada, se suicida tirándose desde lo alto del Olimpo. Es una ópera en tres actos.

--¡Magnifico!

--Ah, su alteza, Clamidia es madame Poufot, soprano, recién venida de Rheims, muy guapita según he comprobado. Aparece desnuda durante toda la obra cual corresponde a una ninfa de Arcadia.

--¡Excelente! Veremos entonces que tan bella es. Si es de nuestro agrado, aseguraos que comparta esta noche mi lecho.

XLVI. La Huella de Rahu



*Donde el Inquisidor, don Antonio de Montoya, hace una visita a Sor Juana*

Convento de las Jerónimas – Cd. de Méjico  
– 1682

Dejad que os invite, lector, al convento jerónimo. Claro, nosotros no podemos penetrar hasta los aposentos de Sor Juana (comodísimos por cierto, nada de camas de piedra como las locas de las Carmelitas Descalzas) pero no necesitamos hacerlo. Entremos, entonces, hasta el salón donde Sor Juana suele hacer sus tertulias. En una amplia mesa hay varios papeles de amate que la monja estudia con una lupa. Junto a esta se encuentra doña Xochitl con un ábaco que maneja con gran prestancia.

--Creo que ya entendí, Xochitl --explico Sor Juana--. Los antiguos mejicanos dividían el mundo en cuatro cuadrantes, dibujando una cruz a partir del punto en que se encontraba el observador. Mi primer obstáculo era establecer cuál era el norte o punto cero. Aceptare vuestra sugerencia que sería Polaris.

--Esa estrella es inmutable, Sor Juana.

--Tal parece ser, a simple vista. Pero, dada la antigüedad de estas observaciones, no tenemos garantía de tal cosa. En fin, por ahora no me ocupare si Polaris ha cambiado de posición o no. Asumiré que Polaris era el norte para los antiguos mexicanos.

Una vez teniendo establecido esto creo que el primer glifo aquí implica a manera general la localización del observador.

--En efecto, madre, el castillo aparentemente es Tolan, el sol indica Teotihuacan, el jaguar indica las tierras del mayab. Hay muchas variantes del jaguar, una por cada ciudad maya.

--¿Tolan no era Teotihuacán?

--Aun los de la hermandad blanca no estamos seguros de ello. Han pasado siglos. Tolan se supone que era un lugar paradisiaco y el altiplano, usted lo sabe, puede ser seco y frio.

--Válgame Dios, Tolan era como la Arcadia de los griegos. Bien, en tal caso el segundo glifo indica sobre que cuadrante se observa al astro.

--En efecto, madre, y solo he visto variantes de cuatro glifos, el jaguar, la serpiente, venado, y agua. El jaguar seria el noreste, la serpiente el sureste, el venado el suroeste y el agua el noreste.

--Entonces esta observación, jaguar III, agua, indica que los datos fueron recabados en el sureste, en una ciudad maya, y que está en el cuadrante del agua, o sea el noreste, como se aclaro en el amate que descubristeis.

--Aparentemente era un texto para entrenar astrónomos, Sor Juana, y estaba entre los archivos de los reyes de Huexotzingo. Si no lo tuviéramos estaríamos perdidas.

--¿Qué os indica la fecha?

--Sor Juana, la fecha, según la cuenta larga, seria el 13 de septiembre del año 628 de la era cristiana, a las 18:39 horas.

--Todavía batallo con usar esos números, doña Xochitl. Gracias a Dios os tengo conmigo para interpretarlos.

--No es sencillo, Sor Juana, yo tengo años interpretando la cuenta larga y a veces batallo.

--Tan solo queda entonces saber a qué grados del eje norte sur está el astro. Los antiguos dividían el cuadrante en veinte unidades y dentro de cada una habria veinte unidades y asi en intervalos cada vez mas pequeños.

Lo mismo se haría en la medición de la altura a partir del horizonte. De este, que es el punto cero hasta directamente arriba del observador hay veinte unidades. Así pues, Jaguar III, agua, con desviación 13-10, altura 8-16, el 13 de septiembre del año 628 a las 18:39 horas podemos saber que se observo a...

--El glifo indica Venus, Sor Juana.

--Correcto, en tal lugar y a tal hora se observo a Venus en una ciudad maya representada por Jaguar III. ¿Qué significa este glifo, doña Xochitl?

--Tlaloc, sor Juana.

--¿A qué planeta corresponde?

--Ah caray, me temo que a ninguno de los que conozco.

--¿Estáis segura? ¿No es la luna o el sol o Marte o Venus o Jupiter o Mercurio o Saturno?

--No creo sor Juana, no.

--¡Rahu! --la monja se puso casi a saltar de gusto.

--¿Qué es Rahu, Sor Juana?

--El astro mas allá de Saturno, doña Xochitl. Decidme, ¿que indica el glifo de la ciudad donde se le observo?

Xochitl inspecciono con lupa el amate antiquísimo.

--No indica ciudad. Pero estoy casi seguro, madre, que es el glifo del Citlaltepec.

--¿El volcán?

--Si, Sor Juana.

Sor Juana medito por unos momentos.

--Es razonable, doña Xochitl. Veréis, Rahu o Tlaloc es imposible de ver a simple vista. Pero si ascendéis a una montana tan alta como el Citlaltepec y si tenéis un poco de suerte y las condiciones atmosféricas son perfectas, tal vez veréis una imagen tenue. Os puedo asegurar que el que ascendiera el Citlaltepec encontraría restos de un observatorio antiguo en su cima.

¿Qué indica la fecha? ¿Hay coordenadas?

Xochitl analizo el glifo de la fecha.

--Estimo que es el 6 de mayo de...seria 120 años antes del nacimiento de Cristo. Y por lo que toca a la posición...es en la serpiente...pero me temo que la desviación no se puede ya leer.

--¿Y la altura?

--Es 8-5 Sor Juana.

--Xochitl, si los antiguos tenían la misma curiosidad que yo tengo habría mas de una observación de este Tlaloc. Y para tal caso mandarían expediciones a observarlos desde las montañas más altas que tuvieran a la mano.

--¡Entiendo! --dijo Xochitl entusiasmándose--. ¡Buscare glifos que indiquen el Citlaltepec y otros volcanes!

--¿Tenéis mas de estos papeles, verdad?

--Si Sor Juana, cientos de rollos. Datos no nos van a faltar.

--Decidme, ¿están bien resguardados?

--Hice traer las todas las observaciones astronómicas que habían en Texcoco pues se de qué pie su merced cojea. Se encuentran ahora mismo, aquí, en la Ciudad de Méjico.

--¡Dios mío! ¿Podría verlos? En tres días comienza el mes y tengo la excusa perfecta para salir pues tengo que ir a cobrar unas rentas de propiedades del convento.

--Los papeles estan aquí cerca, en la calle de la moneda, en la yerberia.

--¡Perfecto! Sirve que me dais algo para mi muela. ¡Santo Dios! Esa es la yerberia que llaman "La Hermandad Blanca" ¿verdad?

--¡Sí! --se rio Xochitl.

--¿Cómo? ¿Acaso la Inquisición no ha sospechado?

--Si nos acechan, Sor Juana, pero a mí me conocen tanto en la corte como el arzobispado. Ya vide que mi niño el Ruiseñor ahora le canta al arzobispo don Francisco. Por el momento no creo que se atrevan a actuar contra nosotros.

--Entonces no hay tiempo que perder. Con esas observaciones y el modelo de Kepler podría predecir la órbita de Rahu y luego confirmar esta con observaciones por medio del telescopio. ¿Entendeis las implicaciones?

--¡Sí! --respondio Xochitl--. No solo validaría al señor Kepler sino que se vendría abajo todo el mecanismo sujeto por Tolomeo.

--Patrona --anuncio una moza--. Tiene visita.

--¡Ah caray! --respondió Sor Juana.

Xochitl se apresuró a poner los papeles en unas bolsas de lona.

--¿Quién es María?

--Es el señor Inquisidor, madre.

--¡Hablando del diablo! --juro doña Xochitl mientras se hacía escasa.

--Idos mejor, doña Xochitl. María, hazlo pasar.

Montoya entro en la sala. Sor Juana respetuosamente le beso el anillo. Xochitl ya se había escabullido con los papeles.

--¿A qué debo el honor, su señoría?

--Tan solo curiosidad, madre. Vera, estaba leyendo este poema suyo.

--Ah, el Primer Sueño. Es una cosa fatua, su señoría, no vale en realidad la pena.

--¿No? Válgame Dios, para entenderlo he estado teniendo que tener a Ovidio a mi lado. Y la rima, Sor Juana, solo le diré que he quedado anonadado. He de confesar, soy su más ferviente admirador.

--Favor que me hace su señoría. ¿Gusta un chocolatito o unos buñuelos? Es mi receta.

--Se lo agradezco. Vine porque tenía unas preguntas. Me apena hacerlas, es la verdad, pero no puedo sino confesar mi ignorancia.

Sor Juana llamo a María y ordeno dos chocolates y buñuelos.

--Eso mismo hago yo todo el tiempo, su señoría.

--¿Perdón?

--Admito mi ignorancia. Creo que es el primer paso para aprender algo. Bien, ¿en qué os puedo servir?

--Me refiero a aclararme, os suplico, la misma entrada. Desde ahí vuestro poema me confunde. Leo: "Piramidal, funesta, nacida de la sombra de la tierra..." ¿Qué implica? ¿La sombra, es decir, como al ocurrir una eclipse? Y la Diosa a la que os réferis, la de tres caras, ¿Quién es?

--Ah, su señoría, la diosa es Luna. Y si, me refiero a la sombra que haría la tierra sobre esta si nuestro planeta estuviera entre la luna y el sol. Básicamente, reseño la noche, su señoría.

--Ah sí, la luna, velut Luna, semper mutandis. Ahora entiendo lo de sus tres caras.

--Aquí esta su chocolate, su señoría. Y pruebe por favor estos buñuelos. Dígame si no son en verdad "bocato di cardinale".

--Gracias. Ah, si, ¡son excelentes! Decía yo, solo con Ovidio al lado he podido avanzar. Vucencia suelta alusiones a los clásicos como un perro suelta pulgas.

Sor Juana se rio. Francamente, el hombre la ponía nerviosa.

--Mi educación es imperfecta, su señoría. Los clásicos y los evangelios son mis muletas.

--Cierto, pero también lo fueron de San Agustín. Y respecto a vuestra obra,

cualquiera pensaría que este poema lo escribió Safo o alguna otra poetisa pagana.

--¡Santo Dios! No me lo malinterprete, su señoría, es tan solo una fatuidad. He escrito tantos villancicos, alabanzas, cantos, y demás obras para alabar a Dios que...

--¿Os habéis aburrido de ellos?

--¡Por mi alma, no! ¿Cómo se podría uno aburrir de alabar al santísimo? Creo que mi obra pía atestigua mi celo religioso. Esto, como os dije, su señoría, es tan solo un ejercicio fatuo, una vanidad. Si vos me lo recomendáis, hare penitencia y...

El inquisidor puso a un lado su chocolate. Su semblante era molesto. El inquisidor observo un papel de amate que había caído bajo la mesa.

--¿Qué es esto?

Sor Juana trato de controlarse.

--Ah, una de las reliquias esas que don Carlos encontró en Teotihuacan, su señoría. Se le ha de haber olvidado aquí.

--Interesante. Son escritos paganos. Tal vez una alabanza al demonio Huichilobos. ¿No cree Sor Juana? Realmente don Carlos no debería andar escarbando en esos lugares. Podría ser peligroso para su alma.

--¡Ja! --se rio Sor Juana con nerviosismo--. Tiene usted razón, su señoría. ¡Los mejicanos eran tan ignorantes! Gracias a Dios esas supersticiones ya no existen desde que la palabra de Cristo les fue enseñada.

--En tal caso estos escritos entonces son de necios y blasfemos, ¿no cree Sor Juana? Lo mejor sería destruirlos.

Sor Juana reconoció el glifo de Tlaloc en el papel. ¡Eran observaciones de Rahu!

--Por favor, su señoría, tal vez solo sea una receta para rellenar guajolotes. ¡Si viera usted que tan maravillosa es la culinaria indígena! Usted tengo entendido que acaba de llegar a la Nueva España y no la ha de conocer. Es más, le voy a preparar unos tamalitos y se los voy a mandar al Santo Oficio.

El inquisidor sopeso la reacción de la monja (esta estaba muy pálida).

--Olvidad lo que os dije. Olvidad esta conversación, ¿entendéis, hija de Apolo? Por ahora me retiro. Gracias, Sor Juana.

Y tal hizo el inquisidor, llevándose el papel de amate.

XLVII. La Amenaza de Roma



Basilea - 1682

*Donde el alcalde de Basilea se deshace de dos matarifes que hacían demasiadas preguntas*

Carta de Walter von Tschirnhaus a Jacobo Bernoulli llevada personalmente por M. Blondin, estudiante de la Sorbona, a Basilea.

*Hermano:*

*Por razones de mi cercanía con el rey me he enterado que el papa ha puesto precio a la cabeza de los Iluminados. Dada la importancia de esta revelación, he mandado a uno de mis estudiantes para que te entregue esta carta personalmente.*

*Walter*

De Bernoulli a Walter von Tschirnhaus

*Hermano:*

*No dude de la veracidad de tu noticia. Usando mis contactos con las casas comerciales aquí empecé a indagar. En efecto, el papa ha depositado una fuerte cantidad con los Fuggers en Genova para financiar la empresa que describisteis. Yo me siento seguro aquí en Basilea pues el margrave es mi amigo y es un pueblo de*

*protestantes. Sin embargo, he advertido del hecho a Leibniz en Leipzig y mande una carta también a los ingleses.*

*Desafortunadamente no he recibido ningún contacto con nuestros hermanos en Roma, los cuales no nombrare aquí, y temo lo peor.*

*Temo también por Hypatia.*

*Jacobo*

De Walter von Tschirnhaus a Bernoulli

*Hermano:*

*Mi cercanía con el rey me protege. Luis es muy celoso en esos menesteres y no vería con buenos ojos que los agentes de Roma le asesinen a sus “sabios”. Tiene cierta afición por las matemáticas, razón por la que gozo, gracias a Dios, de un buen sueldo, y me retiene como su maestro de lógica y geometría. Tiene ya como diez años batallando con Los Elementos y hace unas semanas logro finalmente hacer una prueba por inducción. Imaginaos un estudiante torpe, orgulloso, y con poca imaginación que sin embargo es vuestro patrón y os podría refundir en la Bastilla si no celebráis sus pequeños avances. ¡Qué bueno que lo tengo de mi lado y que él es susceptible a la lisonja! Ya con el papa y sus secuaces tenemos suficientes enemigos.*

*He meditado sobre los motivos del papa para tomar este paso. Yo pienso que como el cálculo de Leibniz está madurando, definitivamente tenemos ya las herramientas para construir una mecánica celestial sobre el modelo de Kepler. La verificación de ese modelo sería a través de las observaciones astronómicas. Es cuestión entonces de que el telescopio evolucione y nos permitirá verificar cualquier modelo de mecánica celestial que desarrollemos. Tiene razón su santidad en temblar y reaccionar como una víbora acorralada. La versión*

*bíblica del universo está a punto de ser descartada.*

*Acerca de Hypatia, creo que su seguridad está asegurada mientras aparente ser nada mas una monja. ¿Tenéis noticias de ella?*

Walter

De Jacobo Bernoulli a Walter von Tschirnhaus

Hermano:

*Tenéis razón. El papa se siente acorralado. He perdido contacto con un hermano en Salamanca. Y me acaba de llegar confirmación de la denuncia y muerte de otros dos hermanos en Roma. Otro más se sospecha languidece en una celda del Santo Oficio.*

*Hace una semana el margrave de Basilea hizo arrestar a dos fulanos con pinta de matarifes que andaban preguntando sobre tu servidor. No quiero saber que fue de ellos pero el margrave me dio a entender que no tengo que preocuparme más por ellos.*

*Hypatia me hizo llegar hace unos meses un cargamento de un condimento diabólico que ella llama "mole". Según me explico Hypatia, lo tenía que diluir en caldo de pollo y hacer con él una salsa. Mi criado tal hizo y lo probé, cosa de la que me arrepiento pues sufrí mucho después, al evacuarlo.*

*Aparentemente este mole contiene una planta con alto contenido de capsicum que ella llamo chile y que es absolutamente desconocido aquí en Suiza. ¡Ni el paprika de los húngaros causa tal violencia en el paladar y en el ano! Por un momento dude si nuestra hermana me había tratado de envenenar pero no veo razón para que lo haga, a menos que ya sea agente del papa.*

*En verdad ha de ser insólita esa tierra donde vive nuestra Hypatia Indiana donde hasta lo que uno come es mortal.*

*El caso es que Hypatia tumben me anuncio una nueva extraordinaria. Tenéis razón acerca de que podemos concebir ya una mecánica celestial. Hypatia la ha construido aunque es rudimentaria e incompleta. Pero lo asombroso es que lo está haciendo a partir de conjuntar observaciones astronómicas que obtuvo de textos antiguos de los indígenas mejicanos y el modelo de Kepler. Según afirma ella, ha observado ciertas perturbaciones en la órbita de Saturno que le llevan a concluir que existe un planeta mas allá de este. Ella lo llama Rahu, en honor a un planeta Hindú, invisible, que decían ellos que existía mas allá de la órbita de Saturno.*

*Hypatia asegura que sus cálculos están todavía incompletos pues el obtener y traducir los textos indígenas es una labor lenta y estos están incompletos. Pero si Hypatia está en lo correcto, entonces es cosa de que ella haga el cálculo de adonde y cuando se encontraría tal planeta y entonces podríamos observarlo. Esto sería el clavo final en el ataúd del papa, ¿no crees?*

Jacobo

De Walter von Tschirnhaus a Jacobo Bernoulli.

Hermano:

*Estamos, si, en el albor de una nueva epoca. Pero temo lo que pasaría si el papa logra erradicarnos. ¡Tendría que volver a nacer otro Bernoulli y otro Leibniz para llevarnos a este punto! ¿Cuántos siglos mas de oscurantismo pasarían? ¿Y que si no la humanidad no vuelve a parir semejantes intelectos?*



*Mira como el azahar ha tratado a nuestra Hypatia. ¿Os imagináis como seria si ella pudiera dar cátedra en la Sorbona? Y sin embargo, se encuentra perdida en territorio controlado por la Inquisición y cualquier día de estos la queman con leña verde por cualquier pretexto.*

*Si lo que me decís que está haciendo, conjuntando observaciones de los indígenas del lugar (no tenía idea que estos observaban las esferas) con el modelo de Kepler y su modelo de la mecánica celeste ha avanzado hasta el punto de poder hacer predicciones entonces creo que no tenemos alternativa. No podemos esperar a que os mande sus conclusiones en un cargamento de viandas exóticas. No, Jacobo, debemos mandar un representante a Nueva España que establezca contacto discreto con nuestra Hypatia, sin comprometerla, y que este enviado escolte y regrese con sus predicciones de la localización de este Rahu.*

Walter

De Jacobo Bernoulli a Walter von Tschirnhaus

Hermano:

*Tenéis razón en lo que afirmas. Como gran maestre de los Iluminados os autorizo a que toméis las medidas necesarias. Aprovechad vuestra cercanía con su majestad.*

*Definitivamente esta empresa no se puede hacer con los exiguos medios con que contamos. Necesitamos el apoyo de un príncipe.*

*Explicadle a vuestro rey lo que está en juego. Si como afirmáis tiene interés en estos menesteres confió en que se pondrá del lado de la ciencia. El tiempo apremia. Tal vez para estos momentos Hypatia haya logrado predecir la localización de Rahu. Pero dado lo tenue de nuestro contacto bien*

*podrían pasar un par de años más antes de que esta información llegue a Europa. Y, como decís, ¿Qué si para entonces el papa nos ha extirpado ya de la faz de la tierra?*

Jacobo

Fue así que von Tschirnhaus pidió una audiencia con su soberano. Pasaron varias semanas pero eventualmente von Tschirnhaus pudo explicarle el asunto a Luis XIV.

--¿Entiende señor von Tschirnhaus que hare el anuncio de un gioco?

--Por favor, su alteza, no estoy pidiendo que el correo se suicide.

Luis XIV se puso a limar sus uñas.

--¡Bah! Si no hago tal no valdrá la pena el asunto, ¿no cree? Tómelo o déjelo.

Von Tschirnhaus suspiro. No iba a antagonizar al soberano.

--Como desee su alteza --dijo von Tschirnhaus--. Anuncie su alteza un gioco pues.

--¡Ja! --contestó Luis XIV--. ¡Me va a dar gusto desplumar al papa!

XLVIII. Succubus



Convento de las Jerónimas – 1682

*Donde se sugiere que los baños de agua fría ayudan a controlar la lujuria.*

Esa mañana, viendo que el confesor regular del convento había enfermado y había sido reemplazado por el anciano don Lucrecio, Sor Juana vio la oportunidad de hacer confesión de lo que la atormentaba. Don Lucrecio, ella sabía, era reputado por ser pragmático y se decía que había sido muy enamorado cuando joven. Sor Juana confiaba en que no sería tan duro con ella.

--Acúsame, padre, de haber pecado.

--¿Y que fue hoy, Juana? ¿Fuisteis soberbia y creísteis que el guiso no se os iba a quemar? ¿O acaso fue gula y os acabasteis vos solita los buñuelos?

--Padre, hablo en serio. Mi pecado fue de lujuria.

--¿Lujuria? Ah, esa beldad la recuerdo con cariño. A mi edad solo puedo vivir de los recuerdos, Juana. Ah, ¡dulces recuerdos! Vamos, hija, ¿Qué lujuria podréis encontrar aquí en el convento? ¿Acaso os atraieron los labios encarnados de una novicia y le robasteis un beso? Eso no amerita ni confesión aunque si oiría con gusto los hechos, entre más detallados mejor. En

tales casos un baño de agua fría es aconsejable después, tanto para la pecadora como para su confesor.

--Ocurre cada luna llena, padre. El patrón es innegable.

--Ah, ahora me resultáis lunática Juana. Insisto, los baños de agua fría serian la solución.

--Estoy indefensa, padre, temo al calendario, y a la luz de la luna. Esta me hechiza, me avasalla, y yo, gustosa, me le entrego.

--¡Uff! El caso es grave. Perdonad si os pregunto esto pero sois mujer y estáis en la flor de la edad. Decidme, ¿menstruáis?

--Si padre. Incluso sufro mucho de calambres por ello. Me hago un té que me recetó doña Xochitl para darme cierto alivio.

--Ah, ¿la brujita? Yo también la he ido a ver. Aunque lo mío era una almorranas que me torturaba. Pero bien, ¿no tendrá esto que citáis algo que ver con vuestros días de la luna?

--No padre. Los ciclos no coinciden. Calcule que lo harían cada 7.5 años. No hay correlación.

--¡Muy bien! ¡Muy bien! Os creo. No me atormentéis con vuestras matemáticas, que si los números no me entraron de niño menos me entraran de viejo. En fin, ¿qué es lo que os causa lujuria entonces cada luna llena?

--Ese es el problema, padre. Sé que pequé mientras dormía. Pero me temo que no me acuerdo como pequé al despertarme.

--¡Válgame Dios Juana! ¿Estáis confesándote o estáis quejándoos?

--No sé, padre, tal vez ambas o ninguna...o todo lo contrario. ¡Vive Dios que no sé!

--¿Os estáis burlando de mi Juana?

--Padre, no, definitivamente no.

--Si yo pecara de lujuria pero no me acordara como fue que pequé definitivamente yo si me quejaría. ¡A mis años pecar seria de festejar!

--Padre, ¿Qué hago?

--¡Bah! ¿Qué es bueno para la memoria?

--¿La memoria?

--Si, Juana, buscad algo que os permita por lo menos recordar cómo fue que pecasteis.

--Deje le pregunto a doña Xochitl. Seguro ella tiene algo.

--Eso, encontrar ese remedio, y un baño de agua fría os impongo de penitencia.

--¿Ni siquiera un Ave María?

--Bien, Juana, decid diez Aves María y diez paternosters mientras os bañáis con agua fría. Y cuando sepáis que es bueno para la memoria, decídmelo o traedme parte del bebedizo que os de la brujita. Hay algunos pecados de mi juventud que me gustaría recordar.

Del confesionario Sor Juana se dirigió a la cocina del convento y se puso a trabajar ahí. Estaba muy contenta cocinando cuando le fueron a avisar que tenia visita. Sor Juana salió de la cocina del convento limpiándose las manos. Había estado rellenando un guajolote.

--¿Y ahora quien decís que me viene a visitar María?

--Es el gentilhombre ese que vino el otro día, madre, el que llaman el conde de la legión.

Sor Juana se persigno.

--Bien, pásalo a la sala de recibir. Sor Luz, ahí le encargo el guajolotito. Y no le ponga mucho chile al mole porque le quiero mandar una pata al Inquisidor y como es recién llegado de España luego luego se enchila.

El conde hizo una caravana al entrar sor Juana. Traía consigo a la perra negra que siempre lo acompañaba.

--¿En qué le puedo servir, señor conde?

--Sor Juana, vengo a discutir un asunto delicado.

--¡Válgame Dios, señor conde! ¿Qué más me va vucencia a revelar? Tal parece que todo mundo insiste en revelarme secretos de la kabala. Os aseguro que el próximo fulano que me visite me va a asegurar que es el heredero al trono de Trapisonada o va a revelarme la localización de la Atlántida o del tesoro de Cuahtemotzin o que se yo. ¿No os basta señor conde con andar espantándome como si fuerais una especie de ángel caído?

La perra hizo ruidos lastimeros y fue a posarse a los pies de la monja.

--Pero dígame, vucencia, ¿qué le paso a su animal? Lo trae todo lleno de mataduras. ¿La castigo?

--Precisamente, sor Juana, tuve que castigar a Zenobia. Espero que ya haya aprendido su lección.

--¿Pues qué hizo su animalito? --pregunto Sor Juana acariciándole el lomo.

--Se porto muy mal. Es muy traviesa.  
Dígame, sor Juana, ¿ha dormido bien?

Sor Juana lo miro con suspicacia.

--¿A qué viene todo esto, señor conde?

--¿Conocéis el Malleus Maleficarum, sor Juana? No mienta por favor. No la voy a denunciar al santo oficio.

--¿El Malleus? Bueno, tal vez don Diego me lego una copia. Diantres, si lo he leído, señor conde, ¿y qué? Es más, lo estuve consultando esta mañana.

--¿Ha tenido visitas nocturnas? Estoy hablando de un succubus.

--Ah, ¿Mahlat, Naamah, Eisheth o tal vez la misma Lilith? Válgame Dios, señor conde, no espera usted que admita yo tal cosa.

--Por supuesto que no. Tal vez se lo dijo vucencia a vuestro confesor y os dio por penitencia baños de agua helada. Acepte sin conceder que las últimas noches de luna llena vos habéis tenido tales visitas en la forma de una doncella griega bellísima.

Sor Juana palideció.

--Señor conde, al grano por favor.

--Vengo a ofreceros una disculpa, sor Juana, y a aseguraros que tales visitas cesaran.

Sor Juana se rio.

--Válgame Dios, señor conde, ¿insiste vucencia en su fabula de que esta perra se convierte en doncella en las noches de luna llena? Suponiendo, sin conceder, señor conde, que en efecto haya tenido tales visitas, os aseguro que el demonio que me visito no era tan peludo como este buen

animalito. Y además, si en efecto me visito un succubus, ¿cómo sabe si no le di la bienvenida? ¡Ja ja!

--De todas maneras, sor Juana, creo que es mejor poner un alto a este embrollo y os ofrezco una disculpa.

--¿Es todo? ¿No sois acaso el bastardo de don Juan de Austria o tal vez el general de los jesuitas?

--Nunca he querido gobernar a los hombres, Sor Juana. Agrícola me hizo gobernador de Aqua Sulis pero fue tan solo mientras él navegaba en las Hebridas. Cortez me dio la encomienda de Coyoacán pero francamente no me he involucrado en su gobierno.

--Y sin embargo me vinisteis con el cuento chino de ofrecerme el mundo.

--Para vucencia el mundo sería si os diera acceso a la biblioteca de Alejandría, ¿verdad? ¡Imaginaos si tuvierais acceso a toda clase de pergaminos que los hombres creen perdidos! Válgame Dios, ¡qué cosas habrá quemado el obispo Landa en Yucatán! ¿Os imagináis la clase de libros y textos que tendrían los antiguos mexicanos? Tal vez tendrían observaciones astronómicas, que se yo. Se reputa que su calendario era de gran precisión. ¿Cómo sabéis si no he movido ya hilos ocultos para que así sea?

--No se de que me habla, señor conde --Sor Juana a duras penas se mantenía ecuánime.

--No os preocupéis, hija de Apolo. Sin embargo, sabed que pronto tendréis necesidad de mis servicios. Hay cosas que deben seguir ocultas y que ciertos hombres quisieran exponer y destruir.

Sor Juana suspiro.

--Volviendo a suponer sin conceder, señor conde, que así son esos menesteres. Dígame, ¿que busca vucencia a cambio? ¿Desea acaso mi alma? ¡Lo que está en juego bien lo vale!

--¡Ciertamente que no! Solo necesito vuestro perdón.

--¿Perdón?

--Si, os he reconocido, hija de Apolo. Sois quien se me indico en la gruta en Delfi. Necesito que me deis el perdón, que me redimáis. O más bien, lo necesito para Zenobia. Ella es lo que más, no, lo único, que quiero en este mundo. ¿Podéis entender lo que afirmo? ¿Podéis imaginaros lo que cargo a cuesta? Ella sufre de una maldición y por esta yo también maldigo y sufro. He recorrido el mundo buscando la cura. He tirado fortunas, he derramado sangre inocente, he destruido reinos, he humillado a reyes, he hecho injusticias y ni siquiera he sacado provecho de mis fracasos. Estoy convencido que solo si vos me dais el perdón para ella lograre que el maleficio se anule.

--Yo no soy nadie para daros redención, señor conde. Eso solo Cristo.

--¿Cristo? Tal se lo pedí a Cristo mismo en el Golgotha. Yo era tribuno de la decima legión, la que luego destruyo Hierosolima y tomo Masada. ¡Fui yo el que le puso la esponja con vinagre y agua a sus labios! ¡Mas ni así tuve su agradecimiento o su perdón!

--¡Santo Dios! Si no os dio el perdón el crucificado, ¿qué esperáis que haga una triste monja jerónima?

--¿Triste? No, vos sois una hija de Apolo y como tal sois poderosa. No podéis negarlo, ved como vuestra pluma embelesa hasta a los ángeles caídos. Hasta ahora el oráculo,

repito, no me ha mentido. Os encontré en el fin del mundo y os reconocí por vuestra lira.

--En verdad insistís en que acabe yo en la hoguera, señor conde. Y a todo esto, bien, si queréis que os perdone a vuestra perra, sea. Estáis perdonada Zenobia, ego te absolvo. Dejad de ser traviesa.

--No es tan fácil, sor Juana. Se necesita una ceremonia.

--Ah, ya salió el peine. ¿Qué implica esto? ¿Se necesita sacrificar un cristiano? ¿Qué me desnude? ¿Qué dibuje un pentagrama? ¿O que recita el paternóster al revés?

--De ninguna manera os haría cometer una indecencia, sor Juana. No voy a ser yo quien empañe el cristal. Escuchad, obviamente no me creéis y no os culpo. Sabed que hoy es luna llena. Por una sola y última vez permitiré que Zenobia se apersona con vucencia. Si tal ocurre hoy ¿me creeréis?

--Válgame Dios, conde, admito que mi sueño ha sido turbado pero cada que me despierto no me acuerdo de lo que soñé.

--Esta noche tendréis memoria plena de la doncella fantasmal que os visita y atormenta y notareis que ella tiene marcas de latigazos relativamente frescos en la espalda y glúteos. Si estáis dispuesta entonces a participar en la ceremonia para redimirla, prended esta veladora y yo lo sabré.

--Se ve muy rara. ¿De qué está hecha? ¿Manteca?

--Es cebo humano.

--Válgame Dios, señor conde, ha de oler de los mil diablos.

--Préndala y apáguela entonces Sor Juana.  
Yo sabré que me creéis y que estáis  
dispuesta a redimir a Zenobia. Luego,  
aseguraos de deshaceros de ella. No quiero  
que mi única esperanza de redención arda  
en la hoguera.

En la madrugada sor Juana despertó  
violentamente. La luz de la luna llena  
entraba e iluminaba su claustro.

--¡Ave María Purísima! --gimió la monja--.  
¡No me voy a atrever a confesar esto!

En la oscuridad busco cerillos y prendió la  
veladora que le había dado el conde. En  
efecto, el olor era ofensivo. Sor Juana la  
apago de inmediato.

XLIX.

La Misión del Moro



*Del libro de Pedro de Santa Cruz, donde el rey le hace al moro una oferta que no puede rehusar.*

Ya hasta me había olvidado yo del tal Luis XIV. Estaba atardeciendo cuando vinieron por mi unos hombres que no conocía.

--Venid con nosotros --dijo uno de ellos.

Me apuntaban con pistolas. Alcance acaso a hacerle una señal al sargento d'Arnot. Este sacudió su cabeza como si fuera yo un desahuciado.

Me llevaron por varios pasadizos subterráneos. Subimos y bajamos escaleras, entramos y salimos por puertas falsas. Finalmente me encontré en una sala lujosa, rellena de libros, mapas, y un gigantesco globo terráqueo.

--Esperad aquí --me instruyeron.

Paso otra hora. Finalmente entraron otros fulanos con pinta de espadachines aunque sin uniforme. Me palparon buscando armas, cosa que no tenía.

--Hincaos --dijo uno--, mirad al suelo y no levantéis la vista.

Sentí sus manos sobre mis hombros. Alcance a ver a un fulano entrar vestido

lujosamente arrastrando una estola magnífica. Este se sentó detrás de un gran escritorio. Iba seguido de otro fulano vestido más modestamente. Este era de mediana edad, regordete, de nariz muy colorada, calvo, y de anteojos gruesos.

--Dejadlo que se pare --dijo el regordete.

--Señores --dije haciendo una reverencia.

El fulano elegante me veía burlonamente.

--¿Así que sois el mejor espadachín de España? --me pregunto el regordete en buen español.

No lo desmentí. Tan solo hice una pequeña caravana.

Un paje le sirvió al elegante un cognac.

--¿Creéis que os servirá señor von Tschirnhaus?

--Es lo mejor que os puedo conseguir, alteza --dijo el regordete.

Vide al elegante asombrado. ¿Así que este amigo era Luis XIV? Me temo que casi me reí pues era igualito a don Fernando Lucio, un matancero que conocí en Triana. Claro está, este don Fernando se vestía mas modestamente y siempre andaba lamparoso con manchas de sangre.

El tal von Tschirnhaus me miraba escéptico.

--Según su expediente tiene experiencia como marino. Ha visitado el nuevo mundo. Por lo menos creo que sobrevivirá.

Luis XIV hizo una mueca de aberración. Evidentemente le importaba un bledo si vivía o no.

--Señores --me atreví a decir-- ¿de qué se trata todo esto?

Por toda respuesta, uno de los hombres que me sostenía me dio un sopapo.

--¡No habléis hasta que se os ordene, bellaco!

--Dejadlo hablar --ordeno Luis XIV.

--Señor Santa Cruz, os diré de que se trata --explicó von Tschirnhaus--. Tenéis que llevar unas cartas a la Nueva España y regresar con los pergaminos que os den.

--¿La Nueva España? ¿Méjico?

--En efecto --contesto von Tschirnhaus.

--Su alteza, ¿no estáis pidiendo que haga traición a mi rey?

--¡Bah! ---dijo Luis XIV con disgusto con un dejo de aberración--. Esto no tiene que ver nada con la lealtad a España.

--Pero si mucho con el tribunal del santo oficio --añadió von Tschirnhaus

--¿La inquisición?

--A cuyas santas mercedes podría entregar si así me placiera --amenazo Luis XIV--. En un par de días os tendría en la frontera. La Inquisición os arrestara de inmediato acusándoos de traición y herejía.

--¡Pero, su alteza, no he hecho ningún acto tal! --protesté.

Luis XIV se rio.

--¿Estáis aquí no? ¿No es Francia el enemigo de España? ¿Y no sospecha Roma que el señor von Tschirnhaus es uno de los Iluminados?

--No sé de lo que hablan, su alteza.

--Por supuesto que no --continuo Luis XIV--. Eso hará mas difícil las cosas para usted. La Inquisición no creerá que vos no sabéis nada.

--Bueno, su alteza, es evidente que no tengo alternativa sino aceptar.

Luis XIV sonrió.

--Bien, por lo menos no sois un bruto.

--Me imagino, su alteza, que lo que vuecencias me ha revelado es secreto.

--Oui.

--Y si lo revelo, alteza, no veré la luz del día.

--Raison de etat. ¿Comprendéis?.

--¿Hay plata de por medio? Este asunto suena a uno en que se arriesga el pellejo.

--Se os pagara bien --contestó el regordete-- . Y como dijo su alteza, no cometeréis traición a vuestro rey al desempeñar esta tarea.

--No se diga mas, señores. ¿Que debo de hacer?

El regordete me vio fijamente.

--¿Sabéis algo de matemáticas?

--Se contar, conozco algo de geometría, aprendí a leer las estrellas navegando.

El regordete sacudió su cabeza.

--Tal vez así sea mejor.

--Es vuestra decisión, señor von Tschirnhaus --dijo Luis XIV--. Podría mandar un mosquetero pero no hablan bien el español ni conocen como se cuecen las habas en los dominios del rey de España.



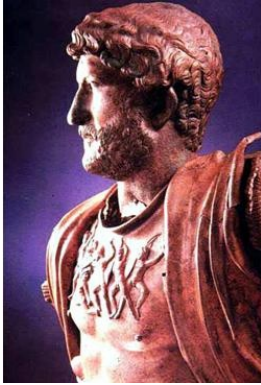
El regordete, que intuía se llamaba von Tschirnhaus, no dijo nada por varios momentos. Entendí que si no me aceptaba era prácticamente hombre muerto. Nada mas por haberme enterado de sus menesteres y aunque no entendía que diablos se traían entre manos, ya sabía yo demasiado.

Para mi alivio llamaba von Tschirnhaus finalmente dijo: --Creo que os usare. Partiréis mañana, señor de Santa Cruz. Buscad al abad Cirilo en el convento de la Rábida. El os dará los materiales que deberéis llevar a Nueva España.

--¿El abad Cirilo en el convento de La Rábida?

--Si. Dadle la clave "elipse". No conviene que sepáis más.

L. El Cónsul



Vayamos a un lugar donde el tiempo es irrelevante, querido lector. Ante nosotros se encuentran dos hombres mirando atentamente un tablero de ajedrez. Ambos visten a la romana. El que juega las piezas negras le llamaremos “El Cónsul”, tal es el honorífico que se usa al dirigirse a él, a pesar de haber sido el jefe de los rebeldes que perdieron en Megido o Armageddon. “El Cónsul” porta una elegante túnica consular. Es en extremo bien parecido (antes de rebelarse se decía que su vista halagaba a su soberano). En un anillo brilla un gigantesco rubí color sangre.

El otro hombre es todo un Aquiles, con miembros gigantes cosidos por cicatrices, una recia nariz romana, y barba cerrada. Porta lorica y a su lado cuelga una magnífica spata con guardia enjovada. Quien lo viera pensaría que es la encarnación del mismo Marte. Su nombre es el tribuno Eleazar.

“El Cónsul”, estimado lector, ha sido exiliado a este lugar donde el tiempo es irrelevante. Lo han seguido la mayoría de sus incondicionales. Están, sin embargo, confinados al lugar. Sus guardias están armados y los vigilan. El tribuno Eleazar es el responsable de mantenerlos confinados. Así han pasado lo que los hombres llamarían milenios pero son tan solo unos suspiros para estos personajes.

Compañeros de armas que alguna vez fueron, es inevitable que “El Cónsul” y el tribuno Eleazar se entretuvieran en un juego de ajedrez. La elegante mano de “El Cónsul” se posa sobre un alfil.

--¿Estáis seguro? --pregunta Eleazar.

--¿Por qué no?

--Siempre os atrajo la incertidumbre, señor cónsul.

--Eso os he hecho pensar. Todo lo calculo de antemano. No soy como Menfis. El piensa mas con el corazón que con el cerebro. Menfis es mas dionisiaco que apolonico.

--¿Menfis? --el tribuno suspiro.

--No me lo neguéis, don Eleazar. Siento que sigue libre --“El Cónsul” movió su alfil al centro del tablero--. ¿O no es así?

--Ni lo niego ni lo afirmo, señor cónsul, --la frente de Eleazar se arrugo contemplando la nueva situación.

--Su amor por Zenobia lo va a delatar. Es inevitable.

Eleazar no dijo nada. Contemplaba todavía el tablero.

--Dígame, Eleazar, ¿ya se recupero usted? Me afirman que tuvo problemas con Asmodeo.

Eleazar movió un peón para amagar al alfil.

--Como habéis oído, Asmodeo fue un hueso duro de roer. No hablemos de los muertos, ¿le parece? Y le agradezco su preocupación acerca de mi integridad física. Me he recuperado lo suficiente para hacer mi deber, señor cónsul.

--Ah si, usted siempre fue muy celoso de esto. Bien, y pensar que alguna vez usted y Menfis eran como hermanos... --el Cónsul movió su reina.

--Eso era antes --dijo quedamente Eleazar. Su mano casi se posaba en el peón que amagaba al alfil--. ¿En verdad quiere saberlo?

--¿Saber qué?

--Que si Menfis es el último.

--No dudo que lo sea. Pero dígame, ¿lo es?

Eleazar lo vio fijamente. Echo un vistazo a su alrededor.

--Si --murmuro Eleazar con voz queda.

--En el fallo sobre los que quedaron en el mundo no hubo ninguna misericordia --afirmo el Cónsul.

--No, ninguna --contesto Eleazar usando su peón para eliminar al alfil negro--. Es el castigo justo a la rebelión.

El Cónsul sonrió ante la puya y movió su reina.

--Jaque, señor Eleazar.

Eleazar contemplo el tablero con asombro. Su mano se poso sobre su alfil pero no la toco. No le quedaba alternativa en realidad.

--Concedo --dijo Eleazar.

En eso entro un hombre vestido de legionario, saludo, y le entrego un despacho a Eleazar. Este se paro y lo leyó cuidando que "El Cónsul" no se diera cuenta del contenido.

--Tengo que partir, señor cónsul. Marcus estará a cargo de la guardia.

--¿Vais al fin del mundo?

--Tal vez, --contesto el tribuno.

--Saludadme a Menfis --dijo "El Cónsul" mientras volvía a colocar las piezas.

LI. La Sugerencia del Inquisidor.



Ciudad de Méjico - 1682

*Donde el Inquisidor don Antonio Montoya planea una chicharroniza.*

El arzobispo Francisco Aguiar jugaba con las cuentas de su rosario mientras oía con ojos entrecerrado el reporte del Inquisidor Montoya. Por su parte, el conde de la legión, a quien el arzobispo había invitado para que fuera testigo y lo aconsejara encendía un habano.

--Abreviemos, don Antonio --dijo Aguiar--. ¿Ha descubierto o no la conspiración?

--Si y no, su ilustrísima.

Aguiar dio un puñetazo en su amplio escritorio.

--¡Don Antonio! ¡Sus sofismas y requiebros déjelos para una clase de filosofía en Salamanca, carajos!

El conde se rio quedamente. Pero Montoya tenía agallas y no se iba dejar intimidar.

--Su ilustrísima, insisto en lo que se. Primero, la Hermandad Blanca existió, de eso no me cabe la menor duda. Tengo evidencia que se escaparon de Tenochtitlan cuando la ciudad iba a caer. Usaron un túnel que los llevo hasta Tlaltelolco. Y

ahora tengo más indicios, irrefutables, de que existen, todavía hoy, en nuestros días.

--¿Y si existe la Hermandad Blanca qué del rey coyote? --pregunto el conde.

--De ese no tengo ninguna evidencia, solo rumores. O sea, señor arzobispo, creo que existen los posibles conspiradores. Pero no, no tengo evidencia de que hayan conspirado. Os aseguro que pronto la tendré.

--Tal vez no haya tiempo, señores --explico el conde--. He recibido noticias del valle de Puebla. La cosecha definitivamente fallo. Al maíz le ha caído un chahuistle. No dudo que este se presente pronto aquí en el valle de Méjico.

--Montoya, el conde tiene razón, no podemos dilatar y esperar a que usted encuentre algo.

--En tal caso --insistió Montoya-- permita su Ilustrísima que forcé la mano de la Hermandad.

--Pamplinas --dijo el arzobispo.

--Con su venia, su ilustrísima --interrumpió el conde--, el Inquisidor Montoya creo que tiene una buena idea. ¿En qué forma planea vucencia forzarlos a manifestarse?

--Les quiero picar la cresta. Quiero hacer unos arrestos y luego anunciar un auto de fe masivo.

¡Ja! --aplaudió el conde.

--Esperad, don Antonio --dijo el arzobispo--. ¿Tenéis acaso pruebas para quemar a estos acusados?

--Señor arzobispo --apunto el conde--, para mi es evidente que en estos casos el que un fulano sea o no inocente mientras se le

convierte en chicharrón realmente no importa. ¿O no es así, señor inquisidor?

--Mis hombres arrestaran, quemaran, y luego se "viriguara", como ellos dicen.

--¡Santo Cristo --juro el arzobispo--. ¿Y qué esperáis lograr con esto?

--Anunciare que continuare quemando infelices hasta que o bien se entreguen los de la Hermandad Blanca o que se me den información para hacerlos arrestar.

--Don Antonio tiene futuro --dijo el conde sonriendo.

--¿Quemareis solo indios?

--Puedo arrestar a criollos y españoles también. Estoy abierto a sus sugerencias.

El arzobispo medito por unos momentos sus palabras.

--Creo que podría mencionar a más de un hereje, incluyendo a ciertas monjas arrogantes.

El conde no pudo evitar notar que don Antonio palideció ante esta sugerencia.

--¿Entiende vuestreza don Antonio que estaréis arriesgando acabar como Conrado de Marburgo?

--¿Y ese amigo quien fue? --pregunto el arzobispo.

--Don Conrado era inquisidor en Worms, hoy país hereje, hace unos 300 años. Cometió el error de acusar de hereje al príncipe Enrique II, conde de Sayn. Se rumoraba que una vez que hiciera chicharrón al señor conde se iba a seguir con el resto de la nobleza del lugar. Imaginaos entonces señores que aquí don Antonio en verdad arresta y quema a unos

cuantos criollos o españoles o tal vez a cierta monjita arisca que es muy favorecida del virrey y la virreina. La reacción del resto de los criollos seria igual que el de la nobleza de Worms, os lo aseguro. Francamente, su ilustrísima, no quisiera estar entonces en el pellejo ni de don Antonio ni tal vez en el de vuestreza.

El arzobispo miraba a ambos hombres fijamente, sin decir palabra.

--Y creo que la historia ilustra lo que afirmo --continuo el conde--. Don Conrado acabo mal. Iba en camino de Mainz a Marburgo, su terruño, cuando fue detenido por un grupo de caballeros a orillas del Rio Lahn. Huelga decir que ahí mismo lo ajusticiaron y lo hicieron picadillo.

--Muy interesante su historia, señor conde --dijo el arzobispo--. Creo que no es conveniente tocar a los criollos o españoles entonces don Antonio. Confinaos a la indiada.

--¿No teme su ilustrísima que esto propicie una revuelta abierta? --pregunto el conde--. Acordaos que el hambre pronto hará estragos en la Nueva España.

--No lo creo así --respondió el arzobispo--. Lo que he visto de los mejicanos no me impresiona. Son la gente más sumisa y tibia que he conocido.

--En tal caso, su ilustrísima, deme la venia para comenzar los arrestos de una buena vez --pidió el Inquisidor.

--Si, sería buena idea --afirmo el conde--. Sugiero un magno auto de fe como inicio, para que la indiada se enseñe a respetar.

--Hacedlo entonces y no perdáis más tiempo ni demostréis misericordia alguna --ordenó el arzobispo.

Esa noche el conde observaba las estrellas en su terraza.

--Creo que logramos desviar la atención del arzobispo hacia sor Juana, Zenobia.

La perra lo miraba fijamente.

--Tengo que hacerle una visita. Prendió la veladora y creo que está dispuesta a ayudarnos. Sabed, sin embargo, que el tiempo apremia. Creo que hemos sido descubiertos. Pero la ceremonia solo se puede hacer con la luna llena y todavía faltan semanas.

El pelo de la perra se erizo.

--Ah, no os preocupéis, Zenobia, hemos estado en peores aprietos otras veces. Pero, ¿Qué esperabais? Vuestras visitas a Sor Juana iban a atraer la atención de nuestros adversarios.

La perra se tapó los ojos con las patas.

--¡Bah! No os preocupéis. Yo mismo he sido tentado por ella. Lástima, este lugar, Coyoacan es en verdad delicioso, lo extrañare. Que se yo, nos embarcaremos en Acapulco rumbo a Filipinas. Siempre he querido conocer el oriente. Por otra parte, sabedlo, dudo que don Antonio queme a un solo indio. Conozco bien al virrey don Tomas de la Cerda. Es un hombre probo y no creo que le apetezca convertir la plaza principal de la muy real y señorial Ciudad de Méjico en un quemadero de indios nada más para apaciguar los miedos y prejuicios del señor arzobispo. En fin, que se peleen entre si estos mortales, me importa un bledo, con tal de que no nos toquen a la hija de Apolo, ¿verdad, Zenobia?

## LII. La Partida del Moro



*Del libro de Pedro de Santa Cruz, donde hay otro San Quintin en una venta, sobresaltos propios de este tipo de historias.*

Me encontraba yo en el patio de las barracas de los mosqueteros preparándome para el viaje. Mis alforjas colgaban de mi yegua. Dentro de estas se encontraban varias bolsas con plata que von Tschirnhaus me había proporcionado. D'Artagnan y Porthos me veían burlonamente.

--Bien, parece que el rey os dio una misión.

--Ciertamente no queremos saber de qué se trata --dijo Porthos a su lado--. Le tenemos mucho amor al pellejo.

--Os agradezco las lecciones de esgrima, señores --les dije a los mosqueteros--. En efecto, tengo que partir y no puedo deciros adónde voy.

--En efecto, así son estos menesteres. ¿Me aceptareis un consejo? --pregunto D'Artagnan.

--Viniendo de usted, definitivamente, capitán D' Artagnan.

--Primero, sabed que el rey tiene enemigos --explicó Artagnan.

--Muchos --coreo Porthos.

--En efecto. Vuestra salida será reportada. Asumid que os seguirán. Es lo más conveniente.

--Entiendo mi capitán.

--Segundo, buscaros un criado. No es correcto embarcar en estas misiones si no se cuenta con un criado --explicó D'Artagnan.

--Así no tendréis que cuidar de los caballos y os podéis avocar a estar más vigilante --dijo Porthos.

A pesar de tener fama de tacaño, Luis XIV me había dotado con buena plata, suficiente para contratar un criado.

--Pero, si contrato a un criado, ¿no me ira este a traicionar?

--En efecto Santa Cruz --aclaró D'Artagnan--. El requisito indispensable del criado en este tipo de misiones es la fidelidad. Tendréis que usar vuestro juicio para escoger uno que os será fiel.

--Por otra parte no necesitáis que sea muy inteligente --añadió Porthos--. Pero tampoco busquéis a un imbécil.

Me subí a mi yegua.

--¡Sea! Señores, gracias una vez más. ¡Ojala nos volvamos a ver!

--¡Lo dudo señor Santa Cruz pero buena suerte! --contestaron los mosqueteros.

Salí de Paris, tomando el camino al sur, a Gasconia y de ahí rumbo a España, el mismo camino que, según me había contado D'Artagnan, él años antes había tomado siendo entonces un joven gascón montado en un jumento amarillo y

portando una carta para el señor de Treville.

A la salida de la ciudad había un carruaje detenido por ninguna razón aparente. Varios criados se habían apeado y un fulano con pinta de gentilhombre hablaba con una persona dentro del carruaje. Junto a él había un hombrecillo moreno y delgado que inicialmente pensaba era un tártaro pero que luego reconocería como un nativo de las Américas. Al pasar yo junto vide adentro a una mujer rubia con ojos grises, guapísima. Me descubrí como se acostumbraba en esos tiempos. La mujer me sonrió. El gentilhombre junto a ella, un hombrón de barba cerrada me hizo una pequeña caravana. Al alejarme sentí, sin embargo, sus miradas sobre de mi.

A la tercera noche fue que intentaron asesinar me en la posada donde pernocte. A propósito había pedido un cuarto con una ventana de donde se veían las caballerizas. Había cenado en el cuarto común y me dirigía a mi aposento cuando dos figuras fornidas se plantaron frente a mí en el corredor.

--Bien, acabemos señores --dije sosteniendo la bujía que portaba en alto mientras sacaba mi espada.

Los dos fulanos se abalanzaron sobre mí con las espadas desenvainadas. Por la manera en que se movían era evidente que eran tan solo unos matarifes acostumbrados a robar las bolsas de los ancianos. El primero solito se ensartó en mi espada y cayó pesadamente a mis pies sin decir ni una palabra. El segundo titubeó al ver a su compañero morir. Esto fue suficiente para que lo hiriera yo en el brazo y dejara caer su sable. Estaba completamente a mi merced.

--¿Quien os mandó? --le pregunte.

--Milady --dijo el hombre. Me veía con los ojos desorbitados--. ¡Soy hombre muerto si os digo más!

--¡Sois hombre muerto si no me decís más --le explique.

Lo lleve a empujones hasta uno de los balcones donde le podía ver la cara a la luz de la luna. El hombre estaba pálido y podía oler su miedo. Le planté la punta de mi espada en su garganta.

--¿Quien es esta milady?

--Milady...

El hombre no dijo más. De pronto dio un grito de dolor. Su ojos casi se salían de sus orbitas. Note que un dardo se le había clavado en la base del cráneo. El hombre empezó a echar espuma por la boca y cayó de rodillas frente a mi convulsionándose. Entre las sombras divisé al hombrecillo que había visto antes. Sostenía frente a su boca una especie de tubo. Instintivamente supe que lo había usado para lanzar el dardo fatal y supe que tenía que guarecerme. Apenas lo hice y vi como un dardo se clavaba en el dintel del balcón, cerca de mi testa. Recogí el dardo teniendo cuidado de no herirme. La punta estaba impregnada con una substancia aceitosa y tenía un olor algo fuerte. Me regrese apresuradamente a mi cuarto y me encerré a piedra y lodo a esperar el alba.

En la madrugada se oyeron gritos y juramentos. Los cuerpos de los matarifes habían sido descubiertos. Ya siendo de día me baje al cuarto común. El posadero había hecho llamar al alguacil de la localidad y este se había presentado con sus hombres. Estaban interrogando a todos los huéspedes. Los cuerpos de los dos matarifes estaban expuestos sobre unas mesas.



--¿Y vos quien sois? --me preguntó el alguacil.

Por toda respuesta le extendí una carta que me habían proporcionado:

*A quien corresponda:*

*El caballero de Santa Cruz está a mi servicio.  
Si ha hecho lo que haya hecho lo hizo  
cumpliendo mis órdenes.*

*Luis XIV*

--Bien, idos pues --dijo el alguacil sacudiendo su cabeza.

Un criado me trajo mi yegua. El patio de la posada hervía de alguaciles lo cual fue afortunado. Enfrente de la posada se encontraba el hombrón de barba cerrada y el hombrecillo con aspecto de tártaro. Era evidente que se encontraban frustrados pues no iban a poder echárseme encima. El hombrón me veía con odio no disimulado mientras que el hombrecillo tenía una sonrisa burlona. Espolie a mi yegua y me dirigí al sur. A unas leguas de la posada escondí mi yegua y espere. En efecto, pronto se apareció el carruaje y alcancé a ver dentro de este al hombrón y a la mujer rubia. El hombrecillo "tártaro" seguía al carruaje montado en una mula.

## LIII. La Muerte del Borrachín



*Donde el sosteniente Torres se ensucia sus calzones...*

Coyoacan – 1682

El miedo no anda en burros, mi sosteniente Torres. Vos aguardabais pacientemente entre los ahuehuetes enfrente de la casona del conde de la legión cuando oísteis a un fulano, en obvio estado etílico, caminar trastabillando a lo largo de la calzada.

--¡Vieja desgraciada, jic! ¡Traicionera! ¡Te voy, ijic!, a partir la madre nomas que llegue!

--Es un pinche borracho --murmurasteis.

Pero la sangre se os congeló y los pelos se os erizaron cuando visteis a dos ojos, brillando como ascuas, que observaban al borrachín desde el otro lado del camino.

Fue cuestión de segundos. La criatura emergió de entre las sombras. Era un perro inmenso que se abalanzó sobre el borrachín. Este apenas pudo dar un grito que fue cortado cuando las fauces del animal se cerraron en su garganta. Y todo eso vos visteis, sosteniente Torres, mientras os ensuciabais vuestros calzones.

La creatura jalo el cuerpo y luego se detuvo. Para vuestro horror se volteó y parecía como si sus ojos os taladraran el alma,

sosteniente Torres. Perdisteis todo control Dando alaridos agarrasteis corriendo por la tétrica calzada y os parecía sentir ya las fauces de la criatura cerrarse en vuestra garganta.

Pero por alguna razón el animal no os atacó. Tal vez tenía suficiente carne ya con el borrachito. El caso es que lograsteis llegar, sosteniente Torres, en una pieza hasta Coyoacan y os encerrasteis a piedra y lodo en el cuartucho que habíais rentado en el mesón.

Al día siguiente os atrevisteis a salir, muy temprano, mi sosteniente Torres, pues tenías la muy apremiante necesidad de ir a misa. Caminabais rumbo a la iglesia cuando visteis a un jinete aproximarse y dirigirse hacia el camino que llevaba a la Ciudad de Méjico. El jinete iba vestido elegantemente de gentilhombre y portaba una toledana al cinto. Reconocisteis al conde de la legión y, como era costumbre en esos tiempos, os descubristeis a su paso. El hombre ni os vio. Pero lo que más os perturbo es que siguiendo a su caballo iba un gran perro negro, similar al que habíais visto la noche anterior. Este animal os gruñó quedamente al pasar.

Huelga decir que los siguientes días que quedaban de vuestra encomienda los pasasteis, sosteniente Torres, todos en Coyoacan, sin atrever aproximarnos a la casa del conde y asistiendo puntualmente a misa y al rosario todos los días.

El susto os hizo emborracharos a diario. Pero os embrutecíais con todo cuidado, sosteniente Torres. Os asegurabas de solo tomar en la pulquería al lado del mesón. Y ya borracho os dirigíais directo a vuestro cuarto, no fuera que fuerais a extraviar el camino y pasar frente a la casa del conde.

Pero ahora os encontrabais otra vez, sosteniente Torres, en la Ciudad de Méjico,

específicamente aguardando audiencia con vuestro patrón, el Inquisidor Montoya.

--Y bien, ¿Cómo os fue mi sosteniente?  
--pregunto Montoya.

El Osito y el Faisán estaban a tu lado y tenían sus manos sobre vuestros hombros.

--Jijos, patrón, no hay nada que reportar sobre ese conde de la legión. Es muy respetado en el pueblo. Nadie tenía queja de él. No encontré nada que indique herejía.

--¡Por supuesto que no, imbécil! El señor conde de la legión es un caballero respetabilísimo. Acabo de estar en junta con él y el arzobispo. El conde es muy sagaz y de inmediato apoyo la propuesta que le hice al señor arzobispo. ¿Cómo carajos os atrevisteis a ir a investigarlo? Que no se hable más de esto, ¿entiende Torres? ¡Ni una palabra, carajos!

Torres casi se meaba. El mismo Montoya lo había mandado a espiar al conde y ahora lo regañaba por ello. El Osito le hizo una seña discreta a Torres que no protestara.

--Por supuesto patrón --contesto Torres con voz trémula.

--Ahora, escuchen bien, estas órdenes las avala el arzobispo. No quiero ninguna discusión. Voy a anunciar un gran auto de fe. ¿Sabéis lo que es eso?

--Esa es una chicharroniza, ¿verdad patrón?  
--inquirió el Faisán.

--En efecto --confirmando Montoya.

--¿A quién vamos a tatamar? Solo hay tres sospechosos en los sótanos ahora --indico el Osito.

--Precisamente, escuchad bien, empiecen a arrestar a cuantos puedan. Si hay denuncia, tráiganlo. Si ha estado aquí antes, tráiganlo. Si se estornuda en misa, tráiganlo. Quiero tener por lo menos unos mil prisioneros para quemar unos cien el primer día.

--¿Ansina nomas sin viriguación patrón? --se atrevió a preguntar el Osito.

--Ya oísteis al patrón, pendejo --se interpuso el Faisán--. Vamos jalando cabrones y luego viriguamos.

--Usted, Torres, ¿Cuántos hombres tenéis?  
--pregunto Montoya.

--Tengo cincuenta hombres patrón. Diez siempre están asignados a la casa de vucencia. Diez andan investigando encubiertos o haciendo arrestos. Por lo general siempre tengo diez muchachos aquí vigilando. El resto anda franco o están enfermos.

--Son demasiado pocos --observo Montoya-- . Doblad el número de vuestros efectivos. No os preocupéis por la plata. El arzobispado proveerá.

LIV. El Gioco



*Del libro de Pedro de Santa Cruz, donde un gitano le intenta levantar la bolsa al moro...*

Llegue a Tolosa de Langedoc unos días después muy seguro de haberme escapado de mis perseguidores. Decidí esta vez quedarme en una posada de buena categoría pues estaba fatigado del viaje y cansado de que me andarán intentando navajear en un corredor. Ya guardadas bien mis cosas decidí ir a una de las fondas de la plaza principal para disfrutar de una buena cena.

En la plaza enfrente del antiguo circo romano había unos carruajes que se me hicieron familiares. En efecto, en medio de la plaza unas gitanas bailaban lúbricamente acompañadas de un tamborilete. Me les acerque entre la multitud. Las mujeres eran de carnes generosas y mostraban estas sin pudor. La gente, en su mayoría hombres, las veían hipnotizados.

El sacar mi daga y ponérsela en la garganta al fulano que trato de tomar mi bolsa fue cuestión de un suspiro. Y no, no fue por el entrenamiento que recibí de D'Artagnan que reaccione de tal manera. Más bien fue por los años que había andado de marino que me había hecho tan ducho con el alfanje.

--¡Lucas Macanas! --dije reconociendo al

hombre que pálido me miraba. Su mano todavía estaba posada sobre mi bolsa.

--¿Su señoría me conoce?

--Aparentemente os estáis poniendo viejo. Antes podíais quitarle la bolsa al mismo Belcebú sin que este se diera cuenta.

--¡Su señoría se equivoca!

--¿Tanto así he cambiado? ¿No me conocéis Macanas? --Baje la daga que ya había sacado una gota de sangre de su garganta.

El gitano se me quedo viendo fijamente.

--¿Pedro? ¿Sois Pedro de Santa Cruz?

--¡El mismo!

--Habéis embarnecido. Antes erais tan solo un jovencito. ¡Os debo una disculpa!

--Compradme un trago entonces.

Nos fuimos a una taberna cercana.

--En cuanto vide a Carmen, Micaela, y Fraustita bailando sabia que vos estarías cerca --le explique.

--Os dábamos por muerto. Después de que os sacamos de Sevilla se presentaron varios hombres preguntando por vos.

--¿Uno era un cura jesuita?

--En efecto. Lo conozco bien. Es un fulano muy peligroso.

--¿Que sabéis de una mujer rubia a la que llaman milady?

Lucas empezó a toser.

--¡Voto a Belcebú! Pedro, no me preguntéis mas, os lo ruego.

Le volví a llenar su tarro.

--No puede ser tan mal la cosa. Es evidente que la conocéis. ¿Qué me podéis decir de ella?

Macanas sacudió su cabeza.

--Hay cosas que no puede uno revelar.

--¿La habéis servido antes? --insistí.

De mala gana Macanas se bajo su trago.

--Si. Paga bien. Todos los que están en el juego pagan bien.

--¿Que juego es ese?

Macanas miro a su alrededor.

--Bien, Santa Cruz, nada más porque os debo la vida os contestare. Veras, el tal juego lo juegan los reyes. Ellos le llaman el "gioco". No es un juego para hombres comunes y corrientes. El tablero es toda la Europa. Lo juega el rey de España, el gabacho, el papa, hasta el mismo emperador lo juega.

--¿En qué consiste el dichoso juego?

--Bien, sabed que el inventor fue el mismo Richelieu. El juego consiste en demostrar que podéis hacer y deshacer en los dominios de vuestro oponente. Generalmente eso significa mandar correos a través de los dominios de tu rival y luego alardear de que vuestro agente logro pasearse impunemente en tierras de vuestro oponente. Como os imaginareis, aquel que tenga la mejor red de espías y bocones tiene la ventaja. Richelieu tenía tal vez la mejor organización y se la heredo a Mazarino y este a Luis XIV. El papa le sigue en peligrosidad pues utiliza a los jesuitas como su servicio secreto.

--¿Correos? ¿Tanto empeño nada más en llevar un documento de un lugar a otro?

--Por lo general se trata de secretos de estado, evidencia de una infidelidad, que se yo. Lo que pasa es que los reyes se aburren. Tienen que divertirse a su manera. Mueven a sus agentes como piezas de ajedrez. La idea es que tus agentes le abran el buche al correo de tu oponente y quitarle lo que porta.

--¿Y que tiene esta milady que ver en todo esto?

--Hasta hace poco milady trabajaba para Mazarino. Ahora que murió este milady quedo desempleada. Luis XIV es muy tacaño y no quería pagar lo que ella pedía. Milady decidió independizarse. Ofrece sus servicios al mejor postor.

--¿Y quién es el grandote que la acompaña?

--¿Un barbón fornido? Ese es Rochefort, su amante. Y si queréis saber cómo sé todo esto, dejadme decirte que a veces milady me ha subcontratado para hacerle trabajitos. Conozco todos los caminos entre España y Francia. Sé como entrar en ambos reinos sin que las autoridades se enteren. He llevado a más de un correo a través de la frontera. También he hecho a varios desaparecer. Es cuestión de plata y uno tiene que comer. Pero bien, si andáis preguntando sobre milady supongo que os habéis incorporado al juego. ¿No seréis tan bruto de ser un correo?

Empecé a toser.

--¿Por qué decís eso?

--Parte de las reglas es que cuando se manda un correo se le avisa a los oponentes que este ya partió y hacia dónde se dirige, mas no se divulga que porta o que va a

recoger. La idea es hacer el juego más interesante.

--¿Queréis decir que Luis XIV le avisaría a sus contrarios que mandó un correo?

--Si. Y también a milady. Por eso espero que no seáis tan bruto en tomar tal trabajo. Pocos sobreviven.

--¡Santo Dios! --fue todo lo que alcance a decir cuando tres pares de manos me agarraron bruscamente.

--¡Es él! --dijo Fraustita.

--¡Esta más gordo! --dijo Carmen.

--¡No, más bien yo lo vide mas flaco! --dijo Micaela.

Las tres habían sacado unas dagas y las tenían contra mis carnes. Sin más, las mujeres me sacaron de la taberna y me llevaron a empujones a su carruaje y de ahí nos dirigimos al campamento gitano en las afueras de Tolosa de Langedoc. Lucas me seguía riéndose a carcajadas.

En el campamento me acercaron dos niños y una niña. Eran muy parecidos y asumí que eran hermanos. Todos eran morenísimos, como yo. Junto a ellos estaba un patriarca viéndome fijamente y sin decir palabra.

--¡Este es Pedrito! --dijo Carmen acercando a un niño.

--¡Este también es Pedrito! --explico Micaela.

--Y la niña se llama Miriam --apuntó Fraustita--. Creo que así habíais dicho que se llamaba vuestra madre.

--¡Ave María! --fue lo que alcance a jurar. Era evidente que la noche que pase con las tres hermanas había estado yo muy brioso.

--¡Habéis deshonrado a mis hijas! ¡Eran tan solo unas niñas inocentes! --anuncio el patriarca. En sus manos tenía un cuchillote--. Solo con sangre podréis lavar su honor. ¡Bajadle los pantalones!

Unos mozos fornidos me agarraron y me levantaron en vilo y empezaron a desvestirme.

--¡Lástima! --dijeron las hermanas suspirando viendo mis vergüenzas.

--Cuando acabe no podrá deshonrar a más doncellas --explicó el patriarca.

--¡Lucas! ¡Ayúdame os lo imploro!

Los mozos me sostenían firmemente y estaba yo en pelotas y expuesto.

--Casaros con ellas Santa Cruz y todo estará bien.

--¿Con las tres?

Macanas se rio.

--No podéis hacer bastardos a dos de estos niños y legitimar solo a uno. ¿Por qué no? Nuestras leyes lo permiten.

--¡Sea! --contesté.

--¡Hijo mío! --dijo el patriarca abrazándome y dándome de besos.

Los tres niños se me echaron encima también abrazándome. Los gitanos me ayudaron a vestirme y me pasaron una bota. De algún lugar empezaron a tocar música y la fiesta se armó.

La ceremonia era muy sencilla. Las tres mujeres portaban unos ramilletes de rosas en la testa y me dieron cada una a beber una taza de vino. Hecho esto, el patriarca

nos nombro marido y mujeres.

--¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo! --dijo Aramis aplaudiendo y entrando al campamento gitano--. ¿Y que tenemos entonces aquí? Una ceremonia pagana en tierras del rey de Francia. ¡Qué interesante!

--Es el jesuita ese que os buscaba. Es un agente del papa --explicó Lucas.

Aramis vestía todo de cuero negro elegantísimamente. Caminaba despreocupado entre los gitanos, varios de los cuales ya habían sacado alfanjes y macanas.

--¿Que queréis, señor de Aramis? --pregunto mi nuevo suegro que aparentemente lo conocía.

--Tan solo quería cerciorarme de que en efecto se había iniciado un nuevo juego. Me habían dicho que el correo era Santa Cruz. No pensaba que era así de bruto. Pensaba que había muerto. Han pasado varios años ya desde que lo conocí en Madrid y quería verle el rostro para poder reconocerlo.

--¡Lo sabia Santa Cruz! --se rio Macanas--. ¡Solo a vos se os ocurre tomar ese trabajo!

--Desgraciadamente lo voy a tener que matar --explicó Aramis--. Pero os hago una propuesta, señor Santa Cruz. ¿Por qué mejor no me dais lo que portas, incluyendo los papeles de vuestra familia, y os dejo vivo como hice en Sevilla?

--¡No tengo nada todavía! --protesté.

--¡Pamplinas! --dijo Macanas--. De todas maneras Aramis os matara. Si os perdona la vida en tal caso el papa no tendría los veinte puntos!

--¿De qué puntos habláis? --le pregunte

incrédulo.

--Vuestra muerte le ganaría veinte puntos al papa. Cada punto consiste en una barra de oro macizo.

--¡No os atreveréis a tocar a mi yerno! --exclamó el patriarca--. ¡Difícil fue encontrar un valiente que se casara con mis tres hijas!

--Pero os dirigís a la Nueva España ¿verdad? --preguntó Aramis--. Os tendré que matar antes de que salgáis de Europa. No me gustan los viajes por mar. La sal del mar es mala para mi cutis.

Maldije a Luis XIV por toda respuesta. ¿Qué clase de juego estúpido era este donde todos los detalles eran divulgados?

Los gitanos rodearon a Aramis. Este parecía no preocuparse. Aunque eran veinte contra uno yo no tenía la seguridad de que pudieran matar al jesuita.

--Tened cuidado con él --les advertí--. Es un maestro con la espada.

--Pues yo tengo un arcabuz --contesto Macanas sacando tal y apuntando a Aramis.

--¡Vacíadle el arcabuz! --aconseje--. ¡Ese hombre es el mismo demonio!

--¡No os atreváis a tocarlo! --juro el patriarca interponiéndose frente al jesuita--. Dejad que Aramis se vaya sin que lo molesten. Nosotros no somos parte de este juego. ¡Si matamos a un agente, sobre todo a este jesuita, tened la seguridad que o el rey o el papa nos mandaría despellejar a todos!

Aramis hizo una elegante caravana y salió del campamento de los gitanos.

--¡Diablos! --juro Macanas bajando su

arcabuz--. Me temo que lo mejor será si continuáis vuestra misión señor Santa Cruz.

--¿Continuar? ¡Si ya toda Europa sabe que voy en camino!

--Seria lo mejor --dijo Fraustita.

--Por el bien de nuestros hijos --sostuvo Carmen.

--Les podréis dejar una herencia --confirmó Micaela.

--¿Herencia? ¿De dónde? ¡Yo no tengo plata!

--La recompensa de los correos son diez barras de oro por cada viaje --explicó mi nuevo suegro--. Los reyes tienen este oro guardado en la casa de los Fuggers, los banqueros. El premio está garantizado. Sin embargo, pocos correos lo reclaman.

--¡Hazlo por nuestros hijos! --me imploraron las mujeres.

Mis manos se habían posado sobre las cabelleras de los zagales que eran mis hijos.

--Bien --accedí--. Lo hare por ellos. Pero necesitare ayuda para cruzar la frontera.

--Eso no es problema --dijo Lucas.

--Bien, dejadme ir a recoger mis alforjas.

--¡No seáis bruto! --me regañó Carmen.

--Mandaremos a uno de nuestros hermanos a ver si el camino está libre --explicó Fraustita.

--Si Aramis sabe que estáis aquí en Tolosa para estas horas también milady lo sabe --continuo Micaela.

En efecto, unas horas después regresó uno de los gitanos con nuevas.

--Lo estaban esperando --explicó el que resulto ser mi cuñado--. Vide al mejicano ahí.

--¿Quien es el mejicano?

--Es un indio al servicio de milady. Es un experto con la cerbatana y la navaja. No tiene misericordia. Le temo más que a Rochefort --me aclaró Macanas--. La caravana partirá en la madrugada hacia el occidente. Tal vez la sigan pensando que queréis entrar a España por el rumbo de la Biscaya. Dejaremos que se adelante. Tu y yo, Pedro, nos vamos a esconder un dia en una finca arruinada en las afueras de Tolosa. A ver si asi los podemos despistar. Tomaremos al sur e intentaremos entrar por el rumbo de Barcelona.

--Por ahorita es nuestro --dijo Carmen.

--Es nuestra noche de boda --apuntó Fraustita.

--Niños, váyanse al carruaje de su abuelito y no nos molesten --acabó Micaela.

En la madrugada sentí moverse el carruaje. La caravana se puso en camino. Macanas me despertó y todo ojeroso y entre besos y juramentos de amor eterno me despedí de mis esposas y me deje caer del carruaje. Macanas me llevo a las ruinas de una venta y ahí esperamos el amanecer. En efecto, primero vimos pasar a Aramis seguido por su criado. Después vimos el carruaje de milady y su sequito.

--Parece que los despistamos --dijo Macanas.

Sacó los caballos y nos dirigimos al sur, hacia los Pirineos.



Sacudí la cabeza.

--No por mucho tiempo. Aramis seguramente se dará cuenta del ardid pronto.

Seguimos el viejo camino de los peregrinos a Compostela hasta que topamos con las montañas. De ahí Macanas me llevo por veredas extraviadas y bordeando precipicios en dirección generalmente al sureste.

--En el camino habrían espías --me explicó.

--Luis XIV no me dijo nada de que podía ganarme diez barras de oro --protesté.

Macanas se rio.

--El hideputa no hubiera tenido empacho en reclamarlas en vuestro nombre si sobrevivierais.

--Le daré tres barras a cada una de mis esposas y yo me quedare con una. Creo que es lo justo. Después de todo, soy yo el que está arriesgando el pellejo. ¿Dónde puedo reclamar el premio en caso de que sobreviva?

--Los Fuggers tienen una oficina en Génova. Lo tendréis que hacer ahí.

Me acorde del consejo de D'Artagnan. Macanas era hombre de confiar, por lo general.

--¿Queréis ser mi compañero de viaje? Puedo pagaros bien.

--¡Definitivamente no! No sé cuantos años me queden antes de que el diablo me lleve a los infiernos. Pero no quiero facilitar mi ida siendo despanzurrado por Aramis o Rochefort.

--Bien, de todas maneras necesito un criado que me ayude en el camino.

--Adelante hay una venta donde pasaremos la noche. Este camino solo lo conocen los contrabandistas. Dejad que pregunte a ver si hay un valiente dispuesto a ir con usted hasta la Nueva España.

La venta era una posada de mala muerte llena de tipos con caras patibularias, fugitivos del garrote les llamaba Macanas. Todos parecían conocer al gitano pues lo saludaron amablemente.

--¡No os habéis muerto Lucas!

--¡Ea Macanas! Que oí que los corchetes os buscan.

--¡Y también la inquisición!

--Va a haber chicharroniza!

Macanas me sentó en una esquina oscura del cuarto común mientras hablaba con sus conocidos.

Eventualmente Lucas regresó. Lo acompañaba un individuo rechoncho, lamparoso, y bajo.

--El amigo aquí está dispuesto a entrar en vuestro servicio --me dijo Macanas--. Os sugiero que habléis con él a ver que os parece.

--¿Lo conocéis? --pregunte, viendo con escepticismo al hombre.

--Es primo lejano del compadre de mi compadre --explicó Macanas--. Pero dan buenas recomendaciones acerca de él.

--¡A ver! Acérquese buen hombre --le dije ofreciéndole la bota. El hombre aceptó gustoso el ofrecimiento y se sentó frente a mí.

--Estoy dispuesto a servir a su señoría.  
Pero...

--¿Pero qué?

--¿No le importaría a su señoría  
contestarme una pregunta?

--El señor no va a revelar su nombre --le  
explicó Macanas--. Es, sin embargo, un  
hidalgo y cristiano viejo.

--Bueno, yo también soy cristiano viejo.

El fulano tenía, sin embargo, tal pinta que  
no dudaba que tenía ancestros que no  
comían tocino. Pero, ¿quién era yo para  
tirar la primera piedra?

--Pero no --continuo el fulano--, no quiero  
saber detalles sobre adonde va el caballero  
o por qué. Solo quisiera saber si es  
aficionado a las lecturas, específicamente  
de libros de caballería.

--¿Libros de caballería? --le pregunte  
atónito.

--Vera, su señoría, yo estaba al servicio de  
otro hidalgo, cristiano viejo también, pero  
este enloqueció leyendo libros de  
caballería. Yo le seguí la corriente pues mi  
esposa pensaba que mi amo nos heredaría  
bien al morir. Tal sucedió hace poco. Pero  
desafortunadamente ¡por toda herencia  
recibí los mismos libros de caballería que  
enloquecieron a mi amo! Mi esposa me  
aventó a la testa un Amadis de Gaula y me  
abandonó. Francamente no la culpo. Si  
supiera usted todas las desventuras que  
sufrí siguiendo a ese infeliz loco ¡y pensar  
que por toda recompensa recibí unos  
libracos malditos!

--No os preocupéis por eso. Yo solo leo  
cartas de navegación pues he sido

almirante y he tenido 5,000 galeras a mi  
mando.

--Pues mis respetos, señor almirante, pero  
con su venia tengo que saber también que  
clase de adversarios tiene vucencia. ¿No  
hay gigantes entre vuestros enemigos? ¿O  
va acaso a rescatar a princesas encantadas?

--Todos mis muchos enemigos son de carne  
y hueso --aclaré--. E infantas solo las he  
visto en la corte y todas son bigotonas y con  
el labio austriaco. No valen la pena arriesgar  
el pellejo para rescatarlas.

--El caballero os recompensara bien --dijo  
Macanas.

--¿El señor almirante me hará acaso  
gobernador de una ínsula?

--No os prometo tal cosa. Pero la ocasión,  
que pintan calva, bien podría dar pie a que  
os de tal gracia.

--¿En serio?

--Mirad, buen hombre, os sincerare con vos.  
Aquí en estas Españas no llueven reinos de  
los cielos. No os puedo prometer en tal  
caso un condado o que se yo. Sin embargo,  
dejadme recordaros las palabras que le dijo  
Cortes al mismo emperador don Carlos  
cuando este lo había desconocido: "¿Qué  
quién soy? Sabed que yo he dado a su  
señoría mas reinos que ciudades os  
heredaron vuestros abuelos". De ahí  
entonces que si en verdad queréis ser  
gobernador de una ínsula lo mejor sería si  
me seguí a las Indias, donde en verdad los  
reinos son más abundantes que las pulgas  
en los perros. Hay, sin embargo,  
muchísimos peligros para llegar. Es  
temporada de tifones en el Caribe. Y ahí  
abundan los piratas y corsarios. Y si, me  
siguen la huella diversos y peligrosísimos  
enemigos. ¿Aun así queréis seguirme  
entonces?

El hombre sacudió su cabeza.

--¡Santo Dios! ¡Entonces se juega el pellejo!

Punto a su favor. Por lo menos el fulano no era totalmente imbécil.

--Idos si lo que os ofrezco no os apetece. Sabed, sin embargo, que sí, es solo cuestión de suerte y vos podéis acabar de señor de un reino en las Indias, con cientos de indias desnudas haciéndoos piojito y dándoos a beber ese brebaje que ellos llaman chocolate y que os darán a beber en tarros de oro, igual que hacia el tal Moctezuma.

Los ojos del fulano brillaron.

--¡Sea! ¡Una ínsula así bien vale arriesgar el pellejo! ¡Si vuecencia me toma, yo Sancho Panza seré vuestro más fiel escudero!

Y fue así como este fulano, Sancho, entro a mi servicio.

LV. El “Operativo” de los PGRs



*Donde una voz celestial embelesa a los transeúntes de la calle de la Moneda...*

Ciudad de Méjico – 1682

--A ver oste, ¡recíteme el padre nuestro en latín! --ordenó el sosteniente Torres.

El fulano al que se dirigía era un ranchero provinciano que acababa de llegar a la capital y salía de misa de uno de los muchos templos en el centro de la ciudad. El infeliz estaba rodeado de los sicarios PGR de Torres, todos portando unas toledanas desenvainadas.

--¿Perdón, patrón?

--¿No se lo sabe?

--¡No la chingue patrón! ¡Si a duras penas hablo español!

--Además, ¡rezonga y le falta al respeto a las autoridades que Diosito le endilgo! Y encima de eso vos traíais el machete al cinto cuando entrasteis al templo.

--¡Patrón! ¡Es mi herramienta de trabajo!

--Es sacrilegio entrar armado a un templo y además es delito portar armas de uso exclusivo del ejército. ¡Vas pa dentro cabrón! --ordenó Torres.

Varios de sus sicarios subieron al infeliz ranchero a una carreta con jaula donde ya languidecían otros presos.

--A ver usted, recíteme los diez mandamientos --ordenó Torres indicando a un indígena que pasaba por ahí llevando un costal en su lomo.

El hombre se le quedó viendo confundido.

--No ‘pañol --dijo el indígena.

--¡Ah desgraciado! ¡Si no habla español como Jesucristo entonces es un hereje! ¡Entámbenlo!

A Torres le indicaron un borrachito que dormía la mona en un callejón.

--Súbanlo también, que se despierte en el palacio del Santo Oficio, que caray, a ver si el susto le quita lo borracho.

--¡Ya se lleno esta julia, patrón! --le avisaron a Torres.

--Bien, ¡llévenselos al tambo! Se regresan con la julia vacía y los espero en el mercado.

Doña Xochitl contemplaba con ansiedad el “operativo” desde la puerta de la yerbería “La Hermandad Blanca”.

--¡Hijos de su mal dormir! --murmuró la bruja.

Torres se quedó después de que sus hombres se fueron. Saludo con malicia a doña Xochitl. El sosteniente estaba esperando que pasara por el pan una muchacha de no malos bigotes.

A lo lejos, viniendo de catedral, el sosteniente observo a Sor Juana caminar por la acera.

--Es principio de mes. Dejaron salir a la monja para ir a cobrar las rentas del convento.

El sosteniente la vio con atención. Por unos momentos medito sobre la conveniencia de asaltarla y quitarle la plata. Pero luego recordó que la monja tenía muy buenas palancas con el virrey. Si lo agarraban acabaría en el garrote después de que le dieran sus calentaditas. Sor Juana caminaba muy quitada de la pena. En sus manos había unos papeles que iba leyendo y hacia ademanes con su otra mano, como quien dirige una orquesta que solo oía ella.

--Lo dicho --murmuro Torres--, a esa monjita o bien la queman por hereje o por loquita.

Mientras tanto, doña Xochitl también escudriñaba la calle, pero en sentido contrario. En eso vio una carreta acercarse. A bordo iban varios hombres vestidos como monjes juaninos.

--¡Aquí muchachos! --les dijo Xochitl indicándoles el callejón que daba a un establo donde guardarían la carreta y los caballos. Hecho esto, los hombres bajaron varias cajas de la carreta.

--Instálense aquí --les indico Xochitl llevándolos a un amplio sótano bajo la yerbería--. Entra poca luz, me temo, tendrán que usar veladoras, pero es más seguro.

--Trajimos lupas, plumas, tinta, papel, ábacos, y otros menesteres --explico uno de los monjes, un fulano indígena chaparrón y ya canoso.

--Gracias Fray Mateo.

--¿Qué era eso que se traían los alguaciles?

--No son alguaciles. Son los PGR's de la policía del Santo Oficio. Están haciendo lo ellos llaman quesque un "operativo" pero nomas están levantando infelices a lo pendejo. Temía que los iban a levantar a ustedes también.

--¡Pero si somos frailes!

--Si, pero ustedes son indios y eso es, aparentemente, delito suficiente para esos desgraciados. Noté que los condenados no están tocando a los españoles. Hasta les presentan armas y se cuadran cuando pasa uno.

--¿Y qué diablos están buscando?

--Lo que les oí decir es que iban a torturar a los presos a ver quién sabe algo sobre la Hermandad Blanca.

--¡Ave María! --se persigno el fraile.

--Ya le mande avisar al rey. A ver qué medidas toma.

--¿Exactamente que tenemos que hacer doña Xochitl?

--Mire --dijo Xochitl apuntando a las paredes donde habían cajas llenas de pergaminos--, sor Juana quiere que busquen toda mención del glifo de Tlaloc, el planeta. Aquí está un ejemplo del glifo que buscamos. Estúdienlo bien.

--¿Quién es esa sor Juana?

--Luego le explico, don Mateo. Es por orden del rey, don Lorenzo, que debemos darle toda la información que ella requiera. La monjita quiere que le copien la posición en el cielo, y fecha y hora en que se observo al tal Tlaloc. Si les falta uno de esos datos pongan una mención de ello.

--¡Ah caray! Eso va a llevar su tiempo. Hay cientos de pergaminos.

--Pos más razón para que usted y sus frailes empiecen a talachar --les indico Xochitl--. Aquí tendrán que comer y dormir. No salgan para nada, no los vayan a levantar los PGR's en uno de los "operativos". No quiero más líos con la Inquisición.

El fraile hizo una ligera caravana y empezó a organizar a sus subalternos.

Doña Xochitl regreso a la tienda y encontró al Ruiseñor practicando una melodía que no le había oído antes. Frente a él estaba sor Juana corrigiéndolo.

--¿Y eso que es sor Juana?

--Es el Orfeo, doña Xochitl. Toco que tengo que cobrar rentas y decidí pasar por aquí. Siempre había querido que el Ruiseñor cantara el papel de Orfeo y encontré la partitura entre mis papeles.

La lección continuó bajo la experta dirección de Sor Juana. La música inundo la yerbería y broto e inundo la Calle de la Moneda. El tráfico se detuvo. Los transeúntes se detuvieron oyendo esa voz celestial. Incluso el sosteniente Torres se detuvo a escucharla asombrado. Los monjes juaninos en el sótano, oyendo la voz, se persignaron y arrodillaron en éxtasis.

Doña Xochitl oía con lágrimas en los ojos la magnífica voz con que su hijo minusválido había sido bendecido.

--Dudo mucho los señores de la Inquisición me permitan escenificar el Orfeo, --dijo Sor Juana una vez que termino la lección--. Hay una novicia a la que también enseño y que tiene una voz igual de magnífica que sería perfecta para el papel de Euridice.

Xochitl se disponía a decirle a sor Juana de la llegada de los juaninos cuando entro en la yerbería un hombre vestido de gentilhombre.

--Yo con gusto hablare con el arzobispo para permitir que se escenifique el Orfeo --dijo el conde de la legión entrando en el lugar, acompañado como siempre por su perra.

Sor Juana palideció al ver al hombre y su animal. Xochitl vio al conde con extrañeza.

--¿Qué le despacho a su señoría?

--Nada, gracias. Vide a sor Juana entrar aquí y quería presentarle mis respetos --contesto el conde haciendo una caravana--. Además de que sucumbí a la tentación de ver de qué bendita garganta surgía esa voz angelical. Culpad, Sor Juana, a la Música de mi presencia pues ella encamino mis pasos adonde reina el Merito y la Diligencia. La voz esta me recordó aquella frase que hilvanan los poetas de Alemania: "und der Cherub este vor Gott".

--¿Hay en verdad tal querubín, señor conde? --pregunto Sor Juana sucumbiendo a su vez a su curiosidad.

--Tal hay, Sor Juana, es el cantor principal del coro de ángeles. Dichoso es quien lo haya oído. Pero me atrevo a decir que la voz de este muchacho se le equipara.

--¿Y desdichado es quien ya no oye ese coro?

--¡Ja! Alguna vez pensé, en mi juventud, que la libertad bien vale todos los sacrificios. Pero ese sentir, ese idealismo, me lo corrigió a golpes la vida. Ahora sé que la única dicha que importa es contemplar a la mujer amada.

--¿Y sacrificaríais incluso la libertad por conseguir tal?

--No solo sacrificaría mi libertad sino hasta mi misma existencia.

--Doña Xochitl, permítame un momento a solas con el señor conde --le pidió sor Juana.

--Vente Ruiseñor --dijo Xochitl--, ayúdame a bajar unos costales que tengo en la bodega.

Ya solos Sor Juana confronto al conde.

--Prendí su veladora.

--Lo sé.

--¡Santo Dios que estoy diciendo! Bien, estoy dispuesto a ayudar a su...perra. Y vuecencia parece estar dispuesto a todo con tal de lograr el objetivo deseado. ¿Qué hay que hacer?

--Por ahora, solo esperar. La ceremonia solo se puede hacer en luna llena.

--Faltan un par de semanas entonces. ¿Adónde tengo que ir, señor conde? Entienda que si me dan venia de salir del convento es solamente para ver sobre los dineros de la orden, nada más. No me puedo andar paseando por la ciudad o saliendo del convento cuando se me ocurra hacerlo.

--No os preocupéis, hija de Apolo, yo me encargare de llevaros a donde tomara lugar la ceremonia. No temáis. Os repito, no seré yo quien empañe el cristal. Vos conjugáis el Merito y la Diligencia y eso es lo que os hace digna de redimir a mi amada.

--Os olvidáis de Fortuna y el Acaso.

--En efecto. He ofrecido votos a Fortuna para propiciarla. Y acerca del Acaso, solo

podemos armarnos contra ella en la medida que se es posible.

--Mas vale que así sea, señor conde --dijo sor Juana acariciándole el lomo a la perra.

LVI. El Virrey



*Donde los adversarios se contemplan desde la distancia...*

Ciudad de Méjico – 1682

Tomás Antonio Manuel Lorenzo de la Cerda y Aragón, tercer marqués de la Laguna de Camero Viejo, Grande de España, caballero de la orden de Alcántara, comendador de la Moraleja, maestre de campo del Tercio Provincial de las Milicias de Sevilla, ministro del Consejo y Cámara de Indias, capitán general de mar Océano, del Ejército y Costas de Andalucía, Virrey de Galicia, Virrey gobernador y capitán general de Nueva España y presidente de su Real Audiencia, oía atentamente el reporte de don Carlos de Sigüenza y Góngora, catedrático de la Universidad Pontificia de la Muy Real y Señorial Ciudad de Méjico.

--¿Todo el valle de Puebla?

--En efecto, su alteza --contesto don Carlos-- . No hay una mazorca de maíz que quede en pie. Los indios están bajando de la sierra por pura hambre.

--Santo Dios --dijo quedamente el virrey.

El virrey observó la gran plaza que se divisaba a través de la ventana de su despacho. Si faltaba el maíz habría hambruna. ¿Qué tanto tiempo antes de

que se presentara ante el palacio una turba hambrienta?

--Estamos vigilando muy de cerca las milpas en el valle de Méjico --continuo don Carlos-- . Hasta ahora no hay indicación de la plaga en estas.

Varios secretarios tomaban fielmente el reporte de don Carlos. A la junta asistían todos los oidores de la Real Audiencia, el comandante de la guarnición de la Ciudad de Méjico, el Capitán don Anselmo Bustos, y el arzobispo don Francisco de Aguiar.

--Don Anselmo --indico el virrey--. No dudo que pronto habrá disturbios. Me temo que tarde o temprano necesitare de sus servicios.

--Alteza, cuando vuecencia lo ordene --contesto el viejo soldado de los tercios haciendo una reverencia.

--¿Con cuántos hombres cuenta don Anselmo?

--Alteza, me temo que no mas de 300, entre infantes, alabarderos, y jinetes.

Apenas un par de años antes el virrey había tenido que formar un ejército que se encamino a Nuevo México a combatir una sublevación de los indígenas del lugar que habían prácticamente erradicado el gobierno de España en esos lares. Esto había diezmado la guarnición española de la ciudad. Para complementarlo, España había reclutado indígenas que acompañaron al ejército en calidad de tropas auxiliares.

--¿Podemos reclutar más gente entre los naturales? --pregunto el virrey.

El oidor Ceballos, criollo, y primus inter pares de la Real Audiencia, se paro frente al virrey e hizo una reverencia.



--Su alteza, creo que podemos contar con 1000 hombres más suministrados por los príncipes aliados a España y gobernadores de Republicas de Indios. Sin embargo...

El virrey alzo una mano.

--Si, su lealtad podría ponerse a prueba. Lo entiendo. ¿Qué del rumor este del llamado Rey Coyote?

El arzobispo se paro.

--Alteza, tenemos indicación que si existe. Si los mejicanos se alzan lo más probable será que este los acaudille.

--En efecto --admitió Ceballos--. Toda sublevación necesita un líder y ese bien puede ser ese rey coyote.

--¿Y qué está esperando el Santo Oficio para arrestarlo? --inquirió el virrey con algo de exasperación.

--El Inquisidor don Antonio de Montoya está haciendo arrestos --aclaro el arzobispo--. Tenemos planeado hacer un auto de fe para que los mejicanos se enseñen a respetar a España.

El virrey contemplo al arzobispo con ojos entrecerrados.

--¿Dice su ilustrísima un auto de fe?

--Si, alteza, este mismo domingo.

--¿Vais a quemar indios?

El arzobispo se encogió de hombros.

--Estamos sometiendo a tortura a los que hemos arrestado. No dudo que Montoya pronto localizara el paradero de este rey coyote y de sus acólitos, unos brujos que se llaman la Hermandad Blanca.

Los ojos de virrey brillaron. Se vio que había cambiado de color y ahora estaba muy colorado.

--¿Quién fue el grandísimo imbécil al que se le ocurrió semejante propuesta?

Los miembros de la audiencia intercambiaron miradas nerviosas.

Aguiar apenas se sostenía en pie. Sentía tremenda presión en la vejiga y sus uñas le empezaron a torturar con gran fiereza.

--Me temo que don Antonio a veces peca de exceso de celo, alteza...

--¡Exceso de celo! ¡Voto a Belcebú! ¿Qué no ve el hombre que estamos sobre un polvorín? ¿Y la solución que propone es quemar indios?

--Si su alteza lo considera conveniente, pospondremos el auto de fe.

--¡Carajos si!

--Con su venia, alteza --dijo un gentilhombre.

--Hablad señor conde --contesto el virrey reconociendo al conde de la legión.

--El problema inmediato no es si van a haber disturbios o no. Eso delo por hecho, alteza. En tal caso si hay quema de indios o no poco cambiara este hecho.

--Pero puede apresurar la sublevacion --indico el virrey.

--Definitivamente, de ahí que lo prudente seria posponedlo como ha sugerido su alteza. Lo que se ganara entonces será tiempo.

--¿Y de que nos vale tal?

--Alteza, tal vez lo suficiente para que don Anselmo Bustos y sus hombres empiecen a formar tercios con los mancebos criollos y españoles de esta ciudad. Por lo menos asegurara la plaza.

--¿Qué pensáis don Anselmo?

--Alteza, en este palacio tenemos lanzas, arcabuces, pólvora y otros menesteres de guerra. Lo que dice el señor conde es correcto. Podríamos por lo menos doblar nuestro número.

--Bien --decidió el virrey--, hágase tal. Secretario, tome nota. También escribid una carta a los gobernadores de las provincias de occidente y del norte para que manden maíz a esta ciudad de inmediato. Don Carlos, la plaga esta solo asola el valle de Puebla, ¿verdad?

--Hasta ahora si, alteza.

--Don Carlos, adjunte vucencia una descripción de esta plaga a la carta que irá a los gobernadores. Secretario, apuntad que si detectan esta plaga...¿cómo se llama esta don Carlos?

--Los naturales le llaman el chahuistle, alteza.

--Si, si detectan este chahuistle que nos lo hagan saber de inmediato. Y por lo que toca a su Ilustrísima...

--Ordene alteza --contesto el arzobispo.

--Os prohíbo que hagáis hecatombe quemando indios, por ahora. Sacad a pasear algún santo acorde, decid misas, etcétera, etcétera. A falta de pan dadles circo a los mejicanos, ¿entendéis? Es todo.

Los funcionarios hicieron una reverencia y salieron.

--Quedaos, señor conde --indico el virrey.

El conde hizo una reverencia.

El virrey se planto ante el gran ventanal de su oficina. La plaza parecía una romería.

--¿Por qué hay tanta gente ahí?

--Es día de mercado, alteza. Además, si veis muchos se encaminan a la plaza de Santo Domingo.

--¿Qué con ello?

--Son familiares de los que ha levantado el Santo Oficio.

--Esos imbéciles nos perderán.

--Peor, imaginaros, alteza --dijo el conde con algo de ironía--, ahí en esa plaza tal vez este el mismo rey coyote, viéndonos, esperando el momento justo para asestarle un golpe a España.

El virrey vio con recelo a la multitud de la plaza.

--¿Tal pensáis?

--Ciertamente, alteza. Cuentan las crónicas --el conde mintió pues había sido testigo de los hechos-- de que Bruto y sus co-conspiradores solían juntarse en el foro de Roma observando las idas y venidas de Cesar al senado, esperando el momento justo para actuar.

--Poco sosiego me dan vuestras palabras, señor conde. ¿Tendré acaso que gobernar escoltado siempre por alabarderos, espantándome de cualquier indígena que ose aproximarse, viviendo prisionero en mi palacio?

--Por otra parte, alteza, las lluvias pronto cesaran. Si tal ocurre esto frenara el progreso de la plaga.

--Quiéralo Dios así --murmuro el virrey.

En medio de la plaza tres indígenas vestidos de arrieros contemplaban el palacio.

--¿Ese es el virrey? --pregunto Lorenzo.

Don Raúl agudizo su vista.

--Tal creo.

--¿Cuál de los dos es?

--El virrey es el de la izquierda, el de mediana edad. El otro tiene más pinta de guerrero que de virrey. Mirad como se planta.

--En efecto, se ve de cuidado el amigo --Lorenzo, por la distancia, no reconoció al conde de la legión, pero instintivamente le temia.

--Alteza --dijo el príncipe Itzcoatl, también conocido como Guadalupe--, tal parece que están doblando la guardia del palacio.

En efecto, don Anselmo dictaba órdenes a la guarnición. La guardia en la puerta del palacio virreinal se había doblado.

Lorenzo contemplaba con cuidado el palacio. Las murallas eran gruesas.

--Tendríamos que tomar esa puerta antes de que la cierren. Una vez que tal hagan no tendríamos los medios de entrar.

--Observad las espingardas en las almenas, Alteza. Pueden barrer la plaza.

--¿Cuántos españoles creéis que estén ahí?

--Yo diría unos cien. Alteza, no tenemos los hombres para intentar un alzamiento.

--Aparentemente la gachupinada no lo cree así --sonrió Lorenzo.

--¿Y que de estas gentes? --pregunto Guadalupe--. Hay cientos de ellos y muy pocos españoles.

--Miradlos, príncipe --dijo don Raul con algo de amargura--, pocos creo que tendrían los huevos. Han estado sometidos por generaciones. Y por un pedazo de pan no dudo que gritaran ¡Viva España! y derramaran la sangre de sus hermanos.

Las campanas de catedral empezaron a doblar.

--¡Y esa es la peor enemiga de Méjico! --juró Lorenzo--. Cría cuilones y poltrones.

--¡Pero la hambruna amenaza! --insistió Guadalupe--. ¡No puede ser que estas gentes sean tan tibios que dejarían que sus hijos se mueran de hambre sin protestar!

Don Raúl sacudió la cabeza.

--Mi señor Itzcoatl --dijo don Raul--, vos habéis crecido como hombre libre. Sois un caballero águila. Tenéis patria, si, aun si es tan solo la cima de un cerro frio. Conocéis a vuestros ancestros y sus glorias. Sois por lo tanto un hombre de valía. Estos cuilones no son tal. No conocen su historia. Son esclavos. Y los esclavos no tienen patria, tienen amo.

--Olvidad la idea de un alzamiento, señores. Si la oportunidad se presenta la tomaremos --concluyo Lorenzo--, pero dudo que tal ocurra. Nuestra obligación es clara, hacerles llegar el toltecayototl a los mexicanos para que la profecía se cumpla, aun si esto toma 400 años más.

--Alteza, ¿pero que si esos mejicanos  
futuros resultan ser igual de tibios y  
cobardes?

--Ojala que para entonces ya tengan huevos  
--dijo don Raúl.

--Quiéralo Dios así --murmuro el rey.

LVII El Moro y su Escudero



*Donde se discute sobre qué lado de la aleta de una sirena hay que revisar para asegurar que no este enferma.*

En verdad no podía tener queja de Sancho. En cuanto llegábamos al lugar donde íbamos a pernoctar, sea este una venta o en despoblado, él se avocaba por ver por el bienestar de nuestras montas, dándoles su pienso y aguándolas. Conocía el fulano el camino y tenía un fino instinto. Por lo menos esa fue mi primera impresión.

--Cuidaos su señoría que creo que vide entre los ociosos al tal Gines --observo Sancho cuando íbamos pasando por la plaza de un pueblo polvoso.

--¿Y ese quién es? --le pregunte.

--No es persona de bien, os lo aseguro.

Vide a los ociosos que nos observaban con cuidado. Todos parecían prófugos de las galeras. Debo apuntar que no podíamos dejar de llamar la atención. Sancho y yo íbamos montados en buenos caballos.

Llevábamos una remonta y una mula cargaba nuestra impedimenta. Viajaba, en suma, como un gran señor con la plata que me había dado Luis XIV. Pero había llegado a la conclusión que la remonta era un mal necesario. Con ella podría apresurar el paso y evadir a cualquier perseguidor.

Espoleamos los caballos y salimos del pueblo. Nos detuvimos en lo alto de una colina a escudriñar si nos seguían. No vi al tal Gines o siquiera un jinete. La resolana era intensa. Creí divisar algo.

--Sancho, ¿veis una figura que viene por el camino con un trote peculiar?

Sancho diviso haciéndose sombra con una mano.

--Creo que así es, su señoría. Es un hombre. Viene solo.

Maldije no tener mi catalejo de marino.

--¡Apresurad el paso hombre!

--¿Es un enemigo de vuestra merced?

--¡No discutáis! ¡Espolead los caballos!

Y es que creí haber reconocido al hombrecillo con aspecto de tártaro que estaba al servicio de milady.

Seguimos nuestro paso por un buen trecho. Cambiamos de caballo. Ya pardeaba la tarde cuando nos volvimos a detener en otra colina.

Volví a observar el camino. Creía ver al hombrecillo a lo lejos aunque no estaba seguro. Tal cosa hubiera sido algo inaudito. Mantener tal trote no era de humanos.

--¿Veis al fulano que nos seguía, Sancho?

Sancho arrugaba la frente y escudriñaba.

--No estoy seguro su merced. Hay muchos espejismos por el calor.

--¿Hay alguna venta adelante donde podamos cambiar los caballos?

--Me temo que no, su señoría. Estamos a un día de camino de Córdoba. De aquí hasta allá es puro despoblado.

Desmontamos y guiamos nuestros animales. No quería reventarlos.

--¿Sabéis usar esto? --le pregunte a Sancho ofreciéndole un alfanje.

--He matado marranos, señor almirante.

Medite sobre su respuesta. Bien le podría explicar sobre todos los finos detalles sobre el arte de la esgrima que me habían tratado de enseñar los mosqueteros. Pero decidí que seria inútil.

--Básicamente, Sancho, todo el arte de la esgrima es igual a matar un marrano. La diferencia, sin embargo, es que el marrano porta un arma y os quera despanzurrar primero.

--Su señoría, con todo respeto, pero, ¿Por qué estamos huyendo de ese fulano? Es solo un hombre. Nosotros somos dos.

--Es el que llaman "el Mexicano". Es sicario al servicio de mis enemigos y me han advertido que es peligrosísimo. Prefiero evadirlo.

--¿El Mexicano? ¿Y nos dirigimos a su tierra natal? Perdone la impertinencia su merced, ¿vuecencia conoce esa tierra? ¿Está llena de gente así de peligrosa?

Había llegado a la conclusión que no quería dispensar con los servicios de Sancho así que decidí alimentar su imaginación.

--He ido a indias pero no he visitado la Nueva España que es uno de los tantos reinos que ahí se encuentran. De esta Nueva España se solo lo que cuentan las crónicas. Y si, hay fieros guerreros ahí. Pero, os insisto, si queréis haceros de un reino y tener un harem de indias desnudas solo lo podéis encontrar ahí.

--¿En verdad andan desnudas las indígenas su señoría?

--La mayor parte de ellas si. Me cuentan que hay mexicanas que van de la cuna a la tumba vestidas cual nuestra madre Eva, si acaso portando tan solo unas plumas y pintura corporal. Pero si conocí verdaderas bellezas, muy esbeltas y garbosas, en Maracaibo, que mostraban sus desnudeces y cuerpos bronceados sin recato alguno. Ah, y no son bigotonas como nuestras españolas. Tienen además muy arraigada la costumbre de bañarse muy seguido, a veces a diario, y por tal razón no huelen a borrico.

--¿Cómo? ¿Se bañan a diario?

--En la indias, Sancho, abundan arroyos cristalinos donde los nativos acostumbran darse sus chapuzones. De ahí que prefieran andar desnudas pues así se pueden echar un clavado en estos arroyos sin tener que despojarse de ningún ropaje.

Los ojos de Sancho brillaron.

--Perdone, su señoría, pero ¿estas nativas son de buen ver o rollizas?

--Hay de todos tamaños pues la fauna femenina en las Indias es de gran variedad. Me cuentan que en las montañas de la Nueva España, donde es mas frio, se prefieren las gordas pues calientan mejor una cama. Se reputa que el tal Motecuzoma dormía bajo una docena de gordas.

El hombre se entusiasmo, tal vez por tener preferencia por las gordas, cosa muy generalizada en España donde los inviernos son crudos. Me temo, que yo le di cuerda hilando historias cual mas fantásticas sobre las Indias. Saque del baul de los recuerdos todas las charlatanerías que me habían contado en mis travesías.

--Ahora entended que, si en el trayecto, que es muy largo y tedioso a bordo de los buques que bregan esos mares, deseáis desahogaros podéis apelar bien a vuestra mano, a un grumete acomodaticio o a una esposa de mar.

--¿Dice vucencia una sirena?

--Si, tales hay.

--Ah muy bien. Sepa su señoría que no, no soy dado a vicios contranatura aunque entiendo que eso es muy popular en Levante y entre la nobleza de los ingleses.

--De los herejes se puede esperar cualquier cosa, Sancho. Pero, en efecto Sancho, en las Grecias son muy comunes tales practicas. Incluso, según me acuerdo de lo que aprendí en la infancia, los griegos inventaron la llamada filosofía que consiste en diálogos muy doctos sobre la belleza de los efebos. Por ello es que los doctores de Salamanca, los cuales también son parciales a esos menesteres, los consideran los padres de la civilización occidental. Pero eso no viene al caso pues si no hay grumete dispuesto el marino siempre puede recurrir a las sirenas, algunas de las cuales son tan bellas como la misma Venus. Sin embargo, los marinos deben de cuidarse de ellas.

--¿Por qué?

--Imaginaros la cantidad de hombres, puros marinos, la escoria de los siete mares, con que ellas se aparean. Aseguraros que no

tengan chancros en la aleta. Eso de inmediato las delata si están enfermas.

--¿Las debe uno revisar entonces en la parte frontal o trasera de la aleta?

--En la parte trasera, Sancho, obviamente. También observadles bien las agallas, que se vean sanas y no estén sanguinolentas. Pero eso no es todo. Sabed que las sirenas no toman oro o plata por pago a cambio de entregarse a un hombre. Después de todo, su soberano, Neptuno, es dueño de inmensos tesoros que han naufragado y caído a los abismos. No, ellas suelen exigir el pago con clavos y velamen. ¡Válgame Dios! He visto buques que muy a duras penas llegaban sin desfondarse a Maracaibo pues los marinos, enloquecidos de lujuria por la belleza de las sirenas, habían arrancado la mayoría de los clavos que mantenían junta la nave. Otras naves han quedado varadas en medio del océano por haber sus tripulantes pagándoles a estas sirenas con el velamen. Y si tenéis curiosidad si estas criaturas son mujeres en todo el sentido de la palabra, sabed que si, tienen todos los atributos necesarios. Sin embargo, como San Pablo, tendréis que hacer a un lado las escamas para contemplar la tierra prometida.

Me asombro en realidad la extrema gubilidad de mi criado, el cual tomaba como verdad absoluta todo lo que afirmaba. Si le hubiera dicho que habían gigantes y princesas encantadas en las Indias seguro que me hubiera creído.

En el curso de nuestras conversaciones descubrí, sin embargo, que Sancho tenía todos los prejuicios de mis compatriotas. Esto salió a la luz cuando me conto como se rehusó a ayudar a un vecino suyo que era morisco a recuperar un tesoro

--¿Y rehusasteis ayudar al tal Ricote?

--Era un moro, mi señor.

--Había sido vuestro vecino. El oro ese que menciono lo había ganado honradamente, ¿no es así?

El hombre se quedo pensando, rascándose la testa.

--Bueno, ahora que me lo recuerda su señoría, me sorprende que haya ganado tal oro. Le fiaba a todo mundo y muchos eran mala paga. Creo que yo le quede debiendo algún dinero.

--Pero no importaba esa deuda pues era solo un morisco, ¿verdad?

El hombre estaba confundido.

--Su señoría me ha dicho que los habéis combatido.

--¿A los moros? Ciertamente es, he mandado a los infiernos a cientos, si no miles, con mis galeras. Vive Dios que bien hubiera podido navegar al frente de mi flota a través de los Dardanelos para jalarle las barbas al mismo Gran Turco allá en Constantinopla si los vientos no me hubieran sido contrarios.

--Entonces su señoría sabe la clase de gente vil que es.

Mi sangre empezó a hervir y tuve ganas de darle un sopapo al infeliz. Pero me di cuenta que regañarlo no serviría para nada.

--Os aseguro que los moros son tan malos y tan buenos como cualquier otro hijo de mujer, Sancho. Su sangre, que he vertido en ríos lo admito, es tan roja como la nuestra.

--Tal vez así sea y ojala el buen Dios los perdone por vivir en el error.

Fue así como nos sorprendió la noche. No había visto ya mas evidencia del hombrecillo que nos seguía. Estábamos ya cerca de Córdoba pero, como había afirmado Sancho, la campiña estaba muy solitaria, triste. A lo lejos se distinguía una serie de colinas coronadas con ruinas.

--Pasemos la noche en esas ruinas, Sancho.

Sancho se persigno.

--Su señoría, se dice que ahí espantan. Es el antiguo palacio de un rey moro que tenia pacto con el diablo.

--¡Pamplinas! --dije espoleando a mi monta y encaminándome hacia el lugar. Me importaba un bledo si Sancho me seguía o no. Una extraña atracción me impulsaba hacia esas ruinas melancólicas.



LVIII La Visita de Leibniz



Basilea

Jacobo Bernoulli trastabillaba y hacia esfuerzos heroicos por mantenerse erecto. Tenia ya años que no tenia la dicha de encontrarse con su amigo Gottfried Leibniz y ambos habían celebrado la reunión bebiendo y comiendo hasta altas horas de la noche. Leibniz había descendido, cual Júpiter del Olimpo, desde la Alemania a presentar su nueva notación en la universidad. La conferencia había sido todo un éxito. La facultad de matemáticas de la universidad de Basilea, de la cual Jacobo era decano, abrazo con entusiasmo la notación de Leibniz

--¿De donde os inspiro el inventar tal notación? --le pregunto Bernoulli.

--Veras, Jacobo, --dijo Leibniz elevando un taro de cerveza y eructando--, a mi siempre me ha interesado el oriente. Incluso me enseñe a leer y escribir en chino...

--¿En chino? ¡Válgame Dios!

--No fue fácil --admitió Leibniz--, me tomo varios años y, claro, en Alemania hay muy pocos chinos. Solía yo ir a Bremen de vez en cuando a ver si acaso veía desembarcar de un buque a un hijo del celeste imperio que estuviera dispuesto a ayudarme a aprender su lengua. Me temo que las mas

de las veces cuando me encontraba un chino se trataba de un fulano que no sabia leer y escribir. Ah, pero en una ocasión me tope con todo un erudito, un tal Fang Tsen, embajador del emperador chino antes los príncipes alemanes. Este amigo pertenecía a la clase de lo que allá llaman mandarines y son los burócratas que gobiernan en nombre del emperador. Reciben una educación esmerada y tienen conocimientos de las ciencias y de las artes.

--Eso es muy interesante, Gottfried, pero, ¿Qué diablos tiene que ver con tu notación?

--Todo, tiene que ver todo, Jacobo. Con la ayuda e instrucción y extrema paciencia de don Fang pronto conocí los rudimentos de su lengua. Y el caso es que aprendí que su escritura consiste de ideogramas, de los cuales parece que hay miles. Sin embargo, pueden presentar las ideas mas complejas con tan solo unos cuantos de estos. Eso me inspiro que un ideograma seria la mejor representación de una idea matemática.

Jacobo levanto su tarro y brindo.

--¡Pues brindo entonces a la salud de don Fang!

Jacobo busco entre sus ropas la llave de su casa. Después de mucho esfuerzo la encontró. Vivía solo.

Jacobo entro. Prendió una bujía. Normalmente, se hubiera ido directamente a su recamara a buscar refugio en su lecho mientras pasaban los efectos del alcohol. Algo lo hizo vacilar. Se dirigió a su despacho.

El lugar era un desorden, mas de lo acostumbrado. Habían cajones abiertos y desparramados por todos lados.

A Jacobo se le helo la sangre. El Gran

Maestre de los iluminados tenia muchos secretos. Y si se revelaran...habría muertos.

Jacobo se dirigió a su escritorio. Este era un mueble formidable, de caoba, con múltiples cajones. Busco en una esquina y presiono un botón oculto. Se abrió un compartimiento de buen tamaño, inaccesible de otra manera e invisible a simple vista. Jacobo alumbro dentro de este.

--¡Gott im Himmel! --juro y cayo pesadamente en su sillón presa de pánico y temblando.

Su correspondencia con von Tschirnhaus y las breves notas que le había mandado "Hypatia" desde la Nueva España faltaban.

Segundos después sus instintos lo impulsaron a alumbrar la habitación. Quien quiera que haya descubierto el compartimiento tenia que ser un adversario formidable y tal vez letal. Los pelos se le erizaron a Jacobo. Bernoulli era un cincuentón, panzón, un erudito, no era un hombre de acción. Si el ladrón estaba todavía dentro de su casa, Jacobo era hombre muerto.

Jacobo recorrió con precaución el resto de su aposento. A veces creía detectar un ruido leve. Pero no, no encontró a nadie.

Al final salio de su casa. Desde el dintel de su puerta observo la lóbrega y solitaria callejuela. Era invierno. Había nevado. Jacobo creyó detectar unas huellas en la nieve que no, no eran suyas. Se dirigían hacia el centro del pueblo. Jacobo se dirigió tras de estas huellas con toda la prontitud que su obesidad le permitía. Eventualmente creyó divisar al autor. Una figura vestida en negro se veía a lo lejos caminar con prestancia y agilidad. Su traje recordaba algo la vestimenta de los jesuitas aunque el hombre portaba una espada.

Tal vez el hombre de negro tenia ojos en su espalda pues se volteo y encaro a Jacobo a media cuadra. Estaba esbozado. El hombre de negro desenvaino su alfanje con una facilidad y elegancia y Jacobo tuvo una premonición de muerte.

El hombre de negro alzo un dedo como dándole una advertencia a Jacobo. El mensaje era claro. Si Jacobo quería seguir vivo más vale que se diera media vuelta. Jacobo no tenia arma alguna. Sabiéndose vencido, Jacobo se regreso con premura a su casa y se encerró en ella a piedra y lodo.

LIX La Clepsidra de Mercurio



Ha caído la noche en el valle de México. La oscuridad es casi total. El chipi chipi de la tarde se ha convertido en una lluvia constante e inclemente. Las gotas caen en los tejados de las casas señoriales adornadas con el escudo de un noble de castilla. Igual mojan las torres de la catedral. Caen sobre los modestos jacales de los indios y sobre las ruinas olvidadas de antiguos palacios y teocalis de los soberanos mexicas. Las aguas se juntan y corren por las empedradas calles de la capital formando verdaderos arroyos que van a parar a la gran laguna que todavía rodea la ciudad. El viento arrecia en esta y sus aguas se embravecen. A bordo de las canoas de los trajineros que llevan toda clase de comercio a la ciudad desde los pueblos que bordean a la laguna los tripulantes se persignan y bogan con fuerza para buscar el cobijo de la orilla. Apenas unas cuantas teas, protegidas de la lluvia, alumbran el primer cuadro de la ciudad. La ronda de alabarderos hace su recorrido. Se oye de vez en cuando una consigna con voz tétrica que emite uno de los de la ronda:

--¡Son las dos de la mañana y a Dios gracias no hay novedad!

Dos figuras esbozadas caminan por sigilo por las tétricas calles. Evitan con éxito a la ronda y entran con toda precaución al patio de la yerbería de la calle de la Moneda.

--¡Abra doña Xochitl! --exclama Lorenzo tocando el pesado aldabón de la puerta.

Tal hace Xochitl reconociendo la voz del soberano de Anahuac y los dos esbozados entran, todos empapados al sótano de la yerbería. Lorenzo se descubre y Xochitl lo abraza.

--¡Válgame Dios! ¿De qué se trata esto?

Lorenzo sacude la cabeza.

--Cosas de mi patrona....ya viden lo terca que es.

El segundo esbozado se despoja de sus abrigos. Es Sor Juana. Esta vestida como un gentilhomme y trae el cabello a rape.

--Tenia que venir hoy. Son demasiadas mis dudas.

--¿Recibió madre nuestro último sumario?  
--pregunta el monje Fray Mateo.

--Precisamente, tal hice, Fray Mateo. Y esa es una de las razones por las que vine --dijo Sor Juana produciendo varios manuscritos de una alforja--. El problema que tengo es que no entiendo la medición del tiempo. Puedo aceptar, y probablemente aceptare, la medición tal y como se me presenta en estos pergaminos. Pero me daría más confianza si entendiera exactamente como lo median los mexicanos de la antigüedad.

--Se que dividían el día en veinte porciones --dijo doña Xochitl.

--Creo que yo puedo contribuir algo que recuerdo leí en los anales de Xochicalco --ofreció Fray Mateo.

El monje agarro un pedazo de papel en blanco y una pluma que mojó en tinta.

--Recuerdo leer una descripción de un aparato para medir el tiempo. Utilizaba lo que los antiguos llamaban el agua de plata, la cual era aparentemente bastante pesada.

--¡Mercurio! --exclamo Sor Juana.

--Tal vez --admitió Fray Mateo-- hay veneros de ese elemento en tierra de los chichimecas. El caso es que mencionan un instrumento de flujo constante impulsado por el gotear de esa agua de plata.

--Suenan a una clepsidra --dijo Xochitl.

--Ustedes me dirán --contesto Fray Mateo--, la crónica esa se estaba cayendo a pedazos cuando la copiamos. Era yo muy joven y la recuerdo por que fue uno de mis primeros encargos. El aparato funcionaba constantemente como en una especie de movimiento continuo. Se mencionaba que todo el instrumento se ajustaba para apuntar siempre a Tollan y obtener la desviación temporal a partir de ese lugar.

--En tal caso se trata de un descubrimiento paralelo a lo que describe Isaac Ibn Sid en el Libro del Saber de la Astronomía --explico Sor Juana--. Habla de una clepsidra de mercurio que igual permitía una medición del tiempo muy precisa y que siempre apuntaba a Toledo, donde el rey Alfonso el Sabio mantenía su observatorio. El problema entonces es saber donde estaba Tollan.

--¿Y que de ello? --pregunto Xochitl.

--Verán, con los últimos sumarios creo tener bastantes datos ya para atreverme a usar el modelo de Kepler y predecir la órbita de Rahu. Pero me ayudaría saber la localización de la mítica Tollan. Tal parece que todas las observaciones se basan en un horario que varía a la distancia del meridiano en que se haya encontrado esta.

--Teotihuacan sería la más posible localización --sugirió Fray Mateo.

--¡Señores! --exclamo Lorenzo que hasta ahora no había dicho una palabra mientras los sabios discutían--. Esa conversación ya la tuve una vez con mi padrino, don Diego. Teotihuacan, él creía, no era Tollan.

--Tal es cierto --dijo Xochitl--. Mi padre no creía que Teotihuacan tenía la antigüedad necesaria.

Fray Mateo extendió un mapa en papel amate del antiguo Anahuac.

--Este mapa lo preparo la hermandad para el emperador Moctezuma Xocoyotzin. Muestra las rutas de los pochtecas, las guarniciones mexicas en tierra caliente, y las ciudades del sur.

--Si la legendaria Tollan era tan importante --observo Sor Juana-- debería de estar en un punto estratégico, accesible a todo Anahuac.

--Según mi padrino Tollan era un paraíso --añadió Lorenzo-- y no frío como Teotihuacan. Tiene que estar en tierra caliente.

--Solo hay una posibilidad entonces --sugirió Xochitl en voz queda--. La ciudad Serpiente-Jaguar, aquí en el Coatzacoalcos. Esta hoy en ruinas, todas cubiertas de maleza, sin embargo os aseguro que es un lugar donde los dioses todavía gobiernan. Y si, es tierra caliente, el suelo es feraz y el agua abunda.

Su dedo se poso en el mapa. Era obviamente el centro de Anahuac, equidistante al altiplano, al mayab, y a Guatemala.

--Es posible --observo Lorenzo--. Leí que Axayacatl mando una legión a conquistar el lugar y fueron rechazados en este punto, Cuilonimiquitzlan. Los soldados mexicas se replegaron a los cerros de Catemaco y ahí

se fortalecieron y establecieron una colonia. Es evidente que los gobernantes de la gran Tenochtitlan seguían teniendo interés en el lugar si situaban una guarnición en su cercanía.

--Mas aun --recordó Fray Mateo--, el rey Ce Acatl Topiltzin Quetzacoatl hizo una peregrinación al lugar, la Ciudad Serpiente Jaguar, siglos antes de que surgiera la gran Tenochtitlan. Hizo sacrificios a los dioses y recibió instrucción de los ancianos del lugar. Fue así que obtuvo el derecho de añadir el nombre de Quetzacoatl a sus títulos. Según las crónicas fue del Coatzacoalcos que el Quetzalcoatl original se embarco para no regresar mas.

--Sea entonces, basare mis cálculos en que todas las cronologías son a partir del meridiano del Coatzacoalcos --concluyo Sor Juana.

--¿Y qué si no es ahí madre? --pregunto Lorenzo.

--En tal caso, mi modelo se vendrá abajo. O, si funciona, tendrá errores y la predicción de la órbita de Rahu será falaz --contesto Sor Juana.

--¿Requiere más datos madre entonces? --pregunto Fray Mateo.

--Dadme lo que juntéis esta semana y no mas --pidió Sor Juana--. Estamos arriesgando mucho con tener estos papeles en este lugar y entre más pronto los regresen a Texcoco, mejor.

--Sea, el domingo empacaremos --anuncio Fray Mateo.

--Vámonos yendo entonces madre --dijo Lorenzo calzándose su abrigo y asegurando que su toledana estaba en su lugar--. Las calles son muy peligrosas de noche.

Lorenzo y Sor Juana volvieron a adentrarse por la calle de la Moneda.

--Tenemos que abreviar el paso, Lorenzo --observo Sor Juana--. Tengo que estar en el convento para el primer toque a misa.

--En tal caso tendremos que pasar por la calle de las cantinas, madre. Están abiertas hasta altas horas de la noche porque el ayuntamiento recibe cochupo de estas.

--¡Válgame Dios!

--No dudo que nos encontraremos unos borrachos. No les haga caso y camine cerca de mí, por el amor de Dios.

Afortunadamente la lluvia había amainado. Pronto entraron Lorenzo y Sor Juana a la calle en cuestión desde donde varios establecimientos de mala muerte estaban todavía abiertos. Algunos borrachos trastabillaban al salir de estos. Sor Juana los contemplaba con cierto horror.

En eso salió un grupo bullicioso de uno de los lupanares. Lorenzo y Sor Juana apresuraron el paso tratando de esquivarlos. Pero no tuvieron éxito.

--¡Ese don Lorenzo! ¡Vengase a tomar con los pobres!

A Lorenzo se le helo la sangre reconociendo al Faisán. Con él se encontraba el Osito. Pero lo que más lo hizo temblar fue reconocer al conde de la legión que sostenía al definitivamente alcoholizado inquisidor Montoya.

--Tengan buenas noches sus mercedes --respondió Lorenzo--. Siento mucho que no podemos dilatarnos con sus señorías. Tengo que escoltar a mi patrón a su aposento. Tal vez otro día, con mucho gusto.

--¡Y tiene razón! ¡Jic! --exclamo el inquisidor trastabillando y acercándose a Lorenzo y Sor Juana--. ¡Yo ya no valgo dos bledos!

--Patrón, por favor, no lo tome vucencia como desaire --le suplico Lorenzo.

Pero el inquisidor era de esos borrachos tercos. Se acerco a Sor Juana y la agarro por el abrigo, descubriéndola, y poniéndose a llorar en su hombro.

--¡Es que esa desgraciada...ya me desgracio!

--¿Qué tiene este buen hombre? --pregunto Sor Juana tratando de enronquecer la voz para aparentar ser un mozo.

--¿Y quién es su patrón don Lorenzo?  
--pregunto el Faisan.

--¡Es que estoy herido de muerte! --aulló el inquisidor.

--El patrón anda volando bajo --explico el osito.

--¿Lo conozco caballero? --pregunto el conde.

--Ah, mi patrón es... --trastabillo Lorenzo.

--Don Filoteo de la Cruz, señores, cristiano viejo, caballero de la orden de Tais y de Lucrecia, recién llegado de España, para servir al rey y a Dios --contesto Sor Juana.

--Ah que don Filoteo --se rio el conde--. Vera, aquí al amigo Montoya me lo acaban de regañar feo. El señor arzobispo lo puso como al perico. Creo que lo más probable es que lo embarquen en Acapulco para que esté a cargo de un leprosario en las Marianas.

--¡Y todo por culpa de esa musa! ¡Ay! ¡Mi suerte es tan funesta! ¡Nacida de las sombras de la noche, jic, como mi destino!

--Pos le ofrecimos que si se echaba una cana al aigre antes de que se fuera al leprosario nosotros lo escoltaríamos --explico el Faisán.

--¡Me negué a, jic, quemarla! ¡Que se vaya al diablo el arzobispo! ¡Cómo podría hacerle algo a ella, a ese, jic, intelecto! ¡Tan rutilante, jic, como las estrellas!

--Una última parranda es lo menos que se merece el patroncito --añadió el Osito.

--No creo que llegue a Acapulco vivo --explico el conde--. Se le ha roto el corazón. Va a morir de amor.

-- Siento un anhelo tirano por la ocasión a que aspiro, y cuando cerca la miro yo misma aparto la mano (jic). Porque si acaso se ofrece, después de tanto desvelo la desazona el recelo o el susto la desvanece --recito el inquisidor.

--¡Válgame Dios! --exclamo Sor Juana reconociendo sus rimas.

--¿No les digo? La monjita trae volando bajo al patroncito --dijo el Faisán--. Ya no piensa derecho y hace cada barbaridad.

--Es que la monjita esa esta guapita, no cabe duda --observo el Osito--. Yo que él me la hubiera robado del convento y le hubiera puesto casa.

--¡Ya le dije antes que respete! --exclamo Lorenzo con indignación. Su mano se poso en su toledana.

--¡Por Dios! --Exclamo Sor Juana--. Esto no amerita que se derrame sangre.

--¿Sangre? ¡Que se derrame la mía! --dijo el inquisidor--. Dígame, don Filoteo, ¿usted es

diestro con la toledana? ¿Me haría vuecencia el gran honor de cruzar acero conmigo y matarme?

--Bueno --se rio el conde de la legión--, veamos la sugerencia del inquisidor desde el punto de vista que morir aquí en México sería mejor que ir a morir en las Marianas. Es más, don Filoteo, tenga usted mi toledana.

El conde le extendió la toledana a Sor Juana y Sor Juana la agarro con mano temblorosa.

--¡Señores por favor! --exclamo Lorenzo.

--Esto es asunto entre españoles --advirtió el conde.

--Si, don Filoteo --dijo el inquisidor agarrando la punta de la espada y poniéndosela en el pecho--. Entiérremela vuecencia aquí mismo. ¡No quiero acabar entre los leprosos!

--Seria una caridad si le da la muerte, don Filoteo --dijo el conde sonriendo.

--¡No me pida usted eso! --contesto Sor Juana.

--¿Me desprecia caballero? --dijo el inquisidor observando con cuidado a Sor Juana--. Válgame, jic, Dios. Vuecencia se parece a ella incluso. ¿Sois acaso familia? No se ofenda, caballero, pero sois bastante guapo. Si yo fuera parcial al vicio griego le echaría, jic, los perros. Deme la muerte entonces, así se me figurara que es ella la que me mata.

Sor Juana dejo caer la espada con horror. Lorenzo desenvaino la suya.

--¡Acabemos señores con un carajo! --juro Lorenzo.

--¡Maldita sea mi suerte! --exclamo el inquisidor--. Acabare entre los leprososos.

--Ni modo, tal parece que así será --dijo el conde carcajeándose y poniendo fin al lance--. Baje esa espada, don Lorenzo, aquí no ha pasado nada. Señores, dejemos ir a don Lorenzo y a su patrón don Filoteo. Ademas, traigo conmigo todavía una bolsa llena y nos quedan todavía unas horas y mas cantinas que visitar.

--Ah, ¿le seguimos? --exclamo el Osito sonriendo.

--Pos para eso estamos, ¿no? --sentencio el Faisán.

Sor Juana se volvió a cubrir y se acercó al conde.

--Señor conde, si sois quien sois, sabéis quien soy...

--No hay más que decir...

--En tal caso, cuidad a ese infeliz bruto.

--Tal hare. No os preocupéis. Después de todo, ya sufren bastante los leprosos como para que encima les caiga este fulano.

LX. Aramis Tras el Moro



Billote, el criado de Aramis, reacciona violentamente, emitiendo gemidos como un alma en pena y jalándose los cabellos.

--¡Diablos! --contesto Aramis--. A mí tampoco me apetece un viaje a través del océano. Es por eso que debo interceptar a Santa Cruz antes de que salga de España.

--¡Dicen que en la Nueva España hay unos indios horribles que os comen vivo! --insistía Billote chillando y temblando como una novicia.

--¡So bruto! ¡Cobarde! --juro Aramis--. ¡Os digo que no tiene que llegar a eso! Ea, estoy perdiendo tiempo. Ayudadme siquiera a encinchar mi caballo. Me han indicado que se le vio a Santa Cruz en el camino a Compostela. Se dirige al interior de la península. Me será entonces fácil encontrarlo.

De mala gana Billote ayudo a su patrón a aprestarse a marchar. No hizo, sin embargo, ningún esfuerzo en preparar su mula.

--Ah, ¿con que es así? --observo Aramis ya montado en su alazán.

Billote se rehusaba a ver a su patrón de frente.

--Os debería de atravesar con mi espada --dijo Aramis--. Sabéis demasiado de mis secretos.

Billote agacho la cabeza y se persigno como quien espera la muerte.

--Pero, ¿Cuánto tiempo me habéis servido? ¿Veinte años? ¿Y ahora me resultáis un poltrón y un cobarde? Habla mal de mí por no haberos reconocido como tal antes. Bien, si seguís queriendo estar a mi servicio, volveos a Arles. Id con el obispo ahí. Es jesuita también. Poneos a sus órdenes y esperadme.

--Su señoría, yo... --intento decir Billote.

Por toda respuesta Aramis le dio una patada que lo tumbo al suelo. Luego Aramis arreo su caballo en dirección al sur.

Tenía razón Aramis en pensar que una vez dentro de España le sería fácil encontrar al moro. En cada iglesia, cada parroquia que se encontraba en su camino era cuestión tan solo de presentarse y mencionar que estaba al servicio directo de su santidad para que se le dieran toda clase de facilidades. En las iglesias donde un jesuita estaba a cargo Aramis mostraba discretamente su anillo, el mismo que había portado Loyola, el fundador de su orden.

--Vide a tal fulano pasar por aquí hace exactamente una semana, su señoría --le dijo un colega de la orden en un pueblo de La Mancha de cuyo nombre nadie parece acordarse--. Viene acompañado de un criado, un fulano de este rumbo al cual reconocí. Se llama Sancho Panza.

--¿Hablasteis con el criado?

--Poco pero sustantivo. Menciono que estaba al servicio de un almirante y se dirigía a la Nueva España donde regenteara sobre un harem de indias desnudas.



Sancho suele ser muy indiscreto. Pero su amo se dio cuenta que estaba hablando conmigo y le callo la boca de un sopapo.

--¿No dijeron a donde se dirigían?

--No. Y no pude preguntarle ya. Sin embargo, sabed que no sois el único que ha estado preguntando por este fulano Santa Cruz.

--¿En verdad?

--Unos alguaciles se presentaron un día después y me buscaron para inquirirme si había visto al fulano.

--¿Alguaciles?

--Si. Traían toda una escolta de alabarderos y hasta un notario. Tal parece que este fulano Santa Cruz tiene enemigos poderosos también en la corte de nuestro rey, que Dios guarde.

Aramis se rio. Aparentemente doña Catalina y sus hijos, que tenían contactos en la corte, también se habían enterado del regreso de Santa Cruz.

--Escuchad. Pronto seguramente se presentaran otros dos forasteros. Uno es un hombre barbón y formidable. Viene acompañado de una mujer rubia bellísima. Por el bien de la orden y de la santa madre iglesia, decidles que os habéis enterado que este Santa Cruz ha tornado al oriente, pues planea embarcarse ya sea en Vigo o en Portugal.

--Tal hare mi señor Aramis --dijo el jesuita inclinando la cabeza.

--Y si podéis, también avisad al santo oficio de la presencia de este hombre y esta mujer. Son protestantes. Ella es inglesa y él es hugonote.

--¡Por supuesto! --respondió el jesuita con horror.

Aramis continuó su camino y unos días más pernoctaba en la sacristía de otro pueblo polvoso.

Era de madrugada. Aramis trato de seguir simulando que dormía. Sabía por instinto que no estaba ya solo en la habitación. Bajo su almohada estaba un pistolón. Su espada se encontraba en la silla junto a su cama. Pero era evidente que el intruso había sido capaz de entrar sin causar ruido. Tan solo una leve e inevitable corriente de aire había alertado a Aramis que ya no estaba solo.

--Bien, señor de Aramis, sincerémonos --dijo una voz hablando francés con un acento que Aramis no reconoció--. Vucencia sabe que estoy aquí. No tiene caso que busquéis el pistolón bajo vuestra almohada. Está en mis manos. Y no sois lo suficientemente rápido para haceros de vuestra espada antes de que os mate.

¿El hombre se había no solo introducido en su habitación sino que además había quitado el pistolón bajo su almohada sin despertarlo? Aramis sintió por un momento una premonición de muerte.

Una bujía se prendió. Aramis se incorporo de su lecho y encaro al intruso.

--Estoy a su disposición señor, quien quiera que sois --dijo Aramis con aplomo--. Si me vais a matar, dejad siquiera que me persigne antes.

El intruso estaba esbozado y le apuntaba con el pistolón. En su otra mano sostenía una cimitarra turca.

--¿Y dejar que al persignaros busquéis un cuchillo oculto en vuestro pecho y me lo aventéis? No, señor Aramis, he estado en el

gioco por años. Conozco la clase de hombres que son los agentes al servicio de su santidad. Repito, si os quisiera muerto ya estaríais en estos momentos en el purgatorio.

--¿Sois también un agente? ¿Quién sois?

El hombre dejó caer el bozal y alzó la bujía para revelar su rostro. Era un fulano cobrizo con una barba rala y ojos rasgados.

--Me dicen "el Mexicano". Vos me conocéis. He servido a milady y a Rochefort.

--Ah, ciertamente. Se que sois letal. Obviamente ese apodo no es vuestro nombre, caballero.

--No. Mi verdadero nombre es Xiucoatl.

--Bien, señor Xiucoatl, ¿Qué deseáis de mí?

--Seguís la huella de Santa Cruz.

Aramis se encogió de hombros.

--Media Europa sigue la huella de ese fulano, como ya os habéis dado cuenta. Por cierto, ¿qué de vuestros patrones?

--Por lo que toca a mis patrones, huelga decir que la inquisición los persigue. Andan desperdigados y a salto de mata. Me imagino que el santo oficio recibió una denuncia de su presencia. Seguramente usted fue el autor de esta, ¿verdad?

--Se me ha acusado de peores cosas, señor Xiucoatl --sonrió Aramis.

--Yo era la vanguardia de milady y Rochefort pues viajó más rápido a pie que ellos en su carroza. Logré encontrar la pista de Santa Cruz e inclusive lo logré divisar a una legua tan solo de mí. Sin embargo, el muy

taimado se percató de mi presencia y espoleó sus caballos y se me perdió.

--¿Se dirige entonces todavía al sur?

--Definitivamente. Creo que buscara embarcarse en el Guadalquivir.

--Igual creo yo. Bien, señor Xiucoatl, ¿que buscáis de mí?

--Si os dirigís a la Nueva España me gustaría acompañaros.

--¿Entraríais a mi servicio?

--No, yo ya he desperdiciado mis mejores años al servicio de europeos, reyes, obispos y demás poltrones. Seguramente os imagináis la cantidad de lances, asesinatos, y duelos en los que he estado involucrado. Y por toda recompensa solo tengo cicatrices y las ropas que porto. No, señor Aramis, no seré vuestro criado pues soy también un caballero, tal como se estilan estos en mi patria. Os ayudare, si, en buscar a este Santa Cruz y tal vez despacharlo antes de que se embarque a la Nueva España. En todo caso solo deseo que el papa me recompense con un pasaje de regreso a mi patria y una pequeña gratificación extra que me permita morar sobre la tierra echando panza sin tener que involucrarme en mas san quintines.

--¿No era generosa entonces milady?

--Definitivamente no.

--Bien, Roma no es tacaña y os sabrá recompensar. Buscadme al amanecer y partiremos juntos.

Xiucoatl hizo una reverencia y salió en silencio de la habitación.

LXI. El Renacimiento del Moro



Del Libro de Pedro de Santa Cruz

Sancho diezmo una conejera que encontramos entre las ruinas del palacete moro.

--Os hare un buen guiso para cenar, señor almirante --ofrecio Sancho.

--Me parece excelente --conteste--. Os dejare trabajar. Mientras inspeccionare este lugar.

--¿Teme su señoría que vuestros enemigos estén aquí también?

--Lo dudo. Creo que estamos a buen recaudo. Además, como decís, este lugar no lo frecuente nadie por estar encantado.

--Tal afirman, su señoría.

--Son cuentos de viejas ociosas creo yo.

--Sin embargo, cuidaos de las víboras. Abundan aquí, haciendo estragos entre los conejos, tal y como nosotros hemos hecho.

--Tal hare. Avocaos al guiso Sancho y regresare en una hora.

Camine entre las ruinas con cierta precaución. El palacio arruinado había coronado una gran colina y esta había sido

convertida en una serie de terrazas en donde se encontraban las ruinas de diversas construcciones. Definitivamente el lugar hubiera sido esplendoroso cuando estaba intacto.

Ante mi se encontraba un gran arco semiderruido. Estaba adornado enteramente con caligrafía árabe. Vacile por un momento en atravesarlo. Algo me hizo contemplar con detalle las ruinas.

Los años de estar observando las estrellas para orientarme en la mar me habían enseñado a observar y reconocer patrones. Esto a pesar de que nunca me entraron mucho los números. Pero algo había en la construcción que atrajo mi ojo.

Levante una mano para confirmar lo que observaba. En efecto, había definitivamente una proporción constante entre la altura y ancho de un capitel y el que a su vez lo coronaba. Y el patrón se repetía una y otra vez en lo que podía dilucidar de las ruinas.

Era evidente, concluí, que toda la construcción había sido diseñada con reglas geométricas que privilegiaban las proporciones entre sus componentes. De ahí que el ojo humano no pudiera sino evitar ser embelesado al contemplar la construcción, pues instintivamente y sin pensarlo el cerebro dilucidaba estos patrones.

La luna salió entre las nubes que la cubrían y su luz ilumino el arco. Parecía una invitación a penetrar. Tal hice. Un viento frio se levanto entonces y me hizo temblar. Oí el cantar de un búho. Mi mano se fue instintivamente a mi toledana.

Cruce el arco. Tras de este se abría un gran atrio o plazuela. Las sombras blasfemaban de la luz de la luna y buscaban el cobijo de las esquinas mas recónditas.

Ante mí se alzaban las ruinas de una gran construcción. Tal era el brillo de la luz de la luna sobre estas ruinas que parecían hechas de plata.

Me dirigí al complejo. El viento volvió. Oí su paso en el fragor de los pinos que habían surgido y enraizado de entre las ruinas.

--Si su señoría nos hace la venia os escoltaremos cual os merecéis --me dijo un anciano que pareció materializarse a mi lado.

Mi corazón dio un vuelco. Instintivamente desenvaine mi espada y lo encare.

--¿Quién sois?

El hombre hizo una reverencia. Dos gigantescos negros con el pecho desnudo y portando gigantescos turbantes y cimitarras estaban a su lado.

--Su servidor no tiene duda de quién es: Hassan Ibn Tarek, chambelán. Lo que adivino, sin embargo, es que vucencia no sabe exactamente quien sois vos.

--Mentís. Mi nombre es Pedro de Santa Cruz, cristiano viejo, originario en Sevilla.

--¿Y quién es entonces Yusuf Bin Omar, el hijo de la mujer que portaba el nombre de Miriam?

Reconocí el nombre de mi madre y el nombre que mi padre me había dicho era mi verdadero nombre. ¿Sabía este anciano mi secreto?

--Despreocupaos --dijo el anciano alzando una mano cual si hubiera leído mi mente--, Yusuf Bin Omar, sois bienvenido como un huésped y por tal razón vuestra persona es sagrada.

Dos hermosas mujeres se materializaron. Una portaba una gran paila de plata y la otra una garrafa. Instintivamente ofrecí mis manos y derramaron agua cristalina sobre estas y luego las secaron con mullidas toallas. Incline mi cabeza dándoles las gracias y ellas me sonrieron y sus ojos brillaron burlones en la luz de la luna.

--Estoy a vuestras ordenes, don Hassan --le dije al anciano.

Este inclino la cabeza y se dirigió hacia un portal envuelto en sombras oscurísimas. Yo lo seguí junto con los negros y las dos mujeres, las cuales ahora portaban teas para iluminar nuestro camino.

Entramos en una gran galería cuyo techo se había venido abajo. Conforme avanzábamos se iban prendiendo teas empotradas en la pared. La luz de la luna continuaba iluminando también nuestro camino. A mi alrededor yo solo veía desolación y sugerencias melancólicas de lo que había sido el lugar.

Las preguntas hervían en mi mente. Sabía instintivamente que lo que me acontecía violaba toda lógica pero no me atrevía a admitirlo. Preferí embelesarme en la locura que aparentemente me había embargado.

--Entrad, la reina os espera --dijo el anciano mostrándome una puerta.

Abrí la puerta lentamente. Sentía un sudor frío recorriéndome pero a la vez sentía una gran curiosidad. Entre.

El aposento era otra gran sala. Eran también ruinas melancólicas y la luz de la luna se filtraba a través del agujero donde una bóveda se había colapsado. En un diván sentada entre colchones vide una figura femenina. Portaba un velo y solo podía verle sus ojos. ¡Pero que ojos! Tuve

un sobresalto cuando se posaron sobre mí. Brillaban cual los de un búho. Me hipnotizaban y me avasallaban. Su figura femenina se adivinaba entre los sedajes que portaba. Sus pies eran pequeños, hermosos, besables incluso. Sea, me dije, si mi alma se va a condenar bien vale perderla por semejante mujer.

Sentí las manos pesadas de los negros forzarme de rodillas frente a ella.

--Señora --dijo Hassan Ibn Tarek haciendo una reverencia--hete aquí a Yusuf, el hijo de Omar.

--Levantaos --me dijo la mujer riéndose en voz argentina--. No os voy a comer Yusuf hijo de Omar.

Me pare. Sentía un sudor frío recorrer mi cuerpo. Esto tenía que ser un sueño. A nuestro alrededor solamente habían unas ruinas melancólicas asediadas por las sombras. La luz mortecina de las teas complementaba la luz de la luna que penetraba por un gran agujero en el techo del recinto.

--Se que todo esto os ha de confundir. Os habéis portado, sin embargo, a la altura. Cualquier otro ya habría huido.

--Si sois demonios sabed que pecados tengo, si, pues hombre soy. Pero no renegare jamás de mi Cristo.

--¡Ja! --exclamo la mujer--. ¿Y de dónde saca tal celo cristiano este descendiente de Boabdil?

--¡Insolente! --me espeto Hassan Ibn Tarek.

Para coronar esto, uno de los negros me dio un golpe que me hizo trastabillar. Caí de rodillas otra vez.

--Dejadlo ser --ordeno la mujer--. Después de todo es de nuestra sangre.

Esto me hizo alzar la cabeza y contemplarla asombrado.

--En efecto --explico ella--, sois descendiente de Boabdil, el último rey moro. Sois de mi sangre, aunque me entristece reconocerlo. Tal os lo dijo vuestro padre en su última carta. ¿Os acordáis?

--Aun hoy escondéis vuestra ancestralia y hacéis creer a los cristianos lo que no sois --añadió Hassan Ibn Tarek.

--Admitidlo, Yusuf hijo de Omar, vivís atribulado de preocupación de que algún día se os identifique como lo que sois, un mal converso--dijo ella--. Vivís de puras mentiras, Yusuf Ibn Omar. ¡Ni sois cristiano viejo ni tampoco el mejor espadachín de las Españas! ¡Y encima renegáis de la sangre de los viejos reyes de Al Andaluz! ¿Qué sois, Yusuf Ibn Omar? ¿En verdad merecéis llamaros hombre?

Baje mis ojos. No me atrevía a verla de frente.

--No lo toméis tan en serio, carajos. Después de todo, no sois el primer hombre que se enfrenta a sí mismo, Yusuf Ibn Omar --dijo Hassan.

--Pero si os preocupa tanto vuestra alma, no temáis --dijo ella--. Sabed que todo lo que ocurre aquí es tan solo una fiebre en vuestra mente. Aprended de ella. Decidme, ¿os acordáis de lo que vuestros padres os dijeron de este palacio?

--No, nunca...

--Concentraos, Yusuf hijo de Omar --me conmino Hassan Ibn Tarek.

Las ruinas y las sombras se desvanecieron. Todo se lleno de sol. Era yo otra vez un niño, en Triana, al otro lado del rio en Sevilla. Estaba en el patio de la casa de mi madre. Frente a mí, sentados en un diván estaba mi padre y a su lado mi madre.

--Ven Yusuf, os contare una historia --dijo él.

Me senté en el regazo de mi madre. Ella me sonrió y me acaricio los bucles negrísimos de mi cabellera.

--Hay a una jornada de Cordoba un palacio encantado. Lo ordeno levantar un rey moro por el amor a una mujer. Hoy solo moran ahí los lobos y las lechuzas. Sabed sin embargo que tiene este palacio un hechizo poderosísimo.

--¿Sabéis porque Yusuf? --pregunto mi madre con dulzura.

Sacudí mi cabeza. Poco entendía de lo que me hablaban ellos. Hoy me esfuerzo en recordar cada palabra dicha por ellos pero el olvido es una barrera fatal que me niega su voz.

--Tan grande era el amor del rey moro a su mujer que mando construir ahí un palacio digno de los cesares de la antigüedad --dijo mi madre.

--Esto no es de extrañarse, hijo mío --dijo mi padre--. Dichoso es el hombre que se ve impulsado por el amor a hacer grandes hazañas.

--Pero era, sin embargo, en este rey moro mayor era su amor por la verdad y la sabiduría --continuo explicando mi madre--. Ahí en ese palacio, Yusuf, este rey convocaba a los más grandes poetas, sabios, y eruditos de sus tiempos. Y no le importaba al rey si eran moros, cristianos, o judíos pues pensaba él que esta diversidad era voluntad del santísimo y que ningún

hombre podía juzgar lo que Dios había mandado. Fue así que las musas, las hijas de Apolo, encontraron refugio en ese palacio después de vagar por siglos desamparadas y proscritas. Y fue tal el celo por indagar y encontrar la verdad que había en ese palacio que el mismo lugar adquirió un aura mágica. Y todo aquel que entra en sus ruinas, aun hoy, obtendrá conocimiento.

--Aunque hay quienes reniegan de lo que se les ofrece y maldicen lo que se les muestra --añadió mi padre--. ¿Os imagináis por qué, Yusuf?

Volví a sacudir la cabeza.

--Es que lo que ahí los hombre conocen es a si mismos --explico mi madre--. Ha habido otros lugares así. La Delfi de los griegos era tal, un lugar de embrujo y magia, aposento de las musas también, donde reinaba igual la verdad.

--Pero pocos son los hombres que están a gusto con lo que ven --dijo mi padre--. La mayoría de nosotros, y no dudo que tu también lo harás Yusuf, preferimos no vernos tal como somos. Vivimos con una idea de lo que quisiéramos ser, si somos idealistas, y de lo que quisiéramos aparentar, si somos vanidosos. Y no aceptamos lo que otros ven en nosotros pues pocos hombres hay lo suficientemente honrados y fuertes para hacer tal. No, Yusuf, el conocerse a si mismo puede ser una navaja de doble filo.

--Y tal conocimiento siempre será incompleto --concluyo mi madre-- pues sabedlo entero solo es don del buen Dios. Pero buscarlo es ya merito suficiente para justificar el haber vivido y ennoblece a cualquier hombre que tal conocimiento busque.

Oí otra vez la risa de la mujer. Una vez mas estaba yo frente a ella.

--¿Entendéis ahora donde estáis, Yusuf, hijo de Omar?

--¡Santo Dios! --fue todo lo que alcance a decir.

--Dios no tiene nada que ver con esto --dijo ella--. Escuchad, sin embargo, que tal es mi generosidad y misericordia y tolerancia a vuestras faltas que os daré un gran don. Sentado en el regazo de vuestra madre, siendo aun un bebe, se os dieron enseñanzas que solo duermen dentro de vos y que todavía conserváis pero de las que no os acordáis.

--Teneos por bienaventurado, Yusuf Ibn Omar --dijo Hassan ibn Tarek sonriendo--. Si se os da esta venia es tan solo por portar la sangre de esta señora.

La mujer se paro y se planto frente a mi. Era muy alta. Su mano se poso sobre mi frente. Era cálida. Parecía en verdad estar viva, esta criatura fantástica. Me le quede viendo fijamente, embelesado por el embrujo de sus ojos. No supe mas de mi.

Cuando volví en mi me encontraba acurrucado junto a una fogata agonizante. Era todavía oscuro. Sancho roncaba ruidosamente. Una bota de vino vacía estaba en mis manos.

Me incorpore con dificultad. Busque con ansia entre mis alforjas hasta encontrar lo que buscaba, el viejo koran de mi madre. Lo sostuve en mis manos por un tiempo. Sentía ya el frio que presagia el amanecer en esas montañas. Levante la vista a las estrellas que ya brillaban tenues. Busque en ellas el oriente. Caí de rodillas e hice mis primeras oraciones a Meca. Y si, las palabras, en árabe, fluyeron con facilidad de mi boca pues, en efecto, esta lengua, la

primera que mame en la leche de mi madre, me había sido restaurada, y sabia que si abría el koran de mi madre no me serian ya inteligibles los símbolos en él escritos.

--Ala es Dios y Mahoma es su profeta...

Y si hice esta simple afirmación no fue por amor a Dios o al profeta pues bien sabia que ambos se podían rascar sus propias pulgas y no requerían de mi homenaje. Lo hice, mas bien, en conmemoración de mi sangre y de la memoria de mis padres.

Igual concluí que si Ala era en verdad justo me perdonaría mis flaquezas. Y que si no lo era entonces no merecía que lo venerara. Supe que mis faltas hasta ahora eran hijas de mi ignorancia y temores pero no iba a ser tan bruto de alardear de mi nueva religión entre tanto cristiano intolerante. Ya habría tiempo para morir, como seguramente sería mi destino, en una fogata de la inquisición. Pero mientras haría lo que a mis pocas luces considerare justo, no por amor a la verdad o la justicia pues eso no estaba en mi, sino porque tal era lo que mi sangre esperaba de mi.

Regrese al campamento. Sancho ya se estaba despertando. Lo contemple. En medio de su simpleza el hombre me había sido fiel hasta ahora. Bien valdría la pena tolerar sus prejuicios a cambio de tener un escudero fiel que me cuidara las espaldas.

--¡Ea Sancho! ¡Espabilaos! ¡Ensillad los caballos y aprestémonos a marchar!

--¡Al momento su señoría! ¿Durmió bien su señoría?

--En verdad que si. Me siento renacido.

Y fue así que abandone el palacio encantado situ a una jornada de Córdoba.

LXII. Los Arrieros de la Villa



*Donde Montoya encuentra una posible pista de la Hermandad*

Cd. de Méjico – 1682

Montoya no regreso al palacio de la inquisición durante los siguientes tres días. Había oído el consejo del Osito que, para evitar la cruda lo mejor era continuar la borrachera.

--Bien me valdría morir, jic, de una congestión alcohólica que rodeado de leprosos --se decía lloriqueando su dolor.

Eventualmente el hombre se hastió del alcohol. Sufrió pacientemente la cruda que lo ataco inmisericorde. Su cocinera le sirvió un plato bastante chiloso y, para su sorpresa, Montoya, un peninsular recién llegado de España, tolero el platillo. Tan solo sudo a mares y tal parece que eso limpio su organismo.

Ya con la cabeza despejada la tercera noche Montoya se dirigió a su cuarto en la azotea.

--Carajos, ojala pueda llevar esta biblioteca conmigo a las Marianas --se dijo

contemplando los pesados tomos a su alrededor.

Empezó a leer otra vez su copia de Baruch de Espinoza. Eventualmente la cerro con cierto enojo.

--Bien, Baruch, os lo aceptare. Todo lo que existe es infinito. Sea, para el caso el mar entre Acapulco y las Marianas lo es. Y os acepto que el tiempo existe solo porque hay movimiento dentro de la existencia. Vos lo adjudicáis a las olas. Decís que el tiempo es la consecuencia del movimiento de estas. Sin movimiento no hay tiempo. Sea. Os lo acepto también. Eso me lleva a pensar. Válgame Dios, en las Marianas estaré rodeado de olas. No hay tierra firme a diez mil leguas de esas playas olvidadas. De ahí que habrá mucho movimiento y por lo tanto tiempo será lo que más me sobrara. Ahora bien, Baruch, dialoguemos. Habláis del movimiento. Decidme, ¿qué tanto tiempo crea el movimiento de una nariz de un leproso al caerse? ¿Es o menos tiempo que el que se crea cuando a este se le cae la parte viril? ¡Voto a Belcebú que me volveré loco con tanto tiempo en mis manos si no me llevo estos libracos conmigo! ¡Y mis aparatos astronómicos! ¡Esos tienen también que acompañarme! ¡Maldita sea mi suerte! Tal vez si sería mejor buscar la muerte aquí en la Nueva España.

Cavilando así su desgracia fue que quedo dormido y lo sorprendió el amanecer. Fue con gran desgano que se vistió y se dirigió al palacio de la inquisición en la plaza de Santo Domingo.

A la entrada de la plaza un piquete de alabarderos le hizo el alto a su carruaje.

--¿Qué diablos queréis conmigo? ¡Soy todavía el inquisidor mayor y no se me detiene en la calle!



--¡Su señoría ha regresado! --exclamo el "sosteniente" PGR Torres--. ¡Ea! ¡Abridle paso a monseñor!

--¡Que no soy un monseñor, so bruto! --lo regaña Montoya--. Decidme qué diablos está pasando.

La plaza estaba atiborrada de gente.

--Ay, su señoría, es que tantito mas y se nos arma un tumulto.

--¿Por qué hay tanta gente aquí?

--Pos son los familiares de los presos, su señoría.

--¿Cómo? ¿No han liberado a los presos? El virrey específicamente ordeno que no se hiciese chicharroniza.

--Pos no nos ha llegado tal orden, su señoría, tal vez porque vucencia no estaba para ordenarlo. Es más, apenas ayer todavía metí otra cuerda de presos.

--¡Válgame Dios!

--Y como el maíz esta por las nubes ya la indiada anda muy enchilada, su señoría. Por eso es que de que vide al carruaje de su señoría luego luego pensé: "Hipólito del Sagrado Corazón de Jesús, mas os vale que aseguréis que entre bien al palacio vuestro patrón no le vaya un macehual a faltarle el respeto".

Los alabarderos escoltaron el carruaje entre la turba amenazante y presentaron armas cuando bajo Montoya. Este rápidamente entro en el palacio del santo oficio seguido de cerca por Torres que parecía su sombra.

Al caminar por los pasillos Montoya no pudo evitar notar la frialdad con que lo veía la burocracia del santo oficio.

--Malditos hipócritas --juro Montoya--. Es evidente que ya saben que he caído en desgracia. Antes me hacían caravana a diestra y siniestra y me sombreaban y me decían "tenga su merced muy buenos días" y "que el santísimo ilumine y bendiga mucho a su merced el día de hoy" y se aprestaban a dejarme todo goteando de saliva la mano entre tanto beso. ¡Carajos! ¡Y hoy parezco unapestado o que vendí a Cristo!

--Ay patrón, ya vide oste que cuando cae un gallón luego naiden quiere admitir que lo conocían.

--¿Y vos, por qué me seguís tan zalamero?

--Jijos patrón...

--Vamos, hombre, hablad.

--Pos patrón, a mi me pasa igual. Todo mundo me señala como vuestro instrumento. Si no me mandan igual a las Marianas me pelo para mi pueblo.

Montoya juro.

--¿Qué tanto se sabe de ese rumor?

--Pos está en la jeta de todos. Unos dicen que vucencia será mandado a Egipto de anacoreta. Otros quesque el arzobispo lo hará estilista y le van a levantar su pilar ahí en la plaza mayor. Pero el chisme que mas corre es que pronto sale oste para Acapulco.

Los dos hombres entraron en el despacho del inquisidor.

--Todavía no se me ha pasado sentencia, carajos.

--Pos si oste lo dice. El caso es que yo me puse a pensar...

--Os hará mal hacer eso.

--Pos tal vez, ya vide que uno no es gente de razón y no está acostumbrado a esos trotes. Pero decía que concluí que, aunque vucencia también me puso como al perico torturándome pos he tenido patrones mas hideputas antes.

--No sé si interpretar eso como un cumplido, Torres. Continúad.

--Bien, decía, me senté a cavilar y cavilar. Mire patrón, ¿pos cuanta gente cree vucencia que hemos levantado?

--¡Como carajos voy yo a saber!

--Pos no, patrón, no tiene su señoría por qué llevar esas cuentas. Pero a mí me late que han sido un carajal.

--¿Y qué con ello?

--Pos ¿no se le hace sospechoso patrón que no hemos encontrado nada en concreto sobre la mentada hermandad esa?

Montoya se sentó detrás de su amplio escritorio y lo contemplo fijamente.

--Seguid.

--Bien, como su señoría sabe pos yo mis muchachos pos los levantamos en los retenes y traemos a toda la indiada aquí. Y es aquí donde los secretarios los interrogan. Claro, la mayoría de los presos no hablan cristiano.

--Entiendo, dependemos de los traductores.

--Pos si, patrón, y esos pos también son indios.

--Seguid.

--Y luego le diré que a los que interrogan pos la mayoría se nos muere. Ya vide oste que el Osito y el Faisán tienen la mano rete pesada.

--Eso es porque los dos son muy animales. Vive Dios que les he tratado de enseñar sobre los humores del cuerpo y como estos deben de balancearse y como se debe de aplicar el dolor de manera científica --dijo Montoya incorporándose y paseándose por su oficina--. Pero vos los mejicanos sois muy refractarios a las ciencias europeas. ¿Cómo diablos os vamos a civilizar si no queréis aprender los más refinadas artes de occidente, incluyendo el de la tortura? ¡Vive Dios que si tuviera aquí uno de los maestros torturadores que tiene el papa no se nos moriría tanto infeliz!

Torres lo contemplaba con la paciencia de Job.

--Ay patrón, pos si, semos rete refectorios como dice vucencia pero también semos rete mañosos.

--¿Qué queréis decir?

--¿Oste de verdad cree que semos puro indio torpe que no sabe torturar? ¿Qué seguridad tiene vucencia que el Osito y el Faisán no nomas están petateando a los presos para callarlos? ¿O que los traductores le están diciendo la verdad a los señores secretarios? Digo, ya es para que hubiera salido una pista sobre la hermandad esa, ¿no cree?

Montoya se dejó caer pesadamente en su sillón. La lógica del hombre no admitía disputa.

--Tenéis razón, Torres, aquí hay gato encerrado.

--Es lo que yo pensé, patrón. Y como a mí ya me va a cargar el payaso por servir a

vucencia pos empecé a sospechar que había conjura para haceros fracasar. Y hace unos días mis dudas se confirmaron.

--A ver...

--Pos vera, patrón, tenemos un reten por la villa. Ahí levantamos a unos arrieros que se me hicieron sospechosos. Traían los ojos todos pelones y sudaban a chorros.

--No es de dudar. Ya van varias veces que a uno de vuestros hombres se le escapa un saetazo y hay muertito.

--Son daños colaterales, patrón. El caso es que los arreste en el acto y decidí darles su calentadita

--¡Santo Dios!

--Perese, patrón, que valió la pena. Uno de estos arrieros se llamaba Toribio Zaldívar y el otro era José Núñez. Ambos eran de Texcoco. Zaldívar soltó la sopa que hace unas semanas habían venido en un tren de mulas que incluía unas carretas con unos monjes juaninos.

--¿Y que con ello? Si pagaron las alcabalas del caso pos no hay razón de levantar sospechas contra un clérigo.

--Pos según Zaldívar estos juaninos estaban todos nerviosos y alcanzo a ver que traían rollos y rollos de papel de amate. Digo, si estuvieran metiendo aguardiente de contrabando a la capital entendería si estaban nerviosos, pero, ¿Por qué estaban ansina nomas por unos papeles?

--¿Qué es eso de amate?

--Donde los mejicanos de la antigüedad escribían sus rezos a Huichilobos o que se yo.

--Bien podían tener hoy los evangelios, Torres.

--Pos si, pero estaba Zaldívar soltando la sopa cuando Núñez hizo como a amenazarlo.

--¿Y qué hicisteis?

--Pos me los traje a ambos aquí al santo oficio para hacer las viriguaciones en forma científica y con todas las de la ley. Los puse en celdas separadas. Ayer Zaldívar fue llamado a ser interrogado. Yo como quien no quiere la cosa me quede en el interrogatorio. ¡Y habría usted que ver que cuando el secretario le preguntaba sobre la hermandad el traductor se hacía pendejo y le hacia otra pregunta. Como yo hablo mexicano a mi no me hacen pendejo. Y como no le sacaban ansina nada a Zaldívar pos lo mandaron a extraer confesión. ¿Y ya adivino que paso entonces, patrón?

--Creo intuirlo. ¿Quién hizo la tortura de rigor?

--Pos el Osito. El Faisán andaba franco ese día. Y, por supuesto, Zaldívar paso a mejor vida durante el interrogatorio.

--¡Carajos!

--Pos lo mesmo dije yo, patrón.

--¿Y el otro arriero, Núñez?

--Esta todavía en su celda, patrón. Lo van a interrogar pasado el receso del mediodía.

--¡Me cago en Cristo antes de que eso ocurra! --maldijo Montoya.

El inquisidor saco papel y mojó la pluma y escribió unas cuantas líneas y le extendió el documento a Torres.

--Tened esto. Os autoriza para sacar al preso. Lo llevareis a mi residencia bajo escolta. Decidme, ¿tenéis hombres en los que confiáis?

--Pos, patrón --dijo Torres haciendo una señal bien conocida.

--Ah, sí, no hay más que poderoso caballero. Bien, tomad --dijo Montoya extendiéndole unas bolsas pesada--. Asegurad la lealtad de esos hombres. Ya no tengo más que perder. Pero, escuchad, juro que si me traicionáis os hare desollar vivo antes de que me manden a las Marianas.

--Patrón, yo estoy con oste.

--Igual decía Judas.

--Jijos, patrón, ¡es la primera vez que tiene oste una pista en firme sobre esos cabrones!

--Tenéis razón. Mas razón para irse con tiento con Núñez.

--¿Quiere vucencia que lleve fierros?

--¿A qué os réferis Torres?

--Instrumentos de tortura, patrón, para hacer hablar a Núñez.

Montoya vacilo. El había estudiado con detenimiento la ciencia del dolor. Incluso había observado al gran maestro, Marranelli, el torturador principal del papa, hacer confesar a unos herejes. Pero nunca en su vida había ensuciado sus manos aplicando fierros candentes en la partes nobles de un infeliz.

--Veremos --dijo con voz queda Montoya--. Id a la bodega y tomad todos los instrumentos que juzguéis conveniente. Si os dan problemas, decidles que vengan a

hablar conmigo, carajos, todavía soy el inquisidor mayor.

--Sobres, patrón, sacare a Núñez y se lo llevare a su residencia.

--Si, haced eso. Esperadme en unas horas. Si no regreso para el anochecer, escapad e idos a vuestro pueblo. En verdad me habéis sido fiel y eso no lo olvidare. Escribiré una carta de recomendación para que entréis al servicio del conde de la legión, este es buen amigo.

Ahora fue Torres el que palideció. Servir al conde no le apetecía, especialmente después de lo que había presenciado frente a la casona de este.

--Idos ya Torres y aseguradme a Núñez.

Ya que se fue Torres el inquisidor toco su campanilla y un secretario se presento de mala gana. Montoya no lo increpo saboreando como podría reivindicarse y como haría que todos los que lo despreciaban pagar sus ofensas varias veces.

--Mandad aprestad mi carruaje --ordeno Montoya--. Iré a ver al arzobispo.

LXIII. El Rey Idiota



Donde el último de los Austrias es amado por una hija de la casa de Orleans.

Palacio del Escorial

María Luisa de Orleans, reina de España y esposa del rey Carlos II, entro en las habitaciones de este. Un olor a excremento le asalto el olfato. La reina de inmediato toco una campanilla. Un paje se presento. El rey roncaba sonoramente en su lecho.

--Apresuraros a llamar a don Iñigo y que atiendan a su alteza.

Don Iñigo Balboa, un caballero anciano que ya venía en camino, se presento unos minutos después acompañado de varios mozos.

--Me imagine que funciono el purgante y traje los menesteres necesarios --dijo Balboa inclinándose ante la reina.

--Si don Iñigo --afirmo la reina--. Limpiadlo os lo ruego.

Balboa no tuvo empacho en ayudar a los mozos a desnudar al rey y ensuciar sus manos en el proceso. El rey se había ensuciado. El hombre se despertó y balbuceaba incoherentemente.

--Calmaos mi señor --le dijo la reina

dulcemente mientras le acariciaba la frente--. Don Iñigo y los mozos os limpiaran.

El rey la vio lloroso. El hombre era una criatura baja, deforme, con una versión exagerada del labio austriaco que lo desfiguraba. Tiene apenas unos 22 años. La reina es una jovencita de tal vez 20 años. Su mano tomo la de su reina y la llevo a sus labios deformes y la beso.

--¡Listo alteza! --anuncio Balboa mientras se limpiaba las manos quitándose el excremento del rey--. Señora, ya está limpio. ¿Desea que llame al doctor?

--No, don Iñigo --contesto la reina--. Don Carlos está muy débil y no aguantaría un sangrado ni creo que sea lo correcto hacer tal. Mandad traer una sopa ligera y llevémoslo al balcón. Mi señor necesita sol. Yo lo cuidare.

Balboa hizo una señal y los mozos pusieron al rey en una primitiva silla de ruedas y lo llevaron a un amplio balcón desde el cual se observaba el paisaje de Castilla.

María Luisa de Orleans, hija Felipe, duque de Orleans y sobrina de Luis XIV se sentó en un banquillo frente al rey y le empezó a acariciar los pies desnudos de este mientras le hablaba dulcemente.

Balboa y sus hombres se retiraron.

--Ea! --ordeno Balboa--. Mandad traer la sopa que ordeno la reina y unos panes y vino.

Uno de los hombres de Balboa, un joven llamado Pedro Arenilla, recién entrado a su servicio, no pudo evitar hacer un chascarrillo acerca de la condición del rey. Balboa, aunque ya era un anciano, estaba todavía correoso y duro pues había sido un soldado de los tercios e incluso había sobrevivido a Rocroi. Era entonces un

hombre cuya lealtad a muerte a la corona era indudable. De ahí que Arenilla recibió un sopapo que lo tumbo.

--Nunca os burléis de don Carlos si no queréis que os mande a las galeras, ¿entendéis? ¡Es vuestro rey, carajos!

--¡Si don Iñigo! ¡Mil perdones!

Balboa suspiro viendo al hombre que tenía un chorrillo de sangre saliéndole de la boca. Era apenas un jovencito.

--Sois muy joven todavía --observo Balboa mientras su mente se llenaba de recuerdos y como él también había sido un joven arrebatado y boquifloja en su juventud que también había en su momento cuestionado el valer de los reyes a los que servía.

--Perdón, don Iñigo --suplico Arenilla mientras escuchaba un diente.

--El rey está muy enfermo. Merece todo nuestro respeto --contesto Balboa ofreciéndole su mano a Arenilla para que se incorporara.

--¿Es cierto que esta hechizado? --se atrevió a preguntar el joven.

--Yo no sé de esos menesteres. Se los dejo a los curas y a los doctores. Lo único que sé es que nuestro rey es un hombre muy afortunado.

Arenilla lo vio con asombro. Carlos II apenas podía caminar y hablar.

--La reina, doña María Luisa, lo ama con toda su alma. Dichoso el hombre que es amado por una mujer de esa manera. Ella es una mujer formidable que vale por cien hombres. Con algo tenía el buen dios que compensar todas los malestares con que maldijo a nuestro rey. Ahora seguidme a la

cocina para asegurar que le hagan su sopa al rey y que os den un trago de aguardiente para cauterizados el diente.

Volvamos otra vez al balcón de la habitación del rey. Un viento frio ha surgido de repente. El sol se ha cubierto por las nubes. La reina cubre a su esposo con una mullida cobija.

--¿Estáis confuso verdad? --le pregunto la reina a don Carlos--. Siento haber ordenado el purgante pero no habíais obrado en días.

Carlos II de Austria sufría de toda clase de taras producto de la consanguinidad de sus ancestros. Sin embargo, la reina conocía un secreto acerca de su marido: en breves momentos de lucidez mostraba una inteligencia superior. Y era en esos momentos en que, obsesionado, buscaba la respuesta a un acertijo milenario surgido de los Elementos.

--¿Queréis despertar? --pregunto la reina.

Don Carlos volvió a asentir con cierta desesperación.

--Tendrá que ser breve --le advirtió la reina--. Observad mi dedo. Lo moveré lentamente enfrente de vos. Contad lentamente. Calmaos vuestra mente. Confiad en mi.

Los ojos del rey se fijaron en la mano elegante de su esposa. Balbuceaba los números lentamente. Poco a poco sus ojos comenzaron a brillar. Parecía como si un velo se levantara de su cara.

--Gracias --murmuro el rey.

--No debemos de cansaros mucho.

--¡Maldito sea este cuerpo! --juro el rey.

--No debéis alteraros.

--Tengo poco tiempo.

--Calmaros.

--Buscad otra vez la prueba de Proclus.  
Quiero recorrerla otra vez.

--Vuecencia sabe que esta fallida. El mismo  
Pitagoras no logro probar el quinto  
postulado.

--Entonces busquemos otra vez en Alhasen.

--Igual de falaz, mi señor.

--Cierto, pero puedo aprender de sus  
errores.

El rey empezó a babear. La reina le seco las  
babas.

--Os estáis alterando. ¿Habéis pensado que  
tal vez sea inútil probar el quinto postulado  
a partir de los otros cuatro?

El rey suspiro.

--No quiero que vuelva la oscuridad sin que  
lo logre hacer.

--No la temáis. Estaré con vos siempre.

--¿Habéis conseguido el libro de Omar  
Khayyam?

Para el rey era cada vez mas difícil el hablar.  
Era obvio que estaba haciendo un esfuerzo  
heroico para mantenerse lucido.

--Esta en camino --le dijo con voz suave la  
reina--. Pero no alberguéis esperanzas. Los  
moros también son hombres y se  
equivocan. Ah, os estáis alterando.

El rey ignoro la advertencia. Sus manos se  
crisparon ansiosas de tener el libro de  
Khayyam.

--Se reputa que Khayyam propuso una  
geometría en que el cuarto postulado no es  
necesario.

--Tal vez sea lo mejor --le dijo la reina  
sonriendo--. ¡Imaginaos la geometría que  
surgiría si ese condenado cuarto postulado  
pudiera ser ignorado!

El rey logro sonreír pero estaba muy pálido.  
Su pulso se había acelerado. Se debilitaba  
rápidamente.

--Ved por España mi señora --fue lo último  
que alcanzo a decir don Carlos con lucidez.

El rey vio a su esposa con tristeza y cerró los  
ojos. La baba le empezó a fluir a raudales.  
Cuando volvió a abrir sus ojos su vista se  
había nublado otra vez. Era otra vez un  
idiota con la mentalidad de un niño de ocho  
años. La reina lo llevo otra vez a su  
habitación.

## LXIV. Los Hermanos del Moro



*Donde Doña Catalina le rinde cuentas a Belcebu*

--¿Y bien? --pregunto Fernando de Santa Cruz.

Su hermano mayor, Alvaro, entrego a un paje su capa flecada de copos de nieve. Afuera de la casona de Sevilla arreciaba una tormenta invernal inusual. Álvaro se dirigió a una gran chimenea donde un tronco gigantesco ardía.

--¿Todavía esta viva mamá? --fue la contestación de Álvaro.

--Apenas. Pero, me teneis en ascuas. ¿Qué arreglasteis?

--El Andaluz acepto el encargo --dijo con voz queda Alvaro--. Nos va a costar un ojo de la cara pero creo que vale la pena. Si Pedro vive puede soltar la sopa acerca de nuestro linaje.

Alvaro contemplo la lujosa sala de la casona de la familia Santa Cruz.

--No me apetecería perder todo esto --continuo Alvaro--, o peor, acabar en la pira o sirviendo a nuestro amadísimo rey remando en las galeras.

--Tampoco a mi --admitio Fernando palideciendo al imaginarse estar remando encadenado en una galera.

El tercer hermano, don Luis, se presento.

--Hermanos, nuestra madre nos llama. Creo que es hora.

Los tres hermanos entraron a la alcoba de doña Catalina. La mujer estaba a punto de morir. Una sirvienta y un cura se encontraban junto a ella.

--Dejadnos solos --ordeno Alvaro.

Los tres hermanos se congregaron alrededor del lecho. Doña Catalina abrió los ojos.

--Madre --le dijo quedamente Alvaro--, ya me arregle con un matarife que llaman el Andaluz. Tiene muchos hombres a su mando. Estad tranquila. En cuanto el moro entre a Sevilla el Andaluz y sus hombres se encargaran de él.

La mujer no dijo nada pero un brillo de furia ilumino sus ojos al oír mencionar al moro. Luego pareció como si la luz de estos se fuera desvaneciendo poco a poco. Alvaro le cerro los ojos. Los tres hermanos se persignaron.

Luis, el menor, dejo escapar un sollozo.

--¿Tenemos que usar al Andaluz? --pregunto don Fernando, el cual estaba mas preocupado por el moro que por perder a su madre.

-- Todo parece indicar que nuestro queridísimo hermano pasara por Sevilla --contesto Alvaro--. Si tal hace, el Andaluz y su gente son nuestra mejor carta. Conocen todos los callejones de la ciudad y no tienen empacho en derramar sangre a cambio de plata.



--¿No hubiera sido mejor solicitar mas medios al conde? --insistio Fernando.

--No --dijo Alvaro--, acordaos que mi señor, el conde de Medinaceli, es el que verdaderamente gobierna España y tuvo por fuerza que aceptar el reto que Francia hizo en la proclama del gioco. Afortunadamente por mi cercanía con el conde me entere del regreso de nuestro querido hermano y se me concedió el encargo de eliminarlo.

-- Nuestro rey, que Dios guarde, es un idiota al que poco le importaría si un correo de Luis XIV se pasea por España --dijo Fernando.

--Cierto, pero Medinaceli sabe que no le conviene a su gobierno que Luis XIV nos humille otra vez --explico Alvaro--. Pero ya bastante de la plata del rey hemos gastado en buscar a nuestro hermano sin exito. Si le pido mas medios a Medinaceli, me los negara y me llamara incompetente. Y eso, Fernando, seria el principio de nuestro fin.

--Pero el caso es que Pedro sigue libre. El desgraciado se nos ha hecho ojo de hormiga. Se nos escapo igual hace años --recordo Fernando--. Acordaos del maldito jesuita nos dejo malferidos a los tres.

Alvaro maldijo quedamente recordando como Aramis había facilitado la huida del moro en la tienda de Bellini.

--Ademas, me preocupa nuestra cercanía con Medinaceli --añadio Fernando.

--¿Por qué? --pregunto Alvaro.

--No es el primer ministro que cae --respondio Fernando--. Acordaros de Nithard. La reina aborrece a Medinaceli.

--No importa --respondio Alvaro--. La reina tiene la desventaja de tener que cuidar a ese idiota, igual que Juana la Loca estaba atada el cadáver de su marido.

Fernando sacudió la cabeza.

--Cierto, pero no me queda duda que la francesita esta es formidable. Tiene la sangre de los Luises. Fue la que convenció al rey que mandara investigar a la inquisición por el auto de fe de 1680.

--¿Y que con ello? --pregunto con escepticismo Alvaro--. Los curas siguen haciendo chicharronizas y quemando infelices sin las suficientes pruebas.

--Si, pero no cualquiera se pone contra Roma como lo hizo la francesita --observo Fernando--. No dudo que doña Maria Luisa desee asumir el gobierno en nombre de su marido. Y ese seria el fin del conde y este nos arrastrara en su caída. Ademas, ¿estais seguro que Medinaceli no sospecha nada sobre nuestro linaje? Si caen en sus manos los papeles que porta Pedro de inmediato nos mandara a arrestar.

--Hermanos, ¡por favor! --interrumpio don Luis todo lloroso--. ¡Acaba de morir nuestra madre y vos pareceis mas interesados en matar al moro que en ver por ella!

Fernando se encogió de hombros. Era un hombre duro y suspicaz. Ademas, pensaba que Belcebu ya había recibido cariñosamente a su madre.

--Medinaceli no tiene por qué sospechar --contesto Alvaro ignorando también a Luis--. Siempre le hemos sido fiel y el conde nos ha recompensado por ello generosamente. Ademas, la ascendencia y limpieza de sangre de nuestra familia esta plenamente documentada en los papeles que nuestro padre dejo. Según estos somos cristianos viejos, descendientes de nobles visigodos.

Buen dinero pagaron nuestros abuelos por hilvanar esas fabulas. No os preocupéis, hermanos. El Andaluz se encargara del moro y el secreto que porta nunca saldrá a la luz.

LXV. El Trono de San Pedro



*“Con el fin de que todos seamos uniformes en nuestras creencias...si la Iglesia define que algo es negro, aun si a nuestros ojos aparece blanco, nosotros de igual manera lo reconoceremos como negro...” – Regla 13 de “Las Reglas para Pensar de Acuerdo a lo que Dicta la Santa Madre Iglesia” de San Ignacio de Loyola, fundador de los jesuitas.*

Roma - en los días en que el moro regresaba a España.

El General de los Jesuitas, el llamado “papa negro”, Charles de Noyelles, se persigno antes de tocar en las habitaciones del papa.

--Nos encontramos, Giacopo --le dijo de Noyelles a su secretario, un joven sacerdote jesuita--, entre Scylla y Charibdis. Por una parte nuestro voto de obediencia a su santidad nos obliga a ser sus mas fieles soldados. Y por otra parte su alteza real, Luis XIV, insiste en la supremacía de la corona en tierras de Francia. Me temo que la Compañía acaba mal sirviendo a ambos señores. El papa me ha convocado con urgencia. Bien puede ser que hoy Su Santidad me ordene ajusticiar.

--Rezare por su señoría --contesto Giacopo en voz queda.

--Tal haced. Convertiros en una sombra y vigilad. Si me veis salir escoltado por los

suizos y en grilletes haceos escaso y dad alerta a la orden.

De Noyelles fue escoltado con prontitud ante Su Santidad. El jesuita se hincó y besó el anillo que le extendió el papa.

El sucesor de San Pedro se llamaba Inocencio XI. Era un hombre sesentón, nativo de Como, y, a diferencia de sus antecesores del renacimiento, escaso de carnes y sobrio.

El papa miro suspicaz al jesuita.

--¿En que puedo servir a Su Santidad?

--Estáis muy pálido, de Noyelles --dijo sonriendo Inocencio--. ¿Queréis un vaso de vino?

Sin esperar respuesta el papa mismo lleno dos pesadas copas de plata con un vino tinto. De Noyelles tomo el vaso que el papa le paso sin tratar de dar mostrar su recelo. No hubiera sido la primera vez en que el veneno se utilizaría en el vaticano para deshacerse de alguien.

--Gracias, Su Santidad --dijo de Noyelles bebiendo un sorbo (y murmurando una plegaria). Inocencio XI lo vio fijamente mientras se lo tomaba, cosa que helo la sangre de De Noyelles.

--Decidme, De Noyelles, ¿Qué diablos se cree Luis XIV? ¿Habeis leído su edicto?

--¿La Declaration du Clergé de France? Si, Su Santidad.

El papa hizo una señal de fastidio.

--¿Qué carajos cree que esta haciendo ese fulano? ¿Habeis leído sus argumentos?

--Si. Insiste en limitar el poder de Su Santidad, aun sobre los obispos de Francia.

--Estoy meditando excomulgarlo --dijo con voz amenazante Inocencio.

--Su Santidad, es mi deber advertiros de los peligros latentes de tal acción. Luis bien buscaría igualar a Enrique VIII.

--¿Crear un cisma y fundar una Iglesia de Francia como la Inglesa?

--Es muy posible. Su alteza es un hombre caprichudo y muy celoso de sus prerrogativas.

--¿Y cuales serian esas? ¡Yo soy el sucesor de San Pedro, vive Dios!

--El origen de todo este embrollo, Su Santidad --explico De Noyelles con voz trémula--, es por culpa de los poderes que vuestros antecesores dieron a Carlomagno y sus sucesores. Según las crónicas en esos tiempos los nobles de Francia se adjudicaban los obispados y otros beneficios entre si, tomándolos a fuerza a punta de la espada a veces. Poca fuerza tenían entonces los papas para hacer valer la voluntad del papa en Francia pues esta era una tierra salvaje, llenas de las ruinas que había dejado Roma, y estos nobles apenas eran civilizados. De ahí que vuestros antecesores hicieran todo lo posible para fortalecer el poder de los reyes pues estos eran entonces sumisos con Roma.

--¡Pero, carajos, ya no estamos en tiempos de los barbaros! --maldijo Inocencio.

--No, Su Santidad, pero me temo que tampoco Luis XIV es un rey como los de entonces, que temian mas un anatema papal que una horda de hunos.

--Bien, y, a todo esto, ¿Qué puede hacer la Compañía para apuntalar el poco poder que me queda ahí?

--He estado en continua comunicación con Pere de la Chaise, un miembro de la compañía que tiene excelentes dotes diplomaticas. Este esta tratando de moderar las exigencias de Luis.

--¿Solo eso? ¿Y no es de la Chaise francés? ¿Qué tanta fidelidad le tiene a su soberano y que tanta a la iglesia?

--Su Santidad, yo meto la mano al fuego por el señor de la Chaise y por cualquiera de mis hombres. Su Santidad sabe que somos los mas fieles soldados de vuestro papa. Ordene Su Santidad y con gusto nos haríamos matar por Roma y por su obispo.

--Bien, de Noyelles, veremos entonces. Por otra parte, en realidad no tengo queja de vuestros servicios.

--Estoy a su disposición Su Santidad --contesto de Noyelles con algo de alivio (si hubiera sido envenenado ya estaría muerto).

--Os llame también por el asunto este del juego. He leído con atención los documentos que vuestro agente extrajo en Basilea. Muy hábil ha de ser este señor de Aramis.

--En efecto, Su Santidad, es tal vez el mejor de mis agentes. Fue en su juventud un mosquetero del rey. Pero ahora su fidelidad a la Compañía de Jesús esta por encima de su lealtad al rey. Ha recibido el encargo de eliminar al correo que mando Luis XIV.

--Ah, muy bien --sonrió Inocencio--. Pero, decidme, de Noyelles, ¿leyó vuestro papa el contenido de la información que este Aramis encontró en Basilea en casa del hereje Bernoulli?

--Someramente, Su Santidad.

--Me tome la libertad de consultar sobre el tema con Fray Venancio de Zamora. ¿Habeis oído de él?

De Noyelles palideció por un momento. Sabía de la desaparición de ese erudito de la Universidad de Roma. Se rumoraba que la Inquisición lo había sujetado a tormentos.

--He oído de él, en efecto, Su Santidad. Franciscano, según recuerdo, y era maestro de astronomía en la Universidad de Roma.

--En efecto. La Inquisición sospechaba que tendría que tendría menesteres con los Iluminados.

--¿Y tenía tales, Su Santidad? --se atrevió a preguntar De Noyelles.

--¡Diablos si sabré! --admitió Inocencio--. El infeliz estaba ya muy anciano y se murió durante el primer interrogatorio. Pero el caso es que antes de entregarlo al santo oficio lo hice llamar y lo consulte sobre lo que menciona Bernoulli. Creo que ustedes los jesuitas no tienen idea de la peligrosidad de la amenaza que nos acecha.

--Perdón, ¿su señoría? --pregunto con incredulidad De Noyelles.

--Mi querido De Noyelles, ¿Qué tanto sabéis de la filosofía natural, de las ciencias de las estrellas?

--No mucho, Su Santidad, lo admito. Mi entrenamiento fue en la ley canónica.

--Yo provengo de una familia de banqueros. Tengo cierta tendencia y facilidad por los números. ¿Sabéis del modelo de Ptolomeo?

--Explica el movimiento de los planetas alrededor del sol.

--En efecto, tal hace, pero de manera imperfecta. Lo cual es bueno.

--Su Santidad me confunde --admitió De Noyelles.

--Miradlo de esta manera, De Noyelles, si los hombres pudieran explicar y predecir el movimiento de los planetas, ¿adonde quedaría Dios? ¿Y que seguiría después de entender la mecánica de los cielos? Vamos, hombre, ¿para que necesitarían los hombres la fe? La verdad es que el modelo ptolemaico, con sus errores, permite mostrar a los hombres que no, no pueden conocer enteramente los designios de Dios. Claro, para explicarlos, pues estamos nosotros. Pero Bernoulli menciona una mujer que él llama Hypatia que vive en la Nueva España y que aparentemente esta a un paso de probar la validez del modelo del hereje Kepler. Si tal ocurre, el modelo de Ptolomeo no será ya aceptado. Y me temo que los hombres se ensoberbecerán y pensaran que pueden entender los designios y menesteres del santísimo tan solo a través de la observación, la lógica, y las matemáticas, sin recurrir a la fe. ¿Entendéis?

De Noyelles se persigno.

--Y resulta muy conveniente que Luis haya mandado un correo precisamente a la Nueva España, donde ese peligro se esta cocinando --continuo Inocencio--. Y la correspondencia de Bernoulli con von Tschirnhaus demuestra que ese correo tiene la misión de traer la prueba que forja esta Hypatia a Europa. Si el imbécil de Luis no hubiera convocado un juego no tendríamos manera de saber de la existencia de este correo.

--¿Qué podemos hacer Su Santidad?

--Escuchad. Me temo que el nombre de esta Hypatia no se encuentra en los

documentos que Aramis extrajo de Bernouilli. A toda costa, vuestro agente debe de eliminar al correo, si. Pero eso no es todo. Por el bien de la santa madre iglesia y por la preservación de la fe, vuestro hombre Aramis debe de llegar hasta la Nueva España y eliminar a esta mujer que es un peligro para Roma. A toda costa, ¿entendéis De Noyelles? Nada importa mas que esto. Ni siquiera mis disputas con Luis XIV se comparan. Insisto, De Noyelles, no hay trabajo mas importante para la compañía de Jesús que identificar y eliminar a la tal Hypatia.

--Entiendo, Su Santidad. Creo que el santísimo protege a la santa madre iglesia. El arzobispo de la Nueva España, Aguiar, es jesuita también. Me asegure que le facilite todos los medios posibles a Aramis para eliminar a esa mujer maldita, quien quiera que sea.

--Haced tal, De Noyelles, y no fracaseis, os lo advierto.

Minutos después De Noyelles salió de los aposentos del papa. Su mente ardía urdiendo planes. Su secretario, Giacopo, se materializo de entre las sombras y se le aproximó.

--¿Esta bien su señoría?

--¡No discutáis! ¡Seguidme! --ordeno De Noyelles.

El general de los Jesuitas y su secretario entraron en una de las oficinas de la Compañía en el vaticano. Ahí De Noyelles pidió papel y pluma y escribió rápidamente una carta que sello con cera. Luego De Noyelles le proporciono a Giacopo una bolsa pesada.

--Tened esto y estos documentos que os acreditan como mi enviado. Idos de inmediato a Nápoles. Comandad una de las

galeras que ahí tiene la Compañía y dirigiros con toda premura a Barcelona. Decidle al capitán que azote a los galeotes sin misericordia. Yo lo remunerare por los muertos. Buscad a Aramis en Madrid y entregadle esta carta.

Al día siguiente, en la madrugada, una galera de la Compañía de Jesús levanto anclas en la bahía de Nápoles y se dirigió a occidente.

LXVI. La Reina



Quien, por curiosidad y algo de desprecio por la vida, la bolsa, y el honor, extraviara sus pasos por la puerta norte de Sevilla y caminara entre nubes de vagos, pordioseros, chulos, y prostitutas, observara una pareja insólita. Se trata de dos monjes dominicos que guían dos mulas cargando sus alforjas e impedimenta de viaje. Los dos monjes no pueden ser mas disimiles. Uno es bajo, rechoncho, muy moreno, y observa beatíficamente a sus alrededores, repartiendo limosna y bendición al que así lo solicita. El otro monje es alto, de buena planta, y obviamente receloso pues con movimientos nerviosos observa todo a su alrededor.

--¡Con un carajos! ¿Quién diablos creéis que sois? ¿San Francisco de Asís? --le dije quedamente a Sancho.

--Es que el infeliz tullido ese me dio lastima. ¿Qué son unos cobres?

--¡Que atraéis atención, carajos! ¿Cuándo se había oído que un monje sea generoso? Además, si veis a vuestro tullido, ya camina con toda premura y la ligereza de un dervish turco alejándose de nosotros...

Las palabras se extinguieron en mi boca. En efecto la nube de curiosos se iba desvaneciendo a nuestro alrededor.

--¿Cómo? ¿Qué pasa señor almirante?

--Olvidaros, Sancho. Hemos sido descubiertos. Ea, ¡buscad vuestro alfanje!

En efecto, ambos buscamos entre la impedimenta de nuestras mulas y extrajimos armas. En mis manos estaba mi toledana y ya con el acero sentí que mi alma volvía a mi cuerpo. La plaza, en efecto, se había vaciado. La resolana era intensa. Solo se oía el piafar de nuestras mulas.

Sancho se persigno.

--Voy a morir sin confesión y, peor, blasfemo por portar estos hábitos.

--Nos sirvieron bien en el camino. Sabéis bien cuantos malandrines acostumbran desplumar viajeros. Pero bien es sabido que si molestan a un clérigo la Inquisición se asegura de que los corchetes los capturen y habrá chicharroniza garantizada. Además, encontrar posada no fue un problema. Los posaderos se contentaban con que les echara unos latinajos y bendiciones en lugar de darles plata.

--¿Qué esperamos, señor almirante?

--Que los fulanos que nos esperan se presenten a hacer el trabajito. Escuchad. Lo mio no os concierne. Podéis idos. No creo que os molesten. Me buscan a mí.

--¿Cómo un poltrón? No, señor almirante, yo no soy traidor ni cobarde.

--¡No seáis bruto Sancho! Esto va a ser cuestión de ensartar acero en los hígados y vos no sois gente de guerra.

--Perdóneme su señoría pero mi santa madre, que en gloria este, no paria traidores. Todavía no oigo al gallo cantar

tres veces. Además, creo que ya es muy tarde para que ahueque el ala.

En efecto, seis hombres con pinta patibularia se presentaron. Traían ya el acero desenvainado.

--Caballero, ¿vos sois el que llaman El Moro? --pregunto con voz retadora el jefe, un matasiete que portaba una cimitarra turca y era tan peludo como un oso.

Algo que me emputa es que los matasiete insisten en establecer toda clase de diálogos y conversaciones antes de entrar en materia. El dialogo típicamente empieza muy formalito, con muchas "vuecencias" y "su señoría", y acaba por lo general con un "voto a Belcebú que os hare comer vuestras palabras". Siempre he dicho que no vienen estas cortesías al caso pues no vamos a hacernos compadres o amantes o socios de negocios sino a matarnos. Así que decidí abreviar las diatribas. De entre mis hábitos de dominico saque un pistolón, ya listo y cebado, y, sin decir mas, se lo descargue al peludo. Debo aclarar que nunca he sido bueno para eso de las armas de fuego. El resultado fue que la bala le voló la tapa de los sesos al forajido junto al jefe y no a este, como era mi intención. Creo que eso confirmo toda sospecha acerca de nuestra identidad y las palabras del jefe me lo confirmaron.

--¡Me cago en Cristo! ¡A ellos! ¡Matadlos! --lo oí gritar aunque no lo vide pues estaba envuelto en una nube de humo a causa de la descarga del pistolón.

Afortunadamente tenía otro pistolón a la mano y volvi a descargarlo, con ojos llorosos por la pólvora otra vez en dirección al jefe. Una vez más, por mi torpeza, solo logre arrancar un "¡hideputa!" del forajido que estaba junto a él, el cual cayo al suelo con una pierna sangrando como miembro de cochino en sacrificio.

Pero, ¡ay de mí! no tenia yo mas pistolones y mis ojos me ardían por la humareda. Quedaban cuatro hideputas, si Pitágoras no mentia. Por instantes contemple seriamente poner pies en polvorosa pues la honra se conserva ante tal desigualdad. Pero para mi sorpresa, el que se abalanzo en dirección a los cuatro matarifes restantes, con sus hábitos arremangados y envueltos en un brazo a manera de escudo y blandiendo un alfanje en la diestra, era no otro sino Sancho, el cual gritaba "¡Santiago!" a todo pulmón. Creo que era lo que el loco al que anteriormente seguía le había inculcado.

Podía entonces sacrificar a ese hombrecillo rechoncho que tan bien me había servido y aprovechar que se distrajeran despellejándolo y huir. Pero mi madre tampoco había parido traidores y, me temo, se me escapo un ¡Alah Akbar! y me abalance entre ellos pues, según me había entrenado D'Artagnan, era mejor estar entre una nube de adversarios pues estos entre si se iban a estorbar.

Logre tumbar al primer matarife que me encontré haciendo con facilidad a un lado su estocada y clavándole la punta de mi toledana en el pescuezo. Para mi sorpresa Sancho saltaba de un lado a otro sin darle punto y blanco fijo a su adversario. Fue entonces que me vi encarado por el oso y uno de sus matarifes. Era evidente que el fulano sabia manejar bien la cimitarra. ¡Tal vez el desgraciado había sido un renegado y había servido al Gran Turco mismo! Y bien sabia yo que mi toledana no aguantaría el contacto con esa arma pesada. Y dudaba que la guarda de mi espada aguantara el impacto de esta.

En segundos me sabía ya hombre muerto. Mi toledana, si, detuvo el cimitarrazo en la guarda y no perdí la mano pero se rompió el acero. Se lo avente en la cara al oso.



Mientras, el otro matarife me alcanzo con un araño que no me hizo mas daño por que Dios es grande y los hábitos de dominico confundieron la punta de su acero.

Pero entonces oí un disparo seguido de una voz.

“¡Alto en nombre del rey!”

El oso blasfemo horriblemente y los matarifes bajaron sus aceros. A una señal del oso todos se escabulleron. Busque y encontré quien había invocado la ley. Esperaba ver a los corchetes. Pero no, se trataba de un caballero ya maduro aunque de mirar recio y mostacho imponente. Iba acompañado de varios soldados armados con arcabuces.

--¿Qué hacemos señor almirante? --me pregunto Sancho. Traía un araño en el cachete que lo hacia sangrar como un marrano.

--No tenemos opción. Esos son profesionales. Mírales la pinta Sancho.

--Vos sois el moro --dijo el caballero anciano. No era pregunta, era una afirmación.

--Si. ¿Y vos?

--Iñigo Balboa. Sirvo al rey. Seguidme.

Diantres, pensé. De reyes me había hartado después de tener el disgusto de estar ante la augusta presencia de Luis XIV.

El anciano hizo una señal y un carruaje se presento.

Los soldados y desarmaron a Sancho, el único que todavía tenia acero en sus manos.

--Subíos --indico el anciano.

No había nada que argumentar. Asentí y le indique a Sancho que tal hiciera. Fue entonces que uno de los guardias dio un grito. Lo mire fijamente. Estaba junto a mí y me contemplaba despavorido. En su cuello reconocí un dardo. El guardia cayo exánime, su boca espumeando sangre, tal era la potencia del veneno con que estaba impregnado el dardo.

--¡El mejicano esta aquí! --grite con pavor.

El anciano maldijo. Oí claramente otro proyectil acercarse. Este se incrustó entre los hábitos de Sancho y pensé que mi fiel escudero era ya hombre muerto.

--¡Subíos al carruaje! ¡Todos montad! ¡Es una emboscada! --grito el anciano mientras los soldados nos empujaban a bordo. Oí el ruido de otro dardo empotrándose en el carruaje.

El carruaje se lanzo a escape por las calles de Sevilla escoltado por los guardias. Balboa se había subido tras de mí. Me apresure a examinar a Sancho. El dardo había sido obstaculizado por los hábitos pero la punta si había tocado su piel...en un glúteo.

--¿Soy hombre muerto? --pregunto Sancho. Sus ojos brillaban y sudaba a chorros.

--¿Quién diablos es el mexicano? --pregunto Balboa que nos encañonaba con un pistolon.

--Su señoría, os explicare todo pero, os ruego, permitidme usar vuestro cuchillo para hacer sangrar a mi escudero aquí. ¡Solo así lo podre salvar y os juro que no tomare acción contra vuestro escudero!

Balboa no vacilo un instante y me extendió un fino cuchillo de los que llaman “de

misericordia". Hice un par de cortes donde la punta del dardo había tocado su pellejo.

--¡Maldita sea Sancho! ¿No os podíais haber hecho herir en un hombro? --jure mientras chupaba y escupía la pus en la herida.

--Perdóneme señor almirante --dijo jadeante Sancho. Se desvaneció y no dijo mas.

--¡Maldición! --jure regresándole el cuchillo a Balboa.

El anciano palpo la papada de Sancho, buscándole el pulso.

--Creo que todavía vive aunque su pulso esta muy tenue --dijo Balboa--. En palacio tenemos médicos. Decidme entonces, ¿Quién es "el mejicano"?

Antes de que explicara se oyó a un caballo encabritarse. Vide al jinete dar un aullido y caer muerto. Torne la vista hacia donde habíamos venido. En lontananza contemple al "mexicano" seguirnos, corriendo como una gacela, portando una cerbatana.

--¡Es el diablo mismo señor Balboa! --dije apuntando hacia él.

Balboa observo con cuidado y produjo un arcabuz y apunto. El disparo fallo. El mexicano seguía corriendo tras nosotros. Si bien parecía que no nos ganaba terreno tampoco se quedaba atrás. Y eso que el cochero estaba azotando sin misericordia a los caballos que tiraban de nuestro carruaje.

Corríamos como bólidos entre las calles de Sevilla. Los jinetes iban dando de alaridos para que la gente se hiciera a un lado.

Balboa dio una maldición y produjo otro arcabuz y volvió a apuntar.

Observe con cuidado el tiro. Pareció que el mexicano vacilo y desapareció de nuestra vista. Había sido tocado.

Poco duro nuestro jubilo. Nos encontrábamos en una calle estrecha. Sentimos un bulto caer pesadamente sobre el techo del carruaje. De pronto oímos al cochero gritar "¡Madre de Dios!" y vide su forma caer al pavimento. Acto seguido un acero atravesó el piso y se clavo a un palmo de mi mano de mi testa.

--¡Aramis! --grite con pavor. El jesuita se había descolgado desde un balcón justamente sobre nuestro carruaje.

Balboa descargo su pistola al techo sin decir más palabra. Oí claramente "¡Merde!"

Acto seguido uno de los jinetes de la escolta abordo el carruaje con intenciones de subirse al techo. Lo vide caer con el pescuezo atravesado de par en par.

--Lo habéis herido y hecho enojar, señor Balboa. ¿No tenéis otro pistolón?

Balboa sacudió la cabeza.

Como una centella Aramis se dejo caer en los estribos de la puerta del carruaje y me lanzo una estocada de no muy buenas intenciones. Balboa, para mi sorpresa, pues no esperaba tal de un anciano, reacciono con la velocidad de una sierpe, empujándose a un lado y deteniendo el acero del jesuita con su guarda. Hecho esto, le desvió la espada y le lanzo a su vez otra estocada. El jesuita perdió el pie al esquivarla y cayo detrás de nosotros hecho un ovillo en el pavimento.

--Espero que no tengáis más enemigos que os estén queriendo despanzurrar --dijo Balboa abriendo una botella y tomando un

trago de esta como si tuviera un hoyo en una pata.

Yo tenía ya, con los sustos y el salitre de la pólvora, una sed de los mil diablos. Balboa generosamente me extendió la botella.

--Si vuecencia me quiere despanzurrar lo perdonare tan solo por haberme dado este trago.

--Tal vez si os tenga que ajusticiar --contesto Balboa lacónicamente--. Eso no es cuestión que yo decida.

--Conozco esa cantaleta, señor Balboa. Vosotros servís a vuestro rey. Entiendo.

--Os olvidáis que también es vuestro rey.

--¡Sea! --dije apurando la botella-- ¡A la salud del rey!

No dijimos más palabra en todo el camino. El tal Balboa era hombre de pocas palabras y yo estaba completamente extenuado. De vez en cuando sentía el pulso de Sancho. Era evidente que agonizaba.

Llegamos a un pequeño palacete a orillas del Guadalquivir. Balboa dio órdenes y varios mozos se aprestaron a bajar a Sancho.

--Despreocupaos por vuestro siervo --indico Balboa--. Tenemos un medico turco que se reputa es excelente. Y si vuestro hombre no vive también tenemos clérigos que se aseguraran de darle los santos oleos y cristiana sepultura.

Acto seguido Balboa me puso esposas.

--Es de rigor --dijo medio excusándose. Yo asentí. No podía hacer más.

Balboa me guio, escoltado por dos soldados, por los salones del palacio. Este

estaba lujosamente adornado, con las armas de Castilla y de Austria abundantes. Balboa se detuvo en el dintel de una puerta y toco.

--Entrez --dijo en francés una voz femenina.

Balboa se quito el sombrero y abrió y entro. Yo y los soldados de la escolta lo seguimos.

--Señora --dijo Balboa con una caravana--. Hete aquí al moro.

Ya sabía yo la rutina. Antes de que uno de los mozalbetes que me escoltaban me diera un sopapo me incline respetuosamente, no sin antes alcanzar a dar una ojeada a la mujer. Ante mi se encontraba una verdadera hija de Francia. Era una mujer morena de facciones delicadas pero sus ojos eran grises y duros, igual que los de Luis XIV. Vestía un corpiño elegante y amplia falda, todo adornado con mucho oro y flores de lis. Se encontraba sentada en un trono con capiteles adornados con las armas de Castilla y el águila bicéfala de los Austrias.

--Acercaos --ordeno la mujer. Tal hice y no ose levantar la mirada.

--Dejadnos solos, señor Balboa, y quitadle las esposas.

--No es un hombre de fiar, señora --balbuceo Balboa mientras me liberaba. Pero el anciano y los soldados se retiraron.

Ya que estábamos solos la mujer se paro y se dirigió a un escritorio donde abrió un pergamino y produjo un pequeño trozo de papel de este.

--¿Sabéis quien soy? --inquirió la mujer.

--Señora, me imagino que sois la reina de España. Sois una infanta de la casa real de Francia según me han contado.

--Oui --dijo la mujer con voz precisa. En otras circunstancias hubiera encontrado su voz atractiva. Pero sabía yo bien lo peligrosos que son los de sangre real. Por cualquier capricho os mandan empalar.

--Decidme, moro, ¿Cuál es la contraseña que debíais decir al abad Cirilo en La Rábida?

Suspire.

--No tenéis alternativa. Si no queréis morir hablaras --respondió la mujer.

--Bien, señora, es "eclipse".

La mujer sonrió levemente.

--Bien, sois quien sois. Consideraros afortunado que os evite ir a La Rábida. El abad acaba de ser ajusticiado por la inquisición. Si os hubierais presentado ante él, el santo oficio os hubiera hecho también chicharrón.

No pude sino palidecer y temblé ligeramente. Siempre he preferido no tener líos con el Santo Oficio.

--Señora, no entiendo. Vos sabéis de mis órdenes aparentemente. Admito que es inútil seguir la farsa. Me iba a presentar, si, en La Rábida pero no tengo idea de que mas debo hacer.

--Escuchad, moro, mi maestro de matemáticas es el don Walter von Tschirnhaus. Vos lo habéis conocido, ¿oui?

--Si, en Paris, su alteza.

--Mantengo comunicación con él usando...(la mujer vacilo)...le pigeon voyageur, ¿entendéis?

--Ah si, alteza, palomas mensajeras --eso explicaba como es que las nuevas de mi viaje le habían llegado.

--¿Comprendéis entonces que seguís al servicio de mi tío y de Los Iluminados?

--Señora, si así me lo decís tal es. En verdad es que soy solo un simple marinero y no entiendo de las tramas y enemistades de los reyes. Dígame vucencia que debo hacer a continuación y a tal menester me avocare.

--Esperareis aquí en este palacio por el momento. No seréis un prisionero pero Balboa y sus hombres os vigilaran, para vuestra propia seguridad. La Inquisición tiene oídos aun dentro de estas paredes y nos odiamos cordialmente. En cuanto el señor Balboa haga los arreglos del caso, os embarcareis en Sevilla, rumbo a las Indias.

--¿A la Nueva España alteza?

--Oui. Un lugar que llaman Veracruz. Antes de partir se os darán nuevas instrucciones. Todo lo que había planeado el desafortunado abad Cirilo se ha venido abajo.

La mujer toco una campanilla y Balboa se presento con sus mozalbetes. Me despedí haciendo una caravana ante la reina. Y esta me vio con una sonrisa burlona, igual a la de su tío el tal Luis.

Esa noche en una taberna en un barrio de mala muerte de Sevilla un cirujano maldecía escarbando en el costado de un hombre.

--¡Hideputa! --maldijo Xiucoatl.

Aramis contemplaba la escena sin decir palabra. Tenía un vendaje en una pierna y estaba muy pálido, como el que ha perdido sangre.

--Maldita vida esta de las armas --murmuro Aramis.

--¡Ah! Siento ya el plomo --sonrió el cirujano.

--¿Y que diablos esperáis? ¡Sacadlo carajos! --gimió Xiucoatl. Luego el hombre maldijo en su lengua.

El cirujano extrajo lentamente la bala y la mostro triunfante a la pálida luz de las velas. Luego derramo abundante alcohol sobre la herida e hizo unas suturas con poco arte.

--¿Vivirá? --pregunto el jesuita.

--¡Diablos si sabré! --escupió el cirujano--. Viene la fiebre. Pero es muy correoso. Tal vez la parca no lo jale.

Aramis le avento una bolsa.

--¡Largaos! Y sabed que si vais con los alguaciles sois hombre muerto.

El cirujano se apresto a escabullirse.

Los ojos de Xiucoatl brillaban intensamente.

--Es inútil señor Aramis. Ya oí al tecolote. Os pediré una venia.

--Hablad.

--Juntad mis cenizas y llevadlas a mi tierra. No quiero que queden en este maldito lugar, ¿entendéis?

--¿Por qué debo de ser tan magnánimo con vos?

--Vos servís al papa, ¿correcto?

--Oui.

--Entonces escuchad. Si me prometéis que haréis mi última voluntad os revelare un secreto que la iglesia ansia conocer.

--Os lo juro.

--No, no quiero el juramento de un jesuita. Sé que habéis sido mosquetero del rey. Jurad como tal.

Aramis maldijo quedamente y sacudió la cabeza.

--Sea, lo juro por mi honor de mosquetero que os llevare vuestras cenizas a la Nueva España si hasta allá llevo.

--Sea. Con eso me conformo. No tengo mucho tiempo ya.

--Entonces hablad.

--Dadme un trago de ron primero...

LXVII. El Tercio de la Nueva España



Nueva España, 1683

Imaginaos lector que es mediodía y nos encontramos en la muy real y señorial ciudad de Méjico. Nos dirigimos a la gran plaza enfrente del palacio de los virreyes.

Seguimos los pasos de don Raúl. Vucencias tal ves os acordáis de él. Se trata del capitán del ultimo destacamento de los ejércitos mexicas, los caballeros águila que vigilan el tetzacualco, allá, perdido, entre las brumas que coronan el Tlaloc.

Es don Raúl un indígena sesentón (el pelo lo trae cortado a rape, muy a lo militar, pero realmente para que no se vean sus canas). Sabed que mis palabras al describirlo de ahora en adelante como un “anciano” no os deben de engañar. Tal, ciertamente, no es mi intención a pesar de los embustes que os he contado.

Os debo entonces advertir que Don Raúl es el tipo de viejo del cual ni vucencia ni su servidor se atrevería a hacer mofa alguna. Observad su brazos. Son correosos. Las manos son callosas. El porte y el caminar es erguido y arrogante. La piel, muy morena, tiene apenas pequeñas arrugas alrededor de los ojos. No se detecta ningún indicio de que ha echado panza, cosa de esperar en un sesentón. Una cicatriz vertical le nace en la frente, sobre el ojo izquierdo, y fenece en un cachete. Viste don Raúl las ropas humildes de un arriero. No porta armas, tan solo porta un pesado bastón en el que

se apoya para tratar de dar la impresión de ser un sesentón común y corriente, es decir, en capilla para servir de banquete a los gusanos. ¿Quién le prestaría mayor atención a un indígena viejo, seguramente derrotado por la vida?

Don Raúl camina entre la multitud. Imaginaos la romería que son las calles de la capital de la Nueva España. Ignora a las nubes de pordioseros. Las busconas, mujeres de olfato fino, no se atreven a ofrecérsele. Y mas de un matasiete que piensa en hacerse de la bolsa del anciano detiene sus pasos al hacer contacto con su mirada. Esta es muy retadora y una sonrisa burlona se asoma en su boca. Y los matasietes adivinan que el pesado y solido bastón que porta el “anciano” con ligereza puede ser letal.

La que seria, en siglos posteriores, llamada la Ciudad de los Palacios lo es en verdad. Alrededor de don Raul se yerguen, cual titanes anclados en la tierra, los palacios contruidos por los peninsulares. Innumerables son los palacetes coronados por las armas de un noble de Castilla (o tal vez las de uno de los llamados “nobles de indias”, humildes soldados del extremeño que hicieron su fortuna en la Nueva España y a los que el rey vio conveniente darles patentes de nobleza). Pero en todos estos altivos palacios de tezontle don Raúl observa los basamentos, muchos de los cuales consisten de piedras labradas extraídas del extinto palacio de los tlatoanis mexicas.

Hay uno en particular frente al cual don Raúl hace una pausa. Se trata de un edificio semiderruido y ahora subdividido en múltiples covachas de notarios, buscones, picapleitos, prestamistas, y otras faunas que malviven del auge comercial de la ciudad. Sobre la todavía imponente mole del edificio se distinguen altivas aunque carcomidas por el tiempo y los elementos

las armas de la orden del águila: el águila y la serpiente. Es el palacio del príncipe Axayacatl, gran maestro de la orden, y esta a un tiro de honda de la gran catedral.

La multitud fluye cual un gran río alrededor de don Raúl que se ha detenido por varios minutos a contemplar el dilapidado escudo que corona el palacio. Nadie le presta atención al anciano indígena que contempla fijamente el escudo. Don Raúl duda. Dígame vucencia si no dudaría usted. Ha dedicado toda una vida al cuidado de una herencia que tal vez ninguno de los mexicanos que lo rodean valorarían, aun si supieran de su existencia. ¿Y todo para qué? Pues para entregársela a unas generaciones en siglos que ni siquiera se pueden imaginar, que solo son suspiros de una profecía. No sería humano don Raúl si no dudara.

Mas la disciplina de la orden se impone y don Raúl maldice quedamente. El no es un erudito aunque ha tenido una fina educación y posee conocimientos de la antigüedad mexicana y europea que envidiaría cualquier egresado de las grandes universidades de Europa. Mas bien es un soldado, y eso lo consuela y justifica su existencia. Y hoy tiene que actuar como tal, haciendo un reconocimiento del enemigo.

La misión de don Raúl hoy es clara. Se ha recabado inteligencia que el virrey ha convocado a la formación del Tercio de la Nueva España reclutando elementos entre los peninsulares y criollos avecindados en la gran ciudad. Y hoy es cuando comienzan a entrenar. La gran plaza de armas frente al palacio virreinal será, en verdad, de armas.

En lontananza se divisan los altivos muros y almenas del gran palacio de los virreyes. En lo alto de este ondea la bandera con la cruz de San Jorge, símbolo de las armas de España. Se oye un continuo tamborileo y

gritar de ordenes y se detecta el olor de la pólvora. Un alférez se mantiene en pie, estoico e inmutable, aparentemente eterno, sosteniendo la bandera de España. Esta plantado en el centro de la plaza. Es en el mero corazón de Anahuac donde se posa su astabandera.

Don Raúl ha llegado a una esquina de la plaza. Se planta bajo los arcos del gran mercado que ahí se alza, y observa con ojos entrecerrados como se ejercita el tercio de la Nueva España.

Alrededor de la enseña de Castilla se arremolinan los soldados de este tercio. Los cuenta don Raúl. Son como trescientos infantes y una treintena de cabos y jefes. Mas no son los trescientos de Esparta. Son mas bien los hijos de las mejores familias de la Nueva España. Don Raúl los observa con cuidado. Son jóvenes tal vez de unos veinte años, en la flor de la edad, de buena planta, altos, fornidos. En su manos están pesados arcabuces. En sus cintos portan sendas toledanas. Unos sombreros de gran ala coronan sus testas. Están cubiertos de sudor. Han estado toda la mañana evolucionando y descargando sus arcabuces contra un parapeto de pacas de paja.

La torpeza con que maniobran los delata. Si, son soldados bisoños pero ese no es el problema. Es evidente que no están hechos para las rudas tareas de la milicia. En el tetzacualco se hubieran quebrado luego luego piensa don Raúl.

Don Raúl no puede evitarlo. Deja ir un sonoro pedo, cosa que no es aconsejable si uno esta en estos menesteres de no atraer la atención y observar al enemigo de incognito. Pero, ¿Qué se puede esperar de un anciano decrepito que tal vez ya no controla su esfínter?

Y es que, ¡por Santiago! --piensa don Raúl al contemplarlos--. ¡Que bonitos mozos!

¡Que bien vestidos! ¡Que preciosos encajes! Vive Dios, que esos guantes han de ser de piel de ante. Mirad esos gloriosos peinados. Seguramente es la última moda de París. Ah, y mirad la mirada de arrogancia de todos ellos, de perdona vidas. ¿Que somos nosotros? Hombre, ¡pues tan solo unos gusanos! Ellos, tan arriba de nosotros, nos contemplan cual insectos.

Y sin embargo don Raúl no deja de sentir cierta amargura. Si son tan torpes, se pregunta, ¿Por qué todavía esta esa enseña plantada en el centro de la plaza con los colores de Castilla? ¿Si son tan poquitos, por que los miles de indígenas a su alrededor no los avasallan en minutos?

¡Cuántas veces ha imaginado don Raúl capturar esa bandera y tomar el palacio! Y sabe que bien lo podría hacer, ¡con un carajo!, aun cuando los caballeros de la orden que comanda son aun menos en número que todo el tercio que se ejercita ante sus ojos. Si, piensa don Raúl, sería cuestión de escoger bien el momento y actuar con sorpresa y presteza y, sobre todo, de no tener misericordia. La pregunta, y ahí vuelve a resurgir la amargura en don Raúl, es ¿el pueblo mexicano los seguiría?

Es entonces que un hombrón gigantesco de barba cerrada y pelo entrecano, don Anselmo Bustos, le sorraja una tremenda cachetada a uno de los señoritos. Don Raúl sonríe reconociendo a su contraparte y jefe de la guarnición de la muy real y señorial ciudad de Méjico. Don Raúl siente cierta simpatía por Bustos. Lo reconoce como un hombre hecho y derecho, todo un soldado. Bustos es, como ya os había contado, un soldado viejo, veterano de los tercios del rey y ha dejado su sangre y sudor y algo de sus pellejos en Flandes, Nápoles, y en Levante. Don Raúl intuye que, llegado el momento, tendrá que darle un macanazo a Bustos y colapsarle la bóveda del cráneo.

--¡Nunca me apuntéis el arcabuz so bruto!  
--ruge don Anselmo al mozalbete que acaba de golpear.

A su lado, otro viejo soldado levanta bruscamente al señorito el cual ha sido derribado por el sopapo.

--¡Seguid entrenándolos, Ramírez! --ordena don Anselmo al sargento--. ¡No les tengáis misericordia a estos poltrones! ¡Por Belcebú! ¡No servirían ni para limpiar las botas de los que cayeron en Rocroi!

--Despreocúpese su señoría --responde el sargento--. Me encargare de que maldigan el día que nacieron. ¡Ea cabrones!  
¡Rehaced vuestras filas con un carajo! ¡Sois soldados del rey! ¡Actuad como tales!  
¡Debéis saber morir gritando "Cierra España"!

Y dicho esto Ramírez aplica con saña su vara de mando sobre los lomos de los señoritos, enderezando y castigando las filas del tercio, pues es dogma en las artes militares que el tratar brutalmente a vuestros soldados los endurece y hace que teman mas a sus jefes que al enemigo. ¿Y quienes somos nosotros para cuestionar tantos siglos de sapiencia militar? ¿No solían los cesares decimar sus legiones de cuando en cuando para que así pelearan con mas celo? Y es así que el Tercio de la Nueva España continua evolucionando bajo el sol abrazador, envuelto en sudor, maldiciones y el olor acre de la pólvora. Y mas de uno de los señoritos, en efecto, maldecirá el día en que su santa madre los pario y mas aun el día en que pensó que en la milicia encontraría recompensas y gloria.

Don Anselmo camina pesadamente en dirección a donde se encuentra don Raúl. Tiene el peninsular la garganta seca por rugir ordenes y respirar la pólvora. Bajo los



portales piensa encontrar un tarro de vino venido desde la península.

Don Raúl baja los ojos al paso del español y hace una pequeña reverencia, cual se espera de todo indígena al paso de un peninsular. Este lo mira suspicaz. Es su fino olfato de soldado viejo lo que lo hace recelar del indígena. Su mano se posa instintivamente en su toledana. Mas una voz le distrae la atención.

--¡Don Anselmo!

--Señor conde, --responde Bustos volteando bruscamente y reconociendo al conde de la legión. Al lado de este camina la gran perra negra que siempre lo acompaña.

--¿Qué del tercio?

Don Anselmo abre los brazos en señal de fastidio.

--Afortunadamente los indígenas no son guerreros, señor conde. En unas semanas mas esos muchachos estarán lo suficientemente entrenados para por lo menos sostener la plaza.

-- Acabo de conversar con don Carlos de Sigüenza y Góngora. Y me temo que no tiene vucencia tanto tiempo.

--¿Por qué la urgencia?

--El chahuistle fue detectado en Chalco.

--¡Ave María!

--Correcto. Algo conozco de estos menesteres de las plagas y gorgojos. Son tan voraces como la langosta. No tardara este chahuistle en desolar todas las milpas del valle. Y lo que nos han mandado de maíz desde Guanajuato no es mucho. Estamos, don Anselmo, montados sobre un polvorín.

La verdad, vucencia lo sabe, al conde le importa un bledo la suerte de los mortales que pueblan la Nueva España. Después de todo fue testigo de la muerte de Pericles durante la gran peste que hizo caer al imperio ateniense. Y también estuvo en Avignon mientras el papa ordenaba cerrar las puertas de la ciudad para que no entrara la peste negra ahí. Si acaso el conde tomaría menesteres para asegurarse que no le ocurriera nada a Sor Juana. Tal, bien sabe vucencia, no conviene a sus planes.

Don Raúl, con su fino oído, alcanza a enterarse de estas nuevas. Ni el conde ni don Anselmo les preocupa lo que oigan los indígenas, tal es su sentido de superioridad sobre estos y el desdén con que los tratan. Tan solo, instintivamente, les temen por su numero. Prudentemente don Raúl se bate en retirada y se dirige en dirección a la plaza de Santo Domingo.

La mente de don Raúl hierve. Estas noticias las debe de hacer llegar de inmediato al rey, don Lorenzo. Don Raúl maldice quedamente. Sabe bien que el rey y su hijo se han dirigido al Xinantecatetl o Nevado de Toluca por encargo de Sor Juana en busca de evidencia de un observatorio o tetzacualco.

--¡Con un carajos! --murmura don Raúl.

Entiéndase, don Raúl ha recibido entrenamiento somero en esos menesteres del caminar de los astros. Pero don Lorenzo, como un rey mexica, tiene por obligación que adentrarse en esos menesteres. Así siempre ha sido entre los reyes de Anahuac. Para don Raúl, sin embargo, la idea de poner en riesgo los documentos del tetzacualco con tal de que la monja los estudie le parece ridícula. Pero si así lo ha ordenado el rey, don Raúl obedece.

La plaza de Santo Domingo se encuentra a tan solo unas cuadras de la plaza principal. Frente a la plaza se alza el edificio imponente del Santo Oficio y a su lado la majestuosa iglesia de los dominicos.

La plaza esta atiborrada. Se trata de los familiares de los presos que la santa institución ha estado levantando. Son mujeres y niños que esperan, con desesperación, una noticia de sus seres queridos ahora refundados en una de las mazmorras. Una guardia de alabarderos resguarda la entrada.

Don Raúl camina entre los llantos y sollozos de las mujeres y las maldiciones de los ancianos. Se abre paso hasta el atrio de la iglesia de los dominicos y respetuosamente se quita el sombrero. Se adentra en la gran nave de la iglesia y se dirige a una pila bautismal donde toma agua bendita y se persigna ante el altísimo. Luego se hinca en una banca y reza en silencio. Da breves miradas a sus alrededores.

Al pie de la estatua de San Judas Tadeo un alto joven indígena vestido de peón inclina la cabeza y brevemente su mirada se cruza con la de don Raúl. El joven se hinca ante la estatua y saca un rosario. Es una señal convenida. Don Raúl se levanta y sin volver a ver al joven sale de la iglesia y se dirige al poniente.

Camina don Raúl sin siquiera mirar hacia atrás. A una distancia prudente lo sigue el joven indígena al cual se le ha unido otro.

Don Raúl ha llegado ante un edificio herrumbroso. Se observa el escudo de armas de un noble de Castilla en su frontispicio. Pesados barrotes resguardan las ventanas inútilmente pues estas han sido tapiadas.

¿Qué historia desea vucencia que le invente? ¿Qué tal vez esta mansión

derruida es donde un noble español asesino por celos a su esposa? ¿Qué tal vez ahí un caballero hizo un pacto con el mismo diablo a cambio de inmensurables riquezas pero que en una noche lluviosa el chamuco se presento a cobrarse lo debido? O que tal esto: fue la casa solariega que un noble indígena se hizo construir a raíz de traicionar a la ciudad. Traiciono este al emperador permitiendo la entrada de los españoles por un punto de las defensas que estaba a su cargo. Cortes lo recompenso pero sobre este noble cargaba una maldición (tal vez emitida por un anciano sacerdote de Quetzalcoatl al momento de ser despedazado por los mastines de los peninsulares) y poco a poco la descendencia del traidor fue languideciendo y declinando hasta que toda su planta finalmente desapareció de la faz de la tierra.

La verdad es menos romántica. Unas décadas antes, muerta la anciana viuda que ahí vivía (su marido había muerto de cirrosis por borracho unos veinte años antes y la mujer le había dado gracias a Dios por haberle quitado esa carga), sin hijos que reclamaran la propiedad, esta fue vendida por el ayuntamiento en subasta. Y un representante de los juaninos compro la propiedad, a buen precio. Nunca hicieron los monjes intento alguno de reparar la casona, si acaso se concretaron a tapiar todas las ventanas. Irremediamente, la propiedad se fue arruinando y no faltaron quienes empezaron a contar que ahí espantaban, que unas animas en pena rondaban dentro de esta pues a veces se oían ruidos y se apercebían luces dentro de la casona arruinada y misteriosos embozados tal vez venidos desde ultratumba se habían visto entrar y salir de la propiedad. Mientras las habladorías de los ociosos del barrio no atrajeran la atención de las autoridades la orden del águila no tenia problema que inventaran

mil y un cuentos sobre la casona, la cual era usada por ellos como “casa de seguridad”.

Don Raúl penetra en la casona hasta lo que alguna vez había sido un amplio salón comedor y encendió varias bujías pues solo una luz tenue penetraba desde un ventanal que daba a un melancólico jardín cuyo maleza casi tapaba la apertura. El salón estaba vacío, sin muebles. El único vestigio de los antiguos dueños era un retrato ennegrecido por el tiempo que mostraba un fulano con cara patibularia. En las paredes colgaban todo tipo de armas: toledanas, macanas, ballestas, etc. Don Raúl selecciona una toledana y se planto en el centro de la sala a esperar.

No tardaron en presentarse los dos jóvenes que lo habían seguido.

--Mi capitán --dijo el mas alto dando el viejo saludo de las legiones mexicas, el puño en el pecho.

--Habéis sido indiscretos. Mas os vale que no os hayan seguido.

--Teníamos que asegurarnos que vuestro nos prestara atención. Esto urge --dijo el segundo.

Don Raúl los contemplo. Uno era muy alto, tal vez tan alto como un teutón. El otro era bajo y fornido. El primero, de nombre José, don Raúl sabia que era un gran corredor. Siempre había llegado primero en la loca carrera de La Vida. El segundo, Antonio, era excelente en el cuerpo a cuerpo.

--Explicaros.

--Esta mañana fuimos a misa en Santo Domingo como solemos hacer todas las mañanas, --explico José.

--Revisamos el pedestal de San Juan Bautista como siempre lo hacemos.

--Por lo general no hay mensaje alguno, capitán. Pero hoy fue la excepción, --dijo José mientras le extendía un papel a don Raúl.

El papel era un trozo del que usaban los secretarios del Santo Oficio. Las letras eran pequeñísimas. La lengua era griego.

Don Raúl hizo una mueca. Siempre tuvo dificultad con el griego.

--El contacto nos avisa que ha habido un cambio --se apresuró a aclarar Antonio cual si intuyera la dificultad de don Raúl con el griego--. El sosteniente Torres y su gente han sido relevados de la custodia de la puerta. Extrajeron un prisionero y se lo iban a llevar rumbo, se cree, a la casa del Inquisidor Montoya.

--¿Qué prisionero?

--Un tal Domitilo Núñez --menciono José.

Luego con voz queda y tremulosa el joven añadió:

--Se trata de uno de los arrieros que fue parte de la caravana en que vinieron los juaninos a la ciudad de Méjico.

Don Raúl palideció por un momento pero sabia que tenia que serenarse y darles confianza a sus hombres.

--Bien, podemos concluir que Montoya ha encontrado una pista. ¿Sabéis a ciencia cierta de que llevaron a este Núñez a casa de Montoya?

--Si capitán --afirmo Antonio--. José se fue de inmediato por la ruta que seguirían. Yo me quede observando la plaza como eran mis ordenes.

--Alcance a interceptar a la compañía de Torres, --confirmando José--. Trae por lo menos una docena de su gente. Los vide bajar un prisionero en la casa del inquisidor.

--¿Cuándo fue eso?

--Tan solo hace un par de horas --contesto José--. Os esperábamos de un momento a otro y en cuanto os vimos entrar en Santo Domingo buscamos contactarlos.

--Montoya salió del Santo Oficio una hora antes de vuestra llegada, capitán --dijo Antonio--. Lo vimos dirigirse rumbo al arzobispado.

Don Raúl medito por un momento. Montoya pronto empezaría o tal vez ya había empezado el interrogatorio de Núñez, depende de que tanto tiempo perdiera en el arzobispado. Era evidente que Núñez tenía que ser silenciado a toda costa. ¿Qué tanto sabía este Núñez? Los juaninos, recordó don Raúl, traían su propia carreta y no habían contratado arrieros. Además, sopeso don Raúl, la casa del inquisidor era toda una fortaleza. Tenían información muy somera sobre sus interiores (en algún momento logro un agente de la orden penetrar hasta la cocina simulando ser un pordiosero que solicitaba sobras para comer).

Don Raúl era de los jefes que pensaba que diferir una decisión solo empeoraba la situación. El rey no estaba a la mano para ordenar. La decisión le correspondía a él.

Don Raúl no dudo.

--Les ordeno que cuanto antes penetréis en la casa de Montoya y ajusticiéis a este Núñez. Usad el ahuehuete que crece en su lado norte para saltar la barda que da al jardín principal. No os esperéis a la noche. Lo siento mucho. No hay tiempo que perder. Buena suerte, caballeros.

Era una misión suicida. Los dos jóvenes lo sabían. Pero eran caballeros águila.

--A sus ordenes, mi capitán --respondieron los dos al unísono.

De una alforja don Raúl saco dos capsulas que les entrego en las manos extendidas de los jóvenes. Estos asintieron con la cabeza. Sabían como usarlas. Si eran capturados las morderían. Actuaban en segundos.

Hecho esto los dos jóvenes dieron media vuelta y salieron.

Solo entonces don Raúl dejo ir un sollozo. El mas alto, José, es su hijo.

LXVIII El Filtro de Fierabras



Del Libro de Pedro Santa Cruz

Hoy escribo esto en un curato de un hermoso pueblo de las montañas veracruzanas de la Nueva España. El canto de los gallos en el patio de la sacristía, donde juegan mis nietos, me recuerda la deliciosa semana que pase en la corte de España. Y es que me porte como el que soy, diría un poeta, y en aquellas fechas era yo un joven vigoroso, de buena pinta, no el vejete decrepito en queme he convertido. ¡Con que facilidad solía atraer con facilidad la mirada de las francesitas damas de compañía de la reina, doña María Luisa!

Si pensáis que cornamente al rey estaréis muy equivocado. La reina le era completamente devota y los dos parecían estar en verdad muy enamorados. Alcance a ver al rey desde lejos. La reina lo sacaba a una gran terraza del palazuelo. Había sido a iniciativa de doña María Luisa que el rey había venido a Andalucía, buscando que el sol de esta lo fortaleciera. Incluso una noche vide a la pareja real observando las estrellas con un telescopio y discutiendo sobre las trayectorias de los planetas. Esto me sorprendió pues tenia entendido que el

rey era tan solo un idiota babeante pero el hombrecillo en silla de ruedas que discutía acaloradamente con la reina no parecía tal. Era como si en verdad ella fuera capaz de romper el “hechizo” que la plebe decía había caído sobre este rey.

Dos cosas empañaban mi gozo. Mi criado, Sancho, agonizaba. El medico encargado, un judío protegido de la reina, don Isaac de Brabante, no tenia esperanzas.

--No ha recuperado la conciencia. Es un cadáver con vida. Cada día esta mas débil.

--¿Cuánto tiempo le quedara?

--Tal vez unos días mas. El fulano es muy fuerte pero, mirad, --me dijo el hebreo descubriendo el cuerpo de Sancho—su glúteo y parte de la pierna se ha ennegrecido.

Contemple a Sancho con tristeza. El hombrecillo me había sido fiel.

--Os seré franco --dijo el galeno viéndome fijamente--. La ciencia medica no puede hacer nada mas por este hombre. Lo siento.

Lo segundo que empañaba mi gozo era don Íñigo Balboa. Adonde yo iba el viejo y sus hombres no dejaban de estar cerca. Don Íñigo me veía con los ojos entrecerrados y una sonrisa burlona.

--He tenido reportes sobre vos, Santa Cruz. Se reputa sois el mejor espadachín de España.

--¡No! ¡Os lo suplico! No me pidáis que cruce acero con vucencia. ¡Todo eso es un malentendido!

--Por supuesto que no, Santa Cruz. De joven yo conocí al que en verdad era la mejor espada de las Europas, el que

llamaban el capitán Alatríste. Lo vide morir en Rocroi gritando “Viva España”. No le llegáis a sus talones pero creo que si sois peligroso. Así que, llegado el momento, me asegurare que mis hombres os vacíen un arcabuz y no haya necesidad de desenvainar toledanas. No os preocupéis, haremos el trabajito rápido y no sufriréis.

--¡Pero la reina me protege!

--Pues disfrutad de ello, por ahora. Los reyes suelen cambiar como el viento. Acordaos: la reina es hija de los luses. En cualquier día cambia de parecer y os manda ajusticiar y dirá tan solo que es “raison de état”, --acabo Balboa riéndose.

Una noche de madrugada, en que estaba yo abrazado a las tetas de una hermosa sílfide gala, tocaron con gran insistencia a mi puerta.

Me vestí con premura y abrí. Ante mí se encontraba don Iñigo y sus hombres. Me apuntaron con los mosquetes. Don Iñigo traía su toledana desenvainada.

--Bien, si es mi hora, sea --alcance a decir.

--No seáis bruto, seguidme y no hagáis bulla --advirtió el viejo--. No os voy a ajusticiar. Y si lo fuera a hacer me hubiera esperado al mediodía. Nunca me han apetecido eso de arruinar la mañana de alguien aplicándole el garrote madrugando. Prefiero una hora mas decente para hacer tales menesteres. Además, no quiero despertar al rey con detonaciones de arcabuz y vuestros aullidos de moribundo.

Para mi sorpresa nos dirigimos a la habitación donde languidecía Sancho. Adivine que había tomado lugar el desenlace. Mi fiel escudero había muerto pense.

Pero al entrar a la recamara me encontré con Sancho sentado en su cama, hablando por los codos.

--¡Estáis vivo!

--Así es, señor almirante.

--¿Almirante? --pregunto Balboa con sorna.

--¿Pero como? ¡Os hacia a punto de engordar los gusanos!

El hebreo don Isaac sacudió la cabeza.

--¡Oy vey! Esto fue un milagro.

--No fue tal --explico Sancho--. Tengo la piel de marrano, es decir, muy dura. He estado tratando de decirle aquí a don Isaac que me diera a beber lo que traía en mis alforjas. Pero me encontraba como paralizado. Quien sabe que ponzoña había en el dardo del maldito mejicano ese. El caso es que a base de mucho esfuerzo logre que el medico me hiciera caso. ¡No sabéis lo terco que es este fulano!

--¡Pero es que ya no teníais remedio!

--Pues si, --continuo Sancho--, pero vucencia será muy erudito y muy leído de las ciencias de los griegos y moros y judíos pero nunca ha oído del filtro de Fierabras.

--Sancho, ¿de que habláis? Vive Dios que me da gran alegría veros con vida pero esto es imposible.

--¿Seguro que vos o este hebreo no tienen pacto con el diablo? --pregunto amenazadoramente don Iñigo.

--La poción que estaba en esta botella --dijo Sancho mostrándome tal-- es el milagroso filtro de Fierabras. Me la dio el hidalgo loco al que tenia por amo antes. Él me decía: “si alguna vez la cimitarra de un gigante me

corta en dos, cosa que es muy común leer en los hechos de los caballeros andantes, tomad mis dos pedazos, cosedlos juntos, (asegurándoos de no poner mis pies apuntado a mi espalda), y luego derramad esta poción en mi boca. Con ella volveré a estar completo y sano. Se trata del fabuloso filtro de Fierabras. Me lo hizo llegar un comerciante que lo compro en Egipto a unos negros que habían venido en caravana desde las tierras de Preste Juan donde se conserva su receta.”

El medico abrió los brazos sin comprender.

--El caso es que la inflamación y la necrosis casi han desaparecido --exclamo con asombro el hebreo--. Esto cambia toda la ciencia medica.

Olí la botella y la sostuve a la luz de una bujía. No quedaba nada. El olor era a limón.

El medico parecía a punto de llorar viendo la botella vacía.

--¡Carajos, si tan solo quedara lo suficiente para analizarlo y reproducirlo! Mi reputación seria tal que podría ir a dar catedra en Salamanca y la Inquisición me haría los mandados. Desgraciadamente don Sancho se bebió el ultimo trago.

Tape con cuidado la botella y me la guarde. Esa noche había tomado varias botellas de vino y todavía trastabillaba de borracho. Pero el liquido que había contenido era tan poderoso que mi mente se había despejado con tan solo olerlo. Valdría la pena conservar la botella, pensé, aunque sea para olerla.

--¿Creéis que vuestro paciente esta en condiciones de viajar? --pregunto don Iñigo.

--¡Ciertamente! --asintió el medico--. Válgame Dios, creo que el fulano es inmortal.

--Bien, moro, vos y vuestro escudero aprestaos. Mañana de madrugada os llevaremos ahí bajo escolta al Guadalquivir para que os embarquéis a la Nueva España.

--Bien, no me apetece tener otro encuentro con el tal Aramis.

--No dudéis que ese demonio os seguirá. En la corte las paredes tienen oídos --advirtió don Iñigo.

Francamente en esos momentos no tenia ni idea que diablos iba a ir a hacer en la Nueva España, a quien iba a buscar, y con qué iba a regresar. Y el hosco don Iñigo no parecía muy dispuesto a esclarecer todo esto.

Llego la mañana siguiente y yo y Sancho nos encontrábamos ya en el patio del palazuelo con los caballos prestos. Fue entonces que se presento la reina y todos hicimos respetuosa caravana.

--Moro, acompañadme unos momentos, -- ordeno ella.

Tal hice sin chistar.

La mujer estaba esbozada pero se descubrió y la pude contemplar de cerca. Me encaro con sus ojos grises enmarcados por elegantes cejas. Su pelo castaño tenia visos de oro.

--Moro, creo que hay cosas que os debo de decir, aun si, como vos mismo habéis dicho, sois solo un simple marinero y tal vez no las comprenderéis.

--Señora, --dije haciendo una ligera caravana. No había mas que decir.

--Sabed que tengo muchos enemigos.

Por lo que había conocido de los reyes tal cosa no me sorprendió.

--Hace un tiempo el rey y yo asistimos a un auto de fe. Fue en la plaza principal de Madrid y la asistencia del rey, me imagino, le daría gran solemnidad a la ocasión.

--Entiendo, señora.

--¿Habéis alguna vez visto un auto de fe, moro?

--No señora, no he visto tal espectáculo. Si por la iglesia fuera sería el invitado de honor.

--Entonces entendéis nada, moro. Los curas ajusticiaron a familias enteras, aun los jovencitos apenas salidos de la infancia. Los alaridos de los moribundos y el olor a carne quemada me hizo vomitar. Aun el rey, que no estaba en sus cinco, se veía enfermo. Nos retiramos a mitad del acto. Al día siguiente hice que el rey firmara un edicto prohibiendo los autos de fe.

--Me imagino que eso no le gusto a la santa madre iglesia.

--Claro que no. Ahora tienen que usar el garrote. No se si sea una mejora. El caso es que ese día tome una decisión. Creo que a veces, por amor y lealtad a España, hay que defenderla, aun de ella misma y contra ella misma. ¿Entendéis?

--No mucho, señora.

--No importa, moro. Escuchad. Ahora mismo, las riquezas de las Indias y de las Filipinas vienen y se descargan en el Guadalquivir. Y es ahí donde los agiotistas toman su parte. Y lo que le queda al rey se va en guerras estériles en Flandes, Nápoles, y Levante, donde España dilapida su mejor sangre en defensa de la iglesia. ¿Creéis que

Roma le agradecerá algún día este sacrificio a España?

--Lo dudo, señora.

Estimado lector, si vos estuvierais en mis zapatos y os sintieras halagado de tener tal conversación con la reina os diré entonces que sois un imbécil. La verdad los pelos se me estaban poniendo de puntas conversando con la mujer. Mi mente ardía. ¿Por qué me confiaba todo esto la reina? ¿Qué esperaba de mí? Tenia yo la certidumbre que en cualquier momento podía cometer un error y ella mandaría que don Iñigo me hiciera empalar.

La mujer se dio cuenta de mi sobresalto.

--¿Por qué estáis tan pálido, moro? ¿Acaso os doy miedo?

Por momentos temí que se me vaciaría la vejiga. Finalmente decidí que por lo menos moriría con dignidad.

--Señora, vucencia sabe que solo soy vuestro súbdito. Si vos queréis, me podéis mandar al final del mundo y tal hare.

La mujer hizo un ademan de aburrición.

--¡Bah! De esos tipos de agentes tengo cientos, moro. Necesito quien este dispuesto a servirme, aun si esto aparentemente es contra los intereses de España, ¿entendeis?

El corazón me dio un vuelco.

--Pues eso soy, señora, creo, pero además, si vucencia quiere perjudicar a la iglesia estoy dispuesto a servirla --conteste armándome de valor--. Y si voy a serviros necesitare saber exactamente que traeré de la Nueva España. Me han dicho que son unos documentos.



La mujer me vio con curiosidad y sonrió.

--Correcto. Iréis hasta la Nueva España y regresareis con los papeles que os dará la que llamamos Hypatia. ¿Os interesa saber que contienen esos papeles?

--Me han dicho que son cálculos de las orbitas de los planetas.

--En efecto. Sabed, moro, que si los hombres pueden entender la mecánica celeste será el primer paso para su liberación del yugo de la iglesia.

--Entiendo tal, señora. Y entiendo que vucencia tiene sus diferencias con Roma y, os aseguro, me honrare en servirle.

--Correcto.

--Sin embargo, señora, si los hombres empiezan a cuestionar a Roma, ¿Qué seguirá después? ¿Cuestionar el derecho divino de los reyes?

Hecho. Me había excedido. No dudaba que ahora iba a morir. ¡Vive Dios que arrogante y estúpido es uno de joven!

La mujer sonrió lentamente.

--Bien, creo que no me he equivocado, seréis un simple marinero mas no un bruto -  
-dijo dando media vuelta y dirigiéndose resuelta adonde se encontraba don Iñigo y sus hombres.

Don Iñigo tenia su mano en su toledana y sus hombres me apuntaban con sus mosquetes. Con un solo ademan la reina podría mandarme matar ahí mismo.

Pero no fue así.

--Moro, olvidaos del oro de los Fuggers --me dijo la reina entregándome un sobre lacrado--. Aquí está todo lo que

necesitareis saber para llevar a cabo vuestra misión. Leed el contenido, memorizadlo, y luego quemadlo. Si regresáis con vida os hare tan rico como Crespo y os considerareis el hombre mas afortunado del mundo.

Luego ella me miro fijamente y penetro cual serpiente en lo mas recóndito de mi alma. Entendí por qué decían que esta mujer era media bruja. Solo una mujer así podía deshacer el hechizo que rodeaba al rey. Yo sentí que perdía el alma en esos ojos grises tan fríos como un invierno de Flandes . Avasallado y sin control ya de mi mismo caí a sus pies:

--¡Oui ma reine!

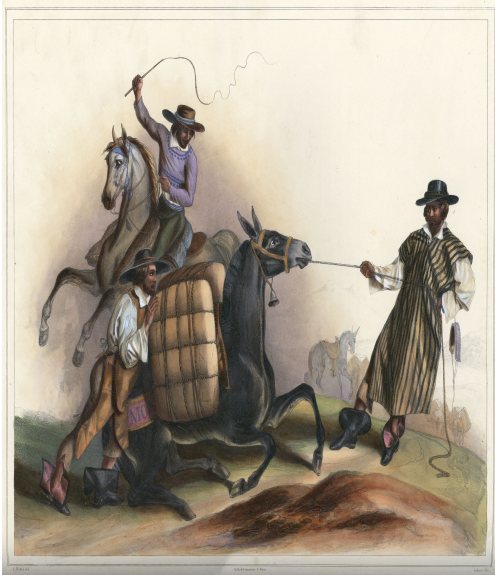
--Aseguraos que se embarque, don Iñigo  
--ordeno la reina.

Partimos rumbo a Sevilla. En el camino don Iñigo se me acerco y me murmuro:

--Bien, moro, me habéis ahorrado un viaje a las Indias y el tener que abriros en canal.

--Tal sospeche --admití. Estaba bañado en sudor. Nunca había estado mas cerca de la muerte que en esos breves instantes hablando con la reina de España.

LXIX El Interrogatorio del arriero  
Domitilo Núñez



Ciudad de México - 1683

A una distancia prudente de la casona los dos caballeros águila que mando don Raúl, José y Antonio, contemplaban las idas y venidas de la ronda.

--Calculo unos cinco minutos entre sus vueltas, --afirmo Antonio--. Son siempre cinco y traen mosquetes y toledanas.

--Cinco minutos serán suficientes, si nos movemos con presteza, --respondió José--. Todo es cuestión de subirse al ahuehuete y saltar la tapia.

--Id por delante, yo os seguiré, --contesto Antonio sosteniendo su pesada macana.

Ahora bien, estimado lector, os podría contar una historia llena de lances, irremediabilmente fútiles y en que los dos jóvenes serian sacrificados. ¿Cómo os apetecería tal historia? Tal vez imaginaos entonces que estos dos jóvenes se batieron heroicamente, tal vez logrando matar al tal Núñez o al sosteniente Torres y todos sus hombres y así asegurando el secreto del

toltecayototl. Mas tales patrañas no me apetecen hilvanar.

Verán, en el camino Antonio había meditado muy bien lo que iba a pasar. José, hijo de don Raúl, no vacilaría en buscar la muerte con tal de cumplir su misión. Antonio tomo entonces una decisión que tal vez no aplaudirá vucencia pero que espero comprenderá.

De ahí que, en cuanto José se adelanto unos pasos rumbo al ahuehuete, Antonio no tuvo empacho en darle tremendo macanazo a su compañero. El golpe, brutal, lo dejo aparentemente muerto. Hecho esto, Antonio lo jalo por los pies y lo dejo en un callejón cercano. A continuación, Antonio "se pelo" y no tendremos mas menesteres con este fulano.

A unas cuadras, su señoría el inquisidor Montoya también había tenido un cambio de parecer. ¿De que serviría ir a avisarle al arzobispo que tenia una pista sobre la localización de la hermandad blanca? Aguiar probablemente lo maldeciría y lo sacaría a patadas del arzobispado y tal vez ahí mismo lo haría arrestar y embarcar rumbo a un leprosorio en las Marianas.

La idea de andar cambiando los vendajes de los leprosos hizo que Montoya temblara. Ordeno a su cochero que lo llevara de inmediato a su casa. Le urgía interrogar al tal Núñez. Era su ultima esperanza. Y ciertamente no iba a dejar al prisionero en mano de un imbécil como el sosteniente Torres.

Nuestro amigo el sosteniente era el tipo de hideputa mas peligroso que existe: tenia iniciativa. Fue de él la idea de sacar al prisionero del Santo Oficio. Fue él el que había convencido a Montoya que la lealtad del personal de la Inquisición no era de confiar. Y ahora era él el que revisaba todos los puntos de la casona del Inquisidor

indicando donde deberían de aprestarse sus hombres. La verdad es que, aun si Antonio y José hubieran penetrado al patio de la casona no hubieran durado mucho tiempo sin ser descubiertos y ajusticiados.

Torres ahora se aprestaba calentando “los fierros” con que se iba a llevar a cabo el interrogatorio.

Por lo que toca a Núñez, este contemplaba los preparativos con ojos desorbitados.

--¡Le juro patroncito que no se nada!

--En cuanto venga el patrón comenzamos y nos vas a confesar todo, hasta admitirás que traicionaste a Cristo.

--¡Patrón! ¡Tengo mujer e hijos! ¡Siempre doy el diezmo!

--Ah, y encima sois un pendejo pues dais el diezmo. Callaos y deja de estar chingando o os va a ir peor.

Ante esta amenaza Núñez hizo esfuerzos heroicos para no hablar mas. Tan solo sollozaba quedamente.

Montoya se apersono y examino cuidadosamente los instrumentos.

--Patrón, --dijo Torres descubriéndose--, todo esta listo. Usted nomas ordene.

--¿Este es el prisionero?

--Si patrón.

Montoya se le acerco y lo contemplo unos momentos.

--Hijo mio, mas os vale que confeséis.

--¡Pa-patron! ¡Le juro que no se nada!

--¡O sancta simplicitas! --respondió quedamente Montoya alzando los ojos--. Sois terco. Torres, comenzad.

--Con mucho gusto patroncito. Me asegurare de no derramar sangre.

--Podéis hacerlo si os apetece. No estamos en el santo oficio. Sus reglas no se aplican. Mas, sin embargo, si se os muere os garantizo que ocupareis su lugar. ¿Entendéis?

Torres palideció.

--No se preocupe patroncito, me iré con tiento. No dejare que se me muera el infeliz.

Dicho esto Montoya salió del recinto y se fue a su despacho y se sirvió un vaso de Rioja. No tardaron los alaridos de Núñez en llegar a sus oídos. Montoya maldijo quedamente. Muchas fallas tenia nuestro personaje pero no era como muchos otros inquisidores a los que los pezones se les endurecían al oír a un prisionero aullar de dolor.

Después de un par de horas Montoya regreso a la sala del interrogatorio.

--¿Y bien? ¿Hablo?

Torres se veía preocupado.

--Me confeso donde estaba el tesoro de Cuauhtemoc. También admitió que Judas era su compadre y que le compartió de las treinta monedas. Y además admite culpa por esparcir el chahuistle en las milpas.

--¡Sois un imbécil!

Mientras tanto, Núñez, se había desfallecido. El preso estaba cubierto en sudor y múltiples llagas se observaban en

sus miembros. Era evidente que había vaciado sus intestinos y su vejiga.

--Despertadlo, --ordeno Montoya.

Un cubetazo de agua revivió al infeliz preso.

Algo había leído Montoya sobre la idea de los orientales del Ying y el Yang. Pensó que tal vez habría un contraparte en los menesteres de hacer interrogatorios. El preso ya había visto la crueldad del Ying. Bien, ¿y si ahora viera la dulzura del Yang?

--Hijo mio, no sabéis cuanto me duele el estado en que os encontráis --dijo Montoya limpiándole la cara a Núñez con un trapo--. Creedme, sufro aun mas que vos al tener que ordenar vuestro suplicio.

Esa afirmación, por lo ridícula, termino de reavivar a Núñez.

Montoya le paso un tarro con vino y le hablo con dulzura paternal.

--Tomad, hijo mio, aun nuestro señor Jesucristo recibió una bebida de los romanos durante su sacrificio.

--Patrón, por mi alma no se nada sobre esa Hermandad Blanca. Tampoco conozco a los romanos, solo se de unos tlaxcaltecas que no son gente de fiar. Con gusto le diré todo sobre ellos.

--No me interesa saber de los tlaxcaltecas.

--Créame, patrón, si supiera entonces de los romanos se lo contaba. Creo que hay unos por el rumbo de Cuautitlan. Tienen una pulquería. Antonio Romano es el dueño y es todo un hideputa. Compra mercancía robada. Le puedo dar todos los pormenores si lo desea.

Montoya sacudió la cabeza. Estaba a punto de ordenar despellear al preso. Pero

controlo su impaciencia. El inquisidor ordeno traer un sillón y sentó frente al preso.

--Bien, recopilemos, Núñez. ¿Habéis venido de Texcoco en un tren de arrieros, verdad?

--Así es patrón. El sosteniente me detuvo en el reten llegando a la ciudad de Méjico.

Núñez respiraba con dificultad pero prefería mil veces hablar con Montoya que sufrir el "interrogatorio" de Torres.

--Tened mas vino --dijo Montoya haciendo un ademan a Torres que le acerco el tarro a los labios del preso--. Intuyo que queréis cooperar con la santa madre iglesia. Si lo hacéis, os aseguro que no sufriréis mas.

--No sea tan terco, don Domitilo --le aconsejo Torres--. El patroncito será rete buena gente con usted pero pos nomas coopere.

--Bien, continuemos. ¿Esos monjes juaninos decís que se veían sospechosos?

--Eso note, patrón --contesto Núñez--. Nos tardo varios días llegar desde Texcoco. Pero no hablaban mucho con nosotros. Cuando les buscábamos platica se cerraban luego luego.

--¿Y notasteis que traían documentos?

--En un momento se cayo una de las cajas que traían y se derramo el contenido. Ya vide vucencia que los caminos están rete malos. El caso es que pusieron el grito en el cielo y se escandalizaron. Yo y otros de la caravana nos acercamos a ayudarlos pero no nos dejaron acercarnos. Pero si alcance a ver que traían unos papeles viejos con dibujitos.

Montoya extrajo el documento que había sustraído de la sala de recibir de Sor Juana.

--¿Algo así?

--Creo que si, patrón.

--¿Me estáis mintiendo, hijo mio? Los monjes no fueron detenidos en el reten.

--El patrón esta en lo correcto --sostuvo Torres--. No vimos ningunos monjes.

--Dejaron la caravana unas leguas antes, en la desviación. Nosotros íbamos a la Villa. Es mas, fue de las pocas veces que hable con el que parecía ser su líder.

--¿Ah si?

--Es que no conocía el camino, patrón. Quería saber que rumbo tomar. Le juro por los huesos de mi madre que así fue, patrón.

--¿Y le dijisteis que rumbo tomar?

Esto causo un vuelco en el corazón de Núñez.

--Pues si, patrón, después de todo era monje --se apresuró a decir Núñez a manera de justificación--. Les dije que siguieran por la calzada y eventualmente verían las torres de catedral y que las siguieran.

--Ah, ¿iban a catedral?

--Ay patrón, pos no se. Solo sé que el hombre quería ir a un lugar cerca de esta.

--Continuad.

--Pos me pregunto si conocía la calle de La Moneda. Le dije que si, que estaba ahí cerquita de catedral y que ya llegando al centro lo orientarían.

Montoya y Torres intercambiaron miradas.

Una hora después Núñez fue sacado bruscamente de la casona y tirado a medio camino.

--Daos de santo que el patrón esta de buenas y os concede la vida --le dijo el sosteniente Torres aventándole una bolsa con plata--. No digáis una palabra de lo que habéis visto aquí. Mis hombres y yo ya os conocemos la cara, Núñez, si os vemos aquí en la ciudad os ira mal, muy mal.

Núñez tomo el consejo fielmente. Recogió la bolsa y se fue cojeando y desaparece de nuestra historia.

A continuación Torres se presento en el despacho de Montoya. Este le sonrió y le alargó un tarro con vino.

--Sordenes patrón.

--Habéis hecho bien mi sosteniente. Decidme, ¿Cuántos hombres tenéis ahora?

--Son ochenta, patrón.

--Reclutad cien mas. Tened esta bolsa. Instalad retenes en todos los caminos que parten de la ciudad. Si alguien os increpa decidles que actuáis en nombre del santo oficio, ¿entendéis? No quiero que esos monjes salgan de la capital.

--Despreocúpese patrón, así lo hare.

--Aprestad una docena de vuestros hombres. Que sean los mas bragados y fieles con que contáis. Aseguraos que estén bien armados. Buscad una carreta y en cuanto estéis preparados avisadme.

--¿Vamos a la calle de la Moneda?

--Lo mas pronto posible, si, a la yerberia.

LXX El Rayo



Del libro de Pedro de Santa Cruz

*Donde el moro tiene la mala fortuna de encontrarse con un personaje de gran renombre en este tipo de historias.*

--¡Vela a sotavento! --grito el vigía desde la plataforma en lo alto del palo mayor, el llamado "carajo".

Sancho y yo teníamos ya varias semanas en alta mar. Escoltados por don Iñigo fuimos llevados sin novedad a Sevilla. Ahí habíamos embarcado a bordo de la "Nuestra Señora de los Remedios", un buque comandado por un capitán, don Fulgencio Rodríguez, al cual yo conocía y que gozaba de una buena reputación.

Hasta ese momento el viaje había sido sin incidentes. Llegamos a Cuba y pronto nos encontrábamos en medio del gran golfo de Méjico. Me eran aguas desconocidas mas el capitán aparentaba confianza. No era tiempo de huracanes. El mar estaba en calma y el viento era favorable y en esos rumbos poco se había oído de ataques de piratas.

La reina me había dado cartas credenciales que presente al capitán. Este gentilmente me asignó un pequeño camarote (Sancho dormía en cubierta). En la intimidad de mi cuarto memorice las instrucciones que

había recibido. De Veracruz me dirigiría a un lugar llamado Xalapa. Debería de viajar de incognito, sin atraer atención, hasta llegar a la ciudad de Méjico. Ahí preguntaría por una tal Sor Juana en el convento de las jerónimas ante la cual me identificaría como un enviado de un tal Bernoulli (no tengo idea quien sea este fulano). Y esta me daría unos documentos. Hecho esto, me regresaría a Europa lo mas pronto posible y entregaría el documento a la reina. Don Iñigo me había proporcionado una bolsa pesada rebozando con monedas de oro.

Pero ahora se había divisado un buque desconocido.

La tripulación de la Remedios inmediato se apresto a soltar el trapo. Estábamos a unos días, nos había dicho el capitán, de Veracruz. Una vela desconocida era siempre de preocupar en la soledad del océano.

--¿Son piratas patrón? --pregunto Sancho. El hombre se veía pálido. Los primeros días abordo el infeliz había estado vaciando el buche pero finalmente se había acostumbrado a los vaivenes de la Remedios.

--No sabemos todavía. --vide rumbo a la vela--. Creo que sigue nuestro curso. Podría ser otro buque español.

El caso es que el capitán soltó todo el trapo por las dudas. Era mediodía. Faltaban muchas horas para que anoheciera.

Pasaron un par de horas. Era evidente la preocupación del capitán. Ordenó que se aprestaran las culebrinas que traíamos a bordo.

--Señores, ¿hay algunos de ustedes que sepan manejar una espada? --nos preguntó el capitán a los pasajeros. Varios asentimos

que si. Habían un par de españolas a bordo, esposas de los pasajeros. Estas fueron confinadas al camarote del capitán.

--Patrón, si son piratas, ¿nos van a matar?  
--inquirió Sancho.

--Me temo que eso es muy posible --le explique--. O tal vez simplemente nos desplumen y nos dejen ir. También se acostumbra tomar rehenes para pedir rescate.

--¡Ave María! ¡No tengo quien de dos duros por mi pellejo!

--Mirad, Sancho, el viento empieza a levantar.

--¿Y eso que, patrón?

--Las velas de la Remedios se han hinchado de lo lindo. Tal vez dejaremos atrás a la nave esa.

El capitán pensó igual y ordeno empezar a tirar cuanto lastre fuera posible por la borda. La Remedios en efecto respondió.

Pero los perseguidores soltaron mas trapo. La distancia se acortaba.

Observe que el capitán escudriñaba al buque desconocido a través de un catalejo.

--Permiso para subir al puente, capitán --le pedí.

--Suba, señor Santa Cruz. Tenga, échele un vistazo. Usted ha sido marino también. ¿Qué opina de ese buque?

Observe al bajel con cuidado a través del catalejo que me paso el capitán. Creí reconocer el escudo en sus velas. Una cruz con una corona y unas llaves.

--Capitán, si no me equivoco, porta las armas del papa.

--¿Del papa? ¿Pero que diablos anda haciendo en esta aguas una nave al servicio del papa y porque ese celo en seguirnos?

No quise decirle el por qué, aunque lo intuía: a bordo de ese buque estaba Aramis. ¡El muy desgraciado me estaba siguiendo!

--Despreocupaos, Sancho --le dije quedamente a mi criado--. No creo que sean piratas. Abordo está uno de mis enemigos. Vienen por mí. Cuando nos aborden, haceos escaso, ¿entendéis?

--¿Os debo de negar, patrón?

--No viene al caso que derraméis vuestra sangre por mí. No os buscan. Vienen tras de mí.

Lentamente la nave del papa se fue aproximando. Pronto estaría a tiro de cañón y pediría que la Remedios se pusiera al paio. No tenía duda que el capitán tal haría.

--¡Vela a occidente! --se oyó desde el carajo.

--¿Otra nave? --pregunte mientras escudriñaba al horizonte.

En efecto, tan centrada estaba nuestra atención en la nave del papa que no habíamos detectado al nuevo buque. Este era un bajel de poca alzada y gran velamen, cual los prahos de la Malasia. Estaba completamente pintado de negro y no se distinguía bandera alguna.

--¡Putra madre! --juró el capitán--. ¡Conozco ese buque! ¡Nos persiguió cuando íbamos en convoy desde Maracaibo!

--¿Quiénes son capitán?

--¡Piratas!

Oí a Sancho y a otros gemir. Otros alzaron las manos al cielo o cayeron de rodillas implorando misericordia al cielo.

--Somos dos naves cristianas contra uno --concluyo el capitán--. Tal vez la nave del papa nos apoyara. ¡Poneos al paio para que la nave del papa se nos acerque!

Vide con tristeza como arriaban el trapo. Lentamente la Remedios fue perdiendo velocidad. Pero la nave del papa no se acercó más.

--¡Maldición! ¡Hideputas! --juro el capitán. ¡La nave del papa está girando! ¡Nos han abandonado a los piratas los mal paridos! ¡Por lo que mas queráis, bellacos! ¡Soltad todo el trapo!

El corazón me dio un vuelco. Conociendo a Aramis, no dudaba que traía abordó mercenarios, tal vez hasta suizos al servicio del papa, es decir, gente de guerra. Sin embargo la nave del papa no había dudado en poner pies en polvorosa. ¿Qué clase de corsarios eran los que causarían que hasta Aramis se arrugara?

Mientras la nave negra maniobraba con gran agilidad. Cruzó a nuestra popa causando que perdiéramos el viento. La Remedios se sentía modorra y lenta.

--¡Preparaos para vender caro el pellejo! ¡Es el Rayo! --gritó el capitán.

--¿El Rayo?

--Sí, señor de Santa Cruz, opera desde la isla de la Tortuga. Esta al mando de un tal Ventimiglia que no tiene misericordia con los españoles.

--¿Qué hacemos patrón? --pregunto Sancho.

--Manteneos cerca de mí. Tomad esta espada y esta rodela.

Sabia yo de la lealtad del hombrecillo. Por lo menos tendría quien me cubriera las espaldas. Tal vez lograría llevar conmigo al Averno a algunos de esos piratas.

El Rayo cruzó a nuestra proa como un tiburón que nada contento alrededor de un naufrago. Nuestra dos tristes culebrinas no se equiparaban con los cañones que se observaban en los flancos del buque pirata.

--¡Están gritando algo! --exclamó el capitán.

En efecto, desde el buque pirata se oía gritar: "¡Buena guerra! ¡Buena guerra!"

--¿Y eso que quiere decir patrón? --preguntó Sancho.

--Quiere decir que nos ofrecen la vida si nos rendimos --le explique.

Y eso fue, en efecto, lo que hizo el capitán. Ordenó arriar el velamen. La Remedios se rendía. Mientras, la nave del papa se iba perdiendo en el horizonte.

--No tiene caso oponernos a ellos, señores --explico el capitán--. No entiendo que quieren con nosotros. Venimos desde España y no de las Indias. No tenemos plata abordó.

El Rayo se acercó a nuestra banda y prontamente nos abordaron. Al frente de un grupo nutrido de fulanos con pinta de maleantes estaba un tipo vestido elegantemente con traje de gentilhomme, todo en negro.

--¿Vos sois el capitán? --preguntó el gentilhomme subiendo al puente.

--Sí, su señoría --contestó el capitán--. Mi nombre es Fulgencio Rodríguez. ¿Qué



desea vucencia de nosotros? No traemos gran carga. Vamos rumbo a las Indias.

-No os preocupéis, don Fulgencio. Soy el señor de Ventimiglia y os doy mi palabra de gentilhombre que no se tocara a vuestros pasajeros.

--No entiendo, señor de Ventimiglia.

--No me interesa tomar rehenes. Quiero vuestra nave para entrar a Veracruz, ¿no es ahí adonde os dirigáis?

--Si.

--Pues ahora lo haréis como la vanguardia de la flota del almirante Monsieur de Jacome.

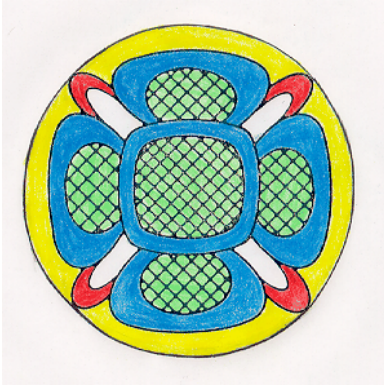
--¿Y quien es ese fulano?

--Ah, vos los españoles lo conocéis como Lorencillo. Ved.

Y en efecto, de pronto el horizonte se cubrió de velas. Era la flota pirata de la Tortuga.

--Con vuestro buque por delante tomaremos Veracruz.

LXXI El Recinto del Huizachtecatl



Coyoacan - 1683

El conde hojea con sumo cuidado el incunable de la Metamorfosis de Ovidio que el arzobispo Santa Cruz de Puebla le ha hecho llegar. Sus dedos tocan con suavidad el pergamino iluminado y escrito en árabe medieval. Sus autores, piensa, tal vez hayan sido los sabios al servicio del rey Alfonso el Sabio de Castilla. Una nostalgia profunda lo invade al examinar el texto y sus descripciones de la Arcadia de los griegos.

--Habían recolectores de impuestos y charlatanes y pulgas y plagas como en cualquier otra época. No toda Arcadia era ninfas y sátiros correteándolas --ríe el conde socarronamente.

Al oír al conde, que ha expresado este pensamiento en un griego arcaico que el mismo Homero entendería, Zenobia, que dormitaba a sus pies, abrió sus ojos y erizó su piel. El extraño animal empezó a caminar con cada vez más frenesí por la habitación del conde.

El conde no dice una palabra. Interrumpe su lectura y se dirige al gran balcón de su habitación. A lo lejos se divisan las luces de Coyoacan. El cielo, claro y estrellado, ilumina el paisaje de Anahuac. Una brisa

fresca le lleva un olor a flores y orquídeas que crecen en la manigua cercana.

El conde observa el cielo con detenimiento. Luego consulta sus tablas. Hay cierta pesadez y tristeza en sus movimientos. Cariñosamente le da de palmadas a la gran perra negra.

--Hoy es la noche indicada Zenobia.

El conde llama a sus criados y les da instrucciones precisas.

--Envolved con cuidado este tomo y aseguraos de que le llegue al obispo Santa Cruz. Si no vuelvo en tres días idos con el alcalde de Coyoacan y entregadle esta carta. Él os dará instrucciones.

A continuación, el conde se viste con sumo cuidado con ropas de lino blanquísimo y capitalizado todo por un elegante jubón cual amerita a un gentil hombre y cristiano viejo de la Nueva España. Calza botas de ante con gran tacón que le da aun mayor altura. Satisfecho con la imagen que ve reflejada en un espejo traído desde Venecia se dirige a la sala de armas. Ahí escoje una toledana con guarda de plata y joyas. Finalmente, se corona con un magnífico sombrero parisino, tal vez algo caduco pues todavía tiene las plumotas que denostó Bellini como pasadas de moda.

Zenobia mientras tanto gruñe y se agita nerviosa a sus pies.

A unas leguas de ahí, en el sótano de la herbería de la Hermandad Blanca, Sor Juana, apersonada como don "Filoteo de la Cruz" repasa una vez más los cálculos que ha plasmado en un gran cuaderno.

--¿Esta entonces satisfecha su señoría que ha caracterizado completamente a Rahu?  
--pregunta doña Xochitl.

--No tengo ya dudas. El patrón es claro y las observaciones de los antiguos mexicanos que me habéis proporcionado lo confirman. Mi estimado de la orbita de Rahu es de...84 años. Me temo que tomara unos quince años mas para que se encuentre en un visible a los instrumentos que hoy poseemos.

--En tal caso tendremos que verificar entonces desde lo alto del Tlaloc.

Sor Juana cerro el cuaderno.

--Tomadlo. Lo llamo el Caracol.

--¿El nautilus?

--No exactamente. Aplique el modelo de Kepler de orbitas elípticas. Si mi predicción es correcta y observáis a Rahu en unos quince años esto validara el modelo del teutón plenamente, --sor Juana suspiro--. Finalmente la larga agonía de Tolomeo concluirá. Entenderemos entonces plenamente la música de las esferas.

--Pos ya era tiempo que se muriera ese fulano, ¿no cree sor Juana? Sabe Dios los dolores de cabeza que su modelo creo.

La monja se rio entonces con su risa argentina.

--Sera entonces lo que el santísimo dicte, doña Xochitl. Ahora debo irme pues ya es muy tarde. Os dejare encargado este manuscrito. Llevadlo al Tlaloc y conservadlo hasta el dia en que mi tesis pueda ser probada o no. Dudo que viviré para saberlo. Me he reservado una versión condensada que guardare entre mis papeles.

Doña Xochitl tomo con reverencia el tomo que le extendió la musa.

--Os hare escoltar por uno de los monjes, sor Juana. Don Lorenzo todavía no ha regresado del Xinantecatl.

--Os lo agradeceré, --dijo Sor Juana haciendo una reverencia.

Don "Filoteo", escoltado por uno de los monjes juaninos monta en su yegua y toma camino por las lóbregas calles de la ciudad. Con cierto sobresalto se percata de un grupo de hombres en las inmediaciones de la catedral. Estos, gracias a Dios, no le interrumpen su paso y la observan silenciosos. Tienen los sombreros calados y portan toledanas. Una premonición de muerte invade a la monja.

Sor Juana se arrodilla agradecida un tiempo después frente al altar en su claustro. Se despoja de sus hábitos y se dispone a dormir. Apaga la tenue lámpara y cierra los ojos y cae profundamente dormida.

Una ligera brisa trae un olor a flores y orquídeas desde la manigua que rodea la gran ciudad y penetra en su claustro.

Si paso algún tiempo tal no sabe Sor Juana cuando abre sus ojos. Esta consciente que lo que observa esta fuera del tiempo y de su realidad. Porta su habito y sus manos instintivamente se aferran a su rosario. Ella se encuentra un cuarto magnifico y extenso, debajo de una gran bóveda, y hay un resplandor que ilumina todo. Las paredes están decoradas con escenas que muestran reyes y poetas y guerreros y doncellas del México antiguo. En un extremo del recinto se observaba un gran sarcófago adornado con glifos indígenas. Era evidentemente la tumba de un rey. Alguna apertura ha de haber en el recinto pues una brisa tenue trae el olor de las rosas y las orquídeas desde la manigua.

--¡Santo Dios! --exclama la monja.

Luego la curiosidad la vence y se pone a estudiar con atención las pinturas que adornan el recinto. Examina con igual cuidado el sarcófago y se da cuenta que muestra dos figuras, una masculina y otra femenina, que se indica duermen en su interior.

--No temáis --afirma el conde materializándose a sus espaldas. Lo acompaña la gran perra negra.

--¡Señor conde! ¿Dónde estoy?

--Este magnifico edificio, os confieso, me recuerda al panteón que construyo Agrippa en Roma. Algunas discusiones, me atrevo a decir, tuve con él, específicamente respecto a la cimentación. ¡Que soberbia la mía! Mi contribución fue, acaso, modesta. Me temo que soy un guerrero y no un ingeniero.

--Insisto, señor conde, ¿Dónde estoy?

--Los antiguos mexicanos lo llamaban el Huizachtecatl.

--¿El cerro de la estrella? ¿Dónde se hacia la ceremonia del fuego nuevo?

--Correcto. No, esta construcción esta bajo esa montaña y los hombres la han olvidado. Tal vez sea lo mejor.

--Este lugar es sagrado a los mexicanos, señor conde --apunto la monja.

--No cometeré blasfemia al usarlo, os lo aseguro. Nadie perturbara el sueño de los reyes de Culhuacan que duermen en ese sarcófago. Decidme, hija de Apolo, ¿tengo acaso que recordaros de vuestra promesa?

--No sera necesario, señor conde. Si no perturbaremos a los reyes con gusto me presto a vuestros designios. ¿Cómo proponéis que redima a Zenobia?

El conde suspiro levemente.

--En unos minutos mas la luna llegara a su zenit.

Una gran mesa se había materializado al lado de sor Juana. Esta observo una taza en medio de esta.

--¿Adivináis lo que es este cáliz?

Sor Juana palidece.

--No puede ser.

--Tomadlo.

La monja lo hace, con mano temblorosa y reverente. Es una taza burda, de obvia gran antigüedad, hecha de madera, cual seria acorde a un carpintero.

--¡Bendito sea Dios señor conde! ¡Es el santo grial!

--Una de tantas cosas que he juntado en mi errar por la faz de este mundo --dice el conde con gravedad. Luego sonríe--. Estaba olvidado en un monasterio en el monte Atos. No me tomo mucho convencer al abad que me lo diera.

--¿Qué sigue entonces?

--Esperad. El proceso empieza --advierde el conde.

Zenobia ha empezado a temblar y aullar. El animal cae exánime ante ellos. La luz se vuelve equivoca. Su cuerpo va cambiando lentamente aunque tremendas convulsiones torturan a la criatura. Poco a poco el pelo de la bestia se va desvaneciendo y se empieza a adivinar la forma de una bellísima doncella. Finalmente esta se alza magnifica y hermosa y desnuda ante ambos y les sonríe.

--Hete aquí a Zenobia, Sor Juana. Creo que la habéis visto así antes.

La monja esta palida y su pulso es acelerado mientras observa embelesada a la hermosa doncella que se ha materializado ante ella.

--Ah, si, el encantamiento requerido, helo aquí, Sor Juana --le indica el conde extendiéndole un manuscrito escrito en griego antiguo--. Dadme un minuto para llenar el caliz y leedlo a continuación por favor hija de Apolo. Zenobia beberá el contenido. Eso será suficiente para quitar el maleficio.

Sor Juana sostiene el pergamino que se cae a pedazos. Rápidamente traduce. Reconoce las cadencias de la lengua de Ática.

--Lo encontré en el pedestal de la esfinge después que el desafortunado rey de Tebas la había ajusticiado --explica el conde.

--¡Santo cielo! ¡Que maravillas habéis presentado a mis ojos! --exclama Sor Juana.

El conde sonríe con algo de tristeza. A continuación produce un cuchillo filoso, el que los españoles llaman de Misericordia y que todo gentilhomme porta. Acto seguido, el conde se remanga su brazo. Sor Juana cree que oye el cantar de un búho, avatar de Minerva. Y, otra vez, una ligera brisa trae las fragancias de la manigua. El ambiente de magia embelesa los sentidos de la monja.

Mas el conde no llega a completar el sacrificio. De pronto se siente un gran temblor que cimbra el recinto. Una luz llena este y una gran masa se va materializando en medio de esta. Sor Juana grita y presiona su rosario a sus labios. Zenobia gime y se abraza horrorizada a los pies del conde.

Ante ellos se ha materializado un gigante vestido a la romana. En sus manos se observa una gran spata. Dos alas poderosas emergen de sus espaldas.

--Tribuno Eleazar, --dice quedamente el conde--vuestra presencia no podría ser mas inconveniente.

El gigante lo señala con la spata.

--Tenemos un asunto pendiente, señor conde.

--¿No podéis conceder a un viejo adversario siquiera la cortesía de unos cuantos minutos? --inquire el conde--. Ah, veo en vuestros ojos que sois tan inflexible como siempre.

--Os concedo la igualdad en armas --dice el gigante aventándole una spata y una rodela a sus pies.

--Estas mujeres no deben de ser tocadas.

El gigante observa con detenimiento a Zenobia y Sor Juana.

--La doncella es una blasfemia a los ojos del mismo Dios. La hija de Apolo, si acaso peca de soberbia intelectual pero tiene razones para ello. Bien, os concedo vuestra venia. No las tocare. Tales no son mis instrucciones y hacerlo seria contra mi honor.

El recinto es lo suficientemente grande que Sor Juana, abrazando a Zenobia, se refugian junto al sarcófago de los reyes.

Los dos adversarios se observan con detenimiento y caminan con cuidado uno frente al otro. El tribuno se ha despojado de su armadura y lorica y porta tan solo una rodela y spata. Sus cabellos caen como cascada de oro de su sien y su musculatura es la de una estatua de Fidias.

--Os perdi en Babilonia, conde

--Lo se bien. Me confundí con los hombres del macedonio.

--Os busque entre sus lugartenientes.

--Me adherí a Tolomeo. Egipto me cobijo por varios años. A iniciativa mia fue que fundo la biblioteca.

--Retome vuestra pista en Roma.

--¿Qué queréis? Hice campaña al lado de Pirro y llegue a conocer y admirar a Roma. Pero fuisteis muy obvio en vuestra busqueda. No me tomo mucho para saber cuando embarcar rumbo a Galia. Llegue a ser tribuno de la decima. La conocéis, ¿verdad?

--Si, la legión favorita de Cesar. ¿Qué siguió de ahí?

--¿Cuántos soberanos del mundo contemple? He perdido la cuenta. Los flavios, Adriano, tal vez el mejor de todos: Marco Aurelio. Y luego una procesión de hombres pusilánimes y torpes que causaron la ruina de Roma. Conocí a Alarico, Aecio, al mismo Atila, y finalmente hice campaña comandando una tropa de catafracti a las ordenes del eunuco Narses, peleando por y entre las ruinas de un mundo que ya había desaparecido. Los siglos pasaron cual agua bajo un puente. Tuve un romance con la princesa Conmena y la acompañe mientras contemplaba ella horrorizada a los primeros cruzados que se arremolinaban al pie de los muros de Constantinopla. No me quejo. A sido una vida larga e interesante. Tal vez demasiado larga.

--La peste...

--La pase en Avignon --sonríe el conde--, disfrutando de la hospitalidad de un

príncipe de la iglesia que me adopto como su nepote y me heredo su fortuna. De ahí pase a Florencia y me honro el Magnifico con ser su intimo. Vuestro hombre, Savonarola, me vigilaba de cerca mas resulto demasiado bruto. Decidme, tribuno, ¿Por qué buscáis siempre a esbirros tan torpes?

--¡Insolente! --grita el gigante con rabia lanzándole un sablazo. Tiene la ventaja del alcance. El conde sin embargo, posee el de la agilidad y evade el golpe con facilidad y hasta cierta elegancia.

Los dos hombres se enfrascan entonces en un torbellino furioso repartiéndose sablazos con mala intención. Tal parece a Sor Juana que esta observando las cenizas revividas de una pugna antiquísima olvidada ya por los hombres. Sus manos tiemblan mientras reza quedamente y sostiene abrazada a Zenobia. Los hombres se enfrascan en su lucha dando y atajando mandobles mientras gritan y blasfemas obvias injurias en una lengua que, a los finos oídos poliglotas de Sor Juana, es a la vez familiar y completamente extraña. Sus finos instintos le advierten que se trata de la lengua original de los hombres: es la lengua del mismo Adan.

De pronto se interrumpe la danza violenta. El gigante trastabilea y da un paso hacia atrás. Su brazo levanta la spata y apunta al conde. Hay sangre en el torso del gigante; no ha salido incólume de la batalla. El gigante contempla fijamente al conde como esperando su reacción. De las manos del conde cae la spata. El conde esta bañado en sudor y muy pálido. Su jubón, se da cuenta Sor Juana, chorrea de sangre.

--¡No! ¡Menfis!- --grita Zenobia.

El gigante luego señala con su spata a ambas mujeres. Luego levanta esta a

manera de saludo hacia el conde. Y se desvanece.

El conde trastabilea hasta la mesa y toma en sus manos temblorosas el cáliz. Este pronto se llena con su sangre.

--Así son estos menesteres, Sor Juana --apunta con voz triste el conde--. No se puede hacer magia sin ofrecer un sacrificio.

El conde se aproxima a Zenobia y cae arrodillado a sus pies. Ella se abalanza sobre él y lo abraza.

--¡Menfis!

--Sois tan hermosa. Sor Juana, por favor, os lo suplico. Leed el manuscrito.

Tal hace Sor Juana. El conde le da a beber el cáliz a Zenobia. Ella se rehúsa.

--No, a ese precio no, Menfis.

--Entonces el sacrificio es inútil.

Tales palabras convencen a la doncella y ella apura el cáliz rebosante con la sangre del conde mientras Sor Juana lee en voz alta el manuscrito. Es una oración a los dioses, adivina ella, específicamente a Afrodita, diosa del amor.

La doncella ha bebido del cáliz. Esta vez el recinto se estremece con un viento casi huracanado que causa que Sor Juana a duras penas se mantenga en pie. El manuscrito vuela de sus manos y es levantado en un torbellino y desaparece en la oscuridad de la cúpula.

--¡Dios mio! --exclama la monja.

--No temáis, hija de Apolo, --alcanza a advertir el conde--. Los dioses son celosos de sus secretos. Hay cosas que ni a las musas les son reveladas.

Mientras tanto Zenobia ha caído exánime a los pies del conde. Su cuerpo brilla con una luz intensa que parece salir de sus mismas entrañas. Finalmente, un halo de luz sale de ella y se desvanece en las alturas.

--Consumatum est --dice quedamente el conde. A duras penas se sostienen de rodillas y esta en medio de un charco de su sangre. Finalmente cae al lado de la doncella. Esta recupera la conciencia.

--¿Menfis? --le dice ella mientras lo acaricia.

Los ojos del conde están fijos en ella. Son lo último que ve. Poco a poco la luz en estos se va desvaneciendo.

--¡No! --grita la doncella.

Sor Juana se persigna, aunque en su interior se pregunta si es válido rezar por el alma de un ángel caído.

--El así lo quiso --se atreve a decir Sor Juana.

Y las palabras fluyen con facilidad de su lira:

Ya que para despedirme, dulce idolatrado dueño, ni me da licencia el llanto ni me da lugar el tiempo, mira cómo ya el vivir me sirve de afán grosero; que se avergüenza la vida de durarme tanto tiempo, mira la muerte, que esquivo huye porque la deseo; que aun la muerte, si es buscada, se quiere subir de precio, mira cómo el cuerpo amante, rendido a tanto tormento, siendo en lo demás cadáver, sólo en el sentir es cuerpo, ya no me sirve de vida esta vida que poseo, sino de condición sola necesaria al sentimiento, en fin, te vas, ay de mí! dudosamente lo pienso: pues si es verdad, no estoy viva, y si viva, no lo creo.

La doncella es un mar de lágrimas. Sus ojos brillan intensamente.

--A ese precio, ¡no! --gime ella.

Y acto seguido toma el cuchillo de Misericordia del conde y se lo entierra en el pecho. Sor Juana no ha podido hacer nada para detenerla. La doncella cae muerta sobre el cuerpo del conde y los dos quedan abrazados así por la eternidad, en el recinto olvidado en las entrañas del Huizachtecatl.

Es entonces cuando todo el tiempo y el espacio se desvanecen alrededor de Sor Juana. De pronto se da cuenta ella que esta en su claustro. Su camisón de dormir esta manchado de sangre. Y reconoce esta como la sangre del conde.

Frenética, la monja va y se arrodilla frente al altar en su claustro. Su mente hierva. No puede ser, se trata de convencer, que un acto de amor sea blasfemia. No, insiste, bajo ningún concepto es el amor jamás blasfemia. Y así, poco a poco, logra calmarse. Ella oye un gallo cantar y sabe que pronto vendrá el alba y tendrá que presentarse a rezar el matins.

Es entonces que su sirviente, Maria, toca insistentemente en su puerta.

--¡Sor Juana! ¡Madre! Despierte por favor.

Sor Juana le abre la puerta.

--Madre, --explica la sirviente--, don Lorenzo esta en la sala de recibir. Dice que es urgente que hable con usted.

--Pero, van a tocar a los rezos matutinos.

--El hombre esta muy exaltado, madre. Por favor, vaya a verlo.

Sor Juana se viste rápidamente y desciende a la sala de recibir. Ahí esta Lorenzo Ixtlilxochitl y su hijo el príncipe Guadalupe.

--¿Por qué vuestra insistencia, don Lorenzo?

--Madre --explica este sin mas preámbulo--, durante el curso de la noche los hombres de Montoya catearon la hierberia.

--¡Ave Maria Purisima!

--Arrestaron a los juaninos y a doña Xochitl y se los llevaron junto con los manuscritos a la Inquisicion --apunta Guadalupe.

--Digame Sor Juana --le inquiera Lorenzo mientras la mira fijamente--, el trabajo que estaba usted desarrollando, ¿existen copias?

--Si, tengo una en mi claustro. ¿Por qué preguntais?

--Quiero saber si valdra entonces la muerte de todos ellos. ¿Lo vale?

La magnitud de los acontecimientos de esa noche vencen a Sor Juana. Sus ojos se llenan de lagrimas.

--Por favor, Sor Juana, contésteme --insiste Lorenzo--, ¿vale ese trabajo la muerte de todos ellos?

--Creo que si --afirma calladamente la monja--. ¿Acaso los vais a dejar morir en la hoguera?

--Ciertamente que no --dice don Lorenzo.

--Padre, ¿acaso hay algo que podamos hacer?

Lorenzo sonríe con amargura.

--Ciertamente. Se le han ofrecido suficientes loas ya a Minerva. Es hora de hacer libaciones a mi señor Huichilobos.



## LXII. Los Piratas



Del libro de Pedro de Santa Cruz

*Donde se le explica a Sancho las bondades de unirse a los depredadores del mar océano.*

El capitán corsario ordeno transferir a la tripulación y a los pasajeros de la Remedios a una nave pirata que se acercó. Yo y Sancho parecíamos condenados a ser hacinados en la sentina del buque pirata, junto con el resto de los pasajeros.

Sin embargo, dos hombres, uno un tuerto y el otro un fulano con los dos ojos muy juntos, me señalaron y le murmuraron algo al capitán pirata. Acto seguido, un negro gigantesco me tomo del brazo.

--Venid conmigo y no opongáis resistencia --dijo el africano poniendo un pistolón en mi sien.

--¡Como os atrevéis a tocar al señor almirante! --protesto Sancho.

--¡Ahora nos resulta almirante el desgraciado! --dijo el de los ojos juntos.

Iban a despanzurrar a mi criado por su osadía.

--Os suplico, sus señorías, dejadlo ir. Ha perdido la razón por el vaivén del mar.

Sancho empezó a forcejear con los piratas. Les tomo a varios someterlo. El alboroto atrajo la atención del capitán pirata.

--Carmaux y Wan Stiller os conocen --me dijo el pirata hablando con acento italiano--. Vuestro nombre es Pedro de Santa Cruz, ¿correcto?

Vi a los dos hombres que tal afirmaban. Las nubes de mi memoria se aclararon. Eran los dos fulanos que habían acompañado al gigante tudesco Herman hacia tantos años.

--Si señor capitán, tal soy, ¿y que con ello?

--Pero vuestro criado insiste en que sois un almirante.

--Os repito, el pobre hombre no sabe de lo que habla. He sido, si, marinero.

El fulano me vio con detenimiento.

--Tenéis pinta de gentilhombre. Sera cuestión tan solo de vestiros con los trapos del caso. Creo que serviréis a mis propósitos.

--¿Qué debo hacer?

--Os haréis pasar por un enviado de la corona española, tal vez al servicio de la misma reina.

Me le quede viendo con asombro al fulano. No sabia lo ciertas que eran sus palabras.

--Su señoría me dirá con qué fin.

--Quiero capturar San Juan de Ulua. Es la clave del puerto. Vos me ayudareis a ello.

--Entiendo. Seria traición a mi patria. Por supuesto, si me rehusó...

--Correcto. Alimentareis a los tiburones, vos y vuestro criado.

Las palabras de la reina, advirtiéndome que a veces, para servir a España se tenía que actuar en su contra se me vinieron a la mente. Cumplir mi misión era lo que la reina esperaba y para ello necesitaba estar vivo. Además, no me apetecía ser cagado por los tiburones.

--Contad conmigo.

--Por supuesto, si intentáis algo moriréis de inmediato. Carmaux y Wan Stiller me han advertido que sois hombre peligroso.

El tono del hombre era razonable.

--No me apetece la muerte todavía. Pero, decidme, señor capitán, ¿qué ganare a cambio?

--Os dejaremos ir con el pellejo intacto.

--¿Y mi bolsa y alforjas? --los piratas habían desplumado de inmediato a todos los de la Remedios.

El capitán hizo una señal.

--Regresadle sus pertenencias a este hombre.

--Quedo entonces a vuestras ordenes, señor de Ventimiglia.

Los piratas se ocuparon de inmediato de la maniobra de la Remedios y nos ignoraron por lo general. Esa noche dormitaba en la cubierta. A unos metros Sancho se había sentado junto a los facinerosos y departía amistosamente con ellos alrededor de una gran olla donde hacían caldo de tortuga. Una bota era pasada de mano en mano. Un gran papagayo o loro dormitaba, a manera de sombrero, sobre la testa de Carmaux.

--A vuestra salud, señores piratas --dijo Sancho apurando la bota.

--A la de usted, don Sancho --contesto Carmaux.

--Vale, que tenéis hígados. Ya os iba a rebanar el pescuezo --apunto Wan Stiller.

--¿Qué queréis? Soy español y estabais faltándole al respeto al señor almirante.

Yo fingí dormitar.

--Cierto, sois valiente --afirmo Moko--. ¿No habéis acaso considerado haceros pirata? Hay muchos españoles en nuestras filas.

--¿Yo pirata?

--¿Por qué no? --insistió Moko--. Claro, os tendréis que cambiar el nombre. Eso de Sancho Panza, el terror del Caribe no suena muy convincente.

--Podéis haceros llamar Sancho el Terrible --sugirió Wan Stiller.

--O Sancho el Inmisericorde --añadió Carmaux.

El papagayo o loro despertó.

--¡Aaaarrrk! ¡Quemad doncellas y violad ciudades!

--¡Callaos Capitán Loro! --ordeno Carmaux dándole una palmada.

El loro voló y se poso en la borda.

--¿No seria mejor al revés? Violad doncellas y quemad ciudades?

--El loro no es muy dado a la dialéctica. Lo que Dios no da, Salamanca no lo presta --explico Moko--. Escuchad, don Sancho, en esta carrera de asaltante de buques

tenemos mucha rotación de personal.  
¿Entendéis?

--El que no se muere de sífilis se muere  
despanzurrado --explico Carmaux.

--¡Aaarrrkk!!! ¡Tengo sífilis! --exclamo el  
loro--. ¿Queréis conmigo? ¡Hacedme  
piojito!

--Pero mi punto es --continuo Moko--en  
que podéis obtener ascensos con rapidez.  
Bien podríais acabar vuestros días de  
almirante.

--Vuecencias han hecho alusión que por lo  
general acabáis cagados por tiburones  
--contesto Sancho.

--Tal es. Pero, por otra parte, ¿que ventaja  
hay de morir en tierra? --cuestiono Moko--.  
En el mar os cagan uno, tal vez dos,  
tiburones. En tierra os cagan miles de  
gusanos, a través de miles de culitos  
pequeñísimos. No hay gran diferencia en  
nuestra suerte, que es ser cagados, excepto  
por el diámetro y el numero de los orificios  
a través de los cuales hacemos nuestra  
ultima travesía.

--¡Aaaarrrk! ¡Orificios! ¡Aaarrrk! ¡De indias  
desnudas!

--Señores, os debo agradecer la oferta pero  
me habéis recordado algo que se me ha  
prometido. Os debo confesare que le soy  
fiel a mi almirante e integrarme a vuestras  
filas seria traición a él.

--Pues vuestro almirante no es muy fiel a  
España que digamos --apunto Carmaux.

--No veo que mas pueda hacer. Sois mas en  
numero y muy bien armados.

Me avoque a fingir roncar.

--¿Y por qué lo seguís? --inquirió Moko--.  
¿Os hizo acaso promesas de haceros rico?

Sancho balbuceo algo no muy convincente  
acerca del honor y la fidelidad.

--¡Arrrk! ¡Indias desnudas! ¡Arrrk!

El pajarraco aparentemente tenia una  
inteligencia sobrenatural y podía leer la  
mente de Sancho pues yo le había  
prometido que le daría un reino en las  
Indias y que ahí podría tener un sequito o  
harem de indias desnudas que le estarían  
haciendo piojito.

--Típico --dijo Moko suspirando--. Un  
aristócrata se vale de las esperanzas de  
mejora de un siervo para llenarle la cabeza  
de humo.

--Nosotros ya rompimos esos lazos  
aspiraciones --insistió Wan Stiller--. La  
nuestra es una vida breve, si, pero  
interesante y los frutos de nuestro trabajo  
los podemos disfrutar sin pasar por  
intermediarios.

--Por las leyes de la Tortuga, el Rayo nos  
pertenece a todos los tripulante --explico  
Carmaux.

--De ahí entonces que somos los dueños de  
los medios de producción --continuo Moko--  
. ¿Entendéis esto señor Sancho?

Sancho se rasco la testa.

--Habláis levantisco --observo Sancho--.  
¿Por qué entonces obedecéis ciegamente a  
vuestro señor de Ventimiglia. Paréceme  
que es un noble.

--¡Aaarrrk! ¡Es un hideputa! ¡Es un  
hideputa!

--Ha probado ser buen líder --explico Moko--.  
Además, es inevitable que los burgueses y

nobles sean los que encabezan estas empresas. Son los que tienen la educación necesaria.

--Ciertamente --asintió Carmaux--. Yo ni siquiera se leer y menos leer una carta de navegación. ¿Cómo podría capitanear un buque?

--Además el loro tiene razón --admitió Wan Stiller--. El capitán es el demonio mismo. Yo no me atrevería siquiera a contradecirlo.

--Pero, ¡sois piratas!

--Ciertamente. Ese es el título que los explotadores usan para calificarnos --admitió Moko--. Los explotadores compran a los magistrados. Estos nos tildan de piratas y salteadores y luego el rey arma sus flotas para ir a perseguirnos. Así los explotadores pueden seguir robando en paz.

--Bueno, nadie niega que robamos --admitió Carmaux.

-- No les gusta nuestra competencia --explico Wan Stiller.

--¡Aaaarrk! ¡Violad ciudades y quemad doncellas! ¡Aaarrrrk!

Moko tomo un largo trago de la bota y sonriendo se la paso a Sancho.

--Sin embargo, don Sancho, nosotros nos consideramos mas bien cruzados.

--¿Cruzados?

--Sr. Sancho, queremos corregir los males del mundo. Y sabed que el dinero no es la causa de los males del mundo.

--¿No lo es?

--No, la ausencia de este es la causa principal de estos--sonrió Moko--. La concentración de este en unas pocas manos causa desigualdades y resentimientos. De ahí que nosotros solo tratamos de asegurarnos que la riqueza se reparta equitativamente.

--Y que anide en nuestros bolsillos --añadió Carmaux.

--Amen --puntualizo Wan Stiller.

--Hay leyes inmutables del mercado, Señor Sancho. Y la primera y mas importante de estas leyes es que el que tiene el oro dicta las leyes.

--Nuestra intención no es menos honrosa que la del rey. El justifica su avaricia actuando, dice, en nombre de España y ondea la bandera de esta al hacerlo --explico Carmaux--. Nosotros lo hacemos para aliviar nuestra pobreza y ondeamos nuestra bandera pirata. ¿Cuál es la diferencia? ¿Es mas apremiante la avaricia que la pobreza? ¿Y es un trago mas sagrado que otro?

--Decís muchas certezas, señores, y vuestra oferta es sincera. Hay, sin embargo, algo que de aceptarla perdería. Verán, hoy puedo caminar por cualquier calle de España sin que se me señale y se me arreste y se me ponga en grilletes. Puedo entonces dormir tranquilo sin deberle nada ni al rey ni a los hombres. Y solo le debo la vida a Dios, hasta que me la pida el día que así le parezca conveniente.

Moko los piratas veían a Sancho con cierta tristeza.

--Bien, señor Sancho, sois un hombre con eso que llaman conciencia --admitió Moko--. De ahí que nunca seréis parte de los explotadores o de los que no estamos dispuestos a ser explotados.

--Si, lastima --dijo Wan Stiller.

--Os diré que el perro encadenado también duerme tranquilo --le espeto Carmaux.

Sancho no pudo evitar palidecer.

--¿Me vais a ajusticiar?

--Hay cosas que he aprendido están mas allá de mis fuerzas --admitió Moko--, incluyendo cambiar el parecer de ciertos hombres.

--Tenéis cadenas que solo vos podéis romper --observo quedamente Wan Stiller.

--Yo pensaba que teníais los hígados para ello --dijo Carmaux--pero creo que me equivoque.

--¡Aaaarrrrk! ¡Echadlo por la borda!

--Pero no, don Sancho --continuo Moko alzando la mano--, no os vamos a ajusticiar. Mas bien, vamos a beber con vucencia. ¡Salud! Tal vez seáis el único hombre honrado a bordo de esta nave.

Al amanecer del día siguiente divisamos una montaña gigantesca y nevada al oriente. Estábamos tan solo a unas horas de Veracruz. La Remedios se había adelantado a la flota pirata. Pronto se vio el caserío del puerto en lontananza.

Fue entonces que fuimos rodeados por una turba de buques pequeños.

--¡Santa Cruz! --ordeno Ventimiglia-- ¿Qué con estos fulanos?

--Son contrabandistas, capitán. Si los atacáis irán a dar aviso a la capitanía del puerto. Seguidles el juego, os recomiendo.

En efecto, la pequeña flotilla tomo por asalto a la Remedios. Docenas de ellos se subieron. Estábamos rodeados.

--A ver, güerito --dijo un mulato que parecía ser de los principales entre los contrabandistas--, ¿traéis vinos o piernas de jamón?

--Yo os daré mejor precio --ofreció un vizcaíno gordo y sudoroso.

Ventimiglia no tuvo empacho en vaciar el contenido de la Remedios, que no era mucho, y pusieronse los piratas a comerciar con los contrabandistas.

La Remedios se convirtió en una romería. Unos músicos que le llamaban requintaros aparecieron quien sabe de donde y unas parejas empezaron a zapatear en su cubierta. Ni Ventimiglia ni sus piratas se atrevían a hacer algo contra los contrabandistas so pena de descubrirse.

Mas al aproximarnos al puerto la nube de contrabandistas se fue esfumando. Y estp fue porque una nave de la capitanía del puerto con unos cañoncitos a bordo se nos aproximó amenazadoramente. Después de una inspección muy somera (y de que Ventimiglia le mando un jamón serrano al oficial al mando) los corchetes veracruzanos no tuvieron problema en aceptarnos como un buque español. Luego un piloto nos abordó y nos guio hasta el malecón en el cual atracamos.

Podíamos observar la mole pétrea de la fortaleza de San Juan de Ulua y las bocas de sus cañones. El puerto estaba tan solo a unos pasos. Al día siguiente, nos informo un enviado del alcalde, se presentaría un notario para dar fe de nuestra carga. El fulano, que era un pícaro, nos recomendó desembarcar lo que quisiéramos esa noche y hasta ofreció comprar la carga a nombre

de su patrón. Así, nos explico el bribón, no habría líos con el fisco.

Mas bien esa noche los piratas desembarcaron. Me habían vestido con trapos lujosos, robados quien sabe donde. Fue así que escoltados de cerca por los piratas, Sancho y yo nos encaminamos a San Juan de Ulua.

El negro gigante, Moko, estaba al mando.

--Escuchad, Santa Cruz, si hacéis el mas ligero movimiento en falso, os hare matar de inmediato. ¿Entendéis?

Como para reforzar la amenaza Carmaux y Wan Stiller me mostraron sendos pistolones. Yo estaba desarmado.

--¡Abrid con un carajo! --rugió el negro ante las puertas de la fortaleza.

--¿Quién chingaos vive? --grito el centinela, aparentemente molesto porque habíamos interrumpido su sueño.

Para mi sorpresa, Sancho fue el que increpo al centinela.

--¡Avisad a vuestro comandante que aquí se encuentra don Pedro de Santa Cruz, almirante de las galeras del rey! ¡Si no queréis ser condenados a remar en estas mas os vale que os apresuréis a dejarnos entrar!

Hubo un momento de confusión entre la guardia.

--El comandante don Gustavo Reyes se encuentra en Orizaba.

--¡El señor almirante no esta acostumbrado a esperar! ¡Ni el rey ni el papa lo hacen esperar! ¡Abrid si no queréis acabar en grilletes!

Había obviamente gran confusión dentro de la fortaleza. Pero unos minutos después las puertas se abrieron y los guardias se pusieron en fila y nos presentaron armas. Acompañado de los piratas entramos a San Juan de Ulua.

Un sargento se aproximó e hizo una caravana.

--Su señoría, no fuimos avisados.

--Despreocupaos, buen hombre --le dije con dejo petulante y voz mofletuda--. Escuchad, vuestro comandante, decís, ¿esta en Orizaba?

--Pues si, su señoría, es que tiene ahí una movida.

--¿Movida? --el hablar de los mejicanos era aparentemente español pero lleno de modismos que me eran inexplicables.

--Una mujer, su señoría. El caso es que regresa en tres días.

--Ah bien, escuchad mis ordenes entonces. Vos y vuestros hombres tenéis permiso de ir a Orizaba con vuestro comandante.

--¿Todos, su señoría?

--Si, --dije con aire de perdonavidas y aburrimiento--. A ver, este señor Moko, dadle unos cobres a manera de viáticos a este sargento para que los reparta entre la guarnición.

--¡Burgués! --murmuro el negro entre dientes sin ocultar su recelo.

Sin embargo, le dio una bolsa llena de plata al sargento.

--¡Gracias patrón! --fue lo que dijo el sargento--. ¡Beberemos a vuestra salud!

--Ahuecad el ala que no me apetece discutir con vos. No sois personas de calidad.

--Pero, patrón, ¿y la fortaleza?

--Nosotros nos encargamos --advirtió Moko--. No importunéis a su señoría mas.

--Muy cierto. No estoy de humor para discutir con un simple sargento. Repito, idos ya.

--Su señoría es muy dado a empalar a sus enemigos --apunto Sancho--. Lo aprendió de los turcos. Yo que vos obedecía prontamente.

--¡Jijos! --juro el sargento.

Acto seguido él y sus hombres evacuaron la fortaleza y tomaron el camino a Orizaba.

Al amanecer la flota de Lorencillo entro en el puerto. No hubo resistencia. Los piratas eran ya dueños de la ciudad y procedieron a desplumarla.

--Tenéis ya la ciudad, señor de Ventimiglia --le dije a este.

--Cierto Santa Cruz. Tened vuestras bolsas y armas y tomad unos caballos. Haced escasos si no queréis que os vuelva a hacer prisioneros.

Ni Sancho ni yo discutimos mas. Salimos a escape del puerto.

Esa noche, a unas leguas mas al sur, en la llamada Barra de Alvarado, la gran nave del papa depositaba en tierra a un hombre vestido de jesuita. Aramis había llegado a la Nueva España. Definitivamente los viajes por mar no le sentaban y el mar estaba embravecido cuando fue llevado a tierra. Su primer acto al tocar esta fue vomitar la cena.

LXXIII La Hambruna



*Donde Sancho, cual es propio de los escuderos y enanos al servicio de caballeros andantes, recibe el encargo de llevar noticias de las hazañas del moro y tesoros de gran valor que ha obtenido para depositarlos a los pies de la reina doña María Luisa.*

Cd. de Méjico - 1683

La monja tenía ojos penetrantes.

--¿Decís que os manda Bernoulli?

--Tal nombre me instruyeron que os mencionara --contesto el moro--. Aunque admito que no conozco al fulano. Se me informo que vos respondéis al nombre de Hipatia.

--No le conteste, Sor Juana --advirtió Lorenzo--. Puede ser una treta de Montoya.

El príncipe Guadalupe veía al moro con recelo. En sus manos estaba una toledana desenvainada.

--Déjennos interrogarlo, madre --sugirió el príncipe.

--Sr. Santa Cruz --dijo fríamente la monja--, os presentáis de improviso en este convento inquiriendo por mí. No se os conoce en la ciudad. Decís que acabáis de

llegar de la península. Y venís citando nombres que no admitiré conocer. Os debería denunciar ante el virrey.

--Madre, vengo por mandato de la mas alta autoridad de la corona, por encima incluso del virrey. Me manda la misma reina, doña María Luisa, esposa de nuestro rey don Carlos y sobrina del mismo Luis XIV.

--Al que según vos fue el que os mando aquí para empezar --dijo con sorna don Lorenzo-- . Tal parece que os codeáis con la nobleza de las Europas.

--Así es. Doña María Luisa dice que su maestro de matemáticas fue un sabio llamado von Tschirnhaus. Ah, y que este estaba muy impresionado con la serie a la que doña Hipatia había probado su convergencia.

--¡Charlatán! --exclamo Lorenzo y sacando su daga.

--¡Por favor, don Lorenzo! --juro la monja irguiéndose--. Acordaos que este es un convento. ¡No derramáis sangre aquí!

--Pues con gusto nos lo llevamos a la laguna, madre, y ahí lo despanzurramos. Yo se donde tirarlo.

--Creedme o no, os estoy diciendo la verdad en la medida que la conozco. Yo solo quiero cumplir mi misión y regresarme a España con las pruebas que usted madre se supone me va a dar.

--¿Qué pruebas?

--Algo sobre la orbita de un planeta. La reina decía que había que matar a un egipcio. ¿Qué diablos voy yo a saber? Soy tan solo un emisario. Yo no conozco ningún egipcio pero si mi reina me lo ordena con mucho gusto le rebano el pescuezo.



--Este amigo huele a espía de la Inquisición  
--dijo Guadalupe.

La monja me observo con detenimiento.

¿Sois judío? --pregunto Sor Juana en hebreo.

--No entendí que me ha dicho vucencia  
--contesto el moro.

--Bien, no sois judío. ¿Sois moro?  
--pregunto Sor Juana en árabe.

--Si, soy moro --contesto Santa Cruz en la misma lengua.

--Don Lorenzo --ordeno la monja--, hacedme la venia de bajarle el jubón.

El indígena no la cuestiono. Por un momento el moro pensó que la monja estaba ordenando que lo caparan. El príncipe lo sujeto firmemente mientras lo desnudaban. El moro quedo con sus vergüenzas al aire.

La monja sacudió la cabeza y se noto en su boca una leve sonrisa.

--Me temo que poco se de estos menesteres, señores, solo lo que he estudiado en grabados de anatomía, pues estos son objetos que raro se ven en un convento. Decidme, don Lorenzo, ¿se os hace circunciso este hombre?

El indígena le dio un vistazo a las vergüenzas del moro

--Si esta circunciso, madre.

--Soltadlo, caballeros. Este hombre dice la verdad.

El moro se volvió a cubrir.

--Madre, acabemos, deme el material que tengo que llevar a la reina y me pondré en camino.

--Hay un problema, señor Santa Cruz --explico la monja--. Tengo, si, una versión muy concisa disponible. Consiste tan solo de mis conclusiones y predicciones. De nada le servirá a la reina y al Sr. Bernoulli. El desarrollo en cuestión lo llamo El Caracol e incluye los datos tabulados que lo alimentan. Pero me temo que El Caracol no se encuentra aquí.

--Pero, madre --contesto Lorenzo--, si su predicción se cumple sera prueba mas que suficiente.

La monja suspiro.

--No conocéis a los doctores, don Lorenzo. Argumentaran que la observación es inconclusa. Se juega aquí algo mas importante, demostrar que el modelo de Kepler es correcto y si, en efecto, acabar de eliminar la obra del egipcio, Tolomeo.

--¡Hasta que se quien es el fulano al que tengo que ajusticiar! --exclamo el moro.

--Si el señor Santa Cruz logra llevar a Europa el Caracol completo, incluyendo las tablas y observaciones que lo avalan, y mis cálculos y derivaciones entonces los académicos no tendrán objeción. Ellos podrán incluso reproducir mis observaciones y cálculos. El modelo de Kepler será aceptado como verdad absoluta. Quod Erat Demonstrandum.

--Bien, ¿adonde tengo que ir para recoger este Caracol?

--Al palacio de la Inquisición.

--¡Oh cielos!

--El Caracol esta en manos del inquisidor mayor, Montoya. Me temo que la santa madre iglesia considerara el Caracol y el material que le dio vida como peligros para la fe.

--Tengo treinta caballeros águila que vienen en camino ya, Sor Juana. Tenemos que rescatar el Caracol a toda costa.

--Señores, yo estoy con ustedes --ofreció el moro--. Se utilizar la toledana. No le tengo amor a la Inquisición. Pero, mientras, sugiero que se mande la versión abreviada, por lo menos, a Europa.

--¿Usted la llevara señor Santa Cruz? -- pregunto Lorenzo--. Necesito todo hombre que pueda sostener un acero.

--No, yo no. Llamad a mi criado, Sancho. El llevara el manuscrito abreviado a la reina.

Y así fue como Sancho fue llamado a la presencia de Sor Juana.

--Ordéñenme sus mercedes.

--Sancho --explico el moro--. Por vuestra valentía y probidad se os encomienda una misión de gran riesgo.

--¿Debo llevar nuevas de sus proezas a una dama señor almirante? Es añeja costumbre en estos menesteres que los caballeros encarguen a sus escuderos o enanos que lleven tales a sus doncellas.

--¡Santo Dios! --murmuro Sor Juana--. ¿Quién le ha llenado a este buen hombre la cabeza de humo?

--Estáis en lo cierto que es noticia de nuestras hazañas que debéis llevar a una dama, específicamente, a la reina. Tened este cuadernillo. Guardadlo con vuestra vida. Y hacédselo llegar. Y, por supuesto,

tened esta bolsa para haceros mas fácil la travesía.

Mientras tanto, en el sótano de ese palacio doña Xochitl murmuraba a través de un resquicio en la pared de su celda.

--Tengo tres capsulas conmigo.

--Somos doce juaninos en esta celda --le contesto Fray Mateo--. Hay otros seis en la que sigue. Se necesitaran mas venenos para asegurar que no hablen

Xochitl se puso a llorar. Los monjes eran eruditos, no guerreros. No iban a morderse la lengua con tal de no hablar. Tarde o temprano, se imagino ella, las tropas del virrey se apersonarían en el Tlaloc. Y el toltecayototl desaparecería.

Las celdas de los lóbregos sótanos del palacio de la Inquisición estaban rebozando de presos. Sin embargo, Torres, por instrucciones de Montoya las estaba vaciando poco a poco vaciando pues la captura de los juaninos hacia innecesaria retener al resto de los indígenas.

--¡Salgan bola de cabrones! --ordenaba el sosteniente Torres.

Sus hombres sacaban a los reos a empujones y patadas.

--¿Pues que paso mi sosteniente? -- pregunto el Faisán entrando a los sótanos. Atrás de él venia El Osito.

--Pues nada, que ya capture a esos cabrones de la Hermandad Blanca. Arreste a 18 frailes juaninos y a la brujita doña Xochitl.

--Ah, pues vamos haciéndolos hablar --ofreció el Faisán.

--Pa luego es tarde --sonrió el Osito.

--Ah, ¿Qué dijeron? ¿Que les iba a dejar empezar a interrogarlos y se les iban a empezar a petatear como resultado? No señores, ustedes dos son rete mal hechotes. Se me van saliendo de aquí. ¡A la chingada!

--Ah, muy gallito, ¿verdad, Torres? --le dijo amenazadoramente el Osito.

--Ya les dije, ahuecando el ala cabrones. Ustedes no van a tocar estos presos.

--¿Por orden de quien, cabrón? ¿Tuya?

--No --dijo Montoya presentándose--. Por ordenes mías. Vos, señores Osito y Faisán no sois ya de mi confianza. Daos de santos que no os mando arrestar. Idos y poneros a las ordenes del secretario y no os atreváis a entrar a este sótano sino hasta nueva orden. ¿Esta claro?

El Faisán jalo al Osito.

--Vengase compadre. No la haga de tos.

Al salir, los dos hombres repararon en un fulano esbozado elegantemente vestido todo de negro que acompañaba a Montoya. El hombre tenia una mirada glacial y su mano enguantada se posaba sobre la guarda de su toledana.

--¿Y ese cabrón quien será compadre?  
--pregunto el Osito.

--Quien sabe pero tiene una facha muy cabrona. El caso es que mejor nos hacemos ojo de hormiga por el momento compadre.

Mientras Montoya estaba en conclave con Torres.

--Escuche, Torres, os hago responsable de que no se escape ninguno de estos presos.

--No se preocupe patrón. Mis hombres están alertas.

--Mas os vale si no. Escuchad. Este es Monsieur de Aramis. Esta al servicio del papa. Obedeced sus instrucciones.

--¡Sordenes patrón! --contesto Torres cuadrándose ante Montoya y el jesuita.

Los dos clérigos se dirigieron a la oficina de Montoya. Ahí encontraron que ya tenían visita.

--¡Su ilustrísima! --exclamo Montoya apresurándose a besar el anillo del arzobispo Aguiar.

Junto al arzobispo su secretario, Josef Rubio, observaba impávido la escena. Alrededor de este estaban amontonados desordenadamente pliegos de papel amate confiscados a los juaninos.

--Ya era hora Montoya --dijo con enojo Aguiar.

Aramis beso correctamente el anillo que le extendió Aguiar.

--¿Y vos quien sois? --el arzobispo vio con recelo a Aramis.

--Aramis. Soy jesuita como vos. Estoy al servicio de Roma.

Aramis le mostro el anillo, el mismo anillo que había portado Ignacio de Loyola. El asombro era evidente en los ojos de Aguiar. Quien portara ese anillo tenia mas poder incluso que el mismo general de los jesuitas.

--El señor Aramis acaba de llegar a esta ciudad --explico Montoya--. Pero, lo mas importante, su señoría, es que he arrestado a unos monjes juaninos que pertenecen a la Hermandad Blanca.

--¡Sois un bruto Montoya! ¿No estáis enterado de lo que esta pasando a unas cuantas cuadras de este palacio? A duras penas ms criados me lograron sacar de catedral.

--Perdón, Ilustrísima, he estado muy ocupado aquí.

--¿Qué exactamente esta ocurriendo Ilustrísima? --inquirió Aramis.

--¡Que la maldita plebe hambrienta ha rodeado el palacio del virrey! Estan pidiendo a gritos maíz, que no tenemos. De un momento a otro queman el palacio del virrey. Están fuera de control y no oyen razón. Don Anselmo Bustos y su Tercio de la Nueva España se han atrincherado en el palacio junto con el virrey pero no están seguros si se sostendrán.

--¡Santo Dios! No se preocupe su Ilustrísima, este palacio esta seguro. Tengo gente armada que lo defiende.

--Su Ilustrísima --dijo Aramis--, creo que hay menesteres mas importantes que un levantamiento de indígenas. Estamos ante un enemigo poderosísimo e insidioso que puede minar la fortaleza de la fe católica. Y es que lo que se contiene en estos papeles puede refutar siglos de dogma, ¿entendéis?

El secretario, Rubio, un jesuita indígena egresado del colegio jesuita de San Francisco Xavier en Tepotzotlan sostenía una lupa y examinaba uno de los papeles de amate.

--El valor histórico de estas obras es incalculable, su Ilustrísima.

Aguar miraba los papeles con recelo.

--¿Sabéis lo que dijo el moro Khaled al tomar Alejandría? --pregunto Aguar--. Dijo

que si las obras en la biblioteca de Alejandría contradecían al Koran entonces era herejías. Y que si no lo hacían entonces era superfluas. Igual digo yo con todo esto. Consignadlo todo a las flamas. Especialmente, si como dice el señor Aramis son un peligro para la iglesia.

--Me temo que esto no es todo --explico Aramis--. Tengo información que me indica que hay toda una librería que contiene estos manuscritos en un lugar que llaman el Tetzacualco en lo alto de una montaña cerca del pueblo de Texcoco.

--Eso confirma los testimonios de los arrieros --añadió Montoya--. Fue por lo que testificaron que logramos arrestar a estos herejes.

--En tal caso, su Ilustrísima --continuo Aramis--, debéis convencer al virrey que mande tropas a ese lugar para erradicar ese foco de herejía.

--Ahorita en estos momentos el virrey no esta seguro si vera la luz del día --replico Aguar.

--Su Ilustrísima, si quemamos estos papeles solo arreciara la furia de los mexicanos --añadió Rubio--. El virrey no puede venir en nuestro auxilio.

Aguar dudo por un momento.

--Bien, no los toquéis por ahora. Siempre habrá tiempo para quemar todo esto e ir luego a hacer una hecatombe en Texcoco. Por el momento necesito ponerme a buen recaudo. ¿Cuántos hombres tenéis aquí, Montoya?

--Aproximadamente unos cien, su Ilustrísima.

--Bien, dadme cincuenta que me escolten a Coyoacan.

Montoya palideció. Cincuenta tal vez no sostendrían el punto.

--Su Ilustrísima, en tal caso estaremos expuestos aquí.

--Sera lo que el Santísimo dicte --acabo Aguiar--. Dad las ordenes, Montoya.

Montoya no tuvo mas remedio que llamar a Torres y ordenar que proporcionara cincuenta de sus hombres para escoltar al arzobispo.

Satisfecho, Aguiar se levanto, les dio la bendición a los presentes, y se dirigió al patio del palacio, seguido de Rubio.

Rubio, al salir, observo los fajos de manuscritos con admiración.

--¡Maravilloso! ¡Quien pudiera estudiar todo esto!

Aramis observaba a Montoya que estaba todo alterado y estaba tratando de servirse, con manos temblorosas, un vaso de vino.

--Tened --dijo el jesuita sirviéndole--. Intuyo que no sois gente de guerra.

--De ninguna manera, no, absolutamente no. ¿Cómo es que os enterasteis de la biblioteca en la montaña de Texcoco?

--Fue un secreto de confesión de un moribundo. Escuchad, no os preocupéis. Dejadme ver por las defensas de este punto. Nos sostendremos lo mas posible. Lo importante, repito, es destruir estos manuscritos y eventualmente la fuente de la herejía.

--Pero su Ilustrísima dijo que no se les tocara.

--¡Bah! En una escaramuza todo puede suceder --dijo sonriendo Aramis mientras se dirigía a inspeccionar las defensas--. Una tea cae sobre ellos, que se yo, y arderan.

Montoya se quedo solo en su despacho. Abrió su escritorio y deposito El Caracol ante si. Lo abrió con reverencia y empezó a leer.

--¿Quemar esto que escribió ella? Vive Dios eso seria una blasfemia --dijo apurando su vaso de vino.

LXXIV Maniobras de Guerra



*Donde don Lorenzo y el virrey se aprestan a enfrentarse*

Cd. de Mejico – 1683

Afirman los eruditos que no hay razón por la cual los hombres recuerden el pasado y no el futuro. Y que los resabios de la memoria de este reviven al oír o presenciar eventos que lo portentan. Ni vos, Lorenzo Ixtlilxochitl, ni su servidor sabemos lo suficiente de estos menesteres para discutir con los doctores sobre el tema. Solo conocéis las consejas de vuestros viejos y os guiais por estas en la medida de vuestras posibilidades. Y cierto que tampoco hay certeza que esas consejas sean infalibles. Si así lo fueran los hombres que las siguieran al pie de la letra lo serian igual de infalibles. Y solo los necios sufrirían y el azar no tendría injerencia en los menesteres de los hombres.

¿Y que hacer, Lorenzo Ixtlilxochitl, si al estar esperando que se junten vuestros capitanes en la casa de seguridad de la orden oís el portento del cantar del búho? ¿No es la conseja de vuestros viejos que “cuando el tecolote canta el indio muere”? ¿No fue así que ocurrió cuando vuestro padre os llevo con don Diego Rodríguez sabiendo que os

iba a dejar huérfano después de oír cantar al pajarraco mencionado? ¿Debéis entonces resignaros a morir y tal vez dedicaros a beber un buen mezcal y esperar a que la Mictlacihuatl se digne aparecer en vuestro dintel y os reclame?

Si el ejemplo de vuestro padre de ver por los suyos no fuera ya suficiente peso tenéis en vuestras espaldas también las obligaciones de un rey. Y estos, bien sabéis, Lorenzo Ixtlilxochitl pues habéis leído incontables ejemplos de reyes de la antigüedad tanto de Anahuac como de las Europas, demuestran su valer cuando se encuentran con la espalda contra la pared.

Ha caído la noche ya en la lóbrega casona. Los primeros en presentarse son un contingente de caballeros águilas venidos desde Texcoco a matabacallo. Los contáis. Son treinta con sus jefes y dos capitanes. Tan solo queda una docena guardando el Tetzacualco. Os estais jugando un albur, Lorenzo Ixtlilxochitl.

--Las carretas con los macehuales llegaron en un día mas --os informa uno de los capitanes.

--Bien, que se estacionen en esta calle en cuanto lleguen. Por ahora, ved por la caballada y vuestros hombres. Hay aquí viveres. También hay petos, rodela, y toledanas en abundancia. Decidles a vuestros hombres que se mantengan en el patio interior y que no se asomen o salgan a la calle. ¿Entendéis?

El capitán saluda y contesta afirmativamente.

El siguiente en presentarse es don Raul acompañado de vuestro hijo, Guadalupe.

--Alteza.

--¿Cuál es la situación en la plaza de armas?

--La turba sigue ahí --responde don Raúl.

--Parece que acamparan en la plaza --explica Guadalupe--. No permiten que los españoles salgan del palacio del virrey.

--Alteza, no tienen líderes. O por lo menos no han surgido tales. Actúan tan solo por hambre. ¿No cree vuestreza que podríamos utilizarlos por lo menos como distracción?

--Decís mas bien como carne de cañón, don Raúl. No, no puedo usar así al pueblo. Suficiente buen servicio es que fijen al virrey y al Tercio de la Nueva España en ese punto.

--Hablan sobre vos, alteza. El nombre del rey coyote esta en boca de todos --se atreve a añadir Guadalupe.

--¿Por qué insistís en ese punto? Si ese pueblo fuera siquiera la sombra de los que apedrearon a Moctezuma ya hubieran tomado el palacio. Mi primera obligación es al toltécayotl.

--Lo podrían hacer si tienen quien los encabece, alteza --insiste Guadalupe.

Contempláis a vuestro hijo por un momento y luego sacudís vuestra testa. Don Raúl contempla la escena pálido. Las palabras del príncipe rayan en insubordinación.

--Lo mas probable es que vos, príncipe, pronto sereis rey y podréis tomar las decisiones del caso. Que no se hable mas de esto.

El príncipe hace el saludo cual marcan las ordenanzas y se retira. Don Raúl os pide hablar en privado y lo lleváis a una recamara interior.

--¿Hay noticias de vuestro hijo don Raúl?

--No, alteza --responde el hombre con tristeza--. Él y su compañero no volvieron.

--Pero tampoco hay indicios de su captura.

--Así es, alteza.

Vos, Lorenzo Ixtlilxochitl contempláis a vuestro viejo maestro de esgrima y la duda surge en vuestra mente. Con suma facilidad podríais ordenar que vuestro hijo se pusiera a buen recaudo, en el Tetzacualco, el cual, después de todo, solo quedo con una guardia mínima. Nadie se atrevería a desobedecer, aun Guadalupe, aunque bien sabéis que lo haría a regañadientes. Las ordenes de un rey mexicano se obedecen siempre ciegamente. De ahí la gran responsabilidad que pesa sobre vuestras espaldas, Lorenzo Ixtlilxochitl, y vuestra necesidad de no prestaros a frivolidades. Pero bien sabéis que el perder una sola espada puede ser la diferencia entre el éxito o el fracaso de vuestra empresa. ¿Y con que cara, Lorenzo Ixtlilxochitl, podríais encarar después a don Raúl si ponéis a vuestro hijo a buen recaudo si este ha sacrificado al suyo?

--En tal caso, don Raúl, todavía hay esperanza.

El hombre no responde a esto pero os murmura en voz queda.

--Alteza, hay secretos de la orden que no le son revelados ni aun a un rey. Pero, si la situación es de extrema urgencia hay que hacer excepciones.

--Continuad.

--Tenemos, digámoslo así, gente a nuestro servicio, llamémoslos "medios", dentro de la Inquisición. No os daré detalle sobre estos.

--Prudente es. Continuad.

--Llegado el momento, contactaremos a estos "medios" y les pediremos actúen dentro de la Inquisición para favorecernos.

--¿Significara que serán expuestos?

--Irremediablemente, si, así seria.

--En tal caso, os ordeno que les ordenéis se pongan a buen recaudo. Prefiero que si nuestra empresa fracasa estos medios, como vos los habéis llamado, continúen en pie y al servicio de la orden.

--Así será alteza. Transmitiré vuestras ordenes.

Un toquido en la puerta os interrumpe.

--Alteza, ha llegado el que le llaman el moro.

--Hacedlo pasar.

--Señor --dice con respeto el moro descubriéndose.

En los días previos le habéis revelado al moro, Lorenzo Ixtlilxochitl, cual es vuestro linaje y vuestro mando. El moro se puso incondicionalmente a vuestras ordenes. Parece no tener en verdad gran amor a la santa madre iglesia y esta ansioso de cumplir su misión. También parece tener cierto respeto hacia la ira de los reyes y adivina que podéis ser implacable, Lorenzo Ixtlilxochitl.

El moro viste como gentilhomme y porta una toledana al cinto.

--¿Y bien don Pedro?

--No llegue a la gran plaza, alteza. Pero si llegue hasta la plaza de Santo Domingo y

ahí me advirtieron que no me siguiera hasta la plaza de armas.

--¿Observasteis a la guarnición del palacio del santo oficio?

--Si. Incluso intercambie breves palabras con su capitán, un tal sosteniente Torres según oí nombrar. El hombre estaba que echaba pestes contra sus patrones.

--¿Ah sí?

--En efecto, alteza, dice que no le han dejado suficientes hombres para sostenerse.

--¿Estáis seguro? ¿Por qué os hablo con tanta facilidad?

-- Con estos trapos me fue fácil convencerlo que era hombre del virrey, cristiano viejo, recién llegado de España.

--¿Y decís que cree que no tiene suficientes hombres para sostenerse?

--Por los huesos de mi madre, alteza, así fue que me lo dijo el fulano.

--¿Contasteis a los guardias? --pregunta don Raúl.

--Solo vide unos veinte en la puerta principal. Pero oí voces en el interior. Seguro tienen mas adentro.

Don Lorenzo hizo llamar a Guadalupe y a los capitanes.

--Señores, en cuanto lleguen las carretas y los macehuales marchamos. No hay tiempo para maniobras. Asaltaremos el palacio del santo oficio e intentaremos forzar el paso por su puerta principal. Debemos de sorprender a la guarnición y asegurarnos que no cierren las puertas. Estas son pesadas y gruesas. Don Pedro, ya que os



conocen ahí y confían en usted, ¿estaréis dispuesto a encabezar a unos cuantos hombres para actuar como vanguardia y haceros dueños de esta puerta?

--Ordene alteza y así lo hare.

--Bien, príncipe Guadalupe, acompañad al moro con otros dos hombres. Estaremos a tan solo unos minutos de vos. Tomad la entrada y sosteneros ahí hasta que lleguemos, ¿entendéis?

--Si alteza.

--Caballeros, nuestro objetivo primordial es rescatar a los juaninos, a doña Xochitl, y los documentos del toltecayotl.

--¿Y si tal no es posible alteza? --pregunta don Raúl.

Es entonces que endurecéis el gesto, Lorenzo Ixtlilxochitl y os hacéis dar la orden.

--En tal caso, asegurarnos de que ningún juanino sobreviva y tampoco doña Xochitl. ¿Entendéis? Bajo ningún concepto deben de revelar la localización del toltecayotl. Igual, ninguno de nosotros puede caer prisionero.

--¿Y yo? --se atrevió a preguntar el moro.

Don Lorenzo lo vio fijamente.

--Nos aseguraremos que no caiga vivo, don Pedro. ¿Entiende usted?

El moro suspiro.

--De acuerdo, alteza.

Mientras tanto, en el palacio del virrey el oidor Ceballos parecía a punto de tener una apoplejía.

--¡Están insultando al rey! ¡Oíd como vociferan!

Junto a él, don Carlos de Sigüenza y Góngora observaba impávido la gran plaza de armas a través de una de las ventanas de este.

--¿Qué queréis? No han comido en días. No hay una sola fanega de maíz en toda la ciudad.

Ceballos se aproximó a la ventana y se asomo e hizo un gesto obsceno hacia la plebe que se congregaba en la plaza. Don Carlos lo jalo hacia dentro.

--Excelencia, os aconsejo que no os expongáis tanto. Según cuentan las crónicas, los ancestros de estos fulanos mataron de una pedrada a su emperador Moctezuma. Son muy diestros con la honda. No creo que respeten mas a un oidor.

Como para puntualizar lo que afirmaba don Carlos se oyó una pedrada impactarse junto a la ventana.

--¡Hostia! --exclamo Ceballos.

Fue entonces que entro el virrey de la Cerda acompañado de Bustos y varios secretarios. El virrey se sentó en su trono y encaro a la audiencia.

--Don Anselmo Bustos --indico el virrey dirigiéndose al comandante del Tercio de la Nueva España--, reporte vucencia sobre la situación.

--Los alzados hicieron un intento de forzar la puerta principal hace un par de horas, alteza. Los rechazamos con muchas bajas. Tuvimos dos heridos tan solo.

--¿Nos sostendremos?

Don Anselmo vacilo un momento.

--No lo puedo garantizar, alteza. La desesperación de la plebe es cada día mayor. Son capaces de todo. Llegara el momento en que no le temerán a morir.

--¿Qué de los refuerzos?

--Mandamos correos a los gobernadores de Puebla y Querétaro. No hemos tenido respuesta y ningún jinete ha roto el sitio.

--¿Y los otros puntos fuertes?

--Alteza, el puerto de San Lázaro, a unas cuantas cuadras de aquí, sigue en nuestras manos. Si es necesario, vucencia y la virreina podréis iros en piragua a través de este.

De la Cerda frunció las cejas.

--¿Abandonar mi puesto? No, don Anselmo, hare como que no habéis sugerido tal cosa. El rey me encomendó el gobierno de esta ínsula y cumpliré su mandato aun a cuesta de mi vida.

--Como mande su excelencia --contesto Bustos--. Respecto a los otros puntos, no tenemos noticia de los pueblos aledaños. Sabemos, si, que el palacio del santo oficio en la plaza de Santo Domingo todavía se sostiene.

--¿Y que del arzobispo?

--Se cree que ha salido de la ciudad, alteza.

--Don Carlos, ¿Qué me decís del chahuistle este?

--Toda la cosecha del valle de Méjico se ha perdido alteza. Nuestra única esperanza es que lleguen suministros desde Querétaro. Ya los mandamos pedir.

--Entiendo. Don Anselmo, buscad un jinete que rompa el cerco. Que se dirija a Querétaro. El gobernador tendrá que mandar refuerzos y una fuerte escolta para cualquier maíz que nos manden desde el interior.

En eso una pedrada penetra por una ventana y rodo a los pies del virrey. La audiencia reacciona exaltada hasta que el virrey levanta su mano y se sosegaron. Luego el virrey atisbo rápidamente por el ventanal.

--Son miles.

--Así es, alteza --apunto Bustos.

--Han venido de pueblos aledaños alteza --añadió don Carlos.

--Hay mujeres y niños entre la plebe --dijo el virrey.

--¡Con gusto nos destazaban y nos comerían, alteza! --puntualizo Ceballos.

El virrey suspiro.

--Señor capitán Bustos, estas son mis instrucciones. Aprestad vuestros hombres y cargad las espingardas en lo alto del castillo con metralla. Os ordeno que hagáis una salida para barrer esa plaza y limpiarla de esa plebe alzada. Si podéis, llegad hasta la plaza de Santo Domingo y reforzad el palacio del santo oficio. Esperad a que os indique cuando debéis de actuar.

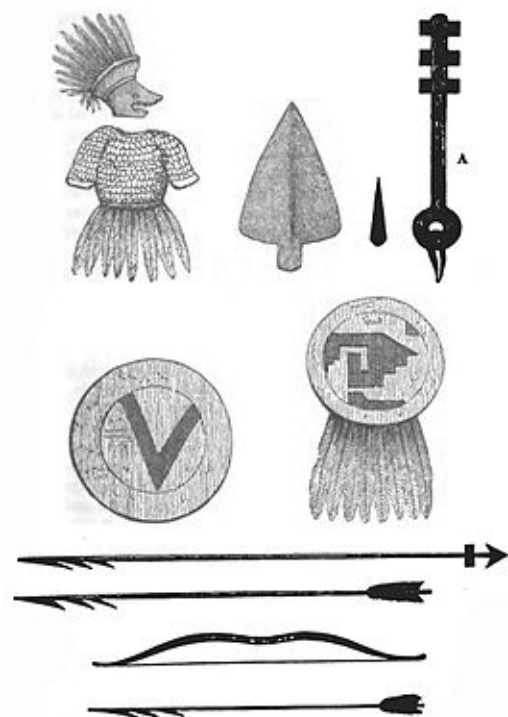
--Alteza, debemos de actuar de inmediato --se atrevió a sugerir Ceballos.

--No es de mi agrado ametrallar a mujeres y niños, señor Ceballos, así que no insista se lo ruego. Capitán, no toméis acción hasta que os de la orden, ¿entendéis?

--Así se hará alteza --contesto Bustos haciendo una pequeña reverencia.

--Ya sabéis mi decisión, señores. Por Santiago, ojala que triunfemos y que el Santísimo nos perdone la sangre inocente que vamos a derramar. Me temo que no tengo opción. Tenemos que enseñarles a los mejicanos a respetar a España.

LXXV El Asalto al Santo Oficio



*Donde Lorenzo lamenta no poner unos versos en el papel.*

Cd. de Mejico – 1683

Estáis que no os caliente ni el sol, Lorenzo, muy, como diríais, enchilado. Esa noche habéis compuesto vuestro poema de muerte. Vamos, la inspiración os vino en la noche, de la nada, a pesar que nunca habíais sido dado a hilvanar letras. Tal vez haya sido los años que habíais estado al servicio de Sor Juana que os afectaron. Y si, las letras fluyeron y fluyeron, ayudadas, tal vez, por el vaso de mezcal que os acompañaba. Y juráis que hasta vuestro ancestro, el rey coyote Netzahualcoyotl, hubiera aplaudido vuestros versos. Pero, ¡ay! cuando vuestra mano se poso sobre la el papel, con la pluma presta, fue que se os interrumpió vuestro insomnio y os avisaron, ¡maldita sea!, que las carretas y los macehuales habían llegado.

Os vestisteis para hacer la guerra con la presteza que os dan los años de preparación. Portáis un peto de cuero bajo vuestras ropas y una concha que protege vuestras partes nobles. En vuestra diestra se encuentra un acero de Toledo. En la siniestra esta una macana, pesada, con piedras empotradas de obsidiana. La practica os ha hecho ambidextro y con ambas armas podéis matar. Completa este atuendo marcial vuestro traje de cuero negro con filigranas de hilos de plata. Una rodela en vuestro brazo porta las armas de vuestra orden, con su águila y su serpiente. Portáis una capa que os servirá, enrollada en vuestro brazo, para desviar las puntas de los aceros. Buenas botas portáis, dignas de un rey. Y vuestra testa la coronáis con el casco de águila de la orden.

Y es así como dais vuestras ordenes y mandáis a vuestro hijo y al moro por delante. No podéis evitar, Lorenzo Ixtlixochitl, un sobresalto al ver a vuestro hijo saludaros y partir, sonriente, a la batalla. Es inevitable que hacéis a un lado al moro y le murmuráis que os lo cuide. Afortunadamente el hombre parece ser cabal y su mirada serena os sosiega hasta cierto punto. Mas no podéis evitar seguir con vuestra vista hasta el ultimo momento la figura de vuestro hijo que se encamina rumbo a la plaza de Santo Domingo.

Y seria de esperar que en medio de los alborotos estuvierais nervioso. Pero no, no lo estáis, para vuestra sorpresa, cosa que os complace pues vuestros hombres deben de ver entereza y aplomo en vos. Eso si, estais enchilado. ¡Si tan solo pudierais haber puesto esas rimas en el papel, carajo! Ahora, sabéis, es demasiado tarde y las letras, que se os están escapando, morirán, lo sabéis, con vos. Sea, pensáis, después de todo Guadalupe, si vive, será mejor rey que vos, que habéis cometido tantas torpezas y ni siquiera dejareis unas tristes rimas para atestiguar que habíais existido..

Como si supiera lo que pensáis, don Raúl se ha acercado a vos.

--Alteza, Guadalupe es el mejor guerrero que he entrenado.

--Don Raúl —ordenáis, tratando de no pensar en vuestro hijo— os encargo las carretas y estos macehuales. En cuanto las carguemos con los papeles idos de aquí como si os persiguiera el diablo, ¿entendéis? Si tal hacéis entonces este maldito baño de sangre valdrá la pena.

--Despreocúpese alteza. Yo hare llegar el cargamento a Texcoco.

Y es así, Lorenzo Ixtlilxochitl, que os encamináis rumbo a la plaza de Santo Domingo, unos cuantos minutos detrás de la vanguardia, rodeado de vuestros caballeros y capitanes, y con las carretas y los macehuales a vuestra retaguardia.

Los pocos transeúntes que os ven, trajeados con visos que recuerdan las viejas legiones mexica, se hacen a un lado presurosos. Sin embargo, mas de uno intuye lo que sois al oír el caracol. Y los gritos de “viva el rey coyote” y “viva México” surgen de las gargantas de los indígenas que os viden y hacen eco acompañando el ordenado retumbar de los pasos del ultimo destacamento mexica sobre los adoquines de las calles de la vieja Tenochtitlan.

Entráis a la plaza donde se alzan las moles pétreas del palacio del santo oficio y la iglesia dominica. Parecen dos titanes que duermen sobre la plaza y por un momento dudáis, Lorenzo Ixtlilxochitl, si realmente podéis hacer mella en el poder que representan. Mas vuestras dudas las poneis a un lado, Lorenzo Ixtlilxochitl, pues adelante oís un griterío y maldiciones. Y el olor acre de la pólvora llega a vuestras narices.

Pensando que ha ocurrido lo peor y que la vanguardia ha sido derrotada, ordenáis a vuestros hombres que carguen rumbo a las puertas del palacio del santo oficio. Mas os encontráis en esta puerta con el moro, sonriente, que sostiene su cuchillo de Misericordia en el cuello del sosteniente Torres. A sus pies hay varios guardias, muertos, y una docena mas se encuentra de rodillas, desarmados, guarecidos por vuestro hijo y dos de vuestros hombres.

--Los tomamos por sorpresa, alteza.

--¡Luego lo contáis! ¡Seguidme!

Y es así como irrumpís en el lóbrego palacio de la inquisición, Lorenzo Ixtlilxochitl, seguido de vuestros hombres y todos gritando como demonios.

Los guardias que quedan se han apersonado y os esperan con las toledanas desenfundadas al pie de una gran escalinata. Un par de ellos descarga unos arcabuces. Oís a algunos de vuestros hombres gritar de dolor y caer. El pasillo se llena de humo por la descarga. Gritáis de rabia y os abalanzáis sobre los guardias. Su resistencia se derrite y ponen pies en polvorosa. No tenéis misericordia con los que alcanzáis.

Os lanzáis por la gran escalinata que lleva al segundo piso. En este, sabéis, está la oficina del inquisidor mayor, Montoya. Unos dominicos, esbirros del santo oficio, dan alaridos de terror al veros. Tomáis a uno y lo hacéis arrodillaos frente a vos y le ponéis una daga en el cuello.

--¿Dónde esta Montoya?

--Al fondo —indica el hombre.

Y le rebanáis el pescuezo lentamente a pesar de que os mira fijamente con ojos

llorosos y os asombráis que no tenéis remordimientos al hacerlo, Lorenzo Ixtlilxochitl, y no teníais idea que un hombre pudiera tener tanta sangre o que todavía pudiera intentar hablar con el cuello abierto en canal.

Adelante se oyen mas gritos y pistoletazos. Y entráis con vuestros hombres a los aposentos del inquisidor, Montoya.

--¡Hijo de la gran puta! --le gritáis pues el hombre sostiene en mano temblorosa un pistolón que ha descargado en uno de vuestros hombres el cual se retuerce de dolor a sus pies.

Con certera estocada lo herís y la pistola cae. Luego le ponéis la daga en el pescuezo mientras gritáis ordenes. La oficina esta llena de los documentos que buscáis. Don Raúl se presenta ahí con los macehuales y estos empiezan a llenar desordenadamente costales con los papeles, sin orden, sin importar, por la prisa, que algunos, pues son muy frágiles, se hagan pedazos. Ya habrá tiempo de restaurarlos después si lográis salir de esta ratonera, Lorenzo Ixtlilxochitl.

--¿Dónde esta el Caracol? ¿Lo habéis quemado?

--¡Vive Dios nunca haría eso! Os reconozco, sois el criado de Sor Juana. ¿Os mando ella?

Don Raúl le da un golpe que tumba a Montoya de rodillas y este escupe unos dientes.

--¡Insolente!

--Os vuelvo a repetir --le decís a Montoya--, ¿Dónde esta el caracol?

--Se lo llevo, el jesuita. El desgraciado de alguna manera adivino que lo estaba

escondiendo. ¡No quería dárselo! ¡Es un tesoro!

--¿Quién diablos es el jesuita?

--¡Por las barbas del profeta! --grita el moro-. ¿Es un francés?

--Si, sirve al papa. Recién llego a la Nueva España.

El moro levanta a Montoya en vilo.

--¿Dónde se fue ese desgraciado?

--Alteza --apunta don Raúl--debemos liberar a los presos.

--Moro, dejadlo, os lo ordeno. Guadalupe, tomad diez hombres e idos con el moro a los sótanos. Liberad a los presos. ¡Idos ya!

El moro le da un golpe a Montoya que lo deja exiguo bajo una mesa.

--Alteza, este hombre tiene que morir --aconseja don Raúl apuntando a Montoya.

--No, Sor Juana no me lo perdonaría. Conozco a mi patrona. Atadlo y subidlo a una carreta. Lo podemos usar de rehén.

Os acercáis a un ventanal, Lorenzo Ixtlilxochitl, y observáis con cuidado la calle. Esta se encuentra curiosamente despoblada. Los vecinos se han encerrado a piedra y lodo. Pero a vuestros oídos llega un griterío lejano y algunas descargas.

--¡El virrey esta atacando a la gente en la plaza de armas! --gritáis mientras aprestáis a los macehuales a que se apresuren a cargar los documentos.

Mientras tanto, el moro y Guadalupe y sus hombres han penetrado en los sótanos y abren las puertas de las celdas. Hay un

griterío ensordecedor. Hay varios sótanos y están llenos de prisioneros.

--Príncipe, ¿los soltamos a todos?  
--pregunta un capitán.

--¡No hay tiempo! --contesta Guadalupe y es entonces que el joven entiende lo crueles que son a veces las decisiones que toman los reyes.

Xochitl se abalanza sobre Guadalupe y lo abraza.

--Idos, madre, don Raúl os espera --dice Guadalupe retirando a su madre--. No hay tiempo que perder.

Encabezados por Fray Mateo, los juaninos se apresuran a salir del sótano. La gritería de los presos que quedan abandonados no se ha abatido. Entonces el moro jura algo en su lengua.

--¡Lo vide al cabrón!

--¿A quien?

--¡Aramis! ¡Se fue por ese pasillo! ¡Trae el libraco ese!

El moro jura otra vez y se echa a correr tras el jesuita. Guadalupe lo sigue. Corren ambos por los pasillos solitarios y emergen en una gran terraza. Frente a ambos esta un fulano vestido elegantemente en cuero negro que sostiene una toledana en la diestra y una espada corta en la siniestra. A sus pies esta el Caracol.

El moro enrolla su capa en su brazo y se apresta prudentemente al combate. Mas Guadalupe, cuya sangre esta muy caliente ya y tiene todo el vigor de la juventud se abalanza sobre el jesuita asestándole una estocada.

--¡No príncipe! --advierde el moro.

Cualquier otro hombre hubiera sido atravesado por esa estocada. Mas el jesuita la desvía con facilidad y hasta con cierta elegancia. Tiene una sonrisa glacial en sus labios.

--¡Carajos! --jura Guadalupe advirtiendo que ha sido herido sin darse cuenta. Tal fue la rapidez y destreza de su adversario. Su peto se mancha de sangre.

--¡Es el diablo! --grita el moro cruzando acero con su adversario.

Guadalupe intenta cerrar pero sus piernas se doblan.

Aramis le asesta una estocada al moro que este apenas logra detener. El jesuita lo mira con asombro.

--Bien, o me estoy haciendo viejo o algo le habéis aprendido a Gastón d'Artagnan. Nadie antes había podido pararme ese golpe.

--Dadme el libro y os dejare ir. Estáis rodeado.

--¡Bah! Esto no es nada Santa Cruz. De peores ratoneras me he escapado.

--¡Inshallah! --grita el moro asestándole otra estocada a Aramis.

--¡Fil de putain! --jura Aramis. Algo de sangre se adivina en su brazo.

Los dos hombres se enfrascan en un duelo a muerte, sin cuartel. El clamor de sus aceros chocando es constante. Maniobran como gatos por la extensión de la azotea asestándose mandobles mal intencionados y lanzando juramentos ya en árabe como en francés. Es casi un duelo de iguales mas la experiencia del jesuita se empieza a imponer. Mientras tanto, Guadalupe ha

caído al suelo en un charco de sangre. Se arrastra lentamente, hacia el Caracol.

--¡Madre! --grita el moro sabiéndose herido. Rueda a los pies de Aramis y evade caído una última estocada de este. El moro tiene una herida de mal pronóstico en el costado que mal desvió la capa que trae enrollada en el brazo.

Aramis se encamina adonde se encuentra Guadalupe y le da una patada a la mano del príncipe cuyos dedos acababan de tocar el Caracol. El príncipe está a su merced.

--¡Por vuestro honor, no lo toquéis!  
--implora el moro.

Aramis sonríe y levanta el Caracol.

--Señores, fue un placer --dice Aramis saludando con su toledana y desapareciendo con el Caracol.

El moro logra ponerse en pie y se apresura adonde está Guadalupe.

--Escuchad --gime Guadalupe--, decidle a ...

--¡No habléis con un carajo! --jura el moro.

El moro diestramente amarra su capa en el torso del príncipe deteniendo el fluir de la sangre. Luego extrae de sus alforjas una botella pequeña y la abre.

--No queda mucho. Acaso unas gotas --dice el moro mientras le da a beber al príncipe--. Si os morís vuestro padre me hará empalar. Conozco a los reyes. Tomad.

--Sabe a limón agrio --contesta el príncipe--. ¿Es veneno? Sepa vuestra merced que no estoy dispuesto a dejarme capturar vivo.

El príncipe le muestra una daga.

--Escuchad, príncipe, iré por ayuda. No os mováis de aquí, ¿entendéis?

--¿Qué del Caracol?

--El papa se va a limpiar el culo con él, me temo. ¡Volveré!

El moro entra trastabillando y chorreando sangre en la oficina de Montoya. Lorenzo lo confronta.

--¿Dónde está el príncipe?

--Herido, en la azotea.

El rey palidece.

--¡Sea! ¿Habéis liberado a los presos?

--Sí, alteza. Dadme hombres para bajar al príncipe y lo embarcaremos en una carreta.

--Me temo que ya es tarde, señor moro. Observad.

En la calle se observa al sosteniente Torres que aparentemente se ha escapado en la confusión. El hombre gesticula y apunta hacia el palacio del santo oficio. Junto a él está un capitán español y una compañía de alabarderos.

--Esos hideputas acaban de llegar. Probablemente sean refuerzos que mando traer el virrey de Querétaro. Están dispuestos frente a la puerta. No hay otra salida.

El moro jura algo en su lengua.

--Seguidme, señor moro --ordena el rey.

En la puerta del palacio se encuentra don Raúl y los capitanes. Los juaninos y los macehuales se congregan en un patio interior.



--Alteza, esto no pinta bien --apunta don Raúl.

--¿Y si los cargamos?

--Nos matarían antes de cerrar con ellos.

Y ahora, Lorenzo Ixtlilxochitl, os dirigís con pasos cansados hacia el patio. Doña Xochitl os reconoce y os abraza.

--¿Y Guadalupe?

--Herido. Escuchad, no tenemos escapatoria.

--No podemos capitular tampoco  
--responde doña Xochitl con estoicismo.

--Así es. Trajimos pólvora y la descargamos  
--dice Lorenzo apuntando a unos barriles--.  
Podemos volar el edificio.

--¿No hay otra opción?

--Es la única.

Quedamente, doña Xochitl habla con don Mateo y le explica la situación. El monje se persigna y con todo sigilo explica la situación a los juaninos. Luego estos juntan a a los a los macehuales y los sientan entre los barriles y los convocan a rezar el rosario. Los macehuales, humildes indígenas de la montaña que han servido al Tetzacualco por generaciones, obedecen las instrucciones de los monjes sin preguntar. Mientras don Raúl y los capitanes distribuyen barriles en puntos estratégicos del edificio y aprestan las mechas.

--En el momento que usted dicte, alteza --le anuncia don Raúl.

--¡Esperad! --dice Guadalupe haciendo acto de presencia.

A duras penas el príncipe se sostiene en pie. Su herida se ha vuelto a abrir y sangra. Sin embargo, el joven sonríe. En sus manos están las llaves de las celdas. Luego una turba de presos hace acto de presencia.

Lorenzo no tiene tiempo de decir nada. Los presos se vuelcan hacia la puerta del palacio. Nada los detiene. Han estado por semanas sufriendo horrores.

--¡Deteneos! --les grita don Raúl inútilmente.

Los presos salen cual marabunta de las puertas. El capitán de los alabarderos grita ordenes. Los presos, aullando, se abalanzan sobre estos. Las saetas los atraviesan pero poco les importa. Es mejor morir al aire libre que en las inmundas celdas del santo oficio. Pisan a los caídos y cierran con los alabarderos y los hacen pedazos y los presos que quedan con vida huyen. El sosteniente Torres, que vio la turba salir aullando prudentemente puso pies en polvorosa de inmediato.

--¡Don Raúl! --ordena Lorenzo reconociendo la oportunidad que se le ha presentado-- ¡Cargad las carretas!

Y tal hacen los macehuales.

--Lleváoslo con vos --ordena Lorenzo sosteniendo a Guadalupe ante Xochitl--.  
Sera buen rey.

--¿No vendréis con nosotros?

--No, mirad.

Y es que en efecto, por la calle que lleva a la catedral, hace acto de presencia el Tercio de la Nueva España. Los peninsulares marchan en formación y con tambores marcando el paso y llevando en alto una bandera con la cruz de San Andrés.

--Los trataremos de detener para daros tiempo a escapar --explica Lorenzo mientras le da un beso de despedida.

--Alteza, me necesitáis aquí --dice don Raúl-- . Ya bastante he vivido y mejor rey no hay que vos para seguir al Mictlan.

--No, don Raul. ¿Quién aconsejara a Guadalupe? Idos ya con las carretas. ¡Es una orden!

Lorenzo pasa revista a sus hombres. Quedan acaso veinte en pie.

--Ordene usted alteza --dice un capitán.

--Señor moro, os podéis ir.

El moro escupe. Trae un vendaje tinto en sangre.

--Alteza, no tenéis los suficientes hombres para detener a esos poltrones. ¡Inshallah! Aquí me quedo.

--Bien, caballeros, cerremos con ellos. No esperan tal cosa. ¡Seguidme!

Y es así, Lorenzo Ixtlilxochitl, que guiais a vuestros hombres a la carrera en una carga que sería ridícula, dada la desigualdad de numero, si no fuera porque varios de los presos liberados toman alfanjes y toledanas de los alabarderos caídos y se os unen. Y recordáis la conseja que alguna vez habíais leído en los archivos de Huexotzingo que tanto el miedo como el valor se contagia. Y es así como cerráis con el Tercio de la Nueva España el cual reacciona tardíamente y podéis abriros paso, como cuchillo en mantequilla, entre sus filas. Y por un momento, Lorenzo Ixtlilxochitl, sentís que el enemigo se va a quebrar y, carajos, a la mejor os podíais abrir paso hasta el mismo palacio del virrey, tomarlo, y haceros coronar ahí mismo y finalmente sacar a los españoles de esas tierras. Mas sin embargo

los capitanes del Tercio reaccionan y entre maldiciones y juramentos hacen que sus hombres no se quiebren. Y sabéis entonces, Lorenzo Ixtlilxochitl, que es cuestión de tiempo antes de que vos y vuestros hombres caigan. Mas alcanzáis a echar un vistazo a vuestra retaguardia, Lorenzo Ixtlilxochitl, y observáis las carretas salir ya a mataballo y adivináis que el sacrificio valdrá la pena.

Oís a vuestros hombres jurar en mexicano al caer atravesados por las toledanas y las picas. Vuestra rabia es tal, Lorenzo Ixtlilxochitl que no sentís las heridas que ya os han hecho y os abríis paso hasta donde esta el estandarte con la cruz de San Andrés. Este es portado por un hombrón de barba cerrada, soldado viejo de los tercios del rey de Castilla, el cual atravesáis con vuestra toledana. El hombre cae de rodillas ante vos pero no ha soltado el estandarte y maldecís que los hombres del rey de Castilla sean tan tercos . Le dais con vuestra macana en la testa repetidamente hasta que le reventáis los sesos y finalmente suelta el estandarte y lo tiráis al suelo y ponéis vuestro pie sobre el, y os reis, indómito, ante los hombres de Castilla, cual es propio de un rey mejicano. Y esta es vuestra ultima y postrera satisfacción, Lorenzo Ixtlilxochitl, pues los hombres del rey de Castilla aúllan de rabia ante la humillacion y os atraviesan repetidamente con sus aceros. Es así como caéis y dais gracias a los dioses con vuestro ultimo aliento pues habéis visto ya a vuestro padre y a vuestro padrino y estos os sonrén y os aseguran que vuestra muerte ha sido hermosa y que el toltecayototl esta a buen recaudo.

LXXVI Carta del Obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, a Sor Juana Inés de la Cruz



*Donde se discute la suerte del moro*

Mayo de 1685

Hija, me dio gran gusto saber que vos y vuestras hermanas habéis sorteado con éxito el temporal que azoto esta tierra. Me temo que aquí hubo mucho sufrimiento y mortandad, razón por la cual no es sino hasta ahora que puedo escribiros estas líneas.

Los indios bajaron hambrientos de la sierra pero en todo el valle de Puebla era imposible encontrar una fanega de maíz. El chahuistle nos pego muy duro. El caso es que la hambruna nos causo miles de muertos y tremendo sufrimiento.

A diferencia del valle de México no hubo en estos lares agitación social contra la corona. Creo que esto fue porque el gobernador y tu servidor hicimos todo lo posible para

aliviar el sufrimiento del pueblo. Yo con gusto abrí las arcas de la iglesia e hice traer un tren de víveres desde Veracruz, donde no parece que pego tan fuerte la plaga. El pueblo recuerda esos gestos y no hubo tumulto alguno.

No puedo de ninguna manera justificar la matanza que hizo el virrey en la plaza de armas. Fue una mancha para el honor de España. Pienso que les faltó tacto en la capital, sobre todo a nuestro excelentísimo obispo Aguiar, y que sus acciones solo sirvieron para empeorar las cosas. Aclaro que me atrevo a escribir con este candor en vista de los largos años de amistad que nos unen y confió en vuestra discreción.

El fulano este que mencionais, Sancho Panza, en efecto se presento ante mi portando la carta de recomendación que le disteis. Me temo que es un amigo muy parlanchín y no pude sino enterarme de vuestros cálculos y predicciones. Si lo que he oído de la reina es cierto esta no dudo que usara ese conocimiento para el bien de la ciencia. Lo único que temía era si este fulano Panza llegaría hasta España con vida y portando vuestro encargo y que no le fuera a soltar la sopa a la inquisición sobre estos menesteres. Francamente, su relación me asombro. No sabia que vos habíais encontrado los escritos y cartas celestiales de Preste Juan en estas tierras de Anahuac (yo pensaba que el fulano vivía en las Etiopias) y que con estos secretos habíais hecho el mapa de los cielos. Me da alegría anunciaros que hará una semana se presento nuestro amigo Sancho ante mi, de vuelta de la península, y afirmo que cumplió su encargo exitosamente y hasta recibió una bolsa gorda de la reina. Le di posada y salvoconductos y tengo entendido que os ira a buscar en la capital.

Respecto al fulano este que mencionáis, Pedro de Santa Cruz, os diré que inquirir sobre su suerte es materia muy delicada.

Por supuesto, dado que tiene mi mismo apellido no pudo sino picarme la curiosidad. Decís que tenía facha de converso y que incluso sabíais (no quiero saber los detalles) que era circunciso. No dudo que su limpieza de sangre sea sospechosa, Juana. Sabed que en mi familia el tema es rara vez tocado. Muchas familias hoy intachables, los Santiesteban, los San Pedro, los Santa María, y demás nombres plagiados del evangelio tienen, en efecto, un ancestro que no comía tocino. El caso es que con mucha discreción empecé a preguntar sobre este Pedro, que tal vez es un “nepote” extraviado de tu servidor.

Lo que afirmáis es cierto. Pedro de Santa Cruz fue capturado muy malherido en la batalla de la plaza de Santo Domingo. Ni la corona ni la inquisición lo quisieron ajusticiar pues entonces había la esperanza de poder llevar a cabo un canje por el inquisidor Montoya (¿os acordáis de este?) que había sido capturado por una horda de indios herejes. Montoya, se decía, estaba encadenado en lo alto del Popocatepetl o del Ixtaccihuatl o que se yo, y que, a manera de Prometeo, los zopilotes, que no los buitres, le picoteaban permanentemente las entrañas.

Aparentemente el tema de Montoya empezó a ser embarazoso para nuestro arzobispo. Se afirmaba que Montoya había insistido en fortalecerse en el santo oficio y que don Francisco Aguiar le había quitado la mayoría de los elementos con que contaba. Don Francisco, por supuesto, hizo todo lo posible para aminorar esos rumores y escándalos.

Por otra parte, la llamada Hermandad Blanca, los indios herejes del caso, se hizo ojo de hormiga y así era imposible negociar ningún canje de prisioneros. El resultado fue que Montoya siguió tal vez haciéndole al Prometeo encadenado en el Popocatepetl y mi “nepote” Pedro de Santa

Cruz siguió pudriéndose en una mazmorra del santo oficio. Y como el arzobispo prefería que Montoya siguiera haciéndole al Prometeo (hasta hubo rumores de que buscarían canonizarlo) pues nunca se negocio un canje.

Indagando con mucha precaución (tengo mis contactos) establecí que mi “nepote” fue condenado a trabajos forzados en las minas de mercurio por el rumbo d Guanajuato. Esto casi era una sentencia de muerte pues las condiciones ahí son inhumanas y las sustancias que manejan se reputan que son venenosas a la especie humana. La mayoría de los mineros acaban locos o enterrados en uno de los tantos accidentes que ahí ocurren.

Las cosas empezaron a cambiar con la llegada del relevo de don Tomas de la Cerda. Tuve la fortuna de conocer al nuevo virrey, don Melchor Antonio Portocarrero y Laso de la Vega, duque de Monclova. Se trata de un viejo soldado de los tercios del rey. Es manco, pues perdió su brazo derecho en Flandes. Pensaba inicialmente que sería un soldadote pero me sorprendió encontrar a un hombre culto y con sentido de humor pues, el mismo afirmo, que era el primer gobernante de la Nueva España que no robaría a dos manos. Fue natural que en examinar los asuntos del reino como parte del proceso del relevo se tocara la caída del palacio del santo oficio y sus causas. Ahí respingo don Francisco Aguiar. Mi “nepote” Pedro no podía, obviamente, seguir con vida, aun si esta es en la crujía horrenda de una mina.

Y es que mi “nepote” Pedro pues no solo era un alzado y hereje sino que también, cosa peor, era demasiado correoso, no se moría (esa terquera corre en mi familia), y era un testigo incomodo para nuestro querido arzobispo, según establecí. Fue así que no me sorprendió cuando esta mañana recibí comunicación a través de mis

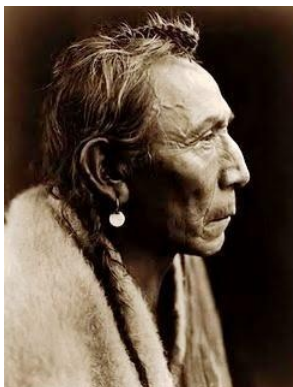
contactos que Pedro había sido arrestado una vez mas y que se dirigía en grilletes otra vez a la cárcel del santo oficio. Me imagino que las cárceles ahí son una mansión de lujo a comparación a lo que ha sufrido ya.

Me da mucha preocupación que Aguiar haya tomado esta medida. Si antes don Francisco no quiso arriesgar un juicio publico para aclarar los hechos de la caída del santo oficio hoy ha de estar muy presionado políticamente y no tiene mas remedio que hacer de Pedro un ejemplo. Pinta muy mal esto para mi “nepote” Pedro.

Tratare, con los medios que cuento, de ayudar a Pedro, aunque no creo que pueda hacer mucho. Se necesita la intervención de manos mas influyentes. Os debo decir que me dirigiré mañana a la sierra a hacer una visita apostólica en esas republicas de indios. Como hablo con fluencia, como vos, el mejicano y soy bien conocido se me recibirá con gran hospitalidad. Tengo muchas amistades entre los ancianos que funcionan a manera de senado en esos pueblos que se rigen bajo lo que la corona llama “los usos y costumbres”. No os diré mas, Juana, para no comprometeros. Pero si puedo establecer contacto o mandarles un mensaje a cierto grupo difícil de encontrar lo hare.

Manuel Fernández de Santa Cruz, Obispo de Puebla

LXXVII Los Hongos de don José Antonio



*Donde la predicción de un brujo de los Tuxtlas se hace realidad*

Del Libro de Pedro Santa Cruz

Encuentrome juzgado y sentenciado por el Tribunal del Santo Oficio por los delitos de herejía, necromancia, y rebeldía, cargos que acepto. Y este Santo Tribunal, asentado aquí en la Nueva España, esta compuesto por santos varones dominicos, insobornables, inflexibles, e inmisericordes. La Inquisición ha dispuesto mi entrega a la justicia seglar para proceder a mi castigo. En dos días, el domingo, se me exhibirá en la plaza mayor de esta antaño Gran Tenochtitlan y hoy muy noble y señorial Ciudad de Méjico, vestido con sambenito y portando una veladora, y se procederá a quemarme vivo en castigo a mis pecados.

Santiago Tuxtla – septiembre de 1713

Don José Antonio Pavón cerro el libro con impaciencia y dejó escapar un juramento.

--¡Me cago en Cristo! ¡Guadalupe! ¿Dónde carajos estáis?

Los gritos de don José Antonio se oían aun afuera de la sacristía y Guadalupe se presento ante él.

--¿Pos que paso patrón?

--Diantres, Guadalupe, ¿no hay mas de los escritos de este fulano, tu ancestro?

--Es lo único que hay, patrón.

--Es que me dejo con mas preguntas que respuestas. ¿Cómo diablos fue que fue a parar aquí? Obvio que sobrevivió a la Inquisición y se trajo al tal Sancho Panza con él.

--Jijos, patrón, vera...

Era evidente que el indígena vacilaba. Don José Antonio sirvió dos tarros de mezcal.

--Sentaos Guadalupe. Os debo la vida. No quiero que hayan secretos entre nosotros. Y no me llaméis "patrón", para vos soy José Antonio, ¿quedamos?

--Muy bien, don José Antonio. Vera, estos cerros son muy viejos...

--Igual que yo.

--Ah que don José. No, mire, por ejemplo, si usted sube al cerro del vigía encontrara restos de templos y toda una ciudad ahí. Y lo mismo en el cerro que sigue. Y el que sigue. Claro, de estos menesteres ustedes los españoles no teneis ni idea. Es mas, muchos de nosotros los indios tampoco.

--Continuad, hombre.

--Pues bien, don José Antonio, estas tierras se reputan son tierra de brujos. No, no me pregunte si yo lo soy. Si lo fuera lo tendría que negar. Y si no lo fuera no me atrevería a reclamar ese titulo. Si los hay, aquí, y muchos, pero, sabe, mas bien son guardianes.

--¿Guardianes de que?

--Por lo general consejos, remedios, cosas útiles. Hubo mucho conocimiento de las artes y ciencias aquí. Es inevitable que queden ecos. Yo conozco algunos brujos y algo he aprendido de ellos sobre curar.

--Vaya si lo se yo.

--Vera, hace muchos años, cuando yo era chamaco, conocí un viejito. Don Cástulo. Era curandero pero todo mundo lo sombrereaba.

--Es decir, ¿le hacían honores?

--Exacto, don José. El caso es que un día don Cástulo me llamo y en privado me explico que todo lo que uno vide dependía de donde estaba uno. Que todo cambiaba según uno se moviera. Que no todo era fijo o absoluto.

--No tengo idea de que diablos me decís.

--Yo tampoco. Pero se lo menciono porque como es natural yo, en medio de mi ignorancia, le dije también que no entendía y le pregunte para que me hacia saber eso. ¿Y sabe que me dijo?

--Ni idea, Guadalupe.

--Es que el viejito me dijo que iba a tener que transmitir esto a un hombre venido de mas allá del mar. Y que esto seria ya siendo yo un hombre. No conozco a ningún otro español. Así que ese hombre pos es vucencia.

--¿Yo? ¡Santo Dios! Bien, ya lo habéis hecho. El mensaje ha sido recibido y yo sigo en las mismas. No sé que diablos le paso al moro pero ahora ya cuento con algo mas de conocimiento que no comprendo y que engordara a los gusanos cuando muera.

--Don Cástulo me enseñó luego unos hongos que crecen en el cerro del Mono

Blanco. Decía que comiéndolos se podía observar toda clase de eventos y hechos que le están ocultos a los hombres. Que así el tiempo no importaba. Y que el hombre venido de mas allá del mar así podría tener respuestas a sus preguntas.

--¿Me tengo que comer esos? Diantres. ¿Y si me muero?

--Eso es muy posible. A cada rato se le moría gente a don Cástulo.

Don José Antonio tomo un sorbo de su mezcal.

--Todo esto me suena a herejía.

--Mientras no nos mande el obispo en Veracruz un inquisidor no tendremos bronca. Las viejitas se quedaron con las ganas de rezarle el rosario y cafetearlo. Le haremos un funeral digno, despreocúpese.

Don José Antonio se volvió a rellenar el vaso de mezcal.

--Escuchad, Guadalupe, comeré vuestros hongos. Ya estoy viejo de todas maneras y ya estuve al borde de la muerte y esta no me asusta ya. Sin embargo, hare testamento, con el alcalde, don Faustino Panza. No tengo mas capital que mis trapos pues no me enriquecí sirviendo al rey como otros así que redactar el documento no será mucho embrollo.

--En tal caso, don José Antonio, deje me voy al cerro a buscar esos hongos y los preparo y que sea lo que Dios quiera.

Y así fue como unos días después don José Antonio presencio los hechos que a continuación se os presentan, estimado lector, sin que tengáis la necesidad de comer hongos o preparar testamento.

Ciudad de Méjico – junio de 1685

--Dejad que yo hable su señoría --aconsejo Pancho.

El escudero guiaba una mula sobre el cual iba montado don Filoteo de la Cruz

--Eso es lo que mas me da sobresalto, Sancho. Vos habláis por los codos. El que mucho habla mucho yerra.

--A fe mía que tratare de ser discreto. Esta es la única esperanza que tenemos para ayudar al almirante.

Sancho y don Filoteo caminaban por las lóbregas calles de la ciudad de Méjico. Era cerca de la medianoche. Adelante vieron a un hombre en una esquina alzar una linterna dos veces. Esta era la señal convenida.

Don Filoteo noto que el hombre era grueso. Estaba embozado (igual que don Filoteo) y portaba una toledana (cosa que no tenia don Filoteo).

--Altivos obeliscos --murmuro el hombre.

--Nacidos de la sombra --contesto don Filoteo.

--Seguidme --dijo el hombre--. Iremos a la taberna del Arco de Neptuno.

--¿Qué decís? --dijo don Filoteo con algo de sobresalto.

--La construyeron con los materiales con que erigieron el arco ese que diseño la monjita Sor Juana para recibir al virrey. Le hicieron ahí la barba de lo lindo. Digo, una vez que entro el virrey pos ya para que lo querían. Estorbaba el trafico y lo mandaron tirar. Resulto que un tal Perico compro todo el escombros y con eso hizo su taberna. Esta interesante por dentro. Os gustara.

--¿Lo seguimos patrón? --pregunto Sancho.

--Santo Dios, creo que no hay mas remedio.

La taberna en si era un conjunto ecléctico. Detrás de un amplio mostrador despachaba el tal Perico, un peninsular de barba cerrada y unicejal. Las paredes estaban adornadas con toda clase de jeroglíficos egipcios y textos en griego. Diversas estatuas de Neptuno, sirenas, Isis, y ninfas adornaban las paredes. También había el inevitable altar a la guadalupana y unos cuernos de toros pues Perico era taurino de hueso colorado. Como dije, ecléctico.

Los tres hombres se sentaron en una esquina oscura. Una buscona se aproximó mas el embozado la alejo con un ademán.

--Lo que aquí se hable tendrá que ser secreto --dijo el hombre.

--Solo si es secreto es de provecho --asintió don Filoteo.

--No hay secretos para la Inquisición.

--Tampoco para Dios.

--Le temo mas a la Inquisición.

--Os aseguro que no os convendría discutir teología con su servidor --dijo don Filoteo.

El hombre rio quedamente.

--Bien, escuchad. Santa Cruz ha sido juzgado. Esta en capilla. Va a morir.

--¿No hay remedio o ayuda que se le pueda proporcionar? --pregunto Sancho.

--Ninguno. Es hombre muerto. Así lo quiere Aguiar. Bastantes vergüenzas ha sufrido ya don Francisco cada vez que el virrey indaga sobre lo que paso ese día. Y muchos en la corte también quieren olvidar



los hechos. No dudo que quemaran toda crónica de los hechos.

--Estáis en lo cierto en lo general. Mas tenéis una falla en vuestro desarrollo. Si hay manera de rescatar a don Pedro --dijo don Filoteo.

--¿Qué proponéis? ¿Otro asalto? --pregunto el hombre con sorna.

--¿Y por qué os lo debo de revelar el como a vos? ¿Como se si vos en verdad sois quien iba a contactar? ¿Cómo se si trabajáis para la Inquisición? --insistió don Filoteo.

--No podéis saberlo. Tampoco yo puedo saber si sois en verdad quien me indicaron contactara.

--Os di la clave.

--Y yo os respondí como esperabais que hiciera. Las claves se pueden obtener, sobre todo de un preso que esta sujeto a tormento.

-- ¿Sabéis mucho sobre tormentos?

--Algo. Trabajo en la Inquisición.

Sancho puso la mano en su alfanje.

El hombre se rio quedamente.

--Pero soy parte de la Hermandad. Si en verdad fuera hombre de la Inquisición ya os hubiera hecho arrestar. ¿Para que traeros hasta aquí? Bien se os puede llevar a las mazmorras y ahí interrogaros con detalle.

--¿Quién sois? --se atrevió a preguntar don Filoteo.

El hombre descubrió su rostro.

--Me llaman "El Osito". Y vos sois Sor Juana.

Sancho sudaba a raudales.

--Patrón, ¿nos vamos?

--Es muy tarde ya, Sancho. Este señor Osito tiene razón. Si quisieran arrestarnos ya lo hubieran hecho. Y es inútil seguir con la farsa.

--Repito, se quien sois vos, madre. Pero, ahora, explicadme. ¿Qué milagro creéis que se puede lograr para que don Pedro salga libre? ¿Acaso rezareis por él?

--No señor Osito. Yo no soy muy buena para los rezos y milagros. Mi fuerte es la cocina.

--¿La cocina?

--En efecto --dijo Sor Juana (dispensemos con el albur de don Filoteo) sacando una botella de sus ropajes--. Dadle a don Pedro a tomar este elixir que cocine lo mas pronto posible. Entrara en un estado catatónico y todo indicara que ha muerto.

El Osito levanto la botella a la luz.

--¿Estáis segura que funcionara?

--No tengo idea. No me atreví a probarlo en un cristiano. Leí la receta en una herbolaria que doña Xochitl me regalo.

--Creo que entiendo por donde viene el toro --dijo el Osito sonriendo.

--El hecho es que don Francisco, nuestro arzobispo, seguramente será el primero en dar gracias a Dios por la muerte del moro. Sancho reclamara el cadáver. Tan solo aseguraos que no sea cremado o aventado en una fosa común.

--Creo que eso lo puedo arreglar. Sin embargo, madre, necesitare algo de plata.

--¿Y eso?

--El que ahora es el capitán Torres, el infeliz que antes era sosteniente...

--Ah, si, al que condecoro y ascendió el virrey por su valentía.

--Ese fulano precisamente, madre. Conozco al desgraciado y estoy seguro me la hará de tos para sacar al cuerpo. Ya sabe usted como son estos menesteres.

Sor Juana suspiro.

--No tengo dineros conmigo. Mandad un propio o id por el convento en la mañana. Afortunadamente estoy encargada de los dineros de la orden. Me temo que tendré que hacer algunas matemáticas, llamémoslas "creativas", con los presupuestos de esta.

Y fue así como el moro escapo del Santo Oficio. Y una vez libre el moro busco adonde refugiarse lo mas lejos posible de la Inquisicion. Regresar a España no era opción. ¿Qué si sus hermanos lo reconocían un día? O peor, ¿Qué si volvía a encontrar al jesuita endemoniado ese, el cual se reputaba había regresado triunfante a Roma?

Una opción era irse al norte, a los desiertos de ahí, específicamente a un lugar que tenía por nombre Cerralvo y cuyos habitantes eran en su mayoría conversos. Ahí no había inquisidores, razón por la cual tanto converso se había asentado ahí. Mas, oyendo la descripción de lo desoladas que eran esas planicies y de la ferocidad de los comanches que a cada rato hacían hecatombe con esos miserables caseríos, el moro prefirió dirigirse al sur, lugar que Sor Juana le describía como un edén.

Además, el moro tenía, y esto lo tomaba muy a pecho, la obligación de hacer realidad el otorgarle una ínsula a Sancho y hacerle ahí de un harem de indias desnudas. Los pasos de ambos los llevaron hasta los Tuxtlas donde la Inquisición tampoco tenía presencia. Los naturales, que hacía mucho no habían sido visitado por un clérigo, no tuvieron problema en aceptar el embuste del moro que era cura. A falta de los evangelios no tuvo empacho en usar el Koran que le había legado su madre.

Sancho finalmente obtuvo su ínsula y se hizo de un sequito de indias que le hacían piojito y le daban a beber tarros de chocolate. Se dice, es mas, que el tal Sancho pobló el lugar pues los mestizos del lugar son parlanchines, dados a la exageración y a creer cuentos fantásticos, y, a su manera, prácticos y probos.

LXXVIII Epilogo Uno - La Carta del Virrey

Nueva España, 1714



Don Jose Antonio Pavon sobrevivio a su experiencia con los hongos y, para su grata sorpresa, un buen día recibió esta carta que venia desde la Ciudad de Mexico.

Carta del Virrey don Fernando de Alencastre Noroña y Silva, duque de Linares, marques de Valdefuentes.

*Estimado don José Antonio Pavon,  
Santiago Tuxtla, en la provincia de la Vera  
Cruz*

*Nos es grato enterarnos que vucencia se encuentra en franca recuperación y damos nota de los achaques y dolores que habéis sufrido en nuestro servicio. También os queremos agradecer las cajas de deliciosos y aromáticos puros que nos habéis mandado desde las fábricas de San Andrés.*

*Acusamos recibo de vuestra solicitud de retiraros de nuestro servicio y de asentar plaza en esa población. Hemos dado instrucciones a nuestro secretario de que se os coronen vuestros años de servicio con una indemnización justa en reconocimiento a vuestra fidelidad y celo.*

*También reconocemos la conveniencia de que nuestro gobierno cuente con una presencia permanente en esa comarca de los Tustlas. Dado que habéis decidido retiraros del servicio activo, es sin embargo nuestro gran placer el nombraros gobernador vitalicio y representante nuestro ante los pueblos de ese macizo montañoso, servicio que no dudamos cumpliréis cabalmente como indica vuestra trayectoria.*

*Por ultimo, he hecho llegar vuestra solicitud, con nuestro aval, al señor arzobispo de que os mande “un cura joven, paciente, de mente abierta, vigoroso, y capaz de adaptarse a los calores y achaques que estas tierras inducen”.*

*Nosotros, don Fernando de Alencastre  
Noroña y Silva*

*Por Gracia de Dios y del Rey, Virrey de la  
Nueva España, Duque de Linares y Marques  
de Valdefuentes*

LXXIX Epilogo Dos – El Cortejo Fúnebre



Y mantenedme en vuestra gracia, para impetrarme la divina, de que os conceda el Señor muchos aumentos y os guarde, como le suplico y he menester. De este convento de N. Padre San Jerónimo de Méjico, a primero día del mes de marzo de mil seiscientos y noventa y un años. B. V. M. vuestra más favorecida  
Juana Inés de la Cruz

Los peninsulares insisten en escribir “Méjico” con jota mas los mexicanos insisten se haga con la equis pues, afirman, ahí lleva su cruz esa tierra y sus moradores. Las hambrunas y guerras y asaltos de piratas eran el pan de cada día de los pobladores. Y a estas tribulaciones se unían los tributos y alcabalas que imponía la corona y la continua vigilancia que hacia la inquisición sobre los habitantes.

En la primavera de 1695 la cruz se hizo muy pesada. Se desato una epidemia de tifo. Este castigo con especial saña al convento de las jerónimas. Incluso el confesor designado, el padre Núñez de Miranda, falleció (pocos le lloraron). Y de cada diez monjas nueve fallecieron. Sor Juana , que entonces tenia 43 años, se ofreció a cuidar a las enfermas. Fue inevitable que también se contagiara. En la madrugada del 17 de abril la hija de Apolo falleció.

Unas horas después se presentaron tres hombres en el convento.

--¿Esto es todo? --pregunto don Francisco Aguiar viendo los artículos que habían sido extraídos del claustro de la musa.

--Si --contesto la madre superiora (una jovencita pues las monjas de mas edad ya habían muerto)--. Solo quedan una imagen de la trinidad y un niño Dios. Tengo instrucciones de legárselo a su Ilustrísima.

Don Carlos de Sigüenza observo los libros. Eran clásicos que la musa había acumulado a través de los años, Platón, Homero, Ovidio.

--Pensaba que tenia miles de libros allá arriba --afirmo don Carlos--. A cada rato me sorprendía ella con un tomo del cual no sabia yo que existiera.

--En efecto --contesto la madre superiora--, pero como recordáis vendió casi toda su librería. Los fondos se los mando a su Ilustrísima para ayuda de sus pobres.

Hay algo de filo en las palabras de la monja que incomodan a Aguiar.

--En efecto --se concreta a decir el arzobispo.

--Pero, ¿y los astrolabios, las cartas celestiales, los libros hebreos y árabes e hindús, vamos, y el telescopio?

Aguiar frunce el seño.

--¿Tenia sor Juana un telescopio? Son instrumentos del maligno.

Don Carlos hace una pequeña caravana.

--Fue mi culpa. Fue con la anuencia del virrey que se mando traer uno desde tierras herejes. Era urgente observar los astros para ver si volvería el chahuistle. Tal hacían los reyes mejicanos, su Ilustrísima.

--Esos vivían en el error.

--Excelencias, todo lo que nombráis lo mando vender Sor Juana por instrucciones de su confesor Núñez de Miranda. No le parecía bien a este que Sor Juana se empleara en esos menesteres.

El arzobispo ignora las palabras de la monja sale del lugar con cierto disgusto. Su secretario, Rubio, cruza miradas con don Carlos y sonríe.

--Preparad su cuerpo por favor, madre  
--solicita don Carlos.

Unas horas después sale una procesión llevando el cuerpo de la musa. El carromato que lo porta va escoltado por el cabildo de la catedral, incluyendo a Aguiar y don Carlos. Pronto se va uniendo mas gente, sobretodo estudiantes de la Universidad Pontificia de la Ciudad de México que han llegado a conocer la fama y trabajos de la musa a través de don Carlos, que ostenta la silla de matemáticas y astronomía. Igual se unió el pueblo llano que la habían llegado a conocer a través de sus villancicos y otras obras.

A la procesión se le unen unos ancianos indígenas portando blanquísimas togas yucatecas que envidiaría un senador de la Roma antigua. Los encabeza un joven indígena alto de buena planta vestido elegantemente de gentilhombre. Porta una toledana al cinto, cosa que estaba prohibido a los mejicanos, mas sin embargo no hay quien se ose cuestionarlo.

El joven observa a sus alrededores y detiene su vista en una esquina. Desvía sus pasos hacia donde se encuentran dos hombres. Los ancianos hacen una pequeña caravana al paso del joven y detiene su caminar. Uno es un joven indígena con planta de soldado. De su cinturón cuelga un cuchillo de

misericordia. El otro es un hombre canoso, delgado, muy moreno, español, vestido con el traje de los juaninos.

--Don Antonio --dice el joven reconociendo a Montoya.

--Alteza --responde Montoya haciendo una pequeña caravana.

--Se nos fue don Antonio --apunta tristemente el joven.

--No alteza. Ella vive, ¡aquí! --contesta Montoya con vos entrecortada.

--Tenéis razón. Es ya inmortal.

--Alteza, mucho os agradezco que me haya hecho la gracia de presenciar su paso --dice calladamente Montoya--. Os aseguro que no tengo intención de evadiros.

El joven ríe.

--El señor capitán aquí presente es mas bien una precaución. No quisiéramos que alguien os reconociera y nos quisiera hacer prescindir de vuestra erudición e intelecto. Vuestro trabajo en el Tetzacualco es muy apreciado, don Antonio. Decidme, ¿lograremos confirmar la predicción de ella?

--Lo que alcance a leer brevemente en el Caracol me indica que será en unos ocho años mas que Rahu sera visible a nuestros instrumentos. Mas, me temo que no soy capaz de reproducir su obra. Vive Dios, lo he intentado pero no estoy a su altura. Lo único que me consuela saber es que los europeos tienen ya aunque sea la versión abreviada. Con ella podrán observar a Rahu pues tienen mejores instrumentos.

El hombre dice estas ultimas palabras con verdadero pesar.

--Escuchad, don Antonio, preparad una lista de los instrumentos que creáis conveniente que hagamos traer de Europa. Mandare sean comprados y traídos a la Nueva España.

--Gracias alteza --responde don Antonio.

El joven se reintegra a la comitiva y encaminan sus pasos tras el cortejo fúnebre. El chipi chipi de la tarde empieza a caer sobre la Ciudad de Méjico.

LXXX Epilogo Tres – Carta del Barón Alejandro de Humboldt a Karl Friedrich Gauss



*Donde se discuten algunos menesteres que se han aludido en estos textos*

Cuba, 1804

Querido Karl,

Os escribo desde Cuba de donde partiremos en unas cuantas semanas mas habiendo concluido nuestra travesía a través del nuevo mundo.

Aimé Bonpland os manda saludos mas ahorita se encuentra muy enfermo pues dilatamos en exceso en Veracruz pues los vientos nos eran contrarios y creo que ahí lo pico un bicho de tierra caliente. No es grave la cosa, os lo aseguro, solo que se siente impotente de tenerse en pie y todo el cuerpo le duele. El medico ha ordenado reposo absoluto, elixir de cinchona, y

sangrado . Esto ultimo se nos hizo contraproducente y hasta algo medieval pero si aceptamos su sugerencia de dilatar aquí unas semanas mientras Aimé se repone.

(Aquí la carta deja de escribirse en alemán y se torna al griego, tal vez para asegurar que nadie que la intercepte la entienda.)

Acerca del asunto que la orden me encargo, poco tiempo tuve de investigar pero la huella de la hermandad persiste, como os detallare a continuación.

Tuve la gran fortuna de encontrar a un compatriota, Heinrich Martin, que ha entrado al servicio del virrey y es su astrónomo real. Don Enrico, como es conocido, es un erudito y absolutamente leal a España. Me proporciona escoltas y guías y visite la obra que construye en un lugar llamado Nochistongo.

Los españoles, ante las continuas inundaciones de la capital, que, recordarais, fue construida por los indígenas en el lecho del gran lago que todavía se alcanza a ver, decidieron francamente hacerle la guerra a este. Para tal efecto don Enrico concibió abrir un gran canal a tajo abierto en ese lugar Nochistongo de tal manera que se fuera drenando el valle de México.

La obra si es, como os imaginareis, titánica y digna de romanos pues involucra cortes a través de varios cerros. Estos son, me cerciore, edificios volcánicos de diversos y durísimos basaltos. Hete entonces que la labor ha sido durísima pues la únicas herramientas disponibles son palas y picos.

Francamente, Bompland y tu servidor nos escandalizamos al ver las condiciones de trabajo. Los indígenas de los pueblos alrededor son obligados por la corona a proveer trabajadores para la obra. Estos pueblos se rigen por el sistema de usos y

costumbres que ha reconocido la corona. Es decir, tienen sus propios reyes que ellos llaman caciques. Pues bien, estos por lo general son venales y reciben cochupo de la corona para forzar a sus súbditos a trabajar gratuitamente en la obra, sistema que ellos llaman el tequio.

Los infelices indígenas trabajan en algunos casos de sol a sol bajo el látigo de los segundos del cacique. Los accidentes y las muertes son frecuentes como os imaginaras. En algunos casos los vide trabajar en las paredes del gran tajo (es en verdad una obra imponente) sostenidos tan solo por unas cuerdas precarias. Mas como las lluvias son frecuentes es común que de pronto sorprenda a estos obreros una creciente súbita que los arrastra a la muerte.

Por supuesto que hice las protestas del caso, especialmente por el hecho de que don Enrico es compatriota y le había agarrado confianza. Mas este me advirtió en términos que no dejaban lugar a duda que no me involucrara en estos asuntos. La corona y estos caciques aparentemente se han confabulado en la explotación de los naturales. Si esta situación continua de esta manera, Karl, vaticino que en un futuro próximo la Nueva España sera testiga de un levantamiento indígena gestado por la explotación que permite la corona.

Pero, bien, tomamos la advertencia de don Enrico a pecho pues hemos aprendido a tener prudencia en nuestros viajes y ya conocemos como se cuecen las habas en los dominios americanos del rey de España. Tuvimos entonces la fortuna de ser recibidos en la Real y Pontificia Universidad de Mejico y es ahí donde la huella de la hermandad se nos hizo evidente.

Aparentemente los naturales de la Nueva España tienen un gran entusiasmo por las observaciones celestiales. El virrey y la

universidad han mandado varias expediciones a tomar observaciones, incluso a las Californias. Los instrumentos con que cuentan son de lo mas moderno, bien traídos de Europa o manufacturados en la colonia.

En el curso de mis intercambios mencione el descubrimiento que hizo Sir William Herschel en Inglaterra de Urano. Os acordarais la historia apócrifa que circulaba entre los británicos que Sir William se había basado en un cuadernillo que la hermandad le había hecho llegar con la predicción de donde se encontraría este planeta en el año de 1781. Los archivos que cuento de la hermandad no proporcionan tal evidencia del cuadernillo. Sin embargo, mi antecesor me confió que si existía tal cuadernillo y que fue Bernoulli, uno de los gran maestros de la orden, el que lo recibió desde, asómbtrate, ¡la Nueva España!

No deseo menospreciar la labor de Sir William, que es, después de todo, miembro también de la hermandad. Por lo tanto os confió esto a vuestra discreción. Vos, como compatriota teuton y Bompland, como buen francés, saben lo tercos que pueden ser los hijos de Albión y dudo que aceptarían que Urano era conocido desde tiempos pretéritos en la Nueva España.

Tal me lo afirmaron con gran insistencia los mejicanos en la universidad y hasta mencionaron que el anuncio del descubrimiento de Urano fue motivo de burla y de chanza pues ellos lo habían estado observando ya por generaciones. E incluso me mostraron tablas detalladas de las observaciones del paso de este. Aquí los astrónomos lo conocen por "Rahu", lo cual me sorprende pues tengo entendido que es una palabra hindu. Ninguno me supo explicar porque o quien le dio ese nombre.

Cuando cuestione a los mejicanos sobre por que el anuncio no se había difundido a



Europa ellos me explicaron, en privado, que por varias generaciones lo habían estado manifestando a los astrónomos de España mas hubo ahí igual de tozudez en admitir que la Nueva España había sido pionera en esto. En justicia, el presente rey, don Carlos IV, ha seguido una política mas abierta y el intercambio comercial e intelectual con la América española permite ya este tipo de intercambios. No creo que hubiera podido hacer mis viajes apenas unas generaciones antes.

Así pues, Karl, siento deciros que no, no encontré a la hermandad indígena que ha sido motivo de tanta conjetura entre nosotros. Seguro fueron quemados por la Inquisición o bien desaparecieron. Visite si, el convento de las jerónimas en la capital mas no hay en él nada extraordinario y nadie me dio razón de que una Sor Hipatia haya vivido ahí.

Tu hermano,

Alejandro, Baron de Humboldt

FIN